



UN
CORAZÓN
sin
forma
ALGUN A

EMYLIA HALL

Lectulandia

Para Hadley Dunn la vida ha transcurrido sin muchos sobresaltos... sin grandes amores, sin pérdidas terribles. Pero eso fue antes de que decidiera pasar un año estudiando en la espléndida ciudad suiza de Lausana, un lugar que parece lleno de promesas. Allí Hadley conoce a Kristina, una hermosa pero reservada chica danesa, con la que establece rápidamente un fuerte vínculo. Hasta que una noche de noviembre, con las primeras nevadas del invierno, llega la tragedia.

Hadley, todavía conmocionada y consumida por la culpa, comienza a apoyarse en la única persona de la que se siente cercana, su profesor de Literatura. Pero, mientras juntos intentan descubrir la verdad de lo que sucedió esa noche, su amistad comienza a entrar en territorio prohibido... hasta que todo se precipita.

Lectulandia

Emylia Hall

Un corazón sin forma alguna

ePub r1.0

sleepwithghosts 13.09.14

Título original: *A Heart Bent Out of Shape*

Emylia Hall, 2013

Traducción: María del Mar López Gil

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Bobby

Prólogo

Antes de Hadley, existía Lausana. Antes de Kristina, Jacques y Joel, seguía existiendo Lausana. Su presencia en la ciudad solo fue pasajera; el lago no se desbordó, las montañas no se desmoronaron ni los postigos se desprendieron de los impecables edificios para estamparse estrepitosamente contra el suelo. Sin embargo, entre la sucesión de puentes y bloques de apartamentos con torrecillas, calles flanqueadas de árboles y sinuosos parques, protagonizaron sus encuentros y tragedias. Mientras tanto, Lausana permaneció inalterable, pero no se puede decir lo mismo de las vidas de quienes allí vivieron.

Era el segundo año de universidad de Hadley y lo iba a pasar en el extranjero, en Suiza. *La Suisse*. Su concepto del lugar procedía de los dibujos animados —relojes de cuco y queso cremoso, onzas triangulares de chocolate y una serena neutralidad—, hasta que se topó con las palabras «Riviera suiza» en una guía de viaje. Leyó sobre Lausana; una ciudad de calles en pendiente, imponentes agujas y tejados inclinados. Había visto una fotografía del lago Lemán, resplandeciente como un espejo abrigado, con la silueta serrada de Les Dents du Midi y el Mont Blanc alzándose al fondo. Había palmeras, viñedos y hoteles palaciegos con toldos a rayas que se agitaban con la brisa. Lausana parecía poseer un glamur sereno, discreto pero con una tensión latente, *un frisson*. Hadley se moría de ganas de dejar atrás la universidad local, con sus edificios achaparrados y apiñados, tan grises como la piel de un elefante, chicos con olor a cerveza del día anterior y chicas que cotorreaban como pájaros en una hilera. Se imaginó en este nuevo paisaje suizo, que la atrapó desde el primer instante. Hasta el fin de sus días, probablemente siempre será capaz de visualizar la orilla del lago bañada por el sol de septiembre y los grupos de estudiantes extranjeros sentados en los escalones del puerto deportivo, riendo en la fuente de agua pulverizada, protegiéndose los ojos de la luz. Al inicio del curso académico Lausana siempre se llenaba de estos personajes; grupos improvisados que aún no habían encontrado su sitio, unidos por poco más que el hecho de ser foráneos en el mismo lugar y al mismo tiempo. Si al menos alguien les hubiera agarrado de la mano para decirles: «Estáis en un lugar de ensueño, pero andaos con cuidado. Y cuidado los unos de los otros»...

Probablemente siempre recordará el Hôtel Le Nouveau Monde, su delicada estructura como una glamurosa pero corpulenta *femme d'un certain âge*. El corazón le latirá con fuerza, como lo hacía constantemente, pues algo de este lugar la dejará paralizada. Pensará en el comedor dorado y amarillo pálido, en las exquisitas chocolatinas depositadas en los platillos de las tazas de café y en Hugo Bézier

liándose un cigarro con sus diestros dedos, reflejando su arrugada sonrisa a través de la copa de coñac. En una ocasión él le dijo que lo que le había atraído de ella desde el principio había sido su absoluta ingenuidad. Ese porte tan erguido que en cierto modo parecía a punto de echar a volar. Y era cierto, pues se desenvolvía en su nueva vida con la ligereza de una mariposa y se había desprendido de la anterior con la facilidad de una crisálida. Qué arropada, qué gris, qué tremendamente aburrida le había parecido en comparación con esta. Por aquel entonces estaba prácticamente convencida de que Lausana era su futuro y, a pesar de todo lo ocurrido, suponía que todavía estaba en lo cierto. Pues era tal y como había dicho Joel Wilson en su primera clase, apropiándose de las palabras de Ernest Hemingway con ese laxo acento californiano: «Lausana no se acaba nunca». Les había dicho que al término del curso sus recuerdos serían completamente distintos; eso es lo que sucedía con Lausana, igual que con París. A posteriori se preguntó si habría tratado de avisarles, de advertirles de que Lausana no era de las ciudades que ocupaban un hueco en la memoria con obediencia y gracia. Por el contrario, determinaría todos los acontecimientos venideros, y a todos ellos, incluido él, les vendría a la memoria una y otra vez sin poder evitarlo. En ese momento Joel no podía saber lo que se avecinaba, pero fue como si lo supiera. Sus ojos claros se empañaron, le dio la espalda a la clase y se quedó mirando por la ventana la franja del lago que se extendía más allá.

El año en el extranjero estaba destinado a ser una historia de amor para Hadley. Cuando anhelas sentir los latidos de otro corazón contra el tuyo, no piensas en que esos mismos corazones se romperán algún día, ni en las espinas clavadas bajo la piel, pinchando y quemando como nunca antes. Pero esta historia va más allá de un desengaño. Trata de un anciano sentado delante de una máquina de escribir, lanzando sus dedos como flechas sobre las teclas mientras una joven observa en un silencio cómplice. Trata de una ciudad; de un lugar de cuento de hadas y al mismo tiempo de la cruda realidad, maravillosa e imperfecta, bañada de sol y castigada por el invierno. Por encima de todo, es una historia sobre vidas que acaban y vidas que empiezan, y da un giro en el instante más dulce: cuando dos completos desconocidos se cruzan por casualidad y, en lugar de dejar pasar la ocasión sin más, se detienen. Se vuelven. Hablan. Comienza la historia.

En realidad, Hadley Dunn fue a Suiza por casualidad. Nunca se imaginó que podría estudiar en el extranjero, pensando que era solo para lingüistas locuaces, o para parisinas de ojos almendrados, el tipo de chicas de revista que fumaban haciendo un mohín con los labios y tomaban café solo. Sin embargo, un monótono día de febrero, de repente se le ocurrió la idea. Podría haberla descartado como una mera fantasía, pero cuajó con una inexplicable solidez, y continuó gestándose.

Había llegado pronto al seminario y se había fijado en que alguien estaba hojeando un folleto del Institut Vaudois antes de la clase. Era Carla, una chica con un corte de pelo rasurado por la nuca y gafas de montura alargada de niña aplicada. Le había hablado a Hadley en la última clase, interrumpiéndola mientras trataba de cumplir a rajatabla la recomendación del profesor de leer con detenimiento.

—Entonces, ¿estamos hermanadas con Lausanne? —preguntó Hadley, al tiempo que se sentaba en el asiento de al lado.

—¿Hermanadas? Esto no es un intercambio escolar. Hay un acuerdo entre nuestras dos universidades y los departamentos de inglés. Intercambiarán un estudiante, solo un curso. Y se pronuncia «Lo-san», no «Lau-san».

—«Lo-san». ¿Por qué solo uno?

Carla se encogió de hombros, y frunció la boca.

—Ni idea, pero no creo que lo solicite mucha gente. Vivir en Suiza es carísimo.

—Ah, ¿está en Suiza? Genial. ¿Puedo? —preguntó Hadley, inclinándose para verlo más de cerca. La foto mostraba un imponente edificio de cristal y cromo delante de una explanada verde tan impecable como una bolera en el césped, que se extendía hasta la orilla de un gran lago.

—¿No vives todavía en casa de tus padres? —preguntó Carla.

—Sí —contestó Hadley.

A espaldas del edificio se levantaba una cadena de picos montañosos. Eran de un blanco níveo contra el azul del cielo y daba la impresión de que alguien los hubiera pintado en el último momento, como en un arrebato de inspiración de un tramoyista. Hadley se acercó un poco más. Seguramente ninguna universidad del mundo podía estar rodeada de semejante paisaje.

—Entonces, ¿esta es la universidad que te pillaba más cerca? ¿No la elegiste a propósito?

Hadley finalmente se apartó de la hoja y levantó la vista.

—Por supuesto que la elegí —respondió—. ¿Y eso a qué viene?

A diferencia de sus amigos del instituto, que habían puesto rumbo al norte y al

sur, al este y al oeste, Hadley se había quedado donde estaba. Se había matriculado en la universidad de Tonridge, a un corto trayecto en autobús desde donde vivía con sus padres y su hermano pequeño. Sam, que derrochaba dulzura y alegría y reclamaba constante atención, había llegado inesperadamente cuatro años antes. Últimamente el rostro de su madre tenía las líneas de expresión más marcadas que nunca y a su padre se le había encanecido sobremanera el cabello. Si se hubiera ido de casa, habrían notado tremendamente su ausencia. ¿Quién colocaría los guisantes dibujando una cara sonriente en el plato de Sam o le ayudaría a montar una granja de caracoles en el fondo de un cubo? Sin mencionar las horas de canguro... Cuando Hadley recibía las largas cartas que le enviaban sus amigos, sabía leer entre líneas: por mucho que le hablaran de juergas hasta la madrugada, novillos, ligues fáciles y lujuria desenfrenada, había platos sucios amontonados en fregaderos comunes, conversaciones insustanciales delante de tostadas de pan de molde, y la vida transcurría como en un escaparate a la vista de todos; se decía a sí misma que no iba a dejarse sucumbir ante ese tipo de cosas y a alejarse de casa en aras de una supuesta libertad, cosa que creía la mayor parte del tiempo.

—Lo único que digo —apostilló Carla— es que hay que ser lanzado para irse a estudiar al extranjero.

—Sería una aventura increíble.

—Y no todo el mundo se adapta.

Hadley reprimió una sonrisa.

—¿Quieres decir que yo no me adaptaría?

Puede que no ansiara conocer horizontes más lejanos, pero eso no significaba que nunca se preguntara por ellos. Observaba a otros estudiantes, a los que llegaban en coche al campus a principios del trimestre con los asientos traseros cargados de flexos y macetas con palmeras, o a los que salían de la estación de tren con pesadas mochilas a la espalda y los brazos bronceados de alguna aventura en el extranjero; esa gente parecía recién salida de un mundo completamente diferente y despertaba su curiosidad. Parecían adultos hechos y derechos, que pasaban con soltura del instituto a la universidad y luego al resto de sus trepidantes vidas. Comparada con ellos, Hadley se sentía como una novata, con una inexperiencia tan cegadora como una página en blanco. Tenía una fe ciega, sin embargo, en que algún día viviría experiencias emocionantes. Y, cuando llegase ese día, estaría preparada.

Los ojos marrón parduzco de Carla la observaban sin pestañear a través de las gafas. No respondió a la pregunta de Hadley; en lugar de eso, le dirigió una sonrisita mojigata y chasqueó los dedos para que le devolviese el folleto. Hadley la miró fijamente. Abrió la boca para decir algo y acto seguido la volvió a cerrar. Le devolvió el folleto de mala gana y Carla se lo guardó en el bolso. El profesor, un hombre con aspecto de cuervo que siempre olía a sándwiches de huevo y café recalentado, entró

sigilosamente en el aula a grandes zancadas y se puso a hurgar en su maletín delante de la clase. Hadley abrió una lata de Coca-Cola y se volvió a acomodar en su asiento. Él empezó a hablar de los victorianos y de la Revolución industrial, pero ella apenas le prestaba atención. Pensaba en las montañas, en cómo sería vivir tan cerca de ellas y en si producirían un mínimo sonido, porque ¿cómo podía algo tan colosal alzarse silenciosamente? ¿No habría chasquidos y silbidos producidos por el viento? ¿Se crecería acostumbrado a ello, a esa presencia imperturbable y eterna, y la vida seguiría su curso como si se tratase de algo corriente? Corriente hasta cierto punto, pero, en definitiva, corriente. Lo más probable es que uno se pasara todo el día con la vista levantada al cielo, feliz como una perdiz.

Al cabo de una semana, justo cuando la secretaria del departamento estaba terminando de contar las solicitudes para estudiar en el extranjero, Hadley puso la suya en el montón.

—Me temo que el plazo terminó a las cinco —le dijo la secretaria, levantando la vista. Su expresión era impasible. Sus ojos tenían las persianas echadas.

—¿En serio? —preguntó Hadley—. Pero si solo son las cinco y media...

—Las normas son las normas.

Hadley hundió la cabeza sobre el mostrador. La secretaria apartó su taza de té y siguió con el papeleo, no sin antes sacar su solicitud del montón como si se tratara de una mala hierba.

—Es que me he pasado la semana decidiendo si quería o no presentarla —explicó Hadley—. Nunca pensé que algo podía ser tan emocionante y al mismo tiempo tan aterrador. —La secretaria continuó revolviendo los papeles delante de ella: pilas de textos pulcramente redactados, sin duda llenos de declaraciones de idoneidad y promesas de logros académicos excepcionales. Carla se había equivocado al imaginar que nadie estaría interesado—. Pensé que de ninguna manera me lo podía permitir —continuó—, pero luego descubrí que podía optar a una beca, de modo que eso me hizo replanteármelo. —Hadley posó la mano en el brazo de la secretaria y percibió su rechazo bajo su tenue roce—. Por favor —le suplicó—, es que de repente me he dado cuenta de que tengo muchas ganas de ir. Es probable que no me elijan, pero al menos quiero intentarlo. He rellenado el formulario lo más rápido que he podido. Mire, el líquido corrector todavía se está secando.

Se produjo un momentáneo silencio. En el pasillo se oían portazos, señal de que había acabado la jornada.

—¿Y si lo cuelo en el montón? —sugirió Hadley—. Podemos fingir que estaba ahí desde el principio.

—Oh, venga, rápido. —La secretaria claudicó sin alzar la vista. Hadley extendió los brazos y se apoyó sobre el mostrador, a modo de torpe abrazo, pero la señora permaneció tan rígida como un palo—. No me hagas cambiar de parecer —le

advirtió.

Al cabo de tres semanas Hadley recibió una carta, de no más de cuatro o cinco líneas mecanografiadas, donde se le comunicaba que su solicitud había sido admitida. Tardó unos instantes en asimilar la noticia. De buenas a primeras, había cambiado un año en casa por un año en el extranjero. Se le había abierto una puerta y la había cruzado de buen grado; ¿alteraría el curso de su destino un cambio tan brusco, repentino y drástico? No se precipitó a la hora de aceptar la plaza. Reflexionó sobre si había hecho bien en solicitarla.

Fue su madre quien al final la convenció para que se marchara. Estaban fregando los platos juntas una noche después de cenar cuando Hadley se quedó mirando absorta por la ventana de la cocina. Se veía la casa contigua, hilera tras hilera de ladrillos perfectos. Los extremos puntiagudos de la valla de madera rompían la armonía a intervalos regulares. Su madre le apretó la mano.

—Perdona, estaba en las nubes —se disculpó Hadley, con una sonrisa. Volvió a centrarse en los platos sucios.

—Lo que menos queremos es retenerte —dijo su madre.

—No lo hacéis... —empezó a replicar ella.

—Hadley, mírame. A veces no sé lo que tu padre y yo habríamos hecho sin ti. Pero Sam empieza el colegio en septiembre. Todo cambia.

—Lo sé. He pensado en ello.

—Ahí fuera hay un mundo por descubrir —continuó su madre, mirándola a los ojos con un brillo nacarado—. Tal vez sea hora de dar el paso. De dar un paso en firme, y no lamentarlo ni por un momento.

A veces resulta que la gente pronuncia las palabras más trascendentales cuando lleva un delantal salpicado de manchas y las manos llenas de espuma.

En el aeropuerto, su madre le dio un fuerte achuchón; el pelo se le enredó en los pendientes de Hadley y las lágrimas de ambas impregnaron sus respectivas mejillas. Sam le dio un garabato con una muñeca palito y un muñeco de nieve regordete con un racimo de montañas rechonchas al fondo; Hadley le dio un beso al dibujo antes de doblarlo con cuidado para guardarlo. Su padre, en su afán por mostrarse servicial hasta el final, se había empeñado en cargar con las maletas. Le prometió que ahorrarían para visitarla en verano, momento en el que la madre de Hadley se puso a entonar una canción de *Sonrisas y lágrimas*. A partir de ahí, se enredaron en un animado debate sobre si la película estaba ambientada en Austria o Suiza, y el padre de Hadley reconoció que le chiflaba Julie Andrews. Al final anunciaron por megafonía la última llamada para el vuelo de Ginebra y fue consciente de que tenía

que marcharse. Se volvió por última vez para ver a su familia, que le decía adiós agitando las manos con entusiasmo. Estaba convencida de que algo se estaba rompiendo; un hilo conductor que se tensaría cada vez más hasta desgarrarse sin remedio. Ella no dejó de decir adiós con la mano hasta que salió disparada hacia el avión.

Una vez en su asiento, Hadley tomó aliento y se sumió en el silencio del cielo. Le dio vueltas y vueltas a la palabra «Lausana» y la pronunció envolviéndola con la lengua como un nuevo beso. Era su ciudad secreta, pues casi nadie había oído hablar de ella. Incluso Carla lo había reconocido al final del trimestre, al desearle «bon voyage» a Hadley con una gracia inusitada. Después lo estropeó con un mordaz comentario: «No dejo de pensar —dijo— que a lo mejor no es tan bonita como aparenta».

A última hora de la tarde el sol de septiembre seguía brillando con intensidad, bañando el vagón del tren de la luz del final del verano. Entre Ginebra y Lausana las vías del tren seguían el curso de la orilla del lago Lemán. Hadley atisbó destellos intermitentes de agua resplandeciente y se fijó en la silueta púrpura de las montañas que se alzaban al fondo. Al otro lado se extendían viñedos y campos de rechonchas calabazas. De vez en cuando se veía un *château* de planta cuadrada con postigos cerrados y altos portones, y colinas salpicadas de chalés alpinos con tejados puntiagudos y galerías de madera que les daban aspecto de juguete.

Observó con interés al resto de pasajeros: un mochilero joven con una barba esmirriada pelando una manzana con una navaja; una señora mayor con un moño colmena sentada con un bulldog francés con orejas de murciélago acurrucado en el regazo; dos hombres de negocios trajeados, con el pelo tan lustroso como los zapatos, ocultos tras sus periódicos. Por transitorio que fuera, estas personas formaban parte de su nueva vida y se sentía atraída por cada una de ellas. Ya había empezado a recopilar todo lo que veía, como una coleccionista de curiosidades que encuentra notable incluso lo corriente.

En menos de una hora, el tren hizo su entrada en la estación de Lausana. Hadley observó fijamente las letras blancas del cartel azul. «Lausanne». Había estado allí tantas veces, aunque solo fuera en su imaginación, que cuando llegó el momento casi se le olvidó apearse. Se puso rápidamente en movimiento, empuñó su maleta y bajó de un salto al andén. Con una puntualidad infalible, el jefe de estación tocó el silbato y Hadley se volvió para ver marcharse el tren. Se lo imaginó siguiendo su rumbo por la orilla del lago, adentrándose velozmente en las montañas, trazando curvas cada vez más cerca de la frontera italiana, pues iba con destino a Milano Centrale. Otros lugares que tal vez algún día también visitaría. Volvió a echar un vistazo al cartel. «Lausanne». El nombre, de por sí, ya era más que una serie de letras. Sintió una

punzada de expectación y acto seguido una sensación más vaga, menos definida. La sensación de que, mientras permaneciera donde estaba, en el umbral de una nueva experiencia, todo seguiría siendo maravilloso. Nada se estropearía jamás.

En la ciudad se dejaba sentir el persistente calor del verano. Hadley se había puesto, obediente, la chaqueta acolchada que le habían regalado sus padres en la despedida, y se sentía aprisionada; tenía la frente moteada de sudor. Decidió que se compraría una gabardina más chic para el otoño, de esas elegantes con cinturón como la que llevaban las dos mujeres que se había cruzado en el vestíbulo de la estación; habían pasado taconeando por el suelo de mármol, moviendo coquetamente los labios al pronunciar palabras como *vraiment*, *absolument*, exclamando y corroborando con gracia. La lengua francesa tenía algo especial: las palabras eran más que meras palabras; parecían influir en el ambiente donde se escuchaban.

Hadley llevaba sobre la cabeza una boina de punto. Era otro regalo de sus padres, pero en este caso más atinado. «¡Igualita que una de esas estrellas de cine!», había exclamado su madre al probársela Hadley. Se había atusado los mechones más cortos del pelo para pegárselos a las mejillas, a la última. «A lo mejor me lo corto —había comentado—; *c'est plus chic comme ça*». Decidió ir a la peluquería de la calle principal con una foto arrancada de una revista bien agarrada en la mano. Era la protagonista de la película *Al final de la escapada*, *À bout de souffle*. Al volver a casa, Sam se tiraba por los suelos de la risa diciendo que parecía un chico. Pero ella se sentía liviana y pícara. Era un corte de pelo para dar guerra y sonreír después.

Dentro de la estación había un quiosco de la oficina de turismo; Hadley cogió unos folletos y planos bajo la atenta mirada de una mujer con un pañuelo de seda anudado con delicadeza. Aunque la maleta pesaba y el abrigo la acaloraba —aun llevándolo doblado bajo el brazo—, consideraba importante hacerse una idea de la ciudad el primer día. Pese a la bolsa de folletos gratuitos de lugares de interés y atracciones turísticas, no era una turista. Un turista cogería el autobús equivocado o caería en manos de un taxista aprovechado. Llevaba en el bolsillo la dirección de su nuevo hogar anotada en un trozo de papel: Les Ormes. Significaba Los Olmos, un nombre que quizá en otro entorno evocara hogares de ancianos y complejos residenciales para jubilados, pero que en Lausana parecía poseer un toque de glamur.

Hadley se sentó en el primer asiento que encontró en las mesas del café situado justo a la salida de la estación, apartó a un lado tazas de café medio vacías y servilletas de papel hechas ovillos, vestigios de partidas precipitadas, y desplegó el plano. Tras examinarlo, trazó una ruta por la ciudad. Alzó la vista para comprobar el nombre de la calle en el edificio de enfrente, más allá de las banderas ondulantes y el esplendor verde de los árboles, dispuestos formalmente. Había un alma en pena sentado balanceándose con una abollada lata de cerveza en la mano, y la observaba.

Ella se puso de pie, ignorando la hilera de taxis y a los ociosos taxistas con los cigarrillos prendidos entre los dedos. Sujetó el rígido abrigo con las correas de la mochila, agarró la maleta y se puso en marcha.

Hadley no tenía el más mínimo punto de referencia para un lugar como Lausana. Había veraneado con su familia entre las dunas de un camping francés azotado por el viento y había pasado una semana al rojo vivo en una urbanización de apartamentos españoles, pero en su vida se había sumergido en las profundidades de una ciudad europea. Solo había estado dos veces en Londres, y para de contar. La última vez fue a celebrar con sus amigas el final de los exámenes; besó a un chico bajo los arcos de la estación de tren de Bermondsey y se le cayó una sandalia a las vías al subir de un salto al último metro. Lausana era una ciudad totalmente desconocida, tan extraña y embriagadora como un nuevo amor.

Desde la estación, un callejón peatonal parecía señalar hacia arriba. Hadley empezó a caminar, con la maleta a rastras. La zona despedía el ligero aire venido a menos de los alrededores de tantas estaciones, con multitud de locales de comida rápida y tiendas baratas, pero de vez en cuando asomaban bocacalles que lucían hileras de árboles y elegantes villas. Tras remontar la cuesta, llegó sin resuello a una majestuosa plaza. Aspiró su aire señorial y bullicioso e inmediatamente adoptó una postura un poco más erguida. Había gente por todas partes, caminando con brío, y, a pesar del último coletazo del verano, vestían con sobriedad, en tonos crema, grises, camel, chocolate y negros. Hadley acompasó su paso al resto y no tardó en llegar a las sinuosas calles de la Vieille Ville, el casco antiguo, con lujosas boutiques y exquisitas *pâtisseries* con sugestivos escaparates. Todo la tentaba a detenerse, mirar y entrar, dar un bocadito a un petisú y untar el dedo en un cazo de chocolate caliente recién hecho, pero reprimió sus deseos y siguió su camino. Al subir otra cuesta, examinó el plano y comprobó que se encontraba a los pies de la larga y serpenteante carretera que subía hasta Les Ormes. Llevaba caminando media hora y tenía una incipiente y molesta ampolla en el talón. Notaba que el top se le pegaba a los riñones, y le resbalaban gotas de sudor por el pecho. Ya había llegado a la conclusión de que Lausana era un lugar demasiado elegante para ir desaliñado; todo el mundo tenía un porte sereno y resuelto, de modo que Hadley se detuvo, se recompuso e hizo lo posible por aparentar lo mismo.

Por fin llegó al camino de acceso a Les Ormes. En la oficina de alojamiento le habían dicho que la residencia se ubicaba en la ladera de la colina y que todas las habitaciones tenían balcón. En su momento le sonó romántico y pintoresco. Delante de ella había un anodino bloque gris que no tenía el más mínimo resquicio de belleza del casco antiguo ni el esplendor del centro urbano; la fachada era tan acogedora como una cárcel. Se quedó mirando el nombre de Les Ormes, grabado con letras negras en la pared. La entrada principal no se distinguía claramente; tomó una

dirección equivocada y acabó en una fila de contenedores rodeados de hierba descuidada. Se dio la vuelta y retrocedió. Oyó un portazo y vio a dos chicas de cabello oscuro que salían contoneándose charlando en un idioma que sonaba a italiano. La puerta se cerró de un portazo sin que a Hadley le diera tiempo a pararla con el pie.

—*Excusez-moi?* —exclamó.

—*Sì?* —Se volvieron hacia ella.

—Esto es Les Ormes, ¿no? ¿Cómo se entra? —Sonrieron burlonamente y señalaron hacia el otro lado del edificio. Acompasó su paso al de ellas—. Es que, al verlo por primera vez, casi he deseado que no lo fuera —comentó.

Hadley era consciente de que probablemente debía intentar hablar en francés, ya que iba a ser el idioma oficial del curso, pero en ese momento olvidó sus escasas nociones del mismo. Quería explicarles que se había imaginado algo diferente —no sabía exactamente qué—, algo más «suizo». Pero, sin darle tiempo a pensar cómo decirlo, le hicieron una señal con la cabeza en dirección a un callejón y se marcharon sin apenas interrumpir su cháchara.

Intentando no desanimarse, Hadley dobló la esquina y encontró la entrada principal. Había un indescriptible trecho de hormigón empedrado, un aparcamiento para bicicletas y, sin lugar a dudas, la vista más bonita que jamás había contemplado. Soltó la maleta y echó a correr hacia el muro. Se inclinó hacia delante y apoyó las palmas de las manos para admirar absorta la ciudad. La catedral se elevaba hacia el cielo con cinco puntas y en medio del laberinto de calles asomaba un castillo tan perfecto como una pieza de ajedrez. Había bellos y majestuosos edificios de viviendas de finales del siglo XIX con coquetos balcones junto a construcciones de escasa altura en tonos pastel. Más allá de los tejados inclinados se extendían las resplandecientes aguas del lago Lemán y al fondo los Alpes franceses como un fuelle, punta tras punta tras punta, casi tan próximos que podían tocarse. Hadley, cuyos labios esbozaron una sonrisa de incredulidad, experimentó una sensación más potente que el asombro, la admiración o la preocupación —ya superada— de que la realidad pudiera empañar el sueño. La había sentido en el tren, luego al caminar por la ciudad y ahora, con Lausana a sus pies y la brisa de la colina acariciándole el pelo, cobró mucha más intensidad. La embargó una sensación extraordinariamente prometedora.

A veces se dice que la primera noche que pasas en un lugar desconocido marca la tónica de todo lo que está por venir. Al principio puede que Hadley se resistiera a creer tal cosa, pero a medida que transcurría la noche se convirtió en una perspectiva más halagüeña, más prometedora.

Se encontraba en un pub irlandés situado a dos calles del lago, en compañía de un norteamericano, un italiano y una británica. Mulligan's era de esos lugares que parecía lleno de almas descarriadas, unidas por un vínculo exiguo: asistentes a congresos y desapegados colegas de trabajo de compañías internacionales cuya camaradería se enmascaraba con rápidas rondas de bebidas. Hadley y sus compañeros se sentaron al fondo, apretujados en torno a una mesa para dos. Estaban tomando botellines de cerveza y se repetían lo que se decían entre sí para hacerse oír por encima del ruido infernal de la máquina de discos. Cuando, en la cocina de Les Ormes, Bruno había sugerido salir a tomar algo, todos estuvieron de acuerdo, con la predisposición propia de gente cuyos caminos se cruzan por casualidad, ajenos aún a los defectos del resto.

Chase, Bruno y Jenny vivían en su mismo pasillo en Les Ormes. Hadley los había conocido poco después de llegar, en la cocina común del final de la residencia.

Acababa de deshacer la maleta y sus escasas pertenencias ya estaban colocadas en su habitación; el cepillo de dientes metido en una taza de cristal esmerilado, la ropa colgada en un armario marrón que olía a cosas olvidadas, los libros apilados sobre una mesa plegable situada bajo la ventana. Se había mirado fugazmente al espejo, atusado el pelo y armado de valor para dirigirse a la cocina.

—Hola —dijo, empujando la puerta. Había una chica sentada a la mesa, apoyada sobre los codos, con la melena rubia recogida en una coleta floja. Parecía inglesa; se intuía por ese familiar tono de sus mejillas. La chica se frotó la nariz con el dorso de la mano, contestó: «Hola, soy Jenny», y acto seguido estornudó, con un ruido sofocado rápidamente que sonó como un descorche de botella. Enfrente de Jenny, una figura corpulenta con una camiseta a rayas y pantalones crema se mecía en una silla alta y endeble. Tenía el pelo negro y rizado y los pómulos oscurecidos por una barba de tres días. Se columpiaba de atrás adelante con aparente despreocupación. «Y yo soy Bruno», dijo a su vez. Hadley respondió con una sonrisa y seguidamente dirigió la mirada al balcón que había detrás de él, en cuyo umbral se encontraba un segundo chico de hombros caídos. Era esbelto, con mechones de pelo claro sobre la frente y una boca pequeña con gesto fruncido. En una mano sujetaba una taza de café y en la otra un cigarrillo. Le hizo un breve asentimiento de cabeza antes de darle la espalda

para exhalar una sucesión de volutas de humo perfectas por encima de la barandilla —. Acabo de llegar —explicó Hadley, a nadie en particular, pero al final acabó posando la vista en Jenny.

—Oh, estupendo, también eres inglesa, qué alivio —comentó Jenny, y sonrió con complicidad.

—¿Y tú? —Hadley miró a Bruno, que seguía meciéndose en la silla, la cual a duras penas resistía su corpulencia.

—¡Adivina!

—No estoy segura —dijo ella—. ¿De España, quizá?

Él arrugó el gesto con fingida repugnancia.

—¡Italia! —bramó, pronunciando cada sílaba con gran satisfacción—, pero no te lo vas a creer: mi madre es británica, es de Londres. Fui a la escuela allí tres años, así que mi inglés es prácticamente perfecto. Supongo que conocerás St. Alexander's. Todo el mundo lo conoce.

—Yo no —repuso Hadley, reprimiendo las ganas de reír. Dudó entre sentarse a la mesa con ellos o salir al balcón con la excusa de contemplar la vista, aunque en realidad su intención era entablar conversación con el chico de los anillos de humo, de aspecto algo más interesante. Jenny se mordió las uñas; Bruno se meció en la silla.

—¡Uau, qué vista! —exclamó Hadley, y salió fuera.

—¿Otra inglesa? —dijo el chico, mirándola de reojo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te he oído hablar. Hay tantos aquí que igual me podía haber ido a Oxford.

—¿Ah, sí? Pues yo también esperaba perderlos de vista. ¿Eres americano? —Resistió la tentación de añadir: «¿Y por qué tienes ese aire tan malhumorado?».

—De Nueva Jersey, hasta la médula —contestó él.

El chico encendió otro cigarrillo y se apoyó contra la barandilla. Los hombros le sobresalían de la camiseta por la espalda como alas. Tenía los brazos largos y ligeramente salpicados de pecas.

—¿Qué te parece esto hasta ahora? —se le ocurrió preguntar a Hadley.

—Todavía no lo tengo claro —respondió él.

Bruno había salido a su encuentro al balcón, y Jenny se colocó detrás de él, rodeando con las manos una taza de té.

—Puedes ir a esquiar más o menos a una hora de camino de aquí —comentó Jenny, en un tono que denotaba poco entusiasmo ante la idea.

—¿Tú esquías? —preguntó Hadley, considerando si debía replantearse la rápida impresión que se estaba haciendo de ella.

—Yo no —contestó—, la gente.

—Ya lo creo —aseguró el chico americano.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —le preguntó Hadley.

—Chase —respondió.

—Supongo que en este bloque habrá un montón de estudiantes más, ¿no? —Trató de disimular la urgencia de su pregunta. De momento, la vida en común no le estaba resultando muy emocionante.

—Todavía quedan algunos por llegar —señaló Bruno—. La de la habitación contigua a la tuya, Kristina Hartmann, aún no está aquí.

—¿Cómo sabes quién es? —preguntó Hadley.

—¿No te has fijado? Todos tenemos nuestro nombre en la puerta —dijo Jenny—. Me da mal rollo. Podría colarse algún extraño y localizar todas las habitaciones de las chicas.

—Nosotros te protegeremos, *cara* —afirmó Bruno—, ¿a que sí, Chase?

—Más o menos —dijo Chase.

—Creo que deberíamos ir todos a Mulligan's esta noche —propuso Bruno—. Hadley, ¿te apuntas?

—¿Cómo sabes mi nombre? —inquirió ella.

—Lo ha visto en tu puerta —respondió Jenny.

—¿Y cómo sabía que esa era mi puerta?

—Potra —contestó Bruno, con un guiño.

—Te pega llamarte Hadley —comentó Chase.

—¿Sí? —intervino Jenny—. Ni se me habría ocurrido imaginar el aspecto que se supone que debería tener una Hadley.

—¿Y qué es Mulligan's? —preguntó Hadley—. No suena muy suizo.

—Es que no lo es —dijo Jenny—, es genial.

Aquella primera noche Hadley pensó que formaban un cuarteto contrahecho. Supo que Jenny se había dejado novio en Inglaterra y que se estaba planteando cortar con él. «Tengo que hacer este curso aquí —dijo en tono desganado y dolido—. No he tenido elección, así que ¿en qué situación nos deja eso a Dave y a mí? En ninguna». Chase, entretanto, consideraba Lausana como un punto en un mapa, con líneas rompiendo en todas direcciones. Ansiaba conocer los desfiladeros de montaña de los Alpes italianos, los puertos pesqueros del sur de Francia, los tejados de forma acampanada del este de Europa... Las ambiciones de Bruno parecían más modestas. Se contentaba con estar allí. «Aquí se vive la buena vida, *la vie est belle, n'est-ce pas?*», decía, abriendo las manos con las palmas hacia arriba mientras hablaba. Aquella noche, Bruno se abrió paso a empujones hacia la barra una y otra vez, encogiéndose de hombros para rehusar el cambio con gesto brusco. Tenía los carrillos rechonchos de un joven aristócrata y llevaba en el meñique un sello como un lustroso penique. A Hadley le daba la impresión de que no se interesaba especialmente por

ellos; no hacía preguntas ni mostraba la menor curiosidad, como si le bastara con tenerlos allí, en su mesa.

Mientras los demás charlaban sin cesar, Hadley permaneció callada aquella primera noche. Parecía inapropiado calificar la situación como la mayor aventura de su vida, pues, a decir verdad, escondida al fondo del bar, con la pierna de Bruno demasiado pegada a la suya, la mirada inquisitiva de Chase y el mal agüero de Jenny, no le daba precisamente esa sensación. Justo antes de la medianoche votaron para volver en taxi a Les Ormes. Hadley vaciló. Se había jurado a sí misma empezar a hacer las cosas de manera diferente ese año en Suiza. Sintió la brisa de la noche procedente del lago; las oscuras calles empinadas de la ciudad se extendían tras ella, invitándola a descubrirlas. Se despidió de Jenny, Chase y Bruno en el taxi explicando que quería volver a casa caminando, acallando el más leve de los reproches. El coche pitó y ella se puso a aspirar en profundas bocanadas la noche de Lausana. Se encontraba lejos de casa y prácticamente nadie la conocía; eso implicaba una libertad sin cortapisas.

Hadley caminó en dirección al agua. A lo lejos, al otro lado del lago, *en France*, titilaban las luces de Évian. Más cerca de la orilla, las olas se agitaban sin orden ni concierto y los mástiles invisibles tintineaban y vibraban. Salió de sí misma con el deseo de saborear el pintoresco momento en todos sus matices, pero en lugar de eso sintió cierta inquietud debido a la inmensidad de la oscuridad, a la ausencia de personas, a lo extraño que todo le resultaba. Decidió que volvería a la luz del día para explorarlo. Se dio la vuelta en dirección a Mulligan's con una leve sensación de derrota tras su aventura frustrada. A través de las ventanas de cristal esmerilado atisbó sillas apiladas sobre las mesas y unos cuantos rezagados en la barra.

—Perdona. —La voz la sobresaltó. Se dio la vuelta—. Te he visto con tus amigos dentro. ¿Estás bien, volviendo sola andando? Es tarde.

Era americano, un hombre. Rondaría los treinta y muchos, pero parecía de los que habían tenido aspecto de adulto toda su vida. Tenía el torso corpulento, los hombros anchos y complexión musculada. Cazadora de cuero. Un poco curtido. Un mechón de pelo negro le caía sobre la frente. Captó todo esto con una ojeada aparentemente rápida.

—Todo bien —contestó ella—, pero gracias.

No se dio la vuelta para marcharse, aún no.

—Lausana parece una ciudad bastante segura, pero nunca se sabe —señaló él. Se frotó un lado del mentón como si alguna vez hubiese llevado barba. A Hadley le dio la impresión de que se trataba de un gesto habitual, de alguna manera instintivo.

—No pasa nada —le aseguró ella—, miraré a ambos lados cuando cruce la calle. No hablaré con desconocidos. —Sonrió con naturalidad—. En fin, en ese caso supongo que será mejor que me vaya ya.

Él encendió un cigarrillo y asintió soltando una bocanada de humo. Entonces ella se fijó en sus ojos; eran más dulces de lo que había pensado. De un azul líquido.

—¿De dónde eres? —preguntó él.

—De Inglaterra.

—Ya me he dado cuenta. ¿De qué parte?

—Del centro.

—Una vez pasé un verano allí, hace años. En Cambridge.

—Cambridge es precioso —dijo Hadley.

—Sí, mucho —convino él, mirándola fijamente de una manera que no traslucía del todo sus pensamientos—. Oye, cuéntame, ¿qué estás haciendo en una taberna irlandesa tu primera noche? No es muy suizo, que digamos.

—¿Cómo sabes que es mi primera noche?

—La segunda, entonces. La tercera como mucho. Pero apostaría a que es la primera. Se nota por ese aire que tienes.

—Yo no he elegido el sitio —repuso ella, ignorando su último comentario—; ha sido la gente con la que estaba.

—Tienes que encontrar otra gente mejor que te enseñe todo esto.

—O —rebatía ella— descubrirlo por mí misma. Por cierto, ¿por qué estabas ahí entonces? ¿Si tan malo es? ¿O acaso también es tu primera noche?

—A lo mejor. —Sonrió.

—Tengo que irme —dijo ella—. Adiós.

Echó a andar.

—Que te vaya bonito.

—¿Cómo dices? —Se volvió hacia él.

—He dicho: «Que te vaya bonito».

—Vale, gracias. Eso espero. Igualmente.

—Qué educada.

—Bueno, ¿normalmente qué dice la gente? Nunca me habían dicho «Que te vaya bonito».

—¿No? ¿Nunca?

Hadley se encogió de hombros.

—No, que yo recuerde. No es muy común.

—Bueno, es un honor introducirla en la materia.

—En realidad deberíamos estar hablando en francés.

—*Au revoir, mademoiselle* —dijo él, arrugando el rostro al sonreír.

—*Au revoir, monsieur* —respondió ella.

Entonces se alejó de él, porque parecía lo apropiado. Al volver la vista atrás él había desaparecido. Se había mimetizado en el entramado de la oscura ciudad.

A primera hora de la mañana siguiente, Hadley se despertó de sopetón. Permaneció tumbada un momento, enredada entre la ropa de cama, escuchando. La habitación estaba prácticamente a oscuras, salvo por los resquicios de luz que entraban por las rendijas de las persianas. Volvió a oír un ruido. El traqueteo de un pomo, el forcejeo de una llave en una cerradura y una retahíla de maldiciones en voz baja pero audible en un idioma que le resultaba incomprensible. Hadley se apoyó en un codo y aguzó el oído. Tal vez fuera Kristina Hartmann, que venía a ocupar la última habitación libre del pasillo. Se bajó de la cama y se dirigió a la puerta sigilosamente.

Giró el pomo y asomó la cabeza. Llevaba el pelo enmarañado y un pijama a rayas que le daba un aire infantil. La chica del pasillo no oyó abrirse la puerta contigua y continuó forcejeando con la suya. Hadley se fijó en las cuatro maletas de piel oscura desperdigadas por el pasillo y en su abrigo, una gabardina como las que tanto le habían llamado la atención antes, que yacía tirada en el suelo. La chica tenía una melena dorada que le caía hasta la mitad de la espalda. Una bufanda con estampados llamativos se le resbalaba de los hombros. Se pasó una mano por el pelo, exasperada, y se lo echó hacia atrás con fuerza; Hadley se fijó en sus uñas, pintadas en granate oscuro, y en la marca desvaída de un chupetón sobre su cuello. La chica se dio la vuelta de repente y vio a Hadley observando.

—Oh, ¿te he despertado?

Hadley se preguntó cómo había dado por hecho que era inglesa. Su voz tenía una vaga cadencia norteamericana, y lo parecía a juzgar por su constitución alta y atlética y la frescura que desprendía, pero hablaba con un deje que no supo identificar.

—No pasa nada. ¿No puedes entrar en tu habitación? —preguntó Hadley.

—La puñetera llave que me han dado no sirve —contestó ella, forcejeando de nuevo con la cerradura—. Es inútil. Supongo que tendré que despertar al conserje. Aunque probablemente ya estará despierto, preguntándose quién demonios está haciendo todo este ruido. Como tú. —Hadley se cruzó de brazos, súbitamente consciente de los pantalones holgados y la poco favorecedora chaqueta de pijama que llevaba—. Lo siento —añadió—. Me siento fatal. Lo único que quiero es entrar en mi maldita habitación, me he pasado la noche viajando.

La manera en que dijo «maldita» le hizo gracia a Hadley. Le recordaba al acento de los condados del sureste de Inglaterra. Sin embargo, a pesar de su perfecta pronunciación y acento, no era inglesa, ni mucho menos. Tenía los pómulos altos y prominentes, lo cual le imprimía un aire felino e impactante, mientras que su abundancia de pecas desvaídas le daba un toque informal y suavizaba su aspecto. Todo en ella irradiaba sofisticación: la cadena de oro al cuello, el brillo de su sonrisa, el perfume cuya esencia percibía Hadley aun estando a casi un metro de ella... Era velado y atrevido.

—Deja que pruebe yo —se ofreció Hadley—, la mía también se atasca un poco.

Se abrió al segundo intento.

—¿Cómo lo has hecho? —exclamó la chica—. ¡Increíble!

Hadley la ayudó a meter las maletas dentro. Arrastró la más grande y se pilló el dedo gordo de su pie desnudo con el borde.

—Soy un desastre —dijo la chica alegremente, al tiempo que se dejaba caer en la cama—. ¿Qué habría hecho sin ti? ¿Cómo te llamas?

—Hadley Dunn. Estoy en la habitación de al lado.

—Y yo soy Kristina. —Le tendió la mano y Hadley se la estrechó, sin estar segura de haber saludado así a ninguna otra chica antes. Parecía un gesto formal y al mismo tiempo desenfadado. Se sonrieron mutuamente—. De modo que somos vecinas —añadió Kristina—. Genial.

—No consigo reconocer tu acento.

—Danés.

—Vaya, ¿en serio? Nunca he conocido a nadie de Dinamarca. ¿Y cómo es que llegas tan tarde? ¿Acabas de aterrizar?

Kristina se remangó para consultar la hora en su minúsculo reloj de oro. Colgaba de su muñeca tan suelto como un brazalete.

—Prácticamente a las cuatro de la mañana —contestó—. Estaba en Ginebra y perdí completamente la noción del tiempo. Bueno, ¿qué tal esto? —Hadley no esperaba que lo primero que le viniera a la cabeza fuera el azul acuoso de los ojos y la mueca de la sonrisa del desconocido americano y cómo el hecho de pensar precisamente en esas cosas había acelerado su paso al volver a la residencia esa noche. Se disponía a responder cuando Kristina la atajó—. No contestes ahora, Hadley, vuelve a la cama. Ya me contarás lo que me he perdido por la mañana. Siento muchísimo haberte molestado.

—Oh, no me has molestado —le aseguró Hadley. Se estremeció; hacía frío en la habitación de Kristina. Se encogió bajo el pijama al tiempo que se balanceaba con los pies. Siempre habría tiempo para entablar amistad, cuando las primeras impresiones dieran paso a juicios con más fundamento, aunque en el transcurso de su breve encuentro Kristina no la había dejado indiferente. Hadley se sentía como si volviera a tener seis años, descubriendo una nueva amiga entre los tablones de la valla del jardín trasero, una relación que podía sellarse con un bocado a una chocolatina o un paseo en el transportín de una bicicleta—. ¿Te apetece que desayunemos juntas? —le propuso.

—Me encantaría.

—Cuando hayas echado una cabezada, claro.

—Ya apenas voy a dormir. Me despertaré con el sol.

Hadley reprimió un bostezo.

—Yo también. Buenas noches, entonces.

—Me alegro mucho de conocerte, Hadley. Gracias de nuevo por salvarme.

Al volver a su habitación, Hadley se acercó a la ventana. Levantó ligeramente la persiana y atisbó la ciudad, adormecida. «J'habite à Lausanne», dijo. A continuación volvió a la cama y se durmió casi al instante, con una sonrisa en los labios.

Esa primera madrugada sus sueños fueron versiones distorsionadas de los episodios de la noche, donde los detalles insignificantes se trocaron para cobrar fundamento. Era Kristina la que aparecía adormilada con aire infantil en un pijama holgado. Era el desconocido americano quien desatascaba la cerradura de la puerta. Y era el cuello de Hadley el que presentaba la señal desvaída de un chupetón, una marca de honor que ya se estaba difuminando, tan frágil como alas de mariposa.

A pesar de las pocas horas de sueño, Kristina madrugó, tal y como había dicho. Entró con aire desenvuelto en la cocina con el pelo todavía mojado de la ducha, despidiendo una ráfaga de fragancia de coco. Hadley se fijó a la luz del día en su tez bronceada y en la curva de sus caderas bajo la tela vaquera: bien podía haber salido directamente de las páginas de una revista. Prepararon café juntas y untaron mermelada de color rosa en rebanadas de *baguette* cortadas con esmero. Kristina extendió una servilleta de papel sobre su regazo y se puso a quitar con el dedo cada miga que caía sobre la mesa. Despedía delicadeza y al mismo tiempo osadía.

—Por nuestra primera mañana —dijo Hadley, sosteniendo en alto su café. Kristina se echó a reír y brindó con ella; más que un brindis, parecía un pacto—. Y por todas las venideras —añadió—. ¿Sabes? No puedo creer que los demás estén tirados en la cama en un día como este. —Estaban sentadas una al lado de la otra, con la vista de la ciudad ante sí. Durante la noche había nevado en los picos más altos, y una finísima nube hendía el cielo—. Me muero de ganas de salir ahí fuera. ¿No sientes la llamada?

—A lo mejor tienen resaca.

—Pero se puede tener resaca en cualquier sitio, es una pérdida de tiempo.

—A lo mejor es que saben que van a pasar aquí todo el año. La ciudad se va a quedar donde está, Hadley.

—Quiero aprovechar al máximo cada momento. Nunca volveré a pasar mi primera mañana en Lausana. Nunca.

Kristina se levantó y se dirigió a la ventana. La abrió de par en par, y entró un sople de aire fresco.

—¿Sabes? En francés hay un dicho —comentó, volviéndose hacia Hadley—, «Il faut profiter». Significa: «Hay que aprovechar al máximo» o «Hay que sacar partido», algo así. Pero es más que eso. Se trata de apreciar realmente las cosas, saborear el momento. Apenas te conozco, Hadley, pero intuyo que vas a *profiter* todo el tiempo que pases aquí, porque así lo deseas.

La cándida convicción de Kristina resultaba contagiosa.

—Eso me ha encantado —señaló Hadley—. Espero que sea cierto.

—Ya lo creo. Así que ahí tienes: lección número uno de francés. Bueno, ¿nos vamos o qué?

—*Oui. Vamos a profiter.*

Fueron en autobús al Institut Vaudois para matricularse, y lo vieron juntas por primera vez. El campus, construido en la ladera de una colina a las afueras de la ciudad, rebosaba de jardines formales y arquitectura planificada. El lago apenas se distinguía a lo lejos; las montañas, omnipresentes, delimitaban el borde.

—Este sitio es una pasada —exclamó Hadley, extendiendo los brazos para abarcarlo todo. Le contó a Kristina cómo había descubierto el folleto la primavera anterior, mientras la estirada de Carla lo hojeaba. Y cómo la realidad era idéntica; mejor, si cabe—. De hecho, nunca imaginé que llegaría aquí —añadió—. Parece un sueño.

—Entonces, más nos vale asegurarnos de que sea uno bueno —dijo Kristina, enganchándose al brazo de Hadley. Siguieron avanzando por el sendero, Kristina alta y esbelta como un lirio, con la brisa adueñándose de su pelo y arrastrándolo consigo como la cola de una novia. A su lado, Hadley parecía pelona y traviesa.

Sin haber pisado antes el campus, daba la impresión de que Kristina sabía por dónde se movía. Fue comiendo una manzana mientras caminaba y lanzó el corazón entre el follaje de un rododendro con total naturalidad, sin interrumpir su locuaz charla. Estaba estudiando Historia del Arte y ya se sabía los nombres de todos sus profesores. Mencionó su pasión por los románticos, petimetres con blusas de vuelo que pintaban escenas de una belleza incomparable, y hablaba de los artistas como si conociera sus vidas, como si se hubiese tumbado en una cama envuelta en seda y la hubiesen retratado magistralmente y desde cada ángulo. Por un momento, Hadley se imaginó al tutor que la tuviera en su clase. La buscaría con la mirada, anhelaría corregir sus exámenes, prolongaría sus tutorías más que las del resto.

—¿Cuál es el mejor libro del mundo para ti, Hadley? —le preguntó, cambiando de tema con desenvoltura.

Se encontraban en un tramo elevado del sendero desde donde se apreciaba una franja más amplia del lago. Parecía liso como un espejo e invitaba a la reflexión. Hadley meditó la respuesta. Durante el verano había leído *Adiós a las armas*, de Hemingway, para prepararse la asignatura de Literatura Norteamericana en la que quería matricularse. El día que terminó de leerlo en el autobús, se encontraba tan inmersa en la historia que pasó de largo su parada. Fuera había llovido, igual que en el libro, y, al echarse a llorar en las últimas páginas, las lágrimas de sus mejillas resbalaron de la misma manera que las gotas de lluvia por el cristal. Se lo contó a Kristina.

—¡El carroza de Hemingway! ¡Quién lo habría imaginado!

—Y termina aquí en Lausana. Ni siquiera lo sabía cuando empecé a leerlo, no me lo podía creer.

—¿Sí? Qué romántico.

—No es romántico, es muy muy triste —repuso ella, pero Kristina ya estaba en otra cosa. Vieron el café del campus y poco después estaban dentro, sentadas entre mesas desiertas, comiendo cruasanes rellenos de chocolate y brindando por su estatus de estudiantes oficiales con chupitos de café.

—Tenemos que salir de marcha esta noche —propuso Kristina, dejando con contundencia la taza sobre la mesa—. No hay más remedio. *Faire la fête*, como dicen los francosuizos.

—*Faire la fête* —repitió Hadley—, qué cadencia más bonita. Pero el sitio al que fuimos anoche me pareció horrible, era todo menos suizo.

—Sé adónde podemos ir —afirmó Kristina—. Solo tendremos que encontrar quien nos pague las bebidas.

—¿Caro?

—Pero precioso.

Esa noche, temprano, en la cocina de Les Ormes, deliberaron sobre cómo se desarrollaría la noche. Era la primera vez que los demás veían a Kristina. A Bruno se le pusieron los ojos vidriosos de lujuria; Chase mostró aparentemente el mismo interés o desinterés que al conocer a cualquiera; y Jenny pareció retraerse, como si recelase del atractivo de Kristina. Esta, secundada por Hadley, propuso tomar algo en el Hôtel Le Nouveau Monde, pero Jenny y Bruno votaron de nuevo por Mulligan's; se empecinaron en sus propuestas como a veces hace la gente en una ciudad desconocida y extranjera, con excesiva familiaridad, disfrutando de la rápida instauración de la rutina. Chase titubeó entre los dos grupos, pero al final Jenny lo agarró del hombro y se lo llevó a su terreno, un gesto que hizo que asomara una sonrisa en la comisura de los labios de Chase. A nadie pareció molestarle la división.

A pesar de que hacía una noche cálida, uno de los últimos días del verano, a lo lejos las montañas se encogían y fruncían como presagio de la tormenta que se avecinaba. El ambiente estaba lleno de mosquitos que anunciaban tormenta. Antes de llegar a la orilla del lago, Hadley y Kristina encontraron un bar en los bajos de la catedral donde las mesas estaban colocadas sobre los escalones y la vista se componía de un tapiz de tejados. Bebieron cócteles en vasos de tubo colmados de cubitos de hielo y lima, y se rieron tontamente por la manera en que el camarero les guiñaba el ojo cada vez que les servía las bebidas.

—No puedo tirarme todo el año así —comentó Hadley—. Acabaré borracha y sin un duro.

—Es la primera noche que paso aquí —dijo Kristina—, y tú la segunda. Estamos celebrándolo. ¿Qué pasa? ¿A qué viene esa sonrisa?

Hadley meneó la cabeza.

—No sé, me siento un poco ida. Me siento feliz, eso es todo. Me siento muy muy

feliz.

—Bien. Así me gusta —afirmó Kristina—, sentirse feliz es bueno. —Le brillaban los ojos y tenía en los labios una risa dulzona por las copas—. Venga, pongámonos en marcha hacia el lago. El Hôtel Le Nouveau Monde nos espera. —Lo pronunció con un exuberante acento francés y Hadley repitió sus palabras, como hechizada.

Cruzaron volando la calle ante una salva de pitidos, esquivando de milagro un deportivo descapotable con tecno francés a todo volumen. Cuando por fin llegaron al lago el sol se estaba poniendo, dejando un resplandor rosáceo y argénteo y el agua moteada como el dorso de una trucha. Se detuvieron un momento a contemplarlo.

—Dios, qué bonito —exclamó Hadley.

—No —repuso Kristina, tirándole del brazo—, eso sí que es bonito.

El Hôtel Le Nouveau Monde, de un blanco de tarta nupcial, estaba engalanado con balcones de hierro forjado y rematado con toldos mandarina. Sobre la cubierta destacaba el nombre en letras de más de un metro de altura, como los clásicos rótulos de neón de los tejados parisinos; un toque teatral en una fachada por lo demás discreta. Hadley no pudo por menos que imaginarse qué clase de gente se hospedaría en semejante lugar: estrellas de cine, amantes frívolos, damas quisquillosas entradas en años, dilapidando la herencia de sus hijos. El edificio tenía un aspecto tan sobrio, tan sólido..., cuando de hecho debería vibrar con la energía de todas las vidas interesantes que albergaba en su interior; las banderas deberían estar ondeando en sus mástiles; los postigos, batiendo.

—No hay nada mejor en el mundo que un buen hotel —comentó Kristina en tono soñador.

—No recuerdo haber estado en ninguno —señaló Hadley.

—Bueno, eso va a cambiar.

—Pero es tan imponente... No podemos entrar por las buenas, ¿no?

—Claro que sí. Siempre hay un bar.

—Pero mira cómo voy —dijo Hadley. Llevaba uno de sus hallazgos en una tienda benéfica, un minúsculo vestido mañanero de color azul aciano con un enorme cárdigan de hombre que casi le rozaba los muslos y unas gastadas zapatillas de lona blancas—. No me van a dejar entrar así ni de broma.

—Por supuesto que sí —le aseguró Kristina—. Lo único que tenemos que hacer es sonreír. Y aparentar desenvoltura.

—Bueno, lo primero es fácil —dijo Hadley.

La clientela del Hôtel Le Nouveau Monde desprendía ese aire de seguridad que Hadley se figuraba que iba irremediablemente acompañado de una gran fortuna, esa convicción permanente de que el mundo y todo lo que abarcaba te pertenecía. Hadley y Kristina se detuvieron unos instantes al entrar en el bar del vestíbulo y echaron un

vistazo. Había una mujer con un vestido de noche negro azabache y el porte frío de un gato egipcio, sentada sola junto al piano de cola mecánico. Una pareja haciéndose arrumacos en un sofá; el cálido reflejo de una lámpara realzaba con armonía los tonos rojizos y dorados de su pelo. Kristina cogió a Hadley de la mano y la condujo a la siguiente sala, donde estaba tocando un grupo de jazz en tono bajo pero contundente. Los enormes espejos con marcos dorados hacían que la sala pareciera interminable. Un grupo de hombres cuya mezcla de colonias flotaba como una nube ocupaba los taburetes de la barra. El movimiento de los puños dejaba a la vista las abultadas esferas de sus relojes caros, y al cruzar las piernas asomaban las puntas de sus zapatos de suela de cuero. Hadley advirtió que los hombres se volvieron para mirar a Kristina con manifiesta admiración.

—No estoy segura de si este sitio es de mi estilo —empezó a decir en un hilo de voz, pero Kristina ya iba en dirección a la barra, donde enseguida la abordaron los moscones.

—Hadley, ¿qué quieres tomar? —le preguntó Kristina volviendo la cabeza, al tiempo que le plantaban una copa de Martini en la mano y uno de ellos le ponía una sombrilla para cóctel en el pelo. Hadley la vio echar la cabeza hacia atrás y reír. Sonrió y, al darse la vuelta, se cruzó la mirada con un anciano que estaba sentado solo en una mesa del rincón. Mantuvo la sonrisa en los labios y él la correspondió con otra.

—Hasta hace más o menos una hora se comportaban como los típicos hombres suizos —dijo él—. Resulta bastante sorprendente presenciar de primera mano semejante transformación. Tu amiga ha sido la primera en sucumbir a su experimentado y algo insolente encanto. Me pregunto si serás la segunda.

Hablaba en tono bajo y sonoro, en un inglés impecable con acento francés, y con excesiva parsimonia, como si dispusiese de todo el tiempo del mundo.

Hadley negó con la cabeza.

—No son mi tipo —dijo, sin dejar de sonreír.

—Pues menos mal —señaló él—. Me temo que serán bastante menos divertidos cuando vuelvan a sus salas de juntas por la mañana. Su jovialidad es tan duradera como los cubitos de sus copas.

Su tez bronceada empalidecía en los pómulos, tenía los ojos marrones y redondos como castañas, y el pelo plateado peinado con esmero; el efecto era de lo más exquisito.

—¿Cuánto tiempo lleva mirando? —le preguntó Hadley.

El anciano sonrió de oreja a oreja como si se tratase de una observación aguda.

—Toda mi vida, dirían algunos. Toda mi vida. —Tenía la actitud de un voyerista, pues, a pesar de que parecía encontrarse totalmente a sus anchas en el bar del hotel, despedía un aire algo distante. Sus ojos brillaban con un regocijo casi imperceptible,

un gesto que Hadley reconoció automáticamente—. ¿Me permites que te invite a tomar algo?

—Oh, no gracias —respondió Hadley—, se lo agradezco.

—Toma —insistió él, y le ofreció su copa—. Huele. Y no me digas que no te tienta.

Hadley cogió la copa. Incluyó la cabeza para olerla.

—Huele fuerte —dijo—. ¿Qué es?

—Uno de los mejores coñacs que he probado en mi vida. Y, si me conocieras lo más mínimo, comprenderías que es una afirmación de peso.

—La verdad es que no suelo beber coñac.

—Yo diría que eres demasiado joven para beber cualquier cosa. ¿A qué edad empezáis a beber las chicas ahora? Estoy desentrenado.

—Bueno —contestó Hadley—, solo hablo por mí, claro...

—*Mais oui...*

—Tengo diecinueve.

—Por supuesto. Una edad perfecta. —Hadley volvió la vista buscando a Kristina y la vio en medio de los hombres de la barra. Parecía una extraña flor descubierta por botánicos en el desierto. Se arremolinaban en torno a ella casi sin dar crédito a su hallazgo—. Anda —dijo el anciano—. Únete a ellos.

—La verdad es que no me apetece —repuso Hadley.

—Me cuesta creerlo.

—De todas formas, no están interesados en mí.

—Eso también me cuesta creerlo. ¿Cómo te llamas?

—Hadley.

—Hadley, soy Hugo Bézier. Encantado. Como decimos en francés: «Enchanté». Mucho más romántico que «Me alegro de conocerte», ¿no crees? —Hadley le tendió la mano y él se la estrechó, al tiempo que reprimía una sonrisa—. En Suiza la costumbre es darse tres besos —añadió.

—¿Cómo? ¿Incluso tratándose de desconocidos?

—Yo diría que especialmente tratándose de desconocidos.

Parecía un auténtico *lausannois*, el primer suizo con el que había entablado conversación, a excepción de las cortesías de rigor. Se preguntaba si se alojaría en el hotel como esos distinguidos huéspedes de edad avanzada que aparecían en los libros, los que vivían sus últimos días rodeados de opulencia, que usaban zapatillas de terciopelo para cenar y que se sabían los nombres de todos los camareros. Estaba a punto de responder cuando Kristina le tiró del brazo.

—Nos vamos a nadar —exclamó con entusiasmo—. ¡Y tú te vienes con nosotros!

—¿A nadar? ¿A nadar adónde?

—¡Al lago! Ha sido idea de Philippe. Hadley, está como una cabra. Te va a

encantar.

—¿Sí? —dijo Hadley, poniendo en duda ambas afirmaciones—. Pero si acabamos de llegar... Estaba a punto de tomar una copa.

Se volvió hacia Hugo, pero él ya se estaba levantando. Se puso el sombrero de fieltro y se echó por los hombros un abrigo de lana color camel.

—Es hora de mi sueño reparador —dijo.

—¿Cómo? ¿Se acabó el coñac? —inquirió Hadley.

Él cogió su copa, de la que quedaba medio centímetro. Se la ofreció.

—Coraje vikingo —le dijo—. ¿No es eso lo que decís los ingleses? A estas horas de la noche el agua está un poco fría, si no recuerdo mal.

Hadley apuró la bebida, que le produjo una agradable quemazón en la garganta. Hugo Bézier se alejó antes de que le pudiera dar las gracias, o las buenas noches, o cualquier otra cosa.

No se bañaron. Fue una de esas ideas disparatadas, producto de una bravuconada, que quedó en agua de borrajas cuando llegó la hora de la verdad. Al llegar a la orilla el cielo se había desgajado y caían enormes gotas de lluvia. Los tres hombres hicieron grandes aspavientos para buscar refugio y propusieron seguir de copas en otro bar, pero la noche había perdido su chispa. Hadley dijo que le apetecía irse a casa, Kristina coincidió con ella y los otros se marcharon enfurruñados a su hotel. Hadley y Kristina se fueron paseando bajo la lluvia, con las piernas desnudas brillándoles y el pelo cayéndoles en zarcillos.

—Da la sensación de que todavía es verano —comentó Hadley—. Hasta la lluvia es cálida.

—Ya verás cuando llegue la nieve —dijo Kristina—. Disfruta mientras dure. Aunque el invierno va a ser increíble. Te enseñaré a esquiar.

—¿En serio? ¿Lo harías?

—Claro que sí —contestó, encogiéndose de hombros—, es fácil, y te encantará. Oye, ¿quién era ese anciano? No será tu tipo, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No!

—Un viejo ricachón con una jovencita...

—Era interesante. Me ha caído bien.

—Solo que viejísimo. —Se resguardaron bajo una parada de autobús y se escurrieron el pelo. Hadley se estremeció y Kristina la rodeó con el brazo—. No debería haber hablado con esos tíos —dijo, con un ligero hipo provocado por el alcohol—. A Jacques le sentaría fatal.

—¿Quién es Jacques? —preguntó Hadley.

En ese momento llegó el autobús, salpicando sobre los charcos y silbando al frenar. Subieron, consiguieron sentarse tambaleándose al tiempo que volvía a

arrancar rápidamente, y por poco atropella al caniche de una señora con cara de pocos amigos.

—¿Solo son las doce? —dijo Kristina—. Parece mucho más tarde.

—¿Jacques es tu novio?

—Oh, Jacques, Jacques... No sé cómo empezar, Hadley. Es una historia demasiado larga para una noche tan agradable como esta. —Apoyó la cabeza contra el hombro de Hadley, dejando caer los hilos de oro de su pelo sobre el cárdigan empapado de su amiga, y cerró los ojos. Instantes después volvió a abrirlos—. ¿Y qué me cuentas de tu vida amorosa? ¿Es terriblemente complicada?

—En realidad no tengo —respondió Hadley.

—¿Cómo que no? Con lo guapa que eres...

—No lo creo.

—Bueno, tienes suerte.

Dicho esto, cerró los ojos de nuevo y se sumió en un dulce sueño.

Sus primeros días en Lausana pasaron en una vorágine de descubrimientos. Los estudiantes de Les Ormes no eran turistas ni lugareños propiamente dichos, de modo que rondaban los alrededores de los lugares de interés y hacían excursiones en coche, buscaban bares en calles secundarias y tomaban menús *prix fixe* en restaurantes baratos. Estaban libres hasta el comienzo del semestre, por lo que Hadley, Kristina, Bruno, Chase y Jenny pasaban juntos gran parte del tiempo. Sus caminos se habían cruzado, y de alguna manera se habían pegado los unos a los otros. Jenny, Bruno y Chase formaban una estrecha piña, mientras que Hadley y Kristina optaron por mantenerse más al margen.

Hadley siempre había tenido amigas, grupos poco definidos unidos principalmente por las circunstancias; chicas con las que salía en tropel, con las que compartía perfumes y derrochaba risas, pero ninguna como Kristina. Tal vez fuera la combinación de Kristina y Lausana, Lausana y Kristina; en realidad, ambas eran inextricables, pero ciertamente ella irradiaba un aura dorada. Cuando a Kristina se le ocurría una idea, todo su ser parecía resplandecer. Creía en el «*Il faut profiter*» tanto como Hadley. Si salían a tomar café por la tarde, fácilmente se convertía en cócteles sofisticados y juergas hasta el amanecer. A una película en blanco y negro en el cine independiente, llena de miradas robadas y penetrantes, le sucedía una estridente comedia romántica y carcajadas. Incluso una simple cena en Les Ormes parecía una aventura: se reían tontamente mientras se les saltaban las lágrimas cortando cebolla, compartían una cuchara para probar sus creaciones y tomaban vino barato apoyadas contra la encimera de la cocina. Con todo el tiempo que pasaban juntas, Kristina no volvió a mencionar a Jacques. Por muy abierta que fuera, por mucho que congeniara con Hadley, que le tendiera el tenedor dándole a probar comida de su plato, que abriera la puerta envuelta en una toalla minúscula, daba la impresión de que en este tema en concreto no quería sentirse presionada. De modo que Hadley lo obviaba. A veces, simplemente se sentaban en la barandilla de la habitación de cualquiera de las dos, balanceando las piernas al aire mientras contemplaban la ciudad negra azabache. Kristina se encendía un cigarrillo y lo sujetaba con delicadeza entre el pulgar y el corazón como una atractiva y diestra fumadora.

—¿No te entran ganas de saltar? —le preguntó Hadley una noche.

—La verdad es que me dan un poco de miedo las alturas —contestó Kristina, con cierta timidez, como si estuviese compartiendo un secreto.

—¿En serio? Pues da la impresión de que no te da miedo nada. Kristina, fíjate, todos los edificios iluminados, las luces al borde del lago, las montañas detrás,

extendiéndose hasta el infinito... Dan ganas de lanzarse.

—Tú eres la que no parece temer nada.

—¿Yo? Qué va. Todo me da miedo. Me ponía nerviosa la idea de venir aquí.

—¿Por qué?

—Era una especie de riesgo. Por lo general, no soy de las que se arriesgan.

—Estar en Lausana no entraña ningún riesgo, Hadley. No es más que otra ciudad, otro país.

—Para ti resulta fácil, eres... de la *jet-set*.

—¿De la *jet-set*? —Soltó una carcajada—. No lo creo. En cualquier caso, las dos estamos aquí, lo cual nos pone en la misma situación. Y vaya si nos lanzamos, todos los días lo hacemos.

—Claro que sí. La ciudad es nuestra. —Hadley movió la mano y su pulsera, una cadena de estrellas de plata, se le soltó de la muñeca. Dejó escapar un grito y Kristina alargó los brazos para agarrarla, pensando que era Hadley la que se estaba cayendo. La pulsera cayó en picado y desapareció entre las copas de los olmos. Se apoyaron la una contra la otra, riendo.

—¡Me encantaba esa pulsera! —gimió Hadley.

—Oh, no, ¿era valiosa?

—Para mí, sí.

—¿Te la regaló un chico?

—No, mi madre.

—Oh, Dios, ¿no sería una reliquia de familia?

—No exactamente. La compró por dos libras, en un mercadillo. No era ninguna reliquia.

—¿Quieres que vayamos a buscarla?

—Nunca la encontraremos. Sería imposible.

—No me refiero ahora, a oscuras, sino por la mañana.

—Hay demasiada pendiente, prácticamente necesitaríamos crampones y cuerdas. No, la doy por perdida. No pasa nada, Kristina, la doy por perdida.

—Compraremos otra —dijo Kristina—. Era bonita. Me fijé el día que nos conocimos. Llevaba estrellitas de plata, ¿verdad?

—Todas tenían tamaños diferentes, y parecía como imperfecta. Eso es lo que más me gustaba.

—Deberíamos ir a uno de esos *ateliers* de la catedral. Podrías dibujarla y apuesto a que alguien sería capaz de fabricarla.

—Creo que costaría más de dos libras —dijo Hadley— y, de todas formas, no sería lo mismo. No, se ha perdido. *Au revoir, ma petite* pulsera.

Tras una última y nostálgica ojeada abajo, Hadley bajó de la barandilla. Le tendió la mano a Kristina para ayudarla a saltar, y esta dio un brinco con la ligereza de una

bailarina.

Cuando Hadley llamó a la puerta de Kristina a la mañana siguiente, no estaba allí. Desayunó sola, pues era demasiado temprano para la hora que se levantaban los demás. Ya llevaban más de una semana en Lausana y empezaba a entender sus ritmos; Kristina y ella eran las únicas que preferían levantarse antes de mediodía aun sin tener nada que hacer. Hadley preparó café y se sentó con las piernas cruzadas en la silla a contemplar la luz sobre el agua. Esa mañana tenía un brillo argénteo más acusado que de costumbre y la neblina empañaba las orillas. Estaba hipnotizada y seguía adormilada. No oyó abrirse la puerta y dio un respingo al notar una mano en el hombro.

—Dios, me has asustado. —Hadley se fijó en las recias botas y en la camiseta de deporte de Kristina, en el rubor de sus mejillas y en el tenue brillo de sudor de su frente—. Estás... rara. ¿Ya has salido?

—Al amanecer, prácticamente. He estado escalando. Y trepando. Y resbalándome un poco. Cuando estaba a punto de darme por vencida, ahí estaba, brillando delante de mí.

Hadley se quedó boquiabierta.

—No habrás... —empezó a decir.

Kristina abrió el puño, y ahí estaba: un diminuto racimo de estrellas de plata enredadas.

La víspera del comienzo del semestre, Bruno propuso ir de excursión. Hacía un día seco y despejado y desde los balcones de Les Ormes se divisaba toda la cadena montañosa. Las aguas del lago Lemán invitaban al viaje y la aventura. Bruno era el único que tenía coche y sugirió adentrarse con él en las colinas. Se puso al volante, con Chase de copiloto, y Hadley, Kristina y Jenny se apretujaron en el asiento trasero. Pusieron rumbo a la carretera del lago, cruzaron viñedos y pueblos ribereños. Vieron casas con tejados y gabletes dispuestos caprichosamente que parecían amontonarse, empujándose entre sí más y más cerca del borde del agua. Chase puso un CD de rock duro en el reproductor; Bruno doblaba las curvas a creciente velocidad. Hadley bajó la ventanilla para sentir la ráfaga de aire contra sus mejillas, hasta que Jenny se quejó de que le dolían los oídos y a Kristina se le erizó el vello de los brazos. La subió a regañadientes.

Bruno les condujo a una estación de invierno todavía fuera de temporada, donde pasearon por calles con hojas arrastradas por el viento y pasaron bajo las estructuras robóticas de telesillas fuera de servicio. Se pusieron apresuradamente cazadoras y bufandas, innecesarias en las tierras bajas. No tardaron en dispersarse, atraídos hacia

direcciones diferentes. Bruno subió la empinada cuesta hasta un hotel con torrecillas encaramado al borde de las laderas altas. Jenny se dirigió a una tienda de regalos, donde agitó una tras otra todas las bolas de nieve expuestas en filas y compró un osito de peluche vestido de bávaro para regalárselo a una sobrina. Chase se sentó en un banco de la calle principal, bordeada de chalés alpinos, y se puso a dibujar en el cuaderno que llevaba encima; desprendía un inconfundible aire urbano con su parka azul marino. Tapó el dibujo con el brazo al pasar Hadley. Kristina encontró una boutique donde se puso a probarse pieles auténticas y a examinar satisfecha su aspecto en el espejo mientras una dependienta de pelo canoso y espalda encorvada sonreía. Hadley la observó durante un rato y luego también tomó su propio rumbo.

Compró una postal con los bordes curvados, una copia de una fotografía *vintage*. Aparecía una mujer de aire deportivo, apoyada en sus esquís. Llevaba un jersey y una bufanda roja liada al cuello con gracia. Tenía el rostro de cara al sol y detrás de ella se desplegaba un cielo azul infinito. Hadley escribió la postal en una mesa de una confitería, mientras una tartaleta de espinacas languidecía a su lado y en el chocolate caliente se formaba una escurridiza capa de nata. «Sin nieve, da la sensación de que estamos donde no deberíamos estar —escribió—. Da la sensación de que es un privilegio y una intrusión». No sabía quién sería el destinatario; sus padres, desde luego que no. Compró otra postal al salir en la que aparecía una marmota, una criatura de montaña mezcla de ardilla y conejillo de Indias, con los incisivos aserrados y una sonrisa bobalicona. Decidió que esa sería para ellos; a su hermano Sam le encantaría. Se la imaginó apoyada en el tablero de la mesa en casa, al lado de la que les había enviado del lago Lemán. «Nuestra hija está pasando el año en el extranjero», dirían a sus invitados, con una punzada de orgullo y un leve resquicio de tristeza. Sam se pondría de puntillas para hacerle muecas a la marmota.

Un privilegio y una intrusión. Hadley le dio vueltas a las palabras que le habían venido a la cabeza. Se preguntó si la estación de invierno le haría justicia a semejantes palabras, con sus hoteles con los postigos echados y restaurantes cerrados a cal y canto, suspendida en esa tierra de nadie del otoño. ¿Y si fuera así todo el año? Le gustaba la sensación de haber elegido estar en un sitio en lugar de haber sucedido a la inversa, pero Lausana todavía se le hacía un tanto extraña. Se sentía como un niño al colarse por la verja de un jardín secreto; la hierba que pisaba era mullida, oía el canto de los pájaros, pero no podía evitar mirar atrás con la sospecha de ser descubierta en cualquier momento como una intrusa en el paraíso. Apparently, Kristina no tenía tales reparos. Se movía airosa de acá para allá con una feliz sensación de pertenencia. Le había contado a Hadley que había pasado el verano en la Riviera francesa, a un corto trayecto en tren de Lausana; trenes franceses que salían en los periódicos, que se bamboleaban velozmente por los raíles, con el ruido de descorches de botellas de champán en el vagón restaurante. Puede que para Kristina

Lausana no fuera más que otro lugar bonito en una vida de por sí rodeada de belleza, entre casas danesas pintadas y terrazas sombreadas de palmeras en Saint-Tropez. A Hadley le gustaba pensar que, independientemente de lo que le deparara ese año, Lausana siempre le pertenecería. Siempre podría hablar de «su año en Suiza», lo cual la haría sentirse diferente. ¿Adquiriría su piel un bronceado dorado? ¿Adoptaría la actitud despreocupada propia de una persona culta? Una francófila avezada con un montón de anécdotas de viajes y, gracias a Kristina y a su promesa, con los andares de un esquiador. ¿O sería la misma de siempre, solo que con nuevos recuerdos? ¿Con un mundo totalmente privado que podría sacar y agitar a su antojo como una bola de nieve? Habría algo distinto. Por lo pronto, de eso estaba convencida.

Más tarde, se reunieron en una posada de la periferia a beber cerveza rubia en vasos de tubo. El interior era oscuro y olía a madera añeja; de las paredes colgaban cabezas de venado. El encargado hablaba un dialecto cadencioso del alemán de Suiza y llevaba un sombrero de fieltro calado sobre los ojos. Se acomodaron en torno a una mesa junto a la ventana y Hadley no podía apartar la vista de ella. La panorámica abarcaba el valle desde lo alto: la neblina flotaba sobre las copas de los árboles de hoja perenne y se atisbaba el torrente de un río.

—¿Alguien más se siente como si no debiera estar aquí? —preguntó, dirigiendo la vista al resto—. Es como si estuviéramos saltándonos las clases.

—El semestre no empieza hasta mañana, Hadley —puntualizó Kristina.

—Ya lo sé, me refiero a estar aquí, tan lejos de todo. Es como otro mundo. No solo este lugar, sino Suiza. Al simple hecho de que estemos aquí.

—Y que lo digas —convino Jenny—. Estamos a kilómetros de cualquier sitio. Como si Dave no existiera. Lo odio.

—¿Lo odias? —Hadley se quedó boquiabierta.

—No me refiero a que odie esto. Es el mero hecho de estar aquí. Él está en Inglaterra, y yo aquí; no tiene sentido.

Chase se encogió de hombros.

—Siempre puedes dejar tu plaza vacante. O romper con tu novio. Esa, claro, es la segunda opción.

—No estoy diciendo que... —empezó a objetar Jenny.

—Me da la impresión de que aquí el problema es el amor —atajó Bruno, alzando su vaso—. Así que ¡un brindis por no estar enamorado! ¡Un brindis por la libertad! —Sostuvo el vaso en alto, pero los demás se hicieron los remolones—. ¿Chase? ¡Venga!

—Salud —dijo Chase, haciendo tintinear su copa—. Por los nuevos comienzos.

Jenny le sonrió y bebió de un trago su cerveza. Hadley dirigió una fugaz mirada a Kristina, que estaba toqueteándose las uñas y no parecía estar escuchando.

De camino al coche, Kristina cogió a Hadley del codo.

—¿A qué crees que se refería Bruno al decir que el problema es el amor?

—Me da la impresión de que lo decía por decir —respondió Hadley—. Lo que pasa es que Jenny echa de menos a su novio, eso es todo. O a lo mejor no, y ahí radica parte del problema.

Iban juntas abriéndose paso entre la hojarasca, a la zaga del resto del grupo. El aire había cambiado de rumbo y ahora hacía fresco.

—Pero tienen razón —repuso Kristina—. Es una trampa. Una trampa y al mismo tiempo una liberación.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Hadley y, tras una pausa—: ¿Es por Jacques? —Kristina aceleró el paso y alcanzó al resto. Hadley se quedó con la duda.

En cuanto comenzó el semestre, los horarios de Hadley y Kristina les hicieron tomar diferentes rumbos en el campus. Kristina se vio absorbida por otras pandillas de estudiantes, alumnos típicos de Historia del Arte, con chaquetas de terciopelo, gafas de media luna y pelo alborotado a conciencia. Hadley pasaba el tiempo entre la Facultad de Filología Francesa, donde los alumnos de intercambio daban clases de gramática y realizaban someras incursiones en la literatura de ficción gala, y el Departamento de Inglés. En el Institut Vaudois, si elegías estudiar Literatura Inglesa, todas las clases y los trabajos de curso eran en inglés, de ahí que entre los docentes, además de unos cuantos suizos, hubiera varios profesores del Reino Unido y Estados Unidos. En su primer día, Hadley vio en los pasillos del Departamento de Inglés un tablón de anuncios con un cartel donde se decía que los profesores Caroline Dubois y Joel Wilson organizarían un cóctel de bienvenida para estudiantes y docentes poco antes de principios del trimestre. Según sus horarios, su primera clase de Literatura Norteamericana era ese viernes, y la impartía el profesor Wilson. Hadley decidió esperar a ver qué tal era la clase antes de comprometerse a ir a tomar algo; se imaginaba a todo el mundo de pie en actitud fría y formal, masticando cacahuets con aire solemne y sujetando en la mano un vino en vaso de plástico.

Deambuló por el pasillo y vio otro tablón de anuncios con una serie de fotografías de todos los miembros del personal docente. Hadley se detuvo y trató de localizar a los profesores Dubois y Wilson. Primero encontró a Caroline Dubois. Llevaba el pelo caoba recogido pulcramente en un moño tirante y una blusa de color melocotón con el brillo de la seda. «Caroline Dubois. Especialidad: Romanticismo», decía debajo. Su expresión era demasiado adusta; carecía de la suavidad de los románticos, pensó Hadley. Siempre provocaba desilusiones el hecho de que el aspecto de las personas no encajara con sus intereses. Hadley siguió mirando la serie de fotografías y le sorprendió dar con una cara conocida. Incluso sin la luz de la farola ni el inesperado sonido ronco de su voz, reconoció al americano de su primera noche en Lausana. Recordó la columna de humo de su cigarrillo y los pálidos océanos de sus ojos. *Joel*

Wilson. «Especialidad: Hemingway y la Generación Perdida», decía. Hadley echó un fugaz vistazo a izquierda y derecha del pasillo, con la absurda sensación de haber topado con algo ilícito. Aliviada de encontrarse a solas, se acercó a examinar la foto.

A diferencia de Caroline Dubois, el aspecto de Joel Wilson encajaba perfectamente con su perfil. La camiseta blanca marcaba claramente su constitución musculosa, y sobre la frente le caía un mechón de pelo oscuro. Su expresión retaba a la cámara. Puede que a simple vista no resultase guapo —no para miradas superficiales—, pero desprendía solidez, una especie de fuerza que hacía que esa reproducción plana suya, ese retrato en dos dimensiones, resultase difícil de resistir. Se preguntó si en clase la reconocería del mismo modo que ella lo había reconocido a él. Aquella primera noche seguramente él se figuró que era una estudiante recién llegada porque resultaba obvio, ¿no?: su pandilla improvisada de amigos, su mirada errante, la conciencia de su propia identidad que parecía emanar por todos los poros de su piel..., el ansia de vivencias típica del novato. Y, sin embargo, hubo cercanía entre ellos, sin líneas de autoridad que marcaran los límites de su conversación. En la calle se habían comportado como iguales, a la misma altura, y durante todo ese tiempo la identidad de Wilson había permanecido en el misterio.

Hadley no tuvo que esperar demasiado, pues la primera clase de Joel Wilson era ese viernes por la mañana. A lo largo de la noche se había trocado el rumbo de las estaciones; hacía un día más propio del invierno venidero que de los últimos días del verano, aunque el sol continuaba iluminando el ambiente y el cielo lucía un azul recién pintado. Kristina se había marchado temprano a clase y por lo visto los otros se habían quedado en la cama, de modo que Hadley se fue sola al campus.

El autobús la condujo por magníficas calles residenciales. Vislumbró fugazmente el interior de las ventanas y se entretuvo imaginando a la gente que vivía en esos bloques señoriales. Visualizó sus elegantes pies pisando los suelos de parqué, abriendo con sus manos de par en par las ventanas para recibir el día. Habría ancianas con perritos falderos cuyas manos crujirían por el peso de sus alhajas y jóvenes conmovedores de gran talento, con vidas plenas a falta del amor de una chica inglesa. Su imaginación siempre divagaba en este punto. Hadley no sabía lo que quería, solo lo que no quería. Se acabaron los estudiantes inmaduros, con sus concursos de ingesta de alcohol y sábanas sucias, sus manchas de desodorante y apuntes ilegibles. Se acabaron los desengaños servidos en una taza desportillada a la mañana siguiente y las despedidas con sabor a pasta de dientes y cerveza trasnochada. Se puso a darle vueltas al comentario que había hecho Kristina de Jacques. No parecía ni por asomo una relación de pareja a distancia; no había interminables llamadas de teléfono lacrimógenas ni montones de cartas con labios estampados en su habitación. Tampoco es que a Kristina le pasara desapercibido el aire de frescura de los chicos

suizos. A veces Hadley se planteaba sacar el tema, pronunciando su nombre en voz alta: *Jacques*. Seguramente no sería nada del otro mundo, sino una mera conversación entre dos amigas en busca de argumentos para decir «Lo sé» y «Yo también», estrechando cada vez más los lazos entre sus vidas. Pero con relación a este tema en particular, Kristina seguía mostrándose hermética.

—Si hablas de ello, lo pierdes —les dijo Joel Wilson—. Hemingway opinaba eso, y yo coincidí con él. —Era la primera clase de Literatura Norteamericana de Hadley y se había sentado más o menos en el centro, al lado de un chico de aspecto huraño con una ostensible pila de libros—. Supongo que, dicho esto, esta asignatura se convierte en la más breve de esta universidad —añadió—, y facilita muchísimo mi trabajo.

Hadley se rio y se le cayó el bolígrafo sobre la hoja. El chico que había a su lado la miró fijamente y arrugó el entrecejo con gesto burlón. Joel Wilson dirigió la vista hacia Hadley y ella le sonrió. Él asintió, breve pero perceptiblemente, como se suele hacer cuando te recuerdas a ti mismo algo que ya sabías.

Wilson había llegado tarde a su propia clase, se había zafado de la chaqueta según entraba por la puerta y había lanzado su destrozado maletín al atril, pero había fallado por poco. Se había metido las manos en los bolsillos de los vaqueros y les había sonreído a todos, mientras el contenido del maletín yacía esparcido por el suelo. «El país de los relojes de cuco y pulsera, y aun así llego tarde —les había dicho—. ¿Qué le vamos a hacer?». No tenía nada que ver con ninguno de los maestros que Hadley había tenido en el colegio ni con los profesores de su primer año de universidad. En este sentido acertó desde el primer momento.

—¿Por dónde empezamos? —les preguntó, haciendo una pausa como si realmente pidiera sugerencias—. Tengo una idea. Empecemos con el tipo de atracción que solamente puede acabar en sufrimiento. ¿Qué os parece? Un romance cuya consumación está abocada al fracaso. —Recorría con la vista la sala mientras hablaba, y Hadley se revolvió en el asiento—. ¿Pensáis que sois capaces de afrontar eso? ¿Pueden vuestros corazones soportar la separación? Vale. Entonces, hablemos de *Fiesta*.

De pie delante de la clase, daba la impresión de que Joel Wilson guardaba un secreto y de que, si escuchabas con la suficiente atención, te lo revelaría. Utilizaba diapositivas y las iba pasando rápidamente y a un ritmo entrecortado. Algunas mostraban párrafos mecanografiados ampliados y borrosos en los márgenes. Otras eran fotografías: el rojo deslumbrante del capote de un torero, el moño bajo de la cabeza de una mujer, la gallardía de un joven, el propio Hemingway, el empuje de su torso, los ojos como balas. Joel —como les pidió que le llamaran— era rápido de movimientos, se giraba en redondo cada vez que quería hacer una observación y casi parecía danzar por la sala. Pero, cuando se quedaba quieto, daba la impresión de que

el mundo dejaba de girar, y todos lo observaban atentamente. Hadley escribía a un ritmo frenético, sin bajar la vista sobre la hoja durante mucho tiempo. Más tarde intentaría descifrar los apuntes y le resultaría imposible. Lo volvería a escribir de memoria, escuchando mentalmente el rasgueo de la voz de Joel. Especialmente, la parte donde hablaba de ella.

—Tengo aquí una lista de alumnos —dijo él—. Hadley Dunn, de pie. —Hadley notó que le ardían las mejillas. Al levantarse, el bolígrafo se cayó al suelo. No recordaba que se hubiesen presentado en la calle—. ¿Tú eres Hadley? —preguntó—. Debí imaginarlo. Supongo que habrás oído hablar de tu tocaya, ¿no?

Había sido idea de su madre, pero no movida por pasiones literarias, como Joel Wilson suponía. Hadley era el nombre de la cantante de un grupo que estaba tocando en un pub la noche que su madre conoció a su padre. Esta otra Hadley, una chica que iba descalza con el pelo hasta la cintura, había subido al escenario, con el micrófono chirriando, y había cantado sobre el amor y el desamor con una voz que embelesaba y sobrecogía en igual medida. Por lo visto, después de la canción James Dunn hizo su declaración de amor a primera vista, susurrándole al oído a la madre de Hadley mientras hacía cola para pedir en la barra. La chica guardó la guitarra en su funda y se internó en la noche, dejando polvo de estrellas a su paso, mientras el futuro matrimonio Dunn se entregaba al beso más dulce de su vida. Hadley era hija, si no de amantes de la literatura, cuando menos de románticos.

—Sí —respondió ella—. Soy yo.

—Pues encantado de tenerte en mi clase.

Su mirada la desarmó. Joel dio unas palmadas para dar por terminada la clase y les recordó con desenfado la inminente fiesta de bienvenida. A Hadley le agradó el hecho de que no hubiese explicado sus motivos para señalarla en particular: que Hadley era el nombre de la primera mujer de Hemingway. Era como si diera por hecho que todos lo sabían. Y en caso contrario tampoco importaba, porque puede que efectivamente perdieras las cosas si hablabas de ellas. Mientras salía de la sala, Hadley notó que era objeto de miradas por parte de algunos compañeros. Se puso a toquetearse el pañuelo y fingió despreocupación. No se atrevía a volver la vista para comprobar si él también la observaba, pero algo le dijo que probablemente así fuera. Igual que aquella noche, cuando se quedó sonriendo en la calle a oscuras, encendiéndose un cigarrillo antes de darse la vuelta. Ahora ella se alejaba como se alejó entonces, pero con un brío en el paso que solo resultaba obvio para quienes sabían observar.

En aquellos primeros días y semanas, las noches a menudo se alargaban hasta bien entrada la madrugada. Kristina y Hadley llegaban a la residencia al amanecer, teñido de rosa pálido, a veces acompañadas por el resto de rezagados: un Chase que divagaba, una Jenny de mejillas demacradas, un Bruno radiante. Después de una de aquellas noches, Kristina y Hadley iban arrastrándose cuesta arriba hacia Les Ormes y se respiraba serenidad en la quietud de la ciudad. El clamor y los sofocantes achuchones del club que habían dejado atrás eran como un sueño confuso. Mientras caminaban, iban aspirando el aire de la mañana con una sincronización perfecta, y les entró una risa contagiosa.

—Esto es genial, ¿a que sí? —comentó Kristina—. Te juro que en Lausana no tengo resacas. El aire es tan..., ¿cómo se dice? Revitalizador.

—La gente tenía por costumbre hacer eso, ¿verdad? Ir a un sitio a «tomar el aire». Eso me gusta. Es tan civilizado...

—A lo mejor es lo que estamos haciendo aquí —dijo Kristina—. Tomar el aire. Recuperarnos. Reponernos en la Riviera suiza. —Hizo una pausa—. Escondernos —añadió.

Hadley recordó cómo habían bailado entre las fuentes de Ouchy la noche anterior, con los vaqueros empapados pegados al cuerpo. Cómo dos chicos se habían cruzado con ellas en la biblioteca esa mañana y las habían saludado, diciéndoles: «Eh, chicas de la fuente».

—No creo que nadie pueda acusarnos de estar escondiéndonos —dijo Hadley, riéndose por lo bajini. Llamó la atención de Kristina—. Ni mucho menos.

—A lo mejor ese es el problema, entonces.

—¿Jacques? —inquirió ella, y fue la primera vez que lo volvía a mencionar.

Kristina soltó un pequeño bufido de exasperación y se recogió el pelo en una coleta. Se lo enrolló con los dedos y lo sujetó con un pasador.

—Sí. No. No sé —respondió.

—¿Se supone que tengo que adivinarlo? Vale. Es el novio que te has dejado en Copenhague. El amor de tu infancia. Solo que ahora que estás aquí, y él no, no lo tienes tan claro. Puede que como Jenny.

—No tiene nada que ver con lo de Jenny. Y no quiero que lo adivines.

—Entonces cuéntamelo.

—No puedo.

—Pero ¿por qué no? Somos amigas, ¿o no?

—¿Amigas? —Kristina le agarró las manos y se las apretó—. Claro que sí,

Hadley.

—Pues entonces no lo entiendo.

—¿No hay que guardarse ciertas cosas para uno mismo?

—¿Es que es un secreto?

—No es un secreto. Solo es personal.

—Vale —dijo Hadley—. Es que, cuando me dijiste que era una larga historia, me dio la sensación de que a lo mejor te apetecía hablar de ello.

—La verdad es que no —repuso Kristina—. Pero, si lo hiciera, serías la primera...

—Bueno —atajó Hadley—, no tienes que darme explicaciones.

—¡De verdad que sí! Hadley, te lo prometo. Serías la primera a quien se lo contaría. Eres mi mejor amiga.

Hadley sintió una oleada de placer. Kristina lo había soltado a la ligera, lo cual, sin embargo, no le restaba un ápice de veracidad.

—Bueno, tú también eres mi mejor amiga —dijo ella a su vez.

Kristina se inclinó y le dio un beso en la mejilla. El aliento le olía al licor de manzana dulce que el camarero les había servido para que se fueran con buen sabor de boca. Tenía los labios fríos como el hielo.

El Institut Vaudois era una constante, el punto al que todos regresaban por ocupados que tuvieran los días y las noches. Una tarde coincidieron al término de sus clases y Hadley sugirió volver a pie atravesando la ciudad. Tardarían una hora y media, quizá más, pero hacía un día fresco y agradable. Solo la curvatura de las hojas de los árboles y la pátina amarillo canario con la que se impregnaban las suelas de sus zapatos delataban la estación en la que se encontraban. Caminaron por las afueras de Lausana, cruzando calles por las que nunca habían pasado. Acompasaron el paso al de una lenta anciana y su perrito faldero; Hadley se agachó para acariciarle las orejas al caniche mientras Kristina le daba cháchara a la señora en un francés fluido. Al separarse sus caminos, se desearon recíprocamente «bonne journée» y se alejaron.

—Tu francés es buenísimo. ¿Jacques es...?

—Es suizo —atajó Kristina.

Hadley parpadeó.

—¿Suizo? —dijo con prudencia, en voz baja, como si Kristina fuese a echar a correr si le daba un énfasis excesivo.

—¿Te he contado que he pasado el mes en la Riviera? ¿Cerca de Saint-Tropez?

—Sí.

—Allí es donde lo conocí.

—Vaya, qué romántico.

—No tanto. Creo que desaprobearías toda la historia.

—¿Cómo iba a desaprobala?

Kristina titubeó, y sus labios se movieron como si tuviesen muchas cosas que contar pero optaran por una sola.

—Hadley, está casado. Y por eso no puedo hablar de ello. Porque no está bien. Nada de esto está bien.

Hadley miró fijamente a su amiga. Quería preguntarle: «¿Por qué él? ¿Por qué un hombre casado?», pero a Kristina se le empalidecieron tanto las mejillas y de pronto su mirada se volvió tan distante que Hadley supo a lo que se refería al decir que no quería hablar de ello. Se agarró del brazo de Kristina y siguieron caminando. Poco después, el zumbido de las inmediaciones de la ciudad, el traqueteo de las ruedas de las bicicletas, los silbidos de los autobuses y el taconeo de los pasos llenaron los silencios.

A las tres semanas de empezar el trimestre el Departamento de Inglés del Institut Vaudois ofreció la copa de bienvenida prometida para estudiantes y profesores. Se organizó en un hotel de la ribera del lago, un lugar cuya fachada prometía cierto prestigio y romanticismo, pero cuyo interior resultaba apagado y solemne. El pequeño bar del hotel se había alquilado para la ocasión; entre las sillas de mimbre y las mesas de cristal esmerilado se apiñaron unas cuarenta personas. Un camarero de cara afilada se afanaba en atender la grandilocuente sucesión de comandas por parte de Joel, mientras Caroline, con una elegancia algo displicente, revoloteaba de un estudiante a otro, intercambiando una palabra por aquí, un saludo por allá, sin entretenerse demasiado tiempo. Joel, por el contrario, enseguida se vio acorralado por una panda de *grupies*: chicos malos a quienes les gustaba su estilo y chicas con voluminosos flequillos y jerséis de cuello alto, con las correas de sus bolsos en bandolera cruzadas por el pecho. La tenue música ambiental del bar se fue ahogando por la intensidad de voces que opinaban sobre cualquier cosa, desde los mejores sitios donde podían estar tomando una copa hasta los méritos de Byron o Shelley. La barra estaba cada vez más pegajosa por las bebidas derramadas. Joel se quitó la chaqueta y la lanzó a una silla; Hadley reparó en las manchas oscuras bajo las sisas de su camiseta gris y le llamó la atención el tono azul de su cinturón de piel. Una chica con pendientes de plumas hablaba con él al tiempo que gesticulaba con las manos y se ensortijaba mechones de pelo con las yemas de los dedos.

Hadley se encontró atrapada en una perorata sobre Shakespeare con un chico cuya barbilla estaba sombreada por una barba incipiente. Se encontraba demasiado cerca de ella y se empeñaba en darle golpecitos con el dedo en el brazo cada vez que hacía una observación. Antes había hablado con una chica de Basilea que se le había presentado, llamada Irene. Parecía agradable y sencilla y tenía los ojos de un marrón cálido. Decía que quería irse a estudiar a Inglaterra al año siguiente, y cuando hablaba

en inglés lo hacía a la perfección, con un ligero acento estadounidense. Hadley intentó ver la universidad que había dejado atrás con los ojos de un extranjero. Visualizó los grandes bloques de alojamiento para estudiantes, separados por anodinas lomas e hileras de árboles larguiruchos; los kilómetros y kilómetros de verjas desconchadas donde se anclaban bicicletas tiradas las unas contra las otras; los carteles de anuncios de fiestas en discotecas y campañas de recaudación de fondos ondeando al viento; y recordó la vez en que vio a un aturrido novato con unos escuetos calzoncillos, esposado por sus nuevos amigos y, a juzgar por su aletargamiento, con síntomas de haber pasado la noche bebiendo. ¿Qué más? Visualizó la cafetería de la biblioteca con sus pastosos dulces de Eccles y teteras de metal ardiendo, y el casco histórico, con antiguos edificios aledaños a una calle principal de los años sesenta, situado a poca distancia en autobús del campus de hormigón. El pub al que iba todo el mundo, supuestamente de los más antiguos de Inglaterra, donde el pastel de carne se servía al ritmo del runrún acelerado de máquinas tragaperras, y que también fue el escenario de una de las peores citas de su vida.

—No te gusta nada Inglaterra, ¿verdad? —le preguntó la chica a Hadley, con una mueca de risa.

—No, no es eso —empezó a decir Hadley.

—No pasa nada —interrumpió ella—, no es necesario que respondas. Sé lo que pasa cuando hablamos de nuestra tierra. Yo te podría hablar de los estudiantes pijos de Lausana. De las camarillas cerradas. De los profesores extranjeros que solo vienen aquí a pasarlo bien, no a trabajar. De las aulas atestadas de montones de estudiantes. De los exámenes que duran ocho horas, diseñados más para torturar que para evaluar. De los drogadictos que se sientan a diario en los escalones de la iglesia de Bel Air, mientras todo el mundo hace la vista gorda. De la manera en que cualquiera que no sea suizo no termina de encajar, ya me entiendes, no es precisamente un ciudadano de primera categoría. Pero, Hadley..., has dicho que te llamas Hadley, ¿no?, sé que tú no verás estas cosas. Sé que ese no es el lugar que quieres.

—¿En serio crees eso? —preguntó Hadley.

—Me encanta Lausana —afirmó la chica—, es una mera observación. Un punto de vista distinto.

—Un poco crudo.

La chica se encogió de hombros.

—Solo estoy haciendo de abogado del diablo. No puedo impedir que pienses que algo es perfecto.

—Es que no es así.

—Aunque sí que te voy a decir quién es perfecto. Estamos en la misma clase, ¿verdad? ¿En Literatura Norteamericana?

—Todavía no me he decidido por ninguna —contestó Hadley para cortar la conversación.

—Ah, claro—dijo ella, dibujando una sonrisa entre burlona y desdeñosa.

En ese momento las interrumpió el fan de Shakespeare y la chica de Basilea se alejó. Hadley fue a buscarla más tarde y la vio reír con un grupo, hablando alemán de Suiza a una velocidad pasmosa, sujetando su copa de pie fino entre sus estilizados dedos. Hadley se tomó otra copa de vino mientras la observaba y se la imaginaba en el bar de la asociación de estudiantes en Inglaterra. ¿Disfrutaría almorzando a base de patatas asadas con atún y café aguado? ¿Con noches de pintas baratas y botellas de neón? ¿Se uniría a círculos cerrados? Los estudiantes del club de teatro sacudiéndose el pelo y riendo a carcajadas; las descaradas jugadoras de hockey, de piernas robustas; los chicos de ciencias, con camisetas holgadas y rostros con sarpullidos de acné... ¿Elogiaría el encanto de todo y, a su vez, la acogerían por su singularidad? La idea de que Hadley pudiera encontrar respuestas a estas preguntas, pues al año siguiente, al término de su estancia en Lausana, también estaría allí, supuso un ligero empujón para actuar. Cuando la fiesta tocaba a su fin y el camarero se disponía a echar los postigos, fue en busca de Joel Wilson.

—¿Te parece una ingenuidad creer en lo positivo de un lugar? —le preguntó Hadley, arrastrando un poco las palabras.

—¿Lo positivo de un lugar? —repitió él—. Es una pregunta interesante, Hadley. —Tenía la voz ronca de tanto hablar y en los ojos el brillo transitorio del whisky con soda—. ¿Llevas aquí toda la noche? —le preguntó.

—Sí.

—Perdona, no te había visto.

A ella le dio la impresión de que mentía. La había visto igual que ella a él, pero se lo calló.

—Has estado rodeado todo el rato —dijo, en su lugar.

—Me has pillado justo cuando estaba a punto de marcharme.

—¿Te vas temprano de tu propia fiesta?

—No es mi fiesta —contestó él—. Es vuestra fiesta. Es para que los estudiantes os vayáis conociendo. Y me da que ya no es tan temprano.

—Ah, vale —dijo Hadley—. Será mejor que acabemos la charla. Estamos transgrediendo todas las normas.

—Pero todavía no he contestado a tu pregunta.

—Entonces, ¿qué opinas?

—Hadley —respondió, dándole un toque en el brazo, a la altura del codo—, me atrevería a afirmar que el secreto de la vida es precisamente ignorar lo que opinen los demás.

En lugar de irritarse como le había ocurrido cuando el chico de antes la había

tocado, fue consciente del gesto, y supo que más tarde querría recordarlo.

—No estoy segura de si era esa mi pregunta —repuso ella. Él se echó a reír, y ella se fijó en la minúscula cicatriz que tenía sobre el labio, que le fruncía ligeramente la piel—. ¿Recuerdas cuando me abordaste en la calle, antes de empezar el trimestre? —preguntó de sopetón.

—¿Mmm...? —Se acercó más a ella para escucharla entre el bullicio.

—Era mi primera noche aquí. Iba de vuelta a la residencia sola. Dijiste que eso te preocupaba.

—Me extraña que yo actuara así.

—Eras tú. Tu voz me sorprendió, se me quedó grabada.

—¿Qué te sorprendió? ¿El mero hecho de escucharla o el acento americano?

—No sé. Era mi primera noche, así que supongo que todo me resultaba sorprendente. Todo era nuevo, emocionante.

—¿Emocionante?

—Más tarde llegué a la conclusión de que seguramente eras de la universidad.

—¿Pensaste en ello más tarde?

—Un tutor, sin duda alguna. Tenías toda la pinta.

—Apostaría a que no es eso lo que pensaste.

—Bueno, no tienes aspecto de banquero.

—Me lo tomaré como un cumplido. —A Hadley le dio la impresión de que iba a añadir algo más y que de repente cambió de opinión. Echó un vistazo a su reloj—. Por desgracia, tengo que irme ya —dijo—. Siento que no hayamos tenido más tiempo.

—No pasa nada.

—¿Nos vemos en clase?

—Por supuesto —respondió Hadley.

En cuanto se fue, se acabó la fiesta. Hadley cogió el autobús a Les Ormes bajo la primera tromba de un chaparrón nocturno. La lluvia estriaba la ventanilla y le vino a la cabeza la tenue presión de los dedos de Joel sobre su brazo. Fue un gesto insignificante y, sin embargo, se aferró a él sin saber exactamente por qué.

Hadley y Kristina habían llegado a Lausana como extrañas en igualdad de condiciones. Por mucho que Kristina hubiese vivido en la Riviera y que hablase francés con ese desparpajo, la ciudad era tan desconocida para ella como para Hadley. Juntas, la hicieron suya. Tomaban *renversé*, la versión suiza del café con leche, en una cafetería situada en un costado de la Place de la Palud. Paseaban por Ouchy bajo el luminoso sol otoñal, observando cómo los cisnes entrelazaban sus cuellos sobre la superficie. Cuando pasaban por la atractiva fachada del Hôtel Le Nouveau Monde, Hadley a menudo recordaba al anciano que había conocido, Hugo Bézier. Había algo en él que te desarmaba, aunque no sabía descifrarlo con exactitud. Tal vez, al estar rodeada de extranjeros afincados allí definitiva o temporalmente, se tratase de su autenticidad, de su aire lausanes.

A medida que el semestre avanzaba, Hadley se volcó en la lectura. Entretanto, Kristina se empleó a fondo en el estudio; se enfrascaba durante horas en voluminosos libros de arte en la biblioteca, con el pelo ocultándola como una cortina. El Institut Vaudois era un laberinto perfectamente concebido de caminos entrecruzados, plantas a ras de calle y subterráneas y paneles divisorios de cristal, por lo que Hadley a veces veía a Kristina sin que esta fuera consciente. Vislumbraba su cartera cruzada verde manzana o su melena rubia en las escaleras, tres tramos por debajo de ella, o el balanceo de sus caderas pavoneándose en dirección contraria tras una pared de cristal o una puerta giratoria. Kristina siempre daba la impresión de dirigirse a algún sitio con determinación. Era en esos momentos cuando Hadley pensaba en Jacques. Se imaginaba cómo sería mantener una aventura con un hombre casado en momentos robados, retazos de pasión aquí y allá. En esas circunstancias Kristina podía estar viéndolo a diario, y Hadley nunca se daría cuenta.

Con el inicio del semestre cada cual tomó rumbos diferentes. Bruno conoció a una chica española llamada Loretta que vivía dos plantas más abajo en Les Ormes. Hadley a menudo lo veía únicamente a través de la mata de pelo oscuro y crespo de Loretta, cuando él se agachaba para besarle el cuello o mordisquearle la oreja. Hadley acabó asociando a Jenny con su móvil, pues lo mantenía permanentemente pegado a la oreja. A veces escuchaba fragmentos de su conversación al pasar. «¿Y él que le dijo a ella?», y «¿Fue tu madre al final?», y «¿Qué tal Dave?». También advirtió que Chase siempre parecía rondar a Jenny. A veces los veía por ahí juntos: Chase tirando de su bicicleta, Jenny paseando al lado, dejando a su paso una estela de risas. Entretanto seguían tropezándose unos con otros en la cocina: mientras hervían pasta y desmigajaban *baguettes*, intercambiaban impresiones sobre las incomprensibles

clases, errores en francés y nuevos sitios que habían visto o de los que habían oído hablar. Ahora que Bruno tenía a Loretta, no parecía que le apeteciera tanto hacer planes para estrechar lazos. Dejó de proponer excursiones a la montaña; en lugar de eso, mencionó la idea de ir un fin de semana de compras a Milán, pero sin ofrecer las plazas de sobra de su coche. Les dijo que quería comprarle a Loretta el bolso más caro que encontrase, ante lo cual Chase hizo un gesto de fastidio y Jenny ladeó la cabeza con ojos risueños.

—¿Cómo va tu vida amorosa, Hadley? —le preguntó Chase en una ocasión.

—Amo la vida —respondió—, gracias por preguntar.

Y miró fugazmente a Kristina, que siempre parecía estar totalmente ausente en tales momentos, frotando una mancha de esmalte de uñas de la manga de su jersey o rebuscando en su bolso tratando de encontrar un libro. Kristina le hizo un guiño a Hadley con gesto inexpresivo, con su secreto aún a salvo.

Una noche, al cabo de poco más de un mes del inicio del trimestre, Hadley estaba trabajando sentada ante el escritorio de su habitación, como en una burbuja. Había bajado las persianas y encendido la lamparita y estaba encorvada sobre los libros. Tenía que presentar un trabajo la semana siguiente, el primero, para la asignatura de Joel Wilson. Lo había titulado «Fin del amor» y tenía muchas ganas de prepararlo, pero ahora que había llegado el momento se le hacía cuesta arriba. No encontraba las palabras adecuadas. Todo lo que le sonaba bien en la cabeza parecía insustancial al plasmarlo. Dio un respingo al oír llamar a la puerta.

—Adelante —gritó.

—Eh —dijo Kristina. Pareció colarse en la habitación de Hadley, pues abrió la puerta lo justo para entrar. Llevaba un camisón rosa y el pelo recogido en la coronilla. Se sentó en el borde de la cama con las manos entrecruzadas sobre el regazo—. ¿Te apetece salir? Podríamos volver al Hôtel Le Nouveau Monde. A tomar algo en plan tranquilo.

—No puedo —repuso Hadley—. Me encantaría, pero tengo que hacer este trabajo.

—Últimamente siempre estás trabajando.

—Tú también. ¿O... no?

—Casi siempre. —Kristina se puso de pie y se acercó al armario. La puerta estaba abierta y sacó un vestido verde esmeralda, minúsculo, que Hadley había encontrado en el cesto de gangas de una tienda *vintage*—. ¿Puedo probármelo?

—Adelante —contestó Hadley—. Pero a lo mejor a alguien se le salen los ojos fuera de las órbitas al verte con él puesto.

Kristina se quitó el camisón rosa, que cayó al suelo como un ovillo. Debajo llevaba un conjunto de lencería. De encaje rojo. Su espalda era de una suavidad perfecta y sus piernas, interminables. Hadley reanudó su trabajo.

—Pero si no me baja de las tetas —oyó decir a Kristina con una risa tonta, desesperada. Hadley volvió la vista y comprobó que lo tenía atascado en la cabeza, mientras sus brazos manoteaban en el aire. Se levantó para ayudarla. Tiró hacia arriba del vestido con cuidado al tiempo que oyó rasgarse la tela. Se habían soltado las puntadas de la costura—. Oh, Dios, lo siento muchísimo —exclamó Kristina.

Hadley lo volvió a colgar en la percha.

—No te preocupes, ya lo coseré.

—No debería haber entrado de sopetón aquí, y para colmo te estoy destrozando la ropa.

—En serio, no pasa nada. Es viejísimo, y tarde o temprano tenía que echarse a perder.

—Siempre eres un encanto conmigo, Hadley.

Kristina se dejó caer en la cama. Recogió el camisón del suelo y, en lugar de ponérselo, lo dejó hecho un ovillo sobre su regazo. Hadley se fijó en que el encaje del sujetador estaba tejido con cientos de diminutas puntadas de corazones. A duras penas recogía sus voluptuosos pechos.

—¿Estás bien? —preguntó Hadley.

Kristina levantó la vista hacia ella; tenía el borde de los ojos enrojecido, y la tez, normalmente radiante, llena de manchas.

—Quiero hacer las cosas como es debido —respondió ella—, pero me resulta sumamente difícil.

—Kristina, ¿de qué estás hablando?

—De Jacques. Dios, no sé lo que estoy haciendo. Por primera vez, no sé lo que estoy haciendo.

Hadley echó un vistazo a su trabajo. Había llegado el momento de interrumpirlo.

—¿Preparo té? —dijo.

Kristina negó con la cabeza.

—No quiero ser «la otra» de nadie. Debería acabar con esto y punto. Asumir el dolor y seguir adelante. Pero soy incapaz. Soy incapaz de hacerlo.

—¿Qué esperas? ¿Que la deje?

—Jamás la dejaré. No del todo. No definitivamente. En el fondo, todavía la quiere, Hadley. —Se estremeció, y se rodeó la cintura con el camisón.

—¿Por qué no te lo pones? —le preguntó Hadley.

Kristina se frotó los brazos y a continuación se lo metió por los hombros despacio.

—En este momento no puedo pensar con claridad.

Hadley abrió el cajón de su escritorio y sacó una barrita de chocolate suizo. Le quitó el papel de aluminio, lo partió en cuatro onzas cuadradas, y le ofreció. Kristina cogió una, al tiempo que se le empañaban los ojos.

—Es una relación que arrastro desde mi verano en la Riviera. Eso sí te lo he contado, ¿verdad? En realidad, ha sido una terrible casualidad. Yo no sabía que coincidiríamos aquí.

—¿En Lausana?

—No, no, en Lausana no. Él está en Ginebra.

—Cuéntamelo desde el principio —le pidió Hadley.

—¿Qué exactamente? ¿Quieres que te lo cuente todo?

De modo que, por fin, escuchó la historia de cómo se habían conocido Jacques y Kristina y, una vez más, pensó que Kristina pertenecía a otro mundo. A pesar de lo angustiada que estaba, Kristina escogía cuidadosamente las palabras, adornándolas con florituras y ademanes. Hadley la escuchaba con una media sonrisa en los labios.

Kristina contó que había estado trabajando de *au pair* para una adinerada familia danesa que veraneaba en Saint-Tropez. Tenía a su cargo a tres niños pequeños, rubios, de buenos modales y cortes de pelo a tazón. Mientras la madre montaba caballos palomino de crin blanca en un club de campo en las colinas y el padre caminaba de un lado a otro del despacho en la parte trasera de la casa hablando en tono de complicidad con colegas que no tenían que pasar de mala gana el verano en el sur, Kristina jugaba con los niños en el largo jardín en pendiente de la villa. O, mejor dicho, los niños jugaban y Kristina les echaba un ojo por debajo del ala de su sombrero mientras remoloneaba en su tumbona. La villa estaba en la ladera de una colina donde se apiñaban viviendas de estilo similar, todas con suaves arcos esculpidos, columnatas envueltas en buganvillas y piscinas rodeadas de palmeras. La villa contigua la había alquilado una pareja que, en opinión de Kristina, estaba pasando los últimos días de su matrimonio. Mientras Kristina hojeaba revistas y se pintaba las uñas de los pies en tonos llamativos, les oía discutir a voz en grito. Y una vez, mientras los niños perseguían un *frisbee* que había salido despedido en el aire, escuchó el ruido de algo haciéndose añicos, como un jarrón estampado contra una pared o un cristal golpeado por un puño. Kristina observó con los ojos entornados. Vio a Jacques, pues era Jacques, correr hacia el césped como un hombre huyendo de una casa en llamas. Lo vio volverse y quedarse parado apretándose fuertemente la cabeza con las manos, como si todo lo que tenía ante sí estuviera reduciéndose a cenizas. Entonces él la pilló mirando y, en lugar de titubear bajo su mirada fija e impasible, inexplicablemente su rostro adoptó una leve expresión de alivio. Eso pasó justo a principios de verano. La mujer se marchó, dejando al hombre, a Jacques, solo. Se besaron por primera vez entre las palmeras achaparradas con forma de piña que separaban sendos jardines, al cabo de poco más de una semana.

A medida que pasaba el tiempo, Kristina fue escabulléndose de los niños para pasar momentos robados con él. Se escapaba a hurtadillas a la casa de al lado, lo llamaba desde el amplio y tenebroso vestíbulo, y esperaba a que asomara la cabeza

por la escalera de caracol desde la tercera planta. Prácticamente enseguida se hicieron amantes inseparables; él le prodigaba ramilletes de flores exóticas, y ella le pintaba las costillas con crema solar. Hacia finales del verano formaban una pareja como cualquiera de las que paseaban por el paseo marítimo del puerto al atardecer o de las que se hacían confidencias cenando a la luz de las velas en lo alto del casco antiguo.

—Un romance en la Riviera —dijo Hadley, y Kristina se rio de mala gana, enseñando su dentadura de un blanco luminoso.

—Y en eso tenía que haberse quedado —comentó ella—. Probablemente. Dios, no lo sé. ¿Sabes? Siempre ha estado casado, incluso cuando decía que no quería estarlo. Incluso cuando decía que su mujer tampoco. Incluso cuando le vi quitarse la alianza y lanzarla al fondo del mar.

—¿Lo hizo por ti?

—Estaba borracho y fanfarroneando. Seguramente fue a buscarla al día siguiente. En fin, el caso es que ahora ha vuelto a Ginebra y ella también. Dice que están separados, que viven en barrios opuestos de la ciudad, pero eso es lo de menos. Mientras la siga queriendo.

—¿Tú le quieres, Kristina?

—¿Que si le quiero? Como si pudiera saber algo así... —dijo con una risa estridente—. Oh, Hadley, tenía tantas ganas de caerte bien. De que no pensaras que soy un caso perdido. Y fíjate lo que he hecho.

Hadley se acercó a sentarse a su lado. Le pasó el brazo por los hombros.

—De caso perdido, nada. Al menos tu vida tiene algo de drama. Hace que sea interesante, ¿o no?

Ella esbozó una sonrisa.

—Bueno, aburrida no es. Desde luego.

—Entonces, ¿vas a Ginebra a verlo? ¿Por eso no te has dejado ver mucho últimamente?

—O quedamos a medio camino. Hay ciudades bonitas a orillas del lago. Castillos antiguos, cosas por el estilo. Paseamos por ahí y luego discutimos a voces. Siempre por el mismo tema. Yo le digo que no quiero verle a menos que rompa definitivamente con su mujer y él es demasiado sincero, Hadley, tan sincero que duele. Hace daño.

Hadley era incapaz de imaginarse a un hombre suizo gritando. Para ella eran la personificación de la serenidad, el estilo y la elegancia. *Jacques*.

—No será tan sincero —puntualizó Hadley— cuando está contigo. —Kristina se quedó mirándola, confundida. Al parpadear, las lágrimas resbalaron de sus pestañas—. ¿Ha venido aquí alguna vez? —le preguntó, cambiando rápidamente de táctica.

—¿A Les Ormes? No, cómo iba a venir... Rompería todo el encanto. Al parecer tiene la impresión de que soy bastante sofisticada.

—Me gustaría conocerle —dijo Hadley.

—Hadley, no lo aprobarías —replicó ella—. Sé que no lo harías aposta, pero no lo aprobarías. Eres demasiado buena.

—¿Sí? —dijo Hadley—. No lo hago a propósito.

—Por favor, cambiemos de tema. Le he dado mil vueltas. ¿Qué estás escribiendo? Mejor dicho, ¿qué es lo que no te estoy dejando escribir?

—Un trabajo. Para la clase de Literatura Norteamericana. Es sobre Hemingway.

—Tu favorito.

—¿Cómo lo sabes?

—*Adiós a las armas*. Me lo dijiste.

—Ah, vale. Mi escritor favorito. Sí, sin duda.

—¿Cómo es tu tutor?

Hadley vaciló.

—Un poco creído —respondió.

No mencionó que siempre era la primera en la que Joel Wilson posaba la mirada al gastar una broma en clase. Ni la manera en la que en una ocasión le volvió a rozar el codo mientras charlaban después de clase, tal y como había hecho en la fiesta junto al lago. Ni cómo en otra ocasión se cruzó con él en un pasillo abarrotado y él hizo como si lanzara una gorra imaginaria en dirección suya y ella fingió cogerla como un beso lanzado al aire, sin reparar en su error hasta haber dado tres, cuatro, cinco pasos en la dirección contraria. La manera en la que se puso roja como un tomate, y la esperanza, el anhelo desesperado de que él pensara que se había limitado a saludarle con la mano. Un saludo algo extraño y entusiasta, pero solo eso, nada más. Se calló estas cosas porque, comparadas con el idilio real de Kristina, le parecían insignificantes. Hadley cogió el bolígrafo y se puso a mordisquear la punta. Kristina se agachó y le dio un beso presionando ligeramente los labios contra su mejilla.

—Gracias por escucharme, Hadley. Y siento no haberte contado todo esto antes. Supongo que no me enorgullezco, eso es todo. —Añadió en tono quejumbroso—: Ay, ¿por qué no puedo tener una relación normal?

—Podrías dejarle, ¿sabes? No lo necesitas. Él no te merece, así no.

—Es que lo necesito. Y él a mí. —Se miró las manos—. Hadley, te he mentido. Le quiero. Le quiero muchísimo. —Hadley cogió la mano de su amiga y se la apretó—. A lo mejor lo veo mañana —continuó—, a lo mejor le digo lo que realmente siento. Y si él no siente lo mismo, si no es libre para sentir lo mismo...

—¿Qué harás?

—Terminaré con esto.

A continuación se marchó; cerró la puerta suavemente y volvió a su habitación. Hadley escuchó la puerta de Kristina al cerrarse desde el otro lado de la pared y luego un crujido de la cama. Se sentó un momento, bajo el halo de la lamparita, a escuchar.

Pero no hubo más ruidos procedentes de la habitación contigua. Ningún timbre de teléfono, ni secretos a media voz. Releyó las palabras que había escrito antes de que Kristina fuera a verla. Eran insulsas y vacías. Las tachó a conciencia con rayajos negros.

El sábado por la tarde Hadley bajó la cuesta caminando hasta la ciudad. Hacía un revitalizador día de octubre: de sol tenue, sin apenas nubes, y un frío de muerte. Iba temblando bajo la gabardina que se había comprado en cuanto le ingresaron el dinero de la beca. De cintura entallada y cuello rígido, le daba el aire europeo que ella deseaba. Excepcionalmente, ese fin de semana Hadley se encontraba sola. Tal y como le había adelantado, Kristina había ido a Ginebra a ver a Jacques. Su historia le había tocado la fibra a Hadley, pues era lo bastante rocambolesca como para ser totalmente cierta. Notaba que, cuando hablaba de Jacques, las motas color avellana de sus ojos se volvían ámbar y sus labios se fruncían como para besar. Hadley jamás había visto a nadie tan perdidamente enamorado. Decidió comprarle unos bombones a Kristina para animarla, para darle a entender que, a pesar de todo, la vida seguía siendo dulce. A fin de cuentas, en realidad no podía aconsejarla, ni compartir con ella historias de desengaños amorosos.

Las calles estaban llenas de gente que aprovechaba el sábado para hacer sus compras y el ambiente rebosaba estilo; todo eran pómulos prominentes, sombreros calados con donaire y pañuelos de seda anudados con gusto. Hasta sus compras parecían elegantes: una *tarte aux pommes* en una estrecha caja blanca, un par de *baguettes* puntiagudas asomando de una cesta. También había una gran presencia de perritos falderos tropezando con los tobillos de sus dueños o acurrucados en sus brazos. Hadley caminaba esquivándolos; su rápido paso la condujo prácticamente hasta la orilla del lago.

La Chocolaterie Amandine recordaba a las boticas tradicionales, con cristal sobre el mostrador y estantes de madera atestados de estuches y tarros. El olor del interior no era tan dulce como había imaginado; flotaba denso en el ambiente, el tipo de aroma que te daba la sensación de que debías ver y palpar. Una campanilla había anunciado su entrada, pero la dependienta estaba ocupada con un señor mayor que parecía estar escogiendo los bombones uno a uno, cavilando sobre su gusto y armonía. «Merveilleux!», le oyó exclamar, cuando por fin el último bombón ocupó su hueco en la caja de regalo. En ese momento se volvió, satisfecho, y Hadley le vio la cara. Al reparar en su presencia, la expresión del hombre denotó auténtico placer.

—Hadley —dijo—. Sigues aquí...

—Sí —contestó ella—. Me quedo en Lausana todo el año.

—A lo mejor me lo dijiste cuando hablamos. Me temo que soy olvidadizo.

—Recuerdas mi nombre.

—Claro. Y de hecho no soy tan olvidadizo. A veces me gusta aprovecharme de

mi avanzada edad. Le da a uno tremendas libertades.

—Bueno, Hugo Bézier, yo también me acuerdo del tuyo.

—Me siento francamente halagado. Bueno, ¿dónde está hoy la pizpireta de tu amiga?

—Haciendo de pizpireta en Ginebra. —Al decirlo a la ligera, sonó como una traición.

—No me hace mucha gracia Genève. Has hecho bien en quedarte aquí.

—¿Para quién son los bombones? —preguntó ella.

—¿Cómo? Ah, ¿esto? —Miró la caja que tenía en la mano con una expresión algo burlona—. Podrían ser para ti.

—¿Es a eso a lo que te refieres al hablar de tomarte libertades?

—Soy culpable de mis cargos.

—Yo voy a comprarle bombones a Kristina. La susodicha amiga. ¿Qué me recomiendas?

—Elegir bombones es todo un arte.

—Ya veo. Te has tomado tu tiempo. Como un auténtico gran maestro.

La sonrisa de Hugo cobró vida.

—Por favor, toma estos. —Le tendió la caja—. Yo los como muy de vez en cuando. Lo que pasa es que disfruto eligiéndolos.

—No puedo aceptarlos.

—Por favor. Sería un placer.

—¿Quieres que se los regale a Kristina?

—Son para ti.

—Pero ¿te importaría si se los regalara?

—Puede que sí.

—Nadie me había regalado bombones así. De buenas a primeras, quiero decir. Un desconocido.

—¿De buenas a primeras? ¿Un desconocido? No estoy seguro de que esa descripción me agrade.

—Gracias, Hugo. De verdad.

—*C'est un plaisir* —contestó él, con una ligera reverencia.

—Está bien —cedió Hadley—. Pero de todas formas tengo que llevarle unos cuantos a Kristina. ¿Me ayudas a escogerlos?

—Con mucho gusto. —Al final se decidieron por pralinés con forma de capullos de rosa. Nueve, colocados en una cajita cuadrada atada con un lazo rojo. Una vez fuera de la tienda, Hugo inclinó la cabeza para besarla tres veces. La mejilla izquierda, la mejilla derecha, la izquierda de nuevo...—. Al estilo suizo —señaló él.

—¿Ahora vas a tomarte tu coñac? —le preguntó ella.

—Efectivamente. —La miró con unos ojos tan oscuros como la melaza. Se quitó

el sombrero mientras se volvía—. Te pediría que me acompañaras —dijo—, pero me temo que eso sería tomarme una libertad.

Ella lo observó alejarse despacio en dirección al Hôtel Le Nouveau Monde. Antes de perderle de vista, desató el lazo de la caja que le había regalado y se echó un bombón a la boca. Era curvilíneo como una concha, y se derritió sobre su lengua tan dulcemente como un beso.

Hadley no vio a Kristina hasta esa noche. Oyó el tintineo de las llaves y el chirrido de la puerta justo cuando estaba tumbada en la cama leyendo. Esperó unos minutos y a continuación llamó a su puerta.

—¡Kristina! —gritó.

No hubo respuesta, y volvió a tocar.

Oyó pasos amortiguados e instantes después Kristina abrió la puerta en pijama: gruesos calcetines de lana, leggings y una especie de camiseta larga. Llevaba estampada la figura de Pierrot, el payaso de aspecto lastimero del folclore francés, encaramado a una luna. Las estrellas tachonaban el cielo detrás.

—Hola —dijo Hadley—, ¿vas a acostarte ya?

Kristina se apoyó contra el quicio de la puerta y cerró los ojos durante unos instantes. Tenía los párpados de un rosa oscuro.

—Ginebra —dijo—. Dije que iría y lo hice.

—¿Y?

Kristina negó con la cabeza.

—Lo de siempre.

—¿Qué quieres decir?

—No tengo ningún control sobre mi vida, ¿sabes, Hadley? Las cosas me ocurren porque sí.

—Y Jacques...

—Dice que le encanta lo que tenemos.

—Pero eso es buena señal, ¿no? ¿Más o menos?

—No es lo mismo que quererme, ¿no te parece?

—¿Le has dicho eso?

Ella se rascó el brazo con aire distraído.

—Lo he intentado —respondió—, pero, Hadley, es que me resulta muy difícil resistirme a él, en muchos sentidos. Me refiero a que he pasado todo el día con él y estoy agotada, completamente agotada.

El gesto de Hadley debió de cambiar sutilmente —tal vez abrió más los ojos o las comisuras de sus labios esbozaron una sonrisa—, porque Kristina sacudió las manos y se echó a reír, y de repente ya no parecía en absoluto cansada.

—¡No, no me refería a eso! Aunque sí, claro, a eso también. Pero

emocionalmente es tan agotador... Yo llevo toda la carga a mis espaldas. Dice que seguir o no depende de mí.

—Pero eso es bueno, ¿no? Tener el control de tu propio destino.

—¿Acaso lo tengo? El amor no funciona así. En fin, yo quiero que me quieran. ¿No es lo que desea todo el mundo? ¿No es lo que deseas tú?

—Yo quería animarte —contestó Hadley—. Te he comprado esto.

Le tendió la caja de bombones. Kristina sonrió con tristeza, y movió la cabeza.

—Oh, Hadley, eres un primor. Pero no puedo aceptarlos. No me los merezco. Siempre supe en lo que me estaba metiendo. Todo es culpa mía. ¿Sabes una cosa? Esto nunca se lo diré a él, pero a ti te lo digo: la primera vez que vi a Jacques, me pareció el hombre más guapo del mundo. —Hizo una pausa—. Y él, a su vez, me hizo sentir como la mujer más guapa.

—¿Y por qué no se lo dices?

—No lo sé. Porque soy así. Dudo que alguna vez diga lo que realmente siento. La mitad del tiempo no digo más que sandeces.

—Eso no es cierto. Kristina, por favor, acepta los bombones, los he elegido especialmente para ti.

—Eres un cielo, pero quédatelos —dijo Kristina, dejando salir las palabras con un gran bostezo—. El marrón es mío, ¿o no? Tendré que apañármelas para resolverlo. Oye, necesito dormir, estoy muerta. Nos vemos mañana, ¿vale? ¿Te viene bien a mediodía?

Hadley volvió a su habitación y se desplomó en la cama. Le quitó el lazo a la caja y el pequeño adhesivo circular que lo sellaba. Cogió un bombón y lo sostuvo entre el pulgar y el índice. Tenía forma de rosa, con oscuros pétalos brillantes. Kristina parecía moverse en un mundo ligeramente distinto al resto de ellos: una escapada romántica de una ciudad extranjera a otra, para afrontar la verdad de una aventura ilícita. Ese tipo de cosas no ocurrían en el mundo de Hadley. En cuanto a la opinión que la propia Kristina tenía de sí misma, al hecho de si sus palabras eran verdades como puños o una sarta de mentiras piadosas, Hadley no le dio demasiadas vueltas. Volvió a envolver los bombones y los dejó con cuidado sobre el escritorio para dárselos otro día.

Kristina y Jacques continuaron viéndose, y Hadley observaba cómo transcurría su relación manteniéndose al margen. A veces, Kristina tenía las mejillas irritadas de llorar. En otras ocasiones, daba la impresión de que estaba enfadada. Su expresión adquiría un gesto adusto, con la mandíbula apretada. «¿Sabes lo que me ha dicho? Que cree que se está enamorando de mí. ¿Qué diablos significa eso? O lo estás o no lo estás. Pero esta es mi opinión, así que, por mucho que me empeñe, no puedo cambiar lo que siente, porque es imposible cambiar las ideas de alguien,

¿entiendes?». Y Hadley no entendía, no del todo. Una vez Kristina le echó la culpa a Lausana. Dijo que no tenía ni idea de que Jacques estaría justo al borde del lago, en Ginebra; sus destinos estaban entrelazados, sus respectivas suertes corrían demasiado cerca. «A lo mejor debería irme y punto —dijo Kristina—. Puedo mudarme a París o Lyon, o volver a Copenhague, me da exactamente igual. A cualquier sitio menos aquí». Pero Hadley la veía volver después de pasar unos días en Montreux, con los ojos brillando con el azul del mar y en las manos un puñado de bolsas con nombres de boutiques de firmas. Hablaba de cenas en pueblos de viñedos donde bebían champán en copas de cristal y luego de paseos en coche a la desbandada por carreteras estrechas llenas de curvas. Y un día llevaba un colgante nuevo, una piedra de azabache sujeta a una cadena de oro. Se sentó en la cocina de Les Ormes, dándole vueltas sin ser consciente de ello, llevándose a los labios las frías aristas de la piedra.

—Odiaría que te marcharas —dijo Hadley, observándola.

—Eres la única razón por la que me quedaría —afirmó Kristina con gesto serio, y a Hadley le constaba que decía la verdad. A Kristina la retenía en Lausana un finísimo hilo.

Hadley intentaba no sentir celos del tiempo que Kristina pasaba fuera. Tal vez no le habría importado tanto si Jacques no fuera en parte fruto de su imaginación; para ella, era la idea abstracta de una persona, no del todo real, pues Kristina solamente lo mencionaba de pasada, envuelto en el misterio. Cuando Hadley se encontraba a solas —lo cual parecía suceder cada vez más a menudo—, le venía a la cabeza Joel Wilson. El producto de su propia imaginación. E igual que Kristina hacía con Jacques, se lo guardaba para sí misma. Tampoco es que supiera qué contarle a Kristina, pero de alguna manera Joel le estaba resultando importante. Sabía que a Kristina le gustarían sus clases. El dramatismo que entrañaban y del que los hacía partícipes. La importancia y la frivolidad, cuando hablaba de la pesadumbre de las penas del pasado y seguidamente de la peligrosa atracción de una copa de ajeno verde hierba. Habría sido divertido ir a clase juntas, comentar todo después, entre cigarrillos y martinis, mientras el día tocaba a su fin. Pero sus estudios las hacían tomar rumbos diferentes y en cierto modo Hadley lo agradecía. Por mucho que disfrutara compartiendo, reconocía el valor de un secreto.

Hadley dejó que la asignatura de Literatura Norteamericana le diera forma a las primeras semanas y color a sus días. Leía todo lo que Joel recomendaba, seducida por su relato de la Generación Perdida, por las historias del desenfreno y los excesos de la posguerra: hombres deshechos y mujeres frágiles, días endulzados con escauceos amorosos y bazofia en el fondo de una copa de licor que nunca se vaciaba. Leía sobre cafés con ventanas empañadas y rincones cargados de humo y sobre los escritores que escribían allí, arrellanados a la vista de todos, buscando llamar la atención y haciendo alarde de sus cuadernos. Leía sobre excursiones a las carreras de caballos

salvajes de cuellos tensos y crines al viento y sobre las optimistas y temerarias apuestas de los hombres. Leía sobre ciudades enteras presas del frenesí, sobre toreros de caderas estrechas que se movían pavoneándose al mismísimo borde de la muerte, sobre los sentimientos de asombro que provocaban en todos aquellos que podían soportar verlo. Leía sobre besos fugaces y achuchones desesperados, señoras y amos de nada, mujeres que hacían derretirse a un hombre con solo mirarle, hombres que llevaban a una mujer a la locura con solo apartarse de ella. Leía sobre el comportamiento indeseable de extranjeros afincados en otro país, gente suspendida en el tiempo sacando el mejor provecho de un lugar y dándole lo peor de sí mismos. Leía sobre París y Antibes, a un paseo en tren de Lausana; le resultaba fácil imaginarse acomodada en un vagón avanzando a toda máquina por la orilla del lago, atravesando las montañas y luego las llanuras e impregnándose del ambiente rojizo y esmeralda de un otoño francés. Nunca había estado en París, y mucho menos en el sur de Francia, pero ¿qué más daba? Lausana era como una mezcla de ambos, con sus bulevares de lujo y edificios esmerilados, exóticos racimos de palmeras y retazos de agua plateada. Hadley pensaba en aquellas últimas páginas de *Adiós a las armas* empapadas por la lluvia, en los torrentes de pesar, y se preguntaba por qué no se ambientarían más historias en el fulgor de Lausana.

En clase, cuando Joel trataba las grandes tradiciones literarias de los expatriados, se imaginaba con Kristina caminando con paso airoso por la ciudad; sibaritas en el más amplio sentido de la palabra. A veces sustituía la imagen de Kristina por la de Joel. Veía su brazo rodeándola por los hombros, con una intrépida sonrisa en los labios. Se imaginaba compartiendo mutuamente los secretos de Lausana y dejaba volar y volar su imaginación hasta que, llegada a un punto, se le agotaba.

—Es precioso, ¿verdad? Si te gustan este tipo de cosas, claro.

Joel estaba asomado a la ventana de su despacho con las manos en los bolsillos. Abarcaba con la vista toda la explanada de césped de la universidad; el lago aparecía a lo lejos como un hilo plateado, las montañas envueltas en neblina. Hadley estaba sentada en un asiento bajo y hundido, observándole.

—¿A quién no le van a gustar? —respondió ella, revolviéndose para encontrar una postura en un asiento que parecía negarse a acatar su voluntad.

Había ido a una tutoría, pero de momento la conversación había tomado otros derroteros y todavía debía centrarse en el tema de su trabajo. No dejaba de consultar el reloj, consciente de los límites de su margen de tiempo, pero Joel parecía ajeno a tal limitación.

—A lo que me refiero es a que resulta fácil sentirse como un extraño aquí —explicó él—. Demasiado pintoresco..., da la sensación de que nada es real.

Ella no consideraba a Joel Wilson como un residente temporal. No lo veías lidiando con planos en esquinas de calles en mitad de una tormenta, ni confundiendo las monedas en el mostrador de una *boulangerie*. Se lo imaginaba en un apartamento a orillas del lago, con paredes cubiertas de estantes de libros y un disco de jazz sonando en un viejo tocadiscos. De esa clase de lugares donde una mujer solamente podría aspirar a dejar un rastro: una *culotte* de seda pillada bajo la pata de la cama, un pendiente bajo el espejo del baño... Sin niños, sin perro.

—¿Te imaginas vivir toda la vida en un sitio como este? —preguntó él.

—Perfectamente —contestó ella—. Pensaba que me iba a sentir como una extraña, y no es así.

—¿En serio? ¿No?

—Bueno, ¿tú sí?

—Totalmente. Pero la verdad es que nunca me ha importado.

—Pero ojalá no tuviese que contar los días. Hay una fecha estampada en mi permiso de residencia que dice cuándo tengo que marcharme. ¿En el tuyo también? Lo odio. Cada día me recuerda que solo estoy aquí de paso. Que no durará.

—Quizá sea bueno que nos lo recuerden de vez en cuando. *Carpe diem, non?*

—Supongo que sí. En fin, es una bonita manera de verlo.

Él se apartó de la ventana y se sentó en su silla enfrente de ella. La mirada de Hadley se posó más allá de él, en un póster que le llamó la atención en la pared. Era del mismo estilo que la postal que había comprado en el pueblo alpino, la clásica imagen plana que proclamaba todos los placeres del tiempo libre, la época dorada de

los viajes. Mostraba un mundo superficial y al mismo tiempo con esencia; de colores primarios y sol y la Riviera suiza. Sombrillas a rayas señalando la orilla del lago, montañas azules emergiendo detrás de las copas encrespadas de las palmeras y hoteles divinos e imponentes con torrecillas.

—Me gusta tu póster —comentó.

—Ah, ¿eso? Estaba aquí cuando llegué. Lo pusieron para darme la bienvenida.

—Qué detalle.

—¿A que sí?

—Yo tengo una postal parecida.

—Cómo no —dijo él—, es el mundo perfecto. Suavizado por la distancia, claro; todos sabemos que no existe ningún lugar tan idílico como ese, así que obviamente nuestra admiración es un poco de boquilla.

—La utilizo como marcador de libros. No me hace falta ningún póster, porque me basta con mirar por la ventana; la vista es tan hermosa como la que pudiera pintar un artista de dulces y grandes ojos oscuros.

—¿Conque esas tenemos? —dijo él. Había un atisbo de risa palpable en las arrugas de las comisuras de sus ojos y de su boca. Le daba un aire travieso pero amable—. Ya veo que me vas a dar algún quebradero de cabeza. ¿De modo que eres una de esas románticas?

Ella se echó a reír.

—A mi edad, sería una lástima no serlo.

—¿Por qué querías venir aquí? ¿A Lausana? —le preguntó. Y ella sabía que le respondería con sinceridad.

—No lo sé —contestó. No había pretendido contestar como una boba y, a juzgar por cómo la miraba, notó que él tampoco lo había entendido así—. Porque alguien pensó que no sería capaz. A lo mejor algo tuvo que ver en eso. Y seguramente tenía razón, porque, Dios, nunca se me había pasado por la cabeza hacer algo así.

—Es una buena razón. Pero dudo que sea la única.

—¿Por?

—Querías cambiar de aires —contestó él—. Te gustaba la vida que llevabas pero no podías evitar preguntarte si había algo más ahí fuera.

—¿Cómo lo sabes? O sea, ¿por qué dices eso?

—¿Hay algo más? ¿Ahí fuera?

—Igual sí —respondió Hadley, reprimiendo una sonrisa.

La miró fijamente, y sus ojos eran como dos canicas azules, con las pupilas tan penetrantes como las de un gato. Ella parpadeó.

—No te gustaba tu escuela universitaria allí en Inglaterra, ¿verdad? Perdón, tu universidad.

—Oh, sí —respondió ella—. Me gustaba bastante.

—Pero pensabas que sería el comienzo del resto de tu vida, y no lo fue.

—¿Les haces esto a todos los estudiantes, esta prueba psicológica? Y, por cierto, ¿no deberíamos estar hablando de mi trabajo?

—No. Y sí.

Hadley fue la primera en apartar la vista.

—Vale. Tienes razón. No cumplió mis expectativas. Me quedé en casa, ¿sabes? Fui a la universidad local. Pensé que sería diferente, pero no lo fue.

—Y, sin embargo, eso te trajo aquí.

—Me trajo aquí.

—Ahora siento una terrible carga de responsabilidad —dijo Joel.

—Lo estás haciendo bien, de momento —señaló ella—. Quiero decir que me encanta tu asignatura. Es lo único en lo que puedo pensar. Solo quiero leer a Hemingway.

—Es un mal contagioso.

—No esperaba venir a Suiza y enamorarme de un americano. —Él levantó una ceja—. Escritor —añadió ella rápidamente—. Un escritor americano.

Después él le preparó un café. Se lo ofreció en una taza marrón desportillada y ella la envolvió con las manos, con una repentina timidez, y acercó el borde a los labios. Él empezó a examinar las primeras páginas del trabajo.

—«El fin del amor en las novelas de Ernest Hemingway» —leyó en voz alta—. Se podrían escribir diez trabajos sobre este tema. Pero hay que asegurarse de hablar también de los comienzos. Los comienzos siempre fueron magníficos.

La tutoría se prolongó, pues se alargó el doble del tiempo previsto, y ella se marchó sabiendo a ciencia cierta lo que quería escribir. Había un chico suizo de pelo oscuro liso y gafas sin montura sentado en la silla de plástico a la salida del despacho de Joel. Era el siguiente en la cola, y, al salir Hadley, él alzó la vista con gesto expectante y el entrecejo levemente fruncido de irritación.

—Lo siento —dijo ella sonriendo—, dice que pases directamente.

Le sostuvo la puerta mientras entraba sin mediar palabra, con la cartera a rebosar de libros. Oyó a Joel decir: «Marcus, siéntate», en un tono que no denotaba especial entusiasmo, sino más bien una decepción apenas perceptible. «No tenemos mucho tiempo —le oyó añadir—, así que vamos al grano».

A los dos días de la tutoría, Hadley volvió a ver a Joel Wilson en la librería inglesa de la Place de la Riponne. Para ella la tienda había sido un descubrimiento reciente. No poseía un especial ambiente romántico ni suelos de madera que crujían al pisar ni pilas altísimas de libros antiguos, pero desprendía un *je ne sais quoi*, un no sé qué que la impulsaba a entrar. Tal vez fueran las extensas colecciones de Hemingway y Fitzgerald; toda la pared del fondo albergaba estante tras estante de literatura

norteamericana, y Hadley siempre se entretenía un rato en esa sección. Pasaba los dedos por los lomos con ternura, como si con un mero roce pudiera desvelar los secretos que escondían en su interior. Sostenía en las manos un ejemplar de *París era una fiesta* cuando él entró. Hadley tenía previsto verse con Kristina allí, pero había llegado pronto y, al sonar la campanilla de la puerta, levantó la vista y sonrió. Joel Wilson hizo su entrada y le devolvió la sonrisa. El viento le había echado el pelo sobre la cara, y se lo retiró hacia los lados.

—Vaya, eso sí que es una sonrisa de bienvenida —dijo él.

—Oh, hola —contestó ella—. La verdad es que pensaba que era otra persona. He quedado aquí con mi amiga.

—Ah, de modo que eso explica esa mirada expectante. Deberías tener más cuidado con los sitios donde practicas eso. Me has cortado la respiración, Hadley Dunn. ¿Qué es eso que tienes ahí?

Hadley le enseñó la portada de *París era una fiesta*.

—No me digas que no lo has leído.

—Por supuesto que sí —contestó ella rápidamente, sin explicar que lo había leído ese verano y que hasta entonces ignoraba que se pudiera sentir tan identificada con el libro. Se acordaba del preciso instante en que había leído la línea donde Hemingway decía que antes hubiera querido verse muerto que haberse enamorado de otra. Se había quedado boquiabierta y había sentido un pellizco en el pecho. El mero hecho de que, en opinión generalizada, la frase fuera desatinada, no significaba que no fuera sincera. Ante Joel Wilson, lo único que se le ocurrió decir fue—: Se lo voy a comprar a mi amiga.

—¿Sí? —Al sonreír, ella se fijó en las arrugas de sus ojos. Se acentuaban cuando reía.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, sonriendo a su vez.

—Oh, nada. Es que tenía por costumbre regalar este libro a cada chica con la que salía. Si le gustaba, era señal de que íbamos por buen camino. Si no, bueno, fin de la partida. Era una especie de prueba juvenil, pero los resultados eran bastante infalibles.

Hadley le dio la vuelta al libro.

—¿De modo que no querías estar con nadie que no fuera exactamente como tú? —le preguntó.

—Tenía dieciocho años y las tonterías propias de la edad.

Ella se imaginó a un joven Joel Wilson de tez tersa, de constitución más menuda, quizá, pero con la misma intensidad en la mirada, el mismo azul titilante. Y la misma sonrisa reposada. Ese Joel seguía allí mismo.

—Bueno —dijo ella—. Yo tengo diecinueve y se lo voy a regalar a alguien porque me gusta. Y si no le gusta, pues tampoco pasa nada.

—Es una novela de amor, supongo que lo sabrás. Un ejercicio poético de imaginación.

—Creía que era una especie de autobiografía.

—Un bonito relato de uno mismo, eso seguro. O no tan bonito, si es que consigues captar su lado oscuro.

—Me encantan todos esos tiempos muertos en los cafés. Su manera de describir las montañas. Y Shakespeare and Company, que suena demasiado perfecto para ser real.

—Bueno, probablemente todo fuera verídico. Y ahora mismo podríamos coger un tren para ir a Shakespeare and Company.

—¿Todavía existe?

—Ya lo creo. ¿Qué más te gusta?

—La manera en que escribe sobre el hecho de escribir. Sobre lo que te quita y lo que te aporta.

—¿Qué me dices de la manera en que escribe sobre el amor?

—No lo sé —contestó Hadley—. Eso es más complicado. ¿Lo vamos a tocar en el programa de la asignatura?

—¿El qué? ¿*París era una fiesta* o el amor?

—En tu opinión, lo uno va ligado a lo otro.

Él se rio.

—*Touché* —dijo—. Por cierto, me ha gustado tu trabajo, Hadley.

—¿Sí?

—Está muy bien.

—Gracias —contestó ella, y añadió—: Me ayudó mucho comentarlo contigo. Después disfruté haciéndolo.

—Se nota. Ahora que lo he leído entero, la única pega es el título, «El fin del amor». Esperaba algo más acorde y sombrío, aunque en realidad no era ese el planteamiento de tu trabajo.

—No quería hacerlo con ese tipo de planteamiento.

—Por lo visto, encuentras esperanza en los lugares más insospechados. Eso me gusta —señaló él—, que no decaiga.

En ese momento el dueño de la tienda le tocó el hombro a Joel, y Hadley siguió curioseando. Se sentía radiante, por dentro y por fuera. Volvió la cabeza para echar un vistazo y observó a Joel charlando con desparpajo en francés. Reparó en que, cuando se expresaba en ese idioma, hacía un mohín, sus labios parecían más suaves y pronunciados. De repente le dio la risa y se fue rápidamente hacia otra parte de la tienda.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Es que no te gusta mi francés? —exclamó él para llamar su atención. La única imagen que Hadley tenía en mente era la manera en la que fruncía

los labios, cómoladeaba la cabeza con un nuevo repertorio de gestos. Fingió hojear un libro al tiempo que le daba un ataque de risa incontenible—. ¿Conque te parezco ridículo? —le preguntó. Le habló cerca del oído y ella se dio la vuelta despacio, mientras recobraba la compostura. Vio que llevaba en las manos dos bolsas cargadas de libros que seguramente había encargado. Hadley le clavó la mirada e inexplicablemente le entraron ganas de reír otra vez.

—Perdona —se disculpó—, no es por ti, son cosas mías. Debe de ser la altitud. Me tiene alteradísima.

—Mujeres —dijo él, al tiempo que sacudía la cabeza, con las arrugas de la cara acentuadas por la risa—. Nunca las entenderé.

Lo observó alejarse y se quedó pensando en la manera en que había dicho «mujeres» y no «chicas». Advirtió cómo la miraba el dueño de la tienda; sonrió y se dio la vuelta. Se sentía un poco embriagada. Cuando la campanilla de la puerta sonó de nuevo, casi pensó que se trataba otra vez de Joel, pero era Kristina.

—Ah, ya estás aquí —dijo Kristina—. Pensaba que había llegado pronto.

—Sí, es que yo he llegado muy pronto.

—¿Qué pasa? Tienes una sonrisa de oreja a oreja.

—Oh, es que estoy contenta. He encontrado lo que buscaba. Quería regalarte esto.

—Hadley le tendió el ejemplar de *París era una fiesta*.

Kristina se sonrojó. Apartó la mirada.

—Ay, Hadley, ya lo tengo.

—¿Lo tienes? ¿No me dijiste que no habías leído nada de Hemingway?

—Bueno, no... —explicó Kristina, cambiando los pies de postura—, hasta ese momento no, pero como siempre estás dale que te pego con él pensé que ya era hora de hacerlo.

Hadley pensó en Joel Wilson y en su prueba para las chicas de «érase-una-vez». Le encantaba saber eso de él. La gente rara vez confiaba los pequeños secretos de su vida.

—Bueno, ¿te gustó? —le preguntó.

—La verdad es que todavía no lo he empezado —respondió Kristina—. Me pongo a leer las primeras líneas y siempre hay algo que me distrae. Es que no consigo entrar en materia.

Hadley reprimió una sonrisa. Se imaginó a Joel diciendo: «Suspendida», e incluso anotando algo en un bloc, una cruz al lado de un nombre.

—No a todo el mundo le gusta Hemingway —dijo, cogiendo a Kristina del brazo—. Me alegro de haberte consultado antes de comprarlo. Venga, salgamos de aquí. Mejor te invito a un *vin chaud*.

Poco más de una semana después se encontró a Joel Wilson en la piscina municipal

cubierta. Hadley le había tomado el gusto a nadar por las noches, y le agradaba el ambiente de la piscina. La gente charlaba en las zonas poco profundas y pasaba el rato junto al borde en parejas y pequeños grupos; era el lugar de encuentro en aguas cubiertas de Lausana. Kristina la acompañaba a menudo, pero a veces cambiaba de opinión y prefería ir a ver a Jacques. Al salir de su habitación esa noche, Hadley se encontró con ella.

—Creía que estabas en Ginebra —exclamó Hadley.

—Sí, pero he vuelto temprano. —Hadley permaneció expectante, pero Kristina dio unas palmaditas para quitarle importancia—. Hace siglos que no nado —añadió—. Me vendría bien para despejarme. No te importa esperarme, ¿verdad?

Hadley se encaramó a uno de los asientos del pasillo. Pasaron cinco minutos, luego diez. Salió fuera y se apoyó contra la barandilla. Abajo, la ciudad brillaba. Se anticipó a la sensación de salir de la piscina al aire de la noche, con el pelo húmedo sobre la nuca y una bofetada de frío sobre las mejillas. Nadar en invierno era algo que nunca hacía en Inglaterra.

Hadley se dio la vuelta al oír acercarse a Kristina. Se había puesto una camiseta de deporte y llevaba el pelo lacio y brillante recogido en una coleta alta. Su impecable mochila le daba un aire optimista.

—Lo siento, lo siento —se disculpó—. Ya estoy aquí.

A Hadley le daba la impresión de que había estado bastante perdida los últimos días. Se lo dijo, y Kristina suspiró con gesto dramático.

—Oh, Hadley, te entiendo perfectamente. Es que en este momento siento que tiran de mí en todas las direcciones posibles.

Hadley reprimió una sonrisa.

—Pero da la impresión de que curiosamente eso te gusta, ¿o no?

—¿Es eso lo que piensas?

—No lo sé. Quizá. En parte.

—Hadley, no soy ninguna reina del drama.

—Bueno...

—¿O sí? ¿Soy una reina del drama? Oh, Dios, sería terrible que lo fuera. Odio a ese tipo de gente. Hadley, por favor, dime que no lo soy.

Le agarró la mano y se la apretó con fuerza, estrujándole hasta el último dedo. Hadley se echó a reír y apartó la mano.

—No en el mal sentido —contestó ella.

—¿Estás harta de oír hablar de Jacques?

—La verdad es que ya no hablas tanto de él, últimamente pasáis mucho tiempo juntos.

—¿Sí?

—Me da la sensación de que desde que me hablaste de él por primera vez lo ves

más de lo habitual.

—Ah, pero ahí te equivocas. Te da esa sensación porque ahora sabes adónde voy, esa es la diferencia. Antes pensabas que era muy estudiosa, que me escapaba a la biblioteca en busca de alguno de esos libros raros de historia del arte...

—Supongo que simplemente te echo un poco de menos, eso es todo.

—Oh, Hadley, pero si no me he ido a ningún sitio. Estoy aquí. —Vaciló—. De hecho, no es cierto. Me he ido a un sitio. Estoy en un agujero negro muy grande. Pero justo al fondo hay una luz. Y, mientras exista esa luz, no quiero escapar.

—No entiendo nada de lo que dices —dijo Hadley.

Kristina soltó una carcajada histérica.

—Dios, ¿y crees que yo sí?

Siguieron caminando la una junto a la otra, en silencio. Hacía tanto frío que a Hadley se le entumecieron los labios. Bajo sus pies, la acera brillaba con la escarcha nocturna.

—¿Qué edad tiene Jacques? —preguntó de improviso.

—Es mayor que nosotras.

—¿Y qué sensación se tiene?

—Es como... Ninguna. Ni siquiera es determinante.

Hadley asintió.

—Eso ya lo sé —dijo, en un tono más nostálgico de lo que pretendía—, es la persona adecuada y punto. No importa la edad que tenga, ¿verdad?

Kristina la miró con indulgencia.

—Hadley, mira, en mi clase de Historia del Arte hay un tío muy guapo que se llama Max. A lo mejor te gusta.

—No tienes que hacer de celestina, Kristina.

—No, pero ¿no te gustaría que hubiera alguien? —Hadley metió las manos hasta el fondo de los bolsillos de su abrigo. Se estremeció—. ¿O acaso hay alguien ya? ¿Alguien de quien no me hayas hablado?

—No —respondió Hadley—, ni mucho menos.

—Te has puesto colorada —señaló Kristina.

—No me he puesto colorada, es que tengo las mejillas congeladas. Tú también las tienes así.

Kristina negó con la cabeza.

—Sea quien sea, tienes que atacar. No hagas demasiadas preguntas, lánzate sin más. Ya sé que me quejo de mi historia con Jacques, pero cuando estoy con él, si dejo de pensar en todo lo demás, me hace muy feliz, Hadley.

—Ojos que no ven... —dijo Hadley.

Kristina soltó una ruidosa carcajada.

—Has dado en el clavo. ¿Cómo es el dicho? ¿Agárrate fuerte y disfruta? A veces

no hay nada malo en eso, ¿sabes?

La piscina estaba tan concurrida como de costumbre. Se oía el ruido del chapoteo del agua, de la gente llamándose entre sí, y un murmullo indefinible invadía el ambiente. Hadley se puso las gafas de natación y un gorro que le ocultaba el pelo, y se sintió añorada con el bikini negro. Se sumergió con cuidado en el agua y empezó a hacer sus largos a crol, ligera como una anguila. Kristina tardó un buen rato en salir de los vestuarios; al hacerlo, deslumbró con un bañador fucsia, y a su lado Hadley parecía ir en uniforme de educación física. Kristina se detuvo junto a la parte más honda, inspeccionó el espacio, ejecutó un salto perfecto y emergió a la superficie casi en el punto medio de la piscina. Hadley se quedó boquiabierta y advirtió que al socorrista con camiseta de cuello abierto le había ocurrido lo mismo.

No vio acercarse a Joel. Ella estaba haciendo tiempo en la parte menos profunda, recobrando el aliento, cuando notó que le tocaban el hombro. Se dio la vuelta, pensando que era Kristina.

—Otra vez tú —dijo él.

Joel ofrecía un aspecto diferente en el agua. Tenía el pelo negro como el betún y lustroso por el agua, y la piel de un moreno intenso. Pudo apreciar una cicatriz fina como una esquirra en el hombro derecho.

—Hola —dijo ella.

Se encontraban tan cerca el uno del otro que ella agradecía no estar de pie sobre las resbaladizas losas de la piscina, con su desnudez prácticamente al descubierto. Se cruzó de brazos.

—¿Conque eres nadadora? —preguntó él.

—Qué va. Más bien «chapoteadora».

—No, te he visto hacer un par de largos: eres nadadora.

—Pero no consigo respirar bien —repuso Hadley. Exhaló lentamente—. ¿Ves? Me falta el aliento. —Era consciente de que su pecho subía y bajaba mientras hablaba.

—De modo que aquí es donde los jóvenes alegres pasan el rato, ¿no? En la piscina municipal, el lugar de encuentro predilecto de los literatos de Lausana.

—¿Te incluyes en el lote?

—De la gente joven y más bien joven, al menos. Y mi bañador es alegre.

—Es por el hedor de la piscina y las tiritas que flotan... La verdad es que venimos por el ambiente.

Él se echó a reír, y se frotó el mentón otra vez, como rascándose una inexistente barba.

—En primavera nadaremos en el lago —dijo él—, mucho más bonito que esto, dónde va a parar.

—No puede haber un lugar más bonito que ese —comentó ella—, rodeado de montañas, a cielo abierto... Sin nada que te moleste.

—Vaya —dijo Joel—, he captado la indirecta.

Se dio la vuelta para marcharse, pero Hadley le agarró del brazo. Durante un fugaz instante sus dedos rozaron su sólido hombro.

—No —dijo ella, al tiempo que se reía, turbada por ese repentino contacto—, no quería decir eso. Es solo que me encanta el hecho de que estemos aquí todos juntos, con todo este ruido, y, sin embargo, cada cual esté totalmente aislado y en su propio mundo.

Apartó la vista y se fijó en Kristina, al otro lado de la piscina. Se preparaba para zambullirse otra vez. Estaba quieta, ajena a las miradas; arqueó el cuerpo con gracia y se sumergió en el agua sin apenas salpicar.

—¿Es que has venido sola? —preguntó él.

—Qué va, mi amiga está por ahí —respondió Hadley, señalando con la mano.

—¿Otra británica?

—Danesa.

—¿Has hecho muchos amigos suizos ya?

—Ojalá, pero la verdad es que no, todavía no. ¿Y tú?

—Por lo visto el personal del instituto es muy reservado. Aunque Caroline Dubois organizó una cena la otra noche.

—¿Y qué tal? —preguntó Hadley.

—Muy chic. —Hadley asintió, preguntándose si habría ido alguien más o si la elegante blusa y la sonrisa de hielo habrían sido en exclusiva para Joel—. Pero te voy a decir una cosa —continuó él—. Teniendo en cuenta que su marido es amante del vino, casi ni lo catamos.

Hadley sintió un tremendo y desproporcionado alivio.

—¿Fue muy formal? —le preguntó, con una amplia sonrisa.

—*Très* formal. Me preocupa tener que corresponderles. En mi apartamento hay poco más que una caja de vino y ambiente de comida a domicilio.

—No creo que en mi habitación quepa siquiera una caja de vino.

—¿Pequeña?

—Pero con las proporciones perfectas.

—¿Quieres que te diga otra cosa de mi apartamento? No puedo poner la lavadora a partir de las diez de la noche.

—De todas formas, ¿no tienes nada mejor que hacer a esas horas?

—Esa no es la cuestión, Hadley. La libertad empieza por poder lavar los calcetines cuando uno quiera. ¿Es que los suizos no lo saben?

—¿Hablas en serio? Entonces será mejor que te pongas en marcha. Vas a perder tu oportunidad.

—No, es viernes por la noche. Ahora mismo me voy derecho al primer bar que encuentre. Para animarme con mi amigo Jim Beam, a lo mejor.

Hadley volvió a reírse, y la risa le salió como una bocanada. Apoyó el peso de su cuerpo sobre el otro pie bajo el agua.

—Yo acabo de llegar —dijo—, solo he hecho diez largos.

—Entonces tienes que hacer más. *Au revoir*, Hadley.

—¿Qué bar? —preguntó ella, sin poder reprimirse.

—¿Qué bar? Mulligan's no, desde luego.

Se lo habría tomado como un desplante de no haber sido por la manera en que la había mirado instantes antes de darse la vuelta para irse. No había sido una mirada ávida, pero sí un reconocimiento, no obstante, de su existencia. De un simple vistazo había escrutado su cuerpo mojado, sus pálidos hombros y su estrecha cintura bajo el agua. Después, en lugar de dar unos cuantos pasos hasta la escalerilla, apoyó las manos contra las losas y saltó con un diestro movimiento fuera de la piscina. Hadley lo observó dirigirse a los vestuarios, con el agua resbalando por su espalda desnuda. Vio que patinaba en una losa al rodear la silla del socorrista y por un momento pensó que se caería, pero él mantuvo el equilibrio y siguió caminando. Fue un simpático contratiempo en una salida, por lo demás, airoso. Ella sonrió y se sumergió bajo el agua. Se sentía totalmente ingrátida y como si no tuviera la más mínima necesidad de respirar.

El cumpleaños de Hadley era a finales de noviembre y, por primera vez en su vida, al despertarse ese día se encontró en un mundo blanco. Abrió las persianas y contempló los tejados cubiertos de nieve. El cielo presentaba un azul grisáceo y el lago, al fondo, se extendía acerado e imperturbable. Su balcón tenía sus propios ventisqueros y había nieve cuajada en el filo de la ventana. Abrió la puerta y sintió una bofetada de frío.

—Feliz cumpleaños, Hadley —susurró.

Su familia le había enviado una tarjeta, y dentro había una de las mejores obras maestras de Sam. La había vuelto a dibujar junto a un muñeco de nieve, pero esta vez rodeados de flores, con el sol brillando sobre sus cabezas. Los había coloreado sin salirse de los bordes y había escrito su primera frase: «Te deseo feliz cumpleaños, Hadley, muchos besos, Sam. De Sam». Debajo había una nota de sus padres con un billete de cincuenta francos. Habían escrito: «¡Celébralo con tus nuevos amigos suizos!».

Sus «nuevos amigos suizos». Pensó en Jacques y se imaginó a Kristina presentándose con él en su fiesta más tarde. Él de pie, algo incómodo, con el pelo alborotado y una marca de barra de labios a un lado de la mejilla. Jamás ocurriría. Independientemente de lo unidas que estuvieran Kristina y ella, daba la impresión de que Jacques y ella no estaban destinados a conocerse. Esa noche Chase, Jenny, Bruno, Loretta, Kristina y Hadley tenían previsto ir a cenar al casco antiguo, algo novedoso en contraste con las comidas chapuceras que cocinaban en Les Ormes. Hadley se habría contentado con que su cumpleaños hubiese pasado desapercibido, pero Kristina había visto su fecha de nacimiento en el permiso de residencia y no estaba dispuesta a claudicar. Había avisado a los otros y reservado en un restaurante. Sería la primera noche que pasarían juntos desde hacía varias semanas.

Hadley colocó la tarjeta en un lugar de honor sobre su escritorio. No había sentido la más mínima añoranza desde su llegada, pero esa fecha tenía algo que la hacía desear, aunque fuera por un instante, estar en su alegre y ruidosa casa. Su madre estaría cantando a coro con la radio; su padre, fingiendo refunfuñar por alguna tarea doméstica; su hermano, dándole puntapiés a una pelota hinchable por el pasillo, arrugando la alfombrilla. Le resultaba tan fácil adentrarse en ese mundo... En su casa, quien repetía en las comidas era Hadley, quien lloraba viendo películas incluso cuando en teoría no eran tristes era Hadley, quien saltaba los peldaños de la escalera de tres en tres tanto en la subida como, especialmente, en la bajada era Hadley. Resultaba extraño que precisamente las cosas que a veces le fastidiaban del hecho de estar en casa, los arrumacos, la algazara fácil, el aislamiento del mundo exterior y de

todo lo que implicaba, se le antojaban, ahora que estaba lejos, las más agradables. Por primera vez desde su llegada a Lausana se sentía inexplicablemente fuera de lugar, como si estuviera en el sitio equivocado. Apartó ese pensamiento de su mente; los cumpleaños siempre la ponían sentimental. Sonó el teléfono y se apresuró a responder.

—¡Feliz cumpleaños, Hadley! —exclamaron tres voces al unísono.

Cerró los ojos y escuchó cantar a su familia. Sonreía, sonreía y sonreía, haciendo un gran esfuerzo por no llorar. Al cabo de diez minutos, animada por la alegre conversación y los sinceros deseos de felicidad, fue a la cocina a preparar café y se acomodó para contemplar el panorama nevado. La perspectiva era distinta a la de su habitación; aquí abarcaba un tramo más amplio del lago y un grupo de recios olmos bajo Les Ormes. La nieve era el regalo de cumpleaños perfecto, se dijo a sí misma, y lo valoraría. Las raras veces que nevaba en su tierra, no duraba demasiado: la nieve enseguida se volvía fangosa y gris. Los camiones municipales pulverizaban arenilla a diestro y siniestro y la gente se tambaleaba dando pasos vacilantes. Ese día se juró a sí misma que bailaría en la calle y que levantaría la cabeza hacia el cielo para que los copos se posasen en sus pestañas.

—¡Feliz cumpleaños! —Kristina entró con aire resuelto en la cocina y dejó una bolsa de papel encima de la mesa. Dentro había dos cruasanes de almendra con crujientes láminas de hojaldre, el capricho favorito de Hadley en la *boulangerie*—. Son para ti. Felicidades, mi niña. —Kristina la besó en ambas mejillas.

—Acabo de hacer café. ¿Quieres?

—Hadley, he de irme volando. Tengo tutoría a primera hora.

—¿Una tutoría?

—Sí. Ah, estás pensando en Jacques... Ahora cada vez que digo que voy a algún sitio crees que en realidad voy a ver a Jacques.

—Bueno, ¿no es así?

—No, hoy no. —Lo dijo en tono irascible. Le quitó la punta a un cruasán y se puso a mordisquearla—. De hecho, voy a comprarte un regalo. Eso es lo que voy a hacer.

—Pero si ya lo has hecho... —Hadley sostuvo en alto la bolsa de papel—. No necesito nada más.

—No digas tonterías.

—Lo digo en serio. Oye, ¿y si nos saltamos las clases hoy y nos vamos por ahí, a ver la ciudad con nieve? Podríamos ir otra vez al Hôtel Le Nouveau Monde. O alquilar una barca de pedales... ¿Nos dejarán en invierno? Imagínate la vista desde el agua.

—Hadley, no puedo. De todas formas, es viernes.

—¿Y?

—Tienes clase de Literatura Norteamericana.

—Por una vez me la puedo saltar.

—Sé que crees que no me doy cuenta, pero sí que me doy, ¿sabes?

—¿Darte cuenta de qué?

—Los viernes siempre te arreglas más.

Hadley repasó su aspecto. La noche anterior se había pintado las uñas de rojo cereza. Llevaba puesto su vestido de invierno favorito, uno de lana a cuadros que le estilizaba los muslos y la hacía parecer más alta.

—Es mi cumpleaños —alegó—. ¿Qué tiene de malo ir guapa?

—Vale, claro, tienes razón. —Kristina se inclinó para darle otro beso, y su pelo en movimiento le rozó a Hadley en la mejilla—. Todos los viernes es tu cumpleaños.

Kristina salió como una exhalación de la cocina, con un precipitado «Nos vemos esta noche». Hadley se sacudió una miga del cruasán de sus medias negras. Se sirvió otro café mientras se preguntaba si era evidente para todos o solo para alguien que la conocía tan bien como Kristina.

De camino a la parada de autobús, exhalando bocanadas de aire blancas, la nieve crujía bajo sus pies. El sol emitía tímidos destellos sobre la acera y pensó que ojalá llevara encima la cámara. Era de esos días que uno quiere capturar, que uno necesita volver a ver para tener plena constancia de que existieron.

En la clase de Joel Wilson esa mañana se respiraba cierto apremio. Hacía ruiditos secos con el bolígrafo entre los dedos con aire distraído y su habitual locuacidad se interrumpía con un sinfín de «vales» y otras coletillas. Daba la sensación de que habría preferido estar en otro sitio. En el trayecto de ida en autobús, Hadley había oído comentar que las estaciones de esquí iban a abrir pronto. Se puso a divagar y vio esas pronunciadas laderas brillantes como el cristal, esquiadores agazapados marcando nuevas trayectorias y después la algarabía de un bar de montaña. Se imaginaba a Joel allí. Se lo imaginaba esquiando con valor y cierta temeridad, terminando el día con las mejillas encendidas y el pelo pegado a la nuca. Confiaba en que Kristina hubiera dicho en serio que le enseñaría ese invierno.

A pesar de haber dado la clase a la carrera, Joel se entretuvo cuando tocó a su fin. Se puso a toquetear unos papeles de su maletín y fingió estar buscando un párrafo de un libro. Alzó la vista cuando Hadley pasó delante de él.

—Eh, Hadley, ¿qué te parece toda esta nieve?

—Me encanta. He oído que si sigue nevando a este ritmo abrirán pronto las estaciones de esquí.

—¿Ah, sí? No me digas. Entonces supongo que en la próxima clase habrá menos concurrencia.

Era la primera broma que gastaba desde hacía una hora, lo cual a ella le

entusiasmo.

—No creo que los suizos sean un pueblo que quebrante normas. ¿Recuerdas lo de la lavadora?

—Sí, claro, pero ¿crees que aquí nadie se salta las clases?

—Dímelo tú —dijo ella sonriendo.

—Mis alumnos no se saltan mis clases —afirmó él—, eso es innegable. ¿Y a qué crees que se debe?

—Sus corazones no podrían soportar la separación —dijo Hadley, con aparente desenfado. La miró con expresión perpleja, y ella abrió la boca para hacer una puntualización, para recordarle que solo estaba citándole, utilizando las primeras palabras con las que se había dirigido a ellos al principio del semestre—. En tu primera clase... —empezó a explicar.

—De modo que, después de todo, alguien me escuchaba. Qué alivio.

Se sonrieron mutuamente; Hadley aliviada por la coartada, y Joel con un atisbo de socarronería que a ella no le desagradó, que le agradó, de hecho, cuando pensó en ello más tarde. Hadley dijo algo como que llegaba tarde a su siguiente clase y él se dirigió a la puerta con ella. Tras despedirse en el pasillo, cada uno se fue por su camino.

A la hora del almuerzo se encontró con él por casualidad. Ella estaba en la cafetería escudriñando el expositor de bocadillos cuando sintió que le tocaban el hombro.

—Por lo visto te tengo que desear feliz cumpleaños —dijo él.

Ella sonrió.

—¿Cómo te has enterado?

—Los archivos de alumnos. Que sepas que tenemos una carpeta para todos y cada uno de vosotros. Faltas del pasado, primeras mascotas, todo lo habido y por haber. Veo que vas a comer sola, ¿y eso?

—¿Por qué has mirado mi carpeta?

—Es la mejor forma de aprenderme vuestros nombres.

—Pero si ya sabes mi nombre.

—Y de comprobar vuestros expedientes académicos. Hay algunas lagunas de conocimiento entre los estudiantes y me gusta saber las asignaturas que ha cursado cada uno. La tuya era una de tantas, Hadley, y casualmente me fijé en tu fecha de nacimiento. Bueno, ¿y el almuerzo? ¿Sola? Insisto, ¿y eso? —Antes de darle tiempo a responder, añadió—: ¿Te acompaño? —Y sin mediar palabra puso la *baguette* de Hadley en su propia bandeja y cogió otra para él—. Me hacen el veinte por ciento de descuento —explicó, al tiempo que le enseñaba su tarjeta de docente como una insignia del FBI—. Ve a buscar mesa.

Al sentarse, Hadley echó un vistazo a su alrededor. Había visto alguna que otra

vez a estudiantes con sus profesores tomando café, hojeando trabajos en un rincón, y, cualquiera que no conociera a Joel, habría pensado que era un estudiante más. Su postura, con una pierna apoyada sobre la otra y los dobladillos de los vaqueros desflecados, le daba un aire juvenil. Llevaba puesta una camiseta parecida a la de la fotografía del departamento. Blanca, y algo tirante en la parte de la barriga.

—Cuéntame, ¿qué planes tienes luego? —preguntó él.

—Solo una cena. En el sitio ese, Le Pin.

—Me han hablado bien de él. Muy formalito.

—Empezaremos así, por lo pronto. Supongo que luego iremos a otro sitio y a partir de ahí la cosa irá degenerando. —Pensó en Kristina, y en ojos que no ven. Añadió—: Podrías venir a tomar una copa. Si no tienes nada mejor que hacer.

—No puedo, lo siento.

—Claro —se apresuró a decir Hadley—. Cómo te va a apetecer salir por ahí con estudiantes...

—De hecho es muy tentador, pero ya tengo planes. Si no, me habría plantado allí de cabeza. —Tal vez notara que ella se sentía avergonzada, pues cambió de tema hábilmente—. Bueno, todo esto que me contabas de la nieve... ¿Es que esquías?

—La verdad es que no, nunca he ido a esquiar. Pero me gustaría muchísimo. Mi amiga Kristina me va a enseñar.

Y siguió hablando. Le habló del bungalow en el que se había criado, donde aún vivía con sus padres y su hermano, cuando todos sus amigos se habían independizado; de las llanuras de los alrededores; de la ausencia de paisaje que pudiera calificarse como tal. Le comentó las ganas que tenía de subir a las cumbres, más alto de lo que probablemente nadie necesitara subir, simplemente para ver cómo era el mundo desde allí arriba.

—Y bajar esquiando —dijo él.

—Procurando no romperme todos los huesos en el camino.

—Se te daría bien —afirmó él—. Se nota que te gusta la velocidad.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Y el peligro.

—Hasta cierto punto.

Ella se reclinó en el asiento y le dio un mordisco a la *baguette*. Se puso a masticar despacio y él se quedó callado. Hadley llegó a la conclusión de que había hablado demasiado. Su madre y su padre, Sam, el trayecto diario en autobús a la universidad... Era absurdo que a él le interesara todo eso.

—Yo me crié en California —dijo él, de repente. Le echó un terrón de azúcar al café, lo removió y dio unos golpecitos con la cucharilla contra la taza; una, dos, tres veces—. En cuanto tuvimos edad suficiente, mi hermano pequeño y yo tomamos por costumbre subir a las montañas en una camioneta destartalada; yo al volante, él

toqueteando la radio en busca de cualquier cosa estridente y con guitarras. Pasábamos el día en las laderas con esquís de chatarrerías, arreglando el mundo. Llegábamos a casa machacados, con todo tipo de esguinces, tirones y torceduras, con los músculos implorando misericordia, cegados por la nieve porque nunca disponíamos del equipo adecuado y el sol brillaba con tanta intensidad que nos provocaba unos dolores de cabeza insoportables, pero... éramos felices. Muy muy felices.

—¿Cómo se llama tu hermano? —preguntó ella, reacia a que terminara el relato.

—Winston. Suena como un nombre de gato, ¿verdad? Aunque él no tuvo siete vidas.

Ella buscó algo apropiado que decir, pero solo se le ocurrió:

—¿Cómo?

—Murió. Un accidente. Resulta que mi camioneta no era precisamente segura.

Ella se miró las manos, y de repente sus uñas rojas le parecieron chabacanas. Se las apretó.

—Lo siento. No puedo ni imaginar lo que debe de ser eso.

—¿Nunca has perdido a nadie?

—No.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera a algún abuelo?

—No.

—Tienes suerte. —Al mirarla, a ella le dio la sensación de que su propia ingenuidad se traslucía ligeramente, como si él fuese capaz de traspasarla con la mirada. Hadley no había experimentado la pérdida y, en ese momento, irracionalmente, deseó lo contrario. Sentir cualquier cosa, un dolor encallecido en el alma, una pena lejana pero indescriptible, solo para poder contárselo y demostrarle que lo comprendía—. No sé por qué me ha dado por hablarte de Winston —dijo él, y a ella la alivió que su tono fuera pensativo en lugar de desdeñoso—. Normalmente no lo hago. Me lo guardo para mí. ¿Ves esto? —Señaló la minúscula cicatriz que tenía en el borde del labio—. El mismo accidente. La tengo desde los diecisiete años y no ha desaparecido. Lo prefiero así. —Hadley lo miró a los ojos e hizo lo posible por no apartar la mirada—. Vaya, qué conversación de cumpleaños más ideal —comentó él—. Una cita perfecta. —Ella se rio con naturalidad, pero le llamó la atención la frase; la recordaría más tarde, la rebobinaría. Él cambió de tema—. ¿Cuántos cumpleaños, veintiuno? ¿Veintidós?

—Veinte.

—Veinte. —Él meneó la cabeza—. Apenas lo recuerdo.

—¿Tanto tiempo hace?

—Estaba bastante borracho, creo. Y, de todos modos, de eso hace mucho tiempo. Ha llovido mucho desde entonces. A decir verdad, eres una mitad mía, Hadley Dunn.

—¿Cuarenta?

—Por ahí. —Se oyeron unas risotadas y volvieron la vista. Un grupo de estudiantes estaba haciendo payasadas en el otro extremo de la cafetería. Una estaba agachada, desternillándose de la risa, mientras su amigo le daba manotazos en la espalda como si estuviera asfixiándose. Hadley vio a Kristina al lado del grupo, hablando con un chico alto pelirrojo. Apartó rápidamente la vista para que no la viera —. Lo siento, Hadley —añadió él—. Tengo que irme. Los viernes tenemos reunión en el departamento; te puedes figurar lo que se alargan. Felicidades, ¿eh? Y gracias por la compañía.

A Hadley le pareció una despedida precipitada; Joel se dejó la mitad de la *baguette* en la bandeja. Hadley se tomó el resto del café despacio. *Eres una mitad mía*. Podría haberlo dicho de muchas otras maneras, pero eligió esa. Se aferró a eso, a esa frase en concreto, acariciando cada palabra como una piedra preciosa de un collar. Cuando volvió a levantar la vista Kristina también se había marchado.

Lausana era lo bastante pequeña como para que a uno le diese la impresión de poder encontrarse con alguien en cualquier momento, y a estas alturas las caras le resultaban familiares a Hadley: el chico con los enormes auriculares que se deslizaba con sus patines en línea entre las fuentes de Ouchy; la bibliotecaria del campus, una mujer nervuda con una mata de pelo blanco rizado en una bicicleta desvencijada; Hugo Bézier, con ese aire felino, observando, esperando y sonriendo al verla. Hadley empezaba a apreciar a estas personas. La hacían sentir que entendía los ritmos de la ciudad y que también formaba parte de ellos. Y, cómo no, Joel Wilson. Sus caminos se cruzaban en la piscina, en la librería y, una vez, en *les escaliers du marché*, las escaleras del mercado, donde él le ofreció una castaña ardiendo de una bolsa de papel de estraza, y ella la cogió con la sensación de que era algo más que compartían. Siempre que existiera la posibilidad de encontrarse con alguien casualmente, las incursiones en la ciudad poseían un aliciente adicional.

Se estaba arreglando para salir esa noche cuando sonó el teléfono de su habitación. Hadley supuso que serían de nuevo sus padres para ofrecerle otra alegre interpretación de «cumpleaños feliz».

—¿Hadley? Soy una pésima amiga. Voy a llegar tarde, tardísimo. Al final he tenido que ir a Ginebra. ¿Por qué no os vais sin mí? Me reuniré con vosotros lo antes posible. Lo siento muchísimo.

—Kristina, para el carro. ¿No dijiste que no ibas a ir a Ginebra?

—Ya, ya...

—Bueno, ¿y si llamo al restaurante y retraso la reserva? Podemos ir a tomar algo a otro sitio antes. No pasa nada.

—No, Hadley, es un detalle por tu parte, pero me voy a retrasar mucho. Por favor, seguid sin mí. No quiero estropear el plan.

—¿Dónde estás ahora? ¿Estás de camino?

El trayecto en tren desde Ginebra duraba unos cuarenta y cinco minutos. Era hora punta en los trenes de cercanías nocturnos y los vagones irían abarrotados de trajes almidonados, relojes marcando un rápido tictac y un carrito de refrescos traqueteando y tropezando con punteras de zapatos brillantados. Se imaginó a Kristina retocándose los labios ante el reflejo de la ventanilla, tras borrarle todo el carmín por los besos de Jacques. Podía estar en Lausana en menos de una hora.

—No, sigo aquí. Es complicado... Y, para colmo, he perdido el teléfono en el camino hasta la estación, a saber dónde. Oye, tengo que colgar, se está agotando el saldo. De verdad, cielo, iré en cuanto pueda.

Entonces cortó la comunicación. Hadley se quedó sentada con el auricular en el regazo, sumida en la decepción.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó Jenny al abrir la puerta Hadley.

Bruno tiró del cordón de la piñata y comenzaron a caer serpentinas de colores a sus pies. Chase le plantó un botellín de cerveza en la mano.

—Vamos —ordenó—, en marcha. Jenny, ve a por Kristina a su habitación.

—Se va a retrasar —dijo Hadley—, nos veremos allí. —En un inesperado gesto de intimidad, Jenny se agarró del brazo de Hadley. Tenía la risa floja y las mejillas coloradas; a Hadley le dio la sensación de haber llegado tarde a su propia fiesta. Jenny se la llevó medio a rastras, con Bruno y Chase a la zaga—. ¿Y Loretta? —preguntó, volviendo la cabeza.

—Hemos quedado con ella en el restaurante. Va a traer a su amigo Luca. No te importa, ¿verdad?

—Estupendo —contestó Hadley, ausente. Tenía la mente en Tonridge. Si estuviera en casa habría una tarta glaseada con torpeza y resplandeciente por las velas. Se escucharía el soniquete de la televisión con una película tras otra. Sam estaría lanzándole barquillos de chocolate desde el otro lado de la mesa. A pesar del contacto del brazo de Jenny y de los pasos cercanos de Chase y Bruno, a Hadley la embargaba una profunda sensación de desarraigo. Se dio cuenta de lo desorientada que se sentía sin Kristina.

El restaurante, Le Pin, se hallaba escondido en una calle entre la estación y el lago. Con sus ventanas arqueadas, filas de mesas de madera y suelos de losas rústicas, recordaba a los cafés parisinos; a un lugar más apropiado para el día que para la noche. Había portaperiódicos con diarios arrugados y manoseados por dedos impregnados de nicotina. Un hombre mayor de aspecto liviano sentado junto a la puerta bebía vino rosado con un periódico de carreras de caballos extendido sobre la mesa. Aunque había que saber buscarlos, los detalles nocturnos estaban ahí: velas cuya cera se derretía por cuellos de botellas de vino; al fondo, unas cuantas mesas vestidas con manteles de cuadros; paneras con finas rebanadas de *baguette* colocadas junto a la caja registradora, listas para ser servidas junto a cartas laminadas.

—¿Aquí? —preguntó Chase—. ¿En serio?

—Me encanta —contestó Hadley—. Es ideal.

Se sentaron al fondo y un camarero de pelo engominado los recibió con indiferencia. Todos pidieron vino, y en cantidad. Apareció Loretta con un elegante vestido de terciopelo negro y el desconocido, Luca, que era alto y un poco caído de hombros, con una mata de pelo rizado. Le dio dos besos a Hadley y la felicitó por su cumpleaños. El vino era tinto y de poco cuerpo. Bruno arrugó la nariz y prefirió pedir vodka. Examinaron la carta, con *fondue* de queso y bistecs de caballo, jabalí con

frutas del bosque, platos de chucrut y salchichas finas y alargadas servidas de dos en dos. Jenny dijo que no comería carne de caballo ni muerta, lo cual provocó una discusión con Chase que parecía divertirles más que enfrentarles. Loretta y Bruno, con las cabezas apoyadas la una contra la otra, acordaron compartir una *fondue* y con risitas tontas comentaron los malabarismos que había que hacer si se caía el pan en el cazo. Luca, al lado de Hadley, sonreía al tiempo que mantenía la mano aferrada al pie de su copa de vino.

—¿Qué estudias? —le preguntó él con soltura en inglés.

—Literatura —respondió ella—. Norteamericana, inglesa y francesa. ¿Y tú?

—Francés, claro. Filología Francesa. Con español. Así es como conocí a Loretta. —Volvió a sonreír, esta vez mostrando todos los dientes. Se inclinó hacia ella—. ¿Te lo estás pasando bien en tu cumpleaños, de momento?

Hadley agitó la carta con decisión.

—Muy bien —contestó.

Para cuando llegaron los platos, estaban borrachos y dispuestos a seguir el ritmo. Hadley había pedido la especialidad del día, *fondue* de carne, con tiritas de carne de vacuno que chisporroteaban sobre una piedra caliente. De guarnición tenía patatas fritas finísimas, y Luca cogía una de vez en cuando, sonriéndole como si estuviesen compartiendo una broma. Le rellenaba la copa de vino cada dos por tres, salpicando el mantel hasta que los cuadros blancos se volvieron rosas entre los rojos. Tanto Chase como Jenny habían pedido filete de ternera; Bruno y Loretta se batían en duelo con sus respectivos pinchos y jugueteaban con la llama de la *fondue*. Cada vez hacían más ruido. Justo cuando Hadley se preguntaba si sería la única que había reparado en que Kristina aún no había llegado, oyó vibrar el teléfono en su bolso. Se levantó de un brinco, y la silla chirrió sobre las losas. Respondió a la llamada mientras se metía en el estrecho pasillo del aseo.

—Hadley, me vas a matar...

—¿Dónde estás?

—¿Te gusta el restaurante? —le preguntó Kristina—. Pensé que sería como uno de esos que siempre aparecen en los libros que lees. Lleno de viejos escritores.

—¿Estás con Jacques? —inquirió ella, molesta por su propio tono de reproche.

—No por mucho tiempo —respondió Kristina—, y, de hecho, no físicamente. Estoy en una maldita cabina otra vez. Qué día.

—¿Qué quieres decir con «no por mucho tiempo»? Por Dios, Kristina. Siempre estás diciendo cosas así y acabas sin mover un dedo.

—Lo siento.

—No lo sientes. Si lo sintieras, decidirías lo que realmente quieres y punto.

—No te pongas así, Hadley. Tú no lo entiendes.

—Tienes razón, no lo entiendo. Esta noche, no.

—Siento estar perdiéndome tu cumpleaños.

—No se trata de eso. Bueno, de hecho sí, en parte. Tú has sido la que ha organizado esta cena, la que ha hecho que vengan todos, y ni siquiera estás aquí.

—Yo no he hecho que vayan. Todos querían celebrarlo contigo, Hadley.

—Y hay un tío llamado Luca a quien ni siquiera conozco que no para de toquetearme la rodilla por debajo de la mesa.

—Hadley, quería que esta noche fuera especial para ti, pero Jacques...

—No pongas a Jacques como excusa, ¿vale? Me parece que lo único que ha hecho siempre es ser honesto contigo. Tú eres la que estás haciendo un drama de la historia. Y la que estás allí con él en lugar de aquí conmigo.

—Hadley, pareces celosa, no te pongas celosa. De verdad que no tienes motivos, ya no, porque...

—¿Por qué piensas que estoy celosa? Un momento, ¿no será porque no tengo novio? Eso es lo que piensas, ¿verdad? ¿Has sido tú quien ha invitado al tío ese, Luca? ¿Conque Loretta no ha tenido nada que ver? Dios, qué estúpida soy, no había caído en la cuenta hasta ahora.

—Hadley, no conozco a ningún Luca y, en cualquier caso, no te haría eso. Oye, siento que creas que te he echado a perder el cumpleaños.

—¿Sabes lo que creo?

—¿Qué?

—Que deberías quedarte con Jacques y punto. Con tu hombre misterioso. Quédate allí, Kristina. A partir de esta noche estás disculpada. Te disculparé con los demás. Olvídalo.

—Últimamente me da la impresión de que le fallo a todo el mundo, Hadley. Soy incapaz de dar lo que se espera de mí. —Soltó una risa estridente—. Jacques me ha dicho que resulto contagiosa. Hace que suene como una enfermedad.

—Bueno, mira por dónde parece ser que Jacques y yo tenemos algo en común.

Kristina se quedó en silencio al otro lado de la línea. Cuando habló, lo hizo con voz queda, totalmente apagada.

—De todas formas, estoy de camino. Voy a darme prisa y llegaré lo antes posible.

—Te he dicho que no te molestes, de modo que no finjas apresurarte por mí. Total, al final harás lo que te venga en gana...

Hadley cortó la llamada y se quedó unos instantes en el pasillo. Era la primera vez que discutía con alguien y el hecho de haberse defendido bien y mantenido firme ante los embaucos de Kristina la deprimió. En lugar de sentirse justificada y enardecida, se sintió tan desinflada como un globo después de una fiesta.

Al volver a la mesa vio que en su sitio había un trozo de tarta coronado con velas titilantes, y todos rompieron a cantar a destiempo. Tras recibir un abrazo de Jenny, la reconcomió el reproche a una Kristina aún ausente. «No pasa absolutamente nada»,

dijo Hadley, cabizbaja, con la copa de vino pegada a la cara, mientras Jenny le daba palmaditas de consuelo en la espalda. Y ahí estaba Luca, poniéndole la mano en el muslo de nuevo, con tal sutileza que parecía flotar en el aire. Se zafó de él con desgana. Pidieron rondas de licores, aguardientes alpinos transparentes y especiados, y todos se fueron arrellanando en los asientos. Charlaban unos con otros manteniendo conversaciones inconexas; a medida que pasaba el tiempo, la única que parecía cada vez más callada era Hadley.

—Me apetece ir a bailar —dijo en un momento dado, a quienquiera que estuviese escuchando—. Me apetece ir a algún sitio nuevo. ¿Os apuntáis?

Chase sugirió ir a un club de un sótano próximo a la estación donde la comunidad portuguesa bailaba y bebía y la música retumbaba en las vías del tren. Hadley se bebió de un trago el último chupito y se puso de pie tambaleándose. Esparcieron sus respectivos billetes sobre la mesa y salieron en tropel a la calle.

Fuera, había cambiado el tiempo y las volutas de los copos de nieve de primera hora de la noche habían dado paso a una ventisca cegadora. Chase y Jenny se pusieron a caminar bailando por la acera, con las cabezas gachas para contrarrestar el frío cortante, seguidos por Bruno y Loretta, abrazados. Luca se volvió para esperar a Hadley con una mano apoyada en la cintura, al tiempo que le hacía señas para que se agarrase a él.

—Venga —le dijo—, es tu cumpleaños. No parece muy contenta. —Hadley se estremeció y se caló un poco más el gorro. Dejó que la agarrara del brazo y resbalaron sobre el hielo de la acera. Chocó contra él—. Te tengo —comentó él—, no pasa nada, te tengo.

Ella levantó la vista hacia él. Se sentía desorientada. Demasiado alcohol, demasiada comida, la picazón del frío... Siguió agarrada a su brazo.

—Le he dicho cosas horribles a mi amiga por teléfono —dijo, arrastrando las palabras—. No era mi intención. ¿Por qué no habrá llegado todavía, Luca?

—Chsss —musitó él—, voy a besarte.

Acercó los labios; ella no se apartó. Fue un beso largo e intenso y, aunque a ella en realidad no le apetecía, se dejó besar. Oyó una ovación a sus espaldas y por fin Luca la soltó cuando le lanzaron una inesperada bola de nieve que se estampó contra sus zapatos. Al levantar la vista vieron a Chase riendo, al tiempo que se sacudía las manos contra los vaqueros. Luca cogió un puñado de nieve e hizo una bola. Se la devolvió, pero falló y fue a estamparse contra el gorro con pompón de Jenny, que gritó. A partir de ahí todos se enzarzaron en una batalla, riendo, atrapando y lanzando nieve, que se esparcía sobre sus abrigos y pies. Hadley se apartó y se metió las manos en los bolsillos. Los observó, con un repentino cansancio, sin muchas ganas de unirse a ellos. Luca se volvió hacia ella con una amplia sonrisa y ella le correspondió con apatía. Notó el suave impacto de una bola de nieve en su brazo y al mirar vio a

Loretta, con las mejillas sonrosadas y feliz, saludándola con la mano desde el otro lado de la calle. Le devolvió el saludo. Siguieron divirtiéndose a su alrededor, en plena ventisca, como niños atrapados en el interior de una bola de nieve de cristal.

Lausana era una ciudad elegante, tanto de día como de noche. Ni que decir tiene, durante esos meses de invierno la mayoría de las fiestas se daban a puerta cerrada y rara vez se llenaban las calles de gente irresponsable. Eran poco habituales los altercados por exceso de alcohol y la holgazanería aparentemente tan común en las calles de las ciudades británicas a partir de cierta hora. De haber un eventual problema, probablemente se arreglaría con calma y discreción, sin el apremiante ruido de las sirenas. Pero esa noche, cuando por fin reanudaron la marcha con la ropa húmeda por la nieve, hablando en voz alta y animada, un penetrante soniquete cortó el aire. No distinguían entre el sonido de las ambulancias, la policía o los bomberos suizos, pero se oía el sonido entrecruzado de al menos dos sirenas diferentes en las calles aledañas.

—¿Será posible —dijo Chase, dándose la vuelta— que por una vez esté pasando algo excitante en la sensata Suiza?

Hadley notó el brazo de Luca alrededor de su cintura, tirando de ella hacia sí.

—A mí se me ocurre algo excitante —comentó, al tiempo que le rozaba la oreja con los labios.

—Luca —replicó ella, haciendo un amago de zafarse de él—. Creo que no...

Y entonces la volvió a besar. Detrás, las sirenas ulularon y se apagaron, y ella cerró los ojos. Esta vez no le devolvió el beso exactamente, solo se dejó besar. Abrió la boca lo justo. Dejó caer las manos a los lados.

Hadley se despertó con un dolor de cabeza sordo y punzante. Se echó las sábanas sobre la cara y permaneció como en una mortaja. La luz entraba en la habitación, pero de algún modo apagada; probablemente seguía nevando. Le venían a la cabeza imágenes fugaces de la noche anterior: el beso de Luca de buenas a primeras; la lucha con bolas de nieve; el minúsculo y abarrotado sótano donde todos parecían perderse de los demás; Chase colocando en fila chupitos de ajeno verde botella, y cada cual cogiendo el suyo; el contacto del brazo de Luca alrededor de su cintura, mientras a ella le ardía la garganta y veía las estrellas. Habían cogido un taxi para volver a la residencia, salvo Luca, que no vivía en Les Ormes y se quedó en la acera con su abrigo largo y el brazo levantado en señal de despedida. «Podías haber dejado que viniera con nosotros», le había dicho Jenny con una risita, y Hadley se había hecho la tonta. «Vive al otro lado de la ciudad», le había contestado ella.

Tocaron a su puerta y gruñó.

—¡Voy! —exclamó—. Un momento.

Salió de la cama dando traspiés y se puso el camisón. Sería Kristina,

deshaciéndose en disculpas. Y sabía que las aceptaría en el acto, y que seguidamente ella haría lo propio. Aunque a Kristina le habría resultado imposible saber dónde habían acabado la noche anterior, Hadley había seguido buscándola mientras bailaban entre la multitud del local subterráneo. No había perdido de vista la entrada y se había vuelto cada vez que veía una melena rubia lacia y brillante u oía un repentino estallido de risa. Lausana simplemente no era la misma sin Kristina. Abrió la puerta con una sonrisa en los labios.

El agente de policía la miró fijamente. Y cuando empezó a hablar, pese a hacerlo en un francés lento y mesurado, ella no entendía lo que le decía. Le escuchó mencionar la Rue des Mirages, pero no le sonaba de nada. Después pronunció el nombre de Kristina. Hadley se dirigió a él en inglés. «Lo siento —dijo—, no le entiendo». Él hizo girar su gorra entre las manos. Sus siguientes palabras las pronunció con mucha delicadeza, en tono muy bajo, de hecho, con tanta dulzura que ella pensó que lo había entendido mal, hasta el preciso instante en el que se desmayó con un tremendo fogonazo de luz blanca.

El agente, de hombros caídos y uniforme llamativo, estaba de pie a su lado. Ella, sentada en el borde de la cama, dándole pequeños sorbos a un vaso de agua con cuidado. Le había dicho que Kristina había muerto en el acto y que no había sido culpa de nadie. Había sido la ventisca de nieve, una calle resbaladiza, una repentina caída y el implacable bordillo de la esquina de una acera contra su cabeza. «Un trágico accidente», afirmó él, adornándolo con palabras manidas que únicamente servían para sumarlo al resto de accidentes trágicos que ocurrían en todos los rincones del planeta todos y cada uno de los días. Luego esbozó una media sonrisa, levantando solo una punta de su bigote rubio rojizo. «Lo más seguro es que no sintiera nada», dijo, en un inglés bienintencionado, pero fue como dando a entender que, por eso, Hadley tampoco debía sentirlo. Al menos no más de lo normal ante uno de esos trágicos accidentes que ocurrían. Ella era incapaz de mirarle a los ojos y, sin embargo, cuando llegó el momento de marcharse, no deseaba que se fuera. Le había dado algo inédito hasta entonces, esa terrible noticia comunicada con sumo tacto, lo cual no atenuaba el tremendo impacto. ¿Cómo iba a darse la vuelta e irse por las buenas? ¿A volver al otro mundo? Cerró la puerta al salir; ella se quedó mirando la puerta, y esta le devolvió la mirada.

El día transcurrió con extraños detalles, difusos e imprecisos. Jenny vestía un cárdigan rosáceo y se puso a preparar una taza de té tras otra, colocándoselas a Hadley en las manos como si se tratase de un dulce remedio. Chase se puso a fumar asomado a la ventana de la cocina, tiritando por las ráfagas de aire frío, y los nervios le provocaron un sarpullido en el cuello que Hadley no le había visto hasta entonces. Bruno y Loretta permanecieron sentados el uno junto al otro, con los dedos entrelazados, cabizbajos. El policía interrogó brevemente a cada uno de ellos; les hizo preguntas prudentes a las que respondieron negando con la cabeza, desorientados, y, cuando se fue, Chase empezó a mordisquearse la yema del pulgar y les dijo: «¿Esto está pasando de verdad?». Fuera seguía nevando sin cesar, pero ya no tenía nada de pintoresco. Las nubes se cernían como manchas plomizas. Las farolas se encendieron temprano. En un momento dado, Bruno encargó pizzas, y las cajas permanecieron intactas esparcidas sobre la mesa. Hadley le cogió un cigarrillo a Chase y se lo fumó a oscuras en el balcón. Se asomó todo lo que pudo, hasta que la cabeza se le llenó de estrellas. Le castañeteaban los dientes tan fuerte, tan involuntariamente, que en un primer momento no fue consciente de que era ella quien producía ese sonido. Se echó a llorar, y las lágrimas se adhirieron a las que había derramado antes. Notó una mano en el brazo y dejó que Jenny la condujera dentro.

—Venía a reunirse con nosotros, Jenny —dijo Hadley. Las yemas de los dedos se le estaban poniendo azules y se tiró hacia abajo de las mangas del suéter—. Seguramente solo andaba por esas calles oscuras porque estaba tomando un atajo hacia el restaurante. —Hadley quería añadir que Kristina iba apurada, despistada y con prisa, que iba caminando demasiado rápido por la acera helada, por culpa de sus duras palabras. Que la había hecho sentirse culpable y que le había dicho cosas horribles, cosas que ni siquiera eran ciertas. Pero se tragó las palabras—. La gente se cae continuamente, ¿verdad? —dijo en lugar de eso—. No me lo explico. ¿Cómo pudo resbalarse y morir al golpearse la cabeza? ¿Cómo es posible que seamos tan frágiles que una simple caída suponga el fin? La gente corre todo tipo de riesgos y no pasa nada, absolutamente nada. Kristina iba andando por la calle. O corriendo, o lo que sea, pero nada más. No se lanzó al vacío desde un edificio. No estaba en ninguna guerra.

—A veces las cosas ocurren porque sí —contestó Jenny— y no les encontramos explicación. Mira, cuando estaba en el colegio me enteré de que un niño, el amigo del amigo de un amigo, no sé..., el caso es que se desplomó y murió en el acto en el campo de rugby. De golpe, se le paró el corazón. Fíjate...

—¿Cómo? ¿Murió sin más? —preguntó Bruno, alzando la vista.

—Sufrió un colapso. Por lo visto era un partido muy importante, él era la estrella del equipo, y...

Hadley dejó de escuchar y tiró de una hebra suelta que tenía en la manga. Se soltaron un par de puntadas y tiró un poco más. Las aceras podían resultar traicioneras con las heladas, de eso estaba segura. Ella misma había patinado una vez; había alargado la mano para agarrarse a una reja y se había caído boca arriba cuando iban a la carrera en dirección al autobús. Se había echado a reír del susto y Kristina le había tendido la mano para ayudarla a incorporarse. ¿Cómo era posible que la cabeza de una persona, tan sólida, tan fuerte, tan llena de ideas y sueños y esperanzas y temores y ansia de chocolate caliente con un chorrito de ron y de cócteles color lima y de cruasanes de almendra y de un hombre de Ginebra llamado Jacques, pudiera dejar de funcionar al menor golpe? A lo mejor había sido fuerte. Un porrazo contra el suelo. Un golpe seco en la parte más blanda de la cabeza. Pero ¿tan mal formados estamos como para que la vida nos sea arrebatada con tanta facilidad? ¿Mientras nevaba y la gente reía en los restaurantes y decía cosas sin querer por teléfono?

—¿Hadley? —Ella levantó la vista. La imagen de los cuatro parecía dar vueltas a su alrededor. Se oyó un portazo y a continuación una carcajada, y pasos correteando procedentes de algún lugar en los confines de Les Ormes—. Estábamos comentando —dijo Jenny, mordiéndose el labio— que el novio de Kristina, del que ella creía que no sabíamos nada... ¿Cómo va a enterarse de lo ocurrido? ¿Quién se lo dirá?

Los padres de Kristina llegaron a Les Ormes el domingo por la mañana. Se escucharon voces en el pasillo y el forcejeo de una llave en la cerradura. Hadley abrió la puerta y se asomó. Estaban con el conserje, un hombre mayor con un mono azul, encorvado, con gesto de disculpa. Y había una mujer de pelo castaño ensortijado y aire tal vez demasiado eficiente que conocía del campus. Siempre había imaginado que los padres de Kristina serían una pareja de cuento, de aspecto impecable y un atractivo deslumbrante. En lugar de eso, vio a un hombre y una mujer regordetes con abrigos viejos y zapatos baratos. Estaban agarrados, cabizbajos. Se dispuso a cerrar la puerta, pero la mujer de la universidad la vio.

—*Excusez-moi, bonjour, vous êtes...?*

—Hadley Dunn.

Hadley no había pegado ojo en toda la noche, y tenía el pelo apelmazado y los ojos irritados. Se quedó inmóvil, parpadeando en pijama.

—*Une amie de Kristina?*

—*Oui* —respondió. Miró fugazmente a los padres de Kristina, que se habían vuelto hacia ella. Seguían agarrados, pero ahora con la cabeza erguida. Hadley intentó mirarles a los ojos, pero fue incapaz.

—Los padres de Kristina han venido a recoger sus cosas —explicó la mujer, con total naturalidad.

—Claro —dijo Hadley, dirigiendo la vista hacia ellos de nuevo.

En ese momento la madre de Kristina se acercó a ella y Hadley reprimió el impulso de dar un paso atrás.

—¿Erais buenas amigas, Kristina y tú? —le preguntó, escogiendo cuidadosamente las palabras en inglés.

—Sí —respondió Hadley—. Sí que lo éramos.

Su cara era más bien rechoncha, pero Hadley reconoció algunos rasgos de Kristina. Tenía el cabello canoso entremezclado con dorado, las mejillas pecosas y los ojos, de un azul claro desvaído, anegados en lágrimas. Besó a Hadley en sendas mejillas con los labios fríos y ásperos.

—Gracias —le dijo, y Hadley sintió una punzada de lástima.

No tenía palabras de consuelo. Al final lo único que logró decir fue:

—Señora Hartmann, voy a echar muchísimo de menos a Kristina. Más que a nadie en mi vida. Estaba tan...

Quería decir «llena de vida», porque era cierto; derrochaba vida. Kristina era tan vital que contagiaba a los demás. Vaciló y seguidamente lo dijo de todas formas. La madre de Kristina se llevó la mano al pecho, presionando los cinco dedos como una estrella de mar, boquiabierta. Hadley se arrepintió al instante, aunque habría dado igual decir cualquier otra cosa. ¿Cómo se iba a comparar una corta amistad, por importante que fuera, con toda una vida? ¿Con los cambios de pañales y el beso en su

cálida cabeza dormida? ¿Con ayudarla en las tareas sobre la mesa de la cocina y secarle las lágrimas del primer desengaño amoroso? Ella misma sentía una pena inconsolable, pero le resultaba difícil imaginar que algo pudiera superarlo.

—¿Era feliz aquí? —musitó la madre de Kristina. Hadley asintió—. Y erais muy buenas amigas, ¿verdad? Se nota.

Hadley había terminado la conversación telefónica tan bruscamente... No tenía ni idea de si Kristina había seguido hablando después de colgar. Si habría llamado de nuevo y comprobado que Hadley había apagado el teléfono deliberadamente, antes de salir todos en tropel para internarse en la noche sin intención de decirle adónde iban. Hadley sintió el repentino impulso de contarle todo a la madre de Kristina para que la estrechara entre sus brazos y le acariciara el pelo tal y como su propia madre habría hecho. Para que le dijera: «Ay, Kristina nos volvía locos a todos con sus cosas... No te preocupes, Hadley, sabía que la querías, cómo no iba a saberlo». Pero fue incapaz. Hadley dio unos pasos en dirección a ella y extendió los brazos. La madre de Kristina se acercó a ella como un niño obediente. A pesar de la presión del cuerpo de la madre de Kristina, del voluminoso peso de su pecho apretado contra ella y de su aliento entrecortado y caliente, en el abrazo había una ausencia insoportable, la inevitable sensación de que jamás se debían haber conocido, ni necesitado el abrazo de la otra, y de que se aferraban a la persona equivocada. La persona adecuada había desaparecido sin dejar rastro.

El padre de Kristina cogió a su mujer del codo con delicadeza. Asintió con la cabeza a Hadley en señal de reconocimiento, pero sus ojos la atravesaron sin verla. Entraron en la habitación de Kristina y cerraron la puerta sin hacer ruido. El conserje se quedó matando el tiempo en el pasillo. «*C'est triste* —dijo, con la cabeza gacha—, muy triste». Y Hadley musitó un «sí» por respuesta. Cerró la puerta de su habitación poco a poco. Apoyó la cabeza contra la pared. Pensó en los padres de Kristina doblando la ropa de su hija, sus camisetas y vestiditos sedosos. Cogiendo su neceser, a rebosar, y las filas de frascos que goteaban bajo el espejo de su baño. Sus libros, no perfectamente ordenados como los de Hadley, sino desparramados de cualquier manera, con los lomos agrietados y las páginas dobladas.

No tardaron mucho en despejar su habitación, prácticamente lo mismo que Hadley en quitarse el camisón y vestirse, pasarse el cepillo por el pelo y lavarse las manos y la cara. Los padres de Kristina estaban rotos de dolor, acuciados por un tremendo vacío. Estarían de vuelta en Copenhague al anochecer; Lausana quedaría como un mero recuerdo de pesadilla, y no había nada que ella pudiera hacer para remediarlo. No podía hacer absolutamente nada.

Entonces le vino a la cabeza la pregunta de Jenny sobre el novio de Kristina. *Jacques*. El hecho de no estar al corriente de la noticia debía de ser peor que estarlo. Continuar caminando, divagando sobre preocupaciones triviales, frunciendo el ceño

al ver nubes que anunciaban nieve, chasqueando la lengua con fastidio por un autobús abarrotado o refunfuñando por la larga cola del tren. Tal vez el vínculo entre ellos iba más allá. Tal vez Jacques estaba en algún lugar con una fuerte e indescriptible sensación de desasosiego, como un repentino y agudo dolor de cabeza o malestar que le hiciera pararse en la calle y mirar por encima del hombro, tantear la cartera en el bolsillo o telefonar a su madre únicamente para comprobar que respondía al teléfono. Seguramente jamás abrigaría temores por Kristina.

Mientras corría el agua en el baño de Hadley, oyó abrirse una puerta y murmullos, luego el chirrido de zapatos con suela de caucho sobre el suelo de linóleo. Corrió hacia la puerta y salió al pasillo. Estaban ahí de pie arracimados, de nuevo los cuatro, con las maletas marrones de Kristina amontonadas junto a sus pies.

—¿Señora Hartmann? —dijo. Ella se volvió al oírla, y por un fugaz instante Hadley percibió un atisbo de esperanza en su rostro. Las palabras le salieron a trompicones. Le preguntó si conocían a Jacques—: ¿Lo mencionó en alguna ocasión?

El padre de Kristina cogió una maleta en cada mano y se dio la vuelta para marcharse. Su madre sacó un gorro de lana del bolso, se lo puso y tiró de él hacia abajo para taparse las orejas.

—Salió con muchos chicos —respondió—. Mi hija... —Hizo una pausa—. Mi hija era muy querida.

—Sí —musitó Hadley en un hilo de voz tan sutil como los copos de nieve—, es verdad.

Otro día como la víspera habría resultado insoportable: la claustrofobia en la cocina de Les Ormes, todos sentados a su alrededor, la ausencia de Kristina más palpable, si cabe, precisamente por estar todos juntos... Podrían haberse sentido igual de conmovidos e impactados, pero su dolor era ajeno y radicalmente distinto. Jenny había dicho el día anterior: «Siempre tuve la sensación de que apenas la conocía», y a Hadley le dieron ganas de contestarle: «Eso es porque no la conocías». Chase y Bruno habían asentido con un murmullo y entretanto ella se había puesto a pensar en Kristina jugando con los tres críos en el jardín francés, en su particular manera de comerse los cruasanes de almendras, sacando todo el relleno con la yema del dedo para chuparlo rápidamente, y en su sonrisa de «estoy hablando de Jacques», compungida y risueña al mismo tiempo.

Tocaron a la puerta de Hadley. Al abrirla se encontró con Jenny.

—Estamos pensando en dar una vuelta en coche por el lago —comentó Jenny en tono jovial—, ¿te apuntas?

—No, gracias.

—Anda... Si no tienes otra cosa que hacer.

—Creo que hoy simplemente me apetece estar sola.

—Pero eso no es bueno —repuso Jenny.

—No —convino Hadley—. Tienes razón. Nada es bueno.

—Oh, Hadley, no me refería en ese sentido.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué no vienes? Necesitamos animarnos mutuamente.

Hadley negó con la cabeza, a punto de deshacerse en un mar de lágrimas. Esa chica no era la que debía estar en el quicio de su puerta.

—Lo siento, Jenny —respondió—, y gracias. De verdad. Pero es que no estoy de humor.

Hadley se obligó a esbozar una sonrisa por consideración a Jenny antes de cerrar la puerta. No necesitaba que la animaran: los niños que se encontraban pachuchos necesitaban que los animaran; las chicas de carácter débil a quienes había dejado plantadas un chico necesitaban que las animaran. Se imaginó a los cuatro en el coche de Bruno, charlando de temas banales con tal de evitar los silencios. Contemplarían con la mirada perdida las vistas del lago y las montañas y las palmeras, luego se hartarían de beber en un bar de ambiente chabacano en Vevey, tomarían míseros sándwiches de jamón y queso, y más tarde regresarían proclamando que la excursión no podía haber estado mejor. Todos animados. Había mentido al decir que deseaba

estar sola. Sencillamente, no tenía ganas de estar con ellos, no sin Kristina.

Hadley cogió el teléfono y empezó a marcar el número de sus padres. Se detuvo. ¿Qué les diría? ¿Que nunca se había sentido tan triste ni tan lejos de casa? No podía hacerlo. Tal vez fuera absurdo, pero, mientras no lo supieran, sentía que de alguna manera su mundo podría seguir su ritmo. En lugar de eso, observó ensimismada el escritorio. Sobre él yacían esparcidas las páginas de su trabajo para la clase de Joel Wilson. Se planteó sentarse a trabajar y tratar de perderse en Hemingway. Pero sabía que, a pesar de su estilo directo y escueto, las palabras que callaba emanarían de las páginas y la sepultarían y que, en lugar de conmoverla o inspirarla, despertarían en ella un sentimiento de futilidad. De entre los libros apilados le llamó la atención uno con el lomo rosa chicle. Lo sacó y le dio la vuelta. Kristina se lo había prestado un par de semanas antes. Era una sensiblera historia de amor ambientada en la Riviera francesa que a Kristina le había parecido entretenida. «Podría tratarse de mi aventura con Jacques —le había dicho—: besos bajo las palmeras, cócteles al atardecer... Todo esta ahí. Toma, te lo presto». Hadley lo había cogido, le había dado las gracias y luego lo había apilado con los demás y se había olvidado por completo de él, pues dudaba que fuese de su estilo. En aquel momento no había sabido apreciarlo.

La cubierta tenía trazas de haber pasado ratos en la playa; estaba desvaída por el sol y había granos de arena incrustados en el lomo. Hadley se imaginó a Kristina tumbada boca abajo, con las gafas resbalándole por la nariz. Jacques estaría extendiéndole crema solar en los hombros, dándole besos en los intervalos. Hadley se acercó el libro a la nariz y casi le pareció percibir el aroma de Ambre Solaire. La ridícula portada, con un bikini abandonado y una chispeante copa de Martini, se desdibujó ante sus ojos. Hojeó el interior y encontró una postal entre las páginas. Era una de esas imágenes *vintage* planas, de esas típicas, como la que Joel tenía en la pared de su despacho. Mostraba montañas de color púrpura onduladas a lo lejos, villas apiñadas y profusión de palmeras y naranjos. «Côte d'Azur» aparecía escrito en elegantes letras mayúsculas. Miró el dorso y leyó el mensaje: «Este sitio es totalmente irreal. Solo tú eres real. Solo estar contigo es real». Estaba escrito con letra irregular y descuidada, como si su autor hubiera bebido demasiado al sol de mediodía o estuviese escribiendo en un yate en movimiento, con la vista puesta en el horizonte. Hadley conocía la letra de Kristina, y no era la suya. Solo podía ser la de Jacques.

Hadley escudriñó la postal con la esperanza de que le revelase algún otro detalle, alguna pista de la identidad del remitente, pero no había nada salvo la típica escena de un paisaje hermoso y unas notas sin sentido garabateadas por alguien perdidamente enamorado. Hadley leyó en voz alta, saboreando cada palabra. Entonces recordó la postal que no llegó a enviar del pueblo alpino; otra imagen plana y perfecta de cielos azules, nieve blanca y una chica bronceada y feliz apoyada en sus esquíis, con la cara levantada al sol. *Un privilegio y una intrusión*. Podría haberlo

escrito la misma persona. Un par de líneas plasmadas sobre el papel porque se negaron a permanecer en la mente. Dejó la postal en su sitio dentro del libro y volvió a sentir el impulso que la arrastraba hacia Jacques. Un arrebató de tristeza amenazó con desplomarla al suelo. Se tambaleó y se dejó caer en la cama para mirar absorta el techo. Le daba la sensación de que iba a desmayarse de un momento a otro y tuvo la certeza de que tenía que salir de allí.

Tardó casi una hora en llegar a la orilla del lago y, sin embargo, luego no recordaría nada del trayecto. Inconscientemente, cruzó con paso resuelto una carretera atestada de tráfico; un ciclista viró bruscamente, un conductor aporreó el claxon. Obstruyó el paso de un adolescente en monopatín que torció el gesto, crispado, hasta que comprobó que solamente se trataba de una chica demacrada con las mejillas anegadas en lágrimas. La observó mientras se alejaba. Hadley no recuperó la consciencia hasta que tropezó con la funda abierta de la guitarra de un músico callejero, cuyos exiguos donativos salieron rodando por la acera. Al ponerse en cuclillas para ayudarlo a recoger las monedas, se dio un cabezazo con él y acto seguido le pidió disculpas. Él le puso una mano en el hombro y ella percibió un atisbo de lástima en su expresión. Se puso de pie para seguir su camino; mientras caminaba, la consumía una idea: irse de Lausana. No porque quisiera hacerlo, sino porque ignoraba si podría quedarse. Sin Kristina, ya nada sería lo mismo. El hechizo de la ciudad se había roto.

Ese día Hadley no fue expresamente al Hôtel Le Nouveau Monde; más bien, pensó después, fue el hotel el que la atrajo hasta allí. Había recorrido el largo camino hasta Ouchy, cautivada, como siempre, por el agua y las montañas y la inmensidad del cielo, y ahí estaba, el Hôtel Le Nouveau Monde. El lugar donde Kristina la había cogido del brazo y le había dicho: «Eso sí que es bonito». Y a continuación: «Lo único que tenemos que hacer es sonreír. Y aparentar desenvoltura», y se habían adentrado en el lujo como si tal cosa, ahogando su risa nerviosa con las palmas de las manos. Se restregó los ojos y subió los escalones hacia la puerta giratoria. El portero estaba en la entrada, atento, con su chaqueta roja con botones dorados. «Bonjour, mademoiselle», le oyó decir, y sus palabras se evaporaron como por arte de magia al internarse en el inmenso y resplandeciente vestíbulo.

En la cafetería un camarero le hizo una seña hacia una mesa en un rincón. Se quitó el abrigo y se repantigó en la silla. A través del vidrio plano de las ventanas el cielo estaba de un gris plomizo y la superficie del lago muy picada; dentro se respiraba un ambiente cálido y acogedor. Pidió un café y cuando se lo sirvieron rehuyó la mirada del camarero al sentir un repentino escozor en los ojos.

Hadley siempre había considerado sagrados los cafés, lugares de recogimiento y confort. En Tonridge había un sitio llamado Le Boulevard. En la pared del fondo se veía un deplorable mural de la torre Eiffel y en el equipo sonaba música de acordeón

francesa. Hadley solía ir allí a la salida de clase, y siempre se le antojaba que era de esos lugares para inicios y finales: las cabezas gachas de parejas rotas disculpándose entre dientes; las miradas fijas y elocuentes de una nueva historia de amor. Un escenario apropiado para altibajos sentimentales. El Hôtel Le Nouveau Monde, por el contrario, parecía hecho únicamente para los inicios. Daba la impresión de que todo el mundo se encontraba en la flor de la vida, dirigiendo su suerte con elegancia y gracia. Hadley los observaba con la impasibilidad de una ventana. ¿Qué habían hecho para merecer estar vivos? ¿Y sabían —como ella sabía ahora— que a la primera de cambio se les podía arrebatar todo? Se enderezó y se puso a remover el café una y otra vez. Al levantar la vista se cruzó con la mirada de un hombre mayor al otro lado de la sala. Era Hugo Bézier, de nuevo.

Él levantó la mano y la movió de una forma extraña, entre un saludo propio de la reina de Inglaterra y una seña para indicar dos. Hadley respondió con un asentimiento de cabeza. No tenía nada que decir a nadie, hoy no. Él siguió mirándola y ella se revolvió en el asiento, al tiempo que apartaba la vista. Cuando volvió a mirarle, él seguía con la mirada clavada en ella. Le vio dejar el periódico y ponerse de pie. Le parecía más alto de lo que recordaba y se mantenía muy erguido. Llevaba una camisa rosa pastel y una corbata azul añil sujeta con un pulcro alfiler de oro.

—Otra vez tú... —dijo él.

—Sí...

—Casi no te he reconocido, Hadley, *ma chérie*. —Pronunció cada palabra como acariciando su contorno, envolviéndola con la lengua. El brillo de sus ojos la sobrecogió, tal y como había ocurrido en las dos ocasiones anteriores. «Ma chérie», había dicho, tan delicadamente como en un susurro, que significaba «cariño», o «querida»—. Cuando te vi en la *chocolaterie*, tenías un aire tan etéreo..., como si hubieses entrado flotando de la calle, y pude captar todo tu esplendor. Pero hoy estás distinta. Despides ligereza y, al mismo tiempo, pesadumbre. ¿Cómo es posible?

Ella cogió su taza y notó que le temblaba la mano. Al volver a dejarla sobre la mesa, derramó café en el platillo.

—No sé si has acertado —contestó.

—Me he pasado toda la vida inventando personajes. A estas alturas, la gente rara vez me sorprende con sus historias. ¿Te apetece tomar algo más? ¿Algo más fuerte, quizá? Creo que ya vas conociendo mis hábitos... —Ella negó con la cabeza—. Es bueno para el ánimo.

—Creo que no —respondió ella—. No, gracias. —Se le quebró la voz.

Él sonrió con tanta franqueza y autenticidad que, sin pronunciar una palabra, le dio a entender que la comprendía. Ese gesto de generosidad la conmovió, y se echó a llorar. Él se metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo de algodón. Era de un blanco almidonado, con una cenefa azul. Se lo tendió y ella se secó los ojos dándose

ligeros toques. Inspiró para despejarse la nariz. Después se la sonó.

—Por favor —dijo él—, perdóname. —Inclinó ligeramente la cabeza y se retiró. Hadley se tapó la cara con el pañuelo. Olía a detergente y al hogareño apresto de una plancha caliente. Volvió a sonarse la nariz y levantó la vista. Hugo había vuelto a su mesa y seguía leyendo el periódico, como si nada. Ella sacó un billete de la cartera y lo dejó junto al café, sin terminar. Para marcharse tenía que pasar junto a su mesa—. Por favor —repitió, justo cuando ella estaba rodeando la mesa—, te ruego que no me lo tengas en cuenta.

—No es por ti —afirmó ella.

—He hecho que te sientas incómoda. Nada más lejos de mi intención, te lo aseguro. Es que soy un metepatas, eso es todo.

—Qué va —dijo Hadley.

—Entonces, ¿te apetece acompañarme? —Hizo un gesto hacia la silla del otro lado de la mesa. Ella volvió a negar con la cabeza.

—Tengo que ir a un sitio.

—¿Has quedado con tus amigos?

—No.

—De modo que tienes otros planes... ¿A un sitio?

Ella titubeó. Cuando le salió la voz, fue en un susurro tenso.

—Te lavaré el pañuelo —le dijo—. Si me das tu dirección, te lo mandaré por correo.

Hugo la escudriñó con la mirada. Ella era consciente de que no lo engañaba.

—Si te parece, me lo puedes traer aquí. Vengo al hotel casi todos los días. Te diría que te lo quedaras, pero entonces a lo mejor no vuelvo a verte. Aunque, todo sea dicho, tenemos la costumbre de tropezarnos el uno con el otro.

Hadley se sentó en el mismo borde de la silla. Se pasó las manos por los vaqueros.

—No me apetece mucho tener compañía —reconoció.

—Eso no es propio de ti —señaló él—, ¿no? —En ese momento apareció el camarero con dos voluminosas copas de coñac. Dejó una delante de Hadley e inclinó la cabeza en dirección a Hugo—. La verdad es que me gusta mucho este sitio —comentó—. Da la impresión de que saben exactamente cómo hacer que uno se sienta un poco mejor en el momento oportuno.

Cogió su copa y la levantó en dirección a Hadley antes de beber. Hadley vaciló y seguidamente hizo lo mismo. El coñac le produjo una sensación de ardor dulzón en la garganta y cerró los ojos. Al abrirlos comprobó que Hugo la estaba observando tras el borde de su copa. Con esa luz en particular, le pareció la mirada más dulce que jamás había visto.

No le apetecía hablar con nadie, pero había algo en Hugo Bézier que le inspiraba confianza. Tal vez se debiese a su edad, a una constancia implícita de que, sintiera lo que sintiera, seguramente él debía de haberlo experimentado ya. Sentados el uno frente al otro, la invadió una sensación de paz. El clamor y la claustrofobia de Les Ormes quedaron muy lejos. Le dijo lo único que tenía importancia:

—Mi amiga ha muerto.

Él abrió los ojos con un movimiento apenas perceptible. Se puso a tamborilear con los dedos sobre el mantel.

—¿Una amiga íntima?

—Sí.

Hadley esperó, pero él no dijo nada. Pasó demasiado tiempo. Ella hizo un amago de levantarse y recoger el bolso del suelo.

—¿Adónde vas?

—Pensé que podría quedarme —respondió Hadley—, pero no creo que sea capaz. Lo siento.

—No, *c'est moi*, te pido disculpas. No me desenvuelvo muy bien en situaciones fuera de lo común. Puede que nunca se me haya dado bien, pero desde luego a estas alturas he perdido la práctica.

—De verdad que no pasa nada —le aseguró ella—, no la conocías. Apenas me conoces a mí.

—Hadley, por favor, siéntate. Háblame de tu amiga.

Estaba sentado un poco apartado de la mesa, con las manos relajadas sobre el regazo. Llevaba la corbata muy apretada al cuello. Hadley percibió en él cierta torpeza, una repentina timidez. Volvió a sentarse. Se cruzó de brazos y agachó la cabeza.

—Fue un accidente —dijo, tras una pausa, prácticamente dirigiéndose al mantel—. De los más estúpidos, de los peores, de los más absurdos. Resbaló en el hielo y se golpeó la cabeza. Eso es todo. Ninguno de nosotros se enteró hasta el día siguiente. Ayer. No me enteré hasta ayer.

—Lo siento —dijo él, y la inesperada fuerza del sentimiento latente en sus palabras hizo mella en ella y la desarmó durante unos instantes.

—¿Cómo puede alguien estar aquí y al minuto siguiente desaparecer? —le preguntó Hadley—. Sigo esperando que en cualquier momento llame a mi puerta o que irrumpa como un torbellino en mi habitación. Se supone que la vida de la gente no acaba de sopetón. Ni siquiera estaba enferma, ni era mayor... —Se le quebró la voz—. Perdón, no me refiero a que por el hecho de ser mayor... —Hugo sacudió la cabeza e hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al comentario. Hadley se apretó las sienes con los dedos. El dolor de cabeza que padecía desde hacía dos días empezaba a remitir ligeramente. Se frotó los ojos—. Era mi cumpleaños —

continuó—. Se suponía que íbamos a salir todos, pero a ella se le hizo tarde. Jamás se retrasaba. Cuando me llamó por teléfono estaba tan... No sé. Me puse furiosa con ella y se lo dije. Nunca lo hago, nunca encuentro las palabras adecuadas, las palabras que sabes que hieren en lo más profundo. Pero esta vez hablé sin tapujos y ahora es mi mayor remordimiento. Lo último que le dije fue verdaderamente horrible. Y no puedo hacer absolutamente nada para remediarlo. Fue una auténtica estupidez, porque, aunque dije lo que sentía, aunque fuese cierto, había tantas otras cosas positivas que podría haber dicho en su lugar, y que eran igual de ciertas... Cualquiera diría que no puede haber nada peor que su ausencia. Pues esto es peor. Y sé que es egoísta por mi parte, pero es superior a mí. No sabes qué decir, ¿verdad? Da igual. Nada de lo que puedas decir hará que me sienta mejor. No es necesario que te molestes.

Él esbozó una sonrisa, y fue como un resquicio entre las nubes.

—Es la primera vez que dices todo esto en voz alta, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no sabes qué pensar. Nadie lo sabe en estos casos.

—Sí que lo sé. Sé exactamente qué pensar. Que todo es una tremenda pérdida de tiempo. Que no importa lo que hagamos, o cómo lo hagamos, porque todo puede terminar en un pispás. —Chasqueó los dedos con torpeza—. ¿Acaso crees que Kristina lo vio venir? ¿Incluso al resbalar, incluso al ver que el suelo se le venía encima? A lo mejor solo pensó: «Ay, me voy a mojar el abrigo» o «Mierda, esto va a doler un poquito», pero jamás se le habría pasado por la cabeza pensar: «Todo está a punto de acabar. Para siempre».

—Es hermoso, en cierto modo.

—¿Hermoso? No tiene nada de hermoso. Te hunde en el caos y en la desesperanza absoluta.

—No es una desesperanza absoluta —repuso Hugo—. Lo único que podemos pedirle a la vida es que alguien nos eche de menos cuando no estemos. Tú la echas de menos, Hadley. Era amada.

Permanecieron sentados el uno frente al otro, callados durante unos minutos. Hugo seguía con las manos cruzadas sobre el regazo y Hadley se puso a apretar el pie de su copa de coñac con los dedos. Los ojos se le anegaron de lágrimas al volver la cabeza hacia la ventana. El lago parecía rebosar, a punto de desbordarse. Por primera vez desde la noticia, Hadley se encontraba totalmente serena. Respiraba acompasadamente.

—No soy la única que la echa de menos —señaló—. Tenía novio. Jacques. No sé cómo localizarlo. Ni siquiera sé si está al corriente de lo ocurrido.

—¿No llegaste a conocerlo?

—Era complicado. Estaba... casado. Separado, por lo visto, pero seguía casado.

Y Kristina se sentía incómoda por la situación, creo que le remordía la conciencia. Lo llevaba en secreto. No me lo quito de la cabeza. ¿Cómo va a enterarse? ¿Quién se lo va a decir?

—Puede que solamente tú.

—Ya. No paro de pensar en que a lo mejor debería intentar localizarlo. ¿Te parece una estupidez?

—No, no es ninguna estupidez.

—Pero es que no sé nada de él. Solo que se llama Jacques.

—Por algo se empieza.

—Vive en Ginebra —añadió.

—Otro dato.

—Creo que tiene un trabajo de alto nivel. O a lo mejor es la idea que me he hecho.

—Siempre hay maneras de encontrar a la gente, Hadley.

—No tendría ni la menor idea de por dónde empezar —repuso ella— y, de todas formas, no creo que me quede aquí. No creo que pueda quedarme.

—¿No estarás pensando en irte?

Hadley se encogió de hombros.

—Puede. Creo que sí. Hacíamos todo juntas, Hugo. Nada es lo mismo sin ella.

—¿Y crees que las cosas mejorarán si vuelves a Inglaterra?

—Mejorar no, pero... Lausana no es lo mismo. Nada es lo mismo.

Hugo la miró con los ojos muy abiertos, como si Hadley hubiese dicho algo realmente sorprendente.

—Sería una verdadera lástima echar todo por la borda. Desperdiciar dos vidas —afirmó.

—No sería un desperdicio —replicó Hadley, sin convicción—; sería recuperar mi vida anterior, eso es todo. Simplemente retomaría mi vida.

—Pero aun así seguirías sin ella. Y, encima, sin todo esto. —Hugo movió el brazo de un lado a otro—. Te quedarías desposeída en todos los sentidos.

—Aquí todo era tan perfecto, Hugo... Y todavía lo es, a simple vista. Quizá en parte sea ese el problema.

—Ah. De modo que eso es lo que piensas... Que es un sitio demasiado bonito para la tristeza, ¿a que sí?

—Aquí era muy feliz y ahora no sé si lo voy a seguir siendo. Eso es todo.

—Supongo que piensas que Lausana es una ciudad llena de gente privilegiada, ¿no? Un lugar bendecido, *n'est-ce-pas*? Vamos a ver, Hadley, ¿acaso crees que nadie llora entre las fuentes? ¿Crees que nadie, aun contemplando ese lago interminable, esas montañas que rozan el cielo, al despertarse, siente que su vida carece de sentido? ¿Crees que por el mero hecho de que la gente sea tan perfecta como un mecanismo de

relojería y tan elegante como el lustre de sus zapatos no sufre como tú?

—No soy tan ilusa —respondió Hadley—, a pesar de lo que puedas pensar.

—Y yo no tengo tantísima experiencia —apostilló Hugo—, a pesar de lo que puedas decir. Estás sintiendo, Hadley, ni más ni menos. Estás sintiendo. Y estás viviendo. Eres demasiado joven para ser consciente de ello, pero no todo el mundo es como tú. De hecho, es posible pasar prácticamente la vida entera sin pena ni gloria. Algún día te alegrarás. No llegues a mi edad solo para mirar atrás y darte cuenta de que la vida te ha pasado por delante. Pero no estoy preocupado por ti hasta ese punto. En realidad, no eres de las que echan a correr, ¿a que no? No, tú no. Tú eres más de las que aguantan y luchan.

—¿De las que aguantan y luchan? ¿Qué lucha? No hay ninguna lucha.

—Todo es una lucha. —Hadley miró fijamente a Hugo, cuyos ojos negros brillaban con intensidad. Hugo se dio unas palmaditas en el pecho. Solo dos: una, dos. Hadley apartó la vista. Recordó las palabras de Kristina: «Il faut profiter». Miró de nuevo a Hugo. Él retomó la conversación—. ¿Y qué me dices del tal Jacques? ¿Qué pasa con él? Creo que es un gesto noble por tu parte intentar localizarlo.

—Me da la sensación de que podría hacerlo —musitó Hadley—. Es decir, si me quedara.

—Sí que podrías.

—A lo mejor después vería si aún quiero marcharme. Después de encontrarle.

Hugo asintió.

—En fin, es un plan. Un magnífico plan. —Le cogió la mano con delicadeza entre las suyas. Tenía las palmas cálidas y reseacas como el papel—. Si necesitas ayuda, ya sabes dónde estoy; basta con pedírmela. En el bar, la chocolatería, el café... —dijo, y al sonreír se le tensaron las mejillas—. En los mejores sitios —añadió.

—Gracias, Hugo. Y por el coñac.

—¿Ya te vas?

Ella soltó la mano y se puso de pie. Advirtió que él permanecía tal y como estaba, con las manos medio ahuecadas, como si hubiese dejado escapar a un pajarillo.

—Sí —respondió.

—Pero ¿volverás?

—Te dejaré el pañuelo en el mostrador de recepción.

—Solo si no estoy.

—Sí.

—Pero suelo estar. Mi más sentido pésame —le dijo—. No sé si antes he sido lo suficientemente explícito, y te pido disculpas por ello. Hay cosas que no se me dan muy bien. Ya me lo dijeron hace tiempo, pero creo que entonces no le di importancia. Parece que te va importando más conforme envejeces. ¿A que es curioso? Cualquiera diría que ocurre lo contrario.

—Quiero que Jacques sepa la verdad —afirmó Hadley, en tono decidido—. La verdad.

—¿La verdad?

—Que Kristina ha muerto. Y que lo amaba. Nada más.

Un atisbo de sonrisa de profunda tristeza asomó en la comisura del labio de Hugo.

—Yo diría que con eso basta —le dijo—, ¿no te parece?

Hadley se abrochó todos los botones del abrigo, uno a uno, despacio, y a continuación se puso los guantes. Hugo la observaba como esperando que dijera algo más. Y lo hizo.

—No dejo de recordar la última conversación que mantuvimos; ella estaba angustiada, es decir, más de lo habitual. La verdad es que no la dejé meter baza, estaba hecha una furia, pero... igual había pasado algo.

—¿Una riña entre amantes?

—Y se le hizo tarde. Ella nunca llegaba tarde a nada.

—A veces las cosas se tuercen sin más, Hadley, eso es lo que te dirá la gente. Los amigos se defraudan mutuamente. Ocurren accidentes espantosos. Así es la vida, y no hay más explicaciones.

—Lo sé —dijo ella.

—¿Sí? Yo tengo mis dudas al respecto, ciertas dudas. Puede que sea una opinión generalizada, pero el caso es que nunca he sido muy partidario de generalizar. Siempre hay una explicación, Hadley; una secuencia de acontecimientos, una relación causa-efecto. Aunque a simple vista parezca un rompecabezas, al final siempre podemos encajar las piezas, si es lo que pretendemos. Y quizá solo lleguemos a la conclusión que ya conocemos: una secuencia aleatoria, un golpe de la peor de las suertes..., pero esto en sí es una explicación, *n'est-ce-pas*? Nos figuramos un principio y un final, y entonces lo entendemos. Con todo su sinsentido, el mundo tiene sentido, y podemos vivir con ello. —La voz de Hugo había perdido su característica cadencia lenta; un tono ferviente y rápido había sustituido a su compás de salón formal. A medida que hablaba, cortaba el aire con las manos. En ese momento parecía mucho más joven—. Perdona —dijo, consciente de que le miraba fijamente—, siempre estoy buscándole tres pies al gato. En mis tiempos me dedicaba a eso. Ahora no son más que malos modales.

—No —dijo Hadley—, tienes razón. Era mi amiga. Mi amiga del alma. Así que me corresponde a mí plantearme las preguntas que otra gente no se hará, ¿no? Y me corresponde a mí buscar a Jacques. —Levantó la mano en señal de despedida y él, desde su asiento, hizo un amago de reverencia—. Ah, ¿a qué te referías al decir «me dedicaba a eso»?

—Fui escritor, en su época.

—¿Y ya no?

Hugo negó con la cabeza, como si acusara el peso de los años. Arrugó la frente.
—No —respondió—, ya no.

Durante el camino de vuelta de Ouchy había un silencio inquietante. Era una hora del día a la que hasta entonces no le había prestado especial atención; justo antes del crepúsculo, cuando se encendían las lámparas al calor del hogar y el mundo exterior parecía tocar a su fin. Hadley sentía que un dolor sordo le oprimía el pecho. Era una sensación incómoda y aplastante y llegó a la conclusión de que era soledad. Jamás hasta entonces se había sentido sola en Lausana.

El camino era largo, cuesta arriba y con zonas resbaladizas, pero era incapaz de coger el autobús, con esa deprimente iluminación amarilla y su tristeza reflejada en las ventanas, la gente subiendo y bajando con decisión y un rumbo determinado y hogares a los que ir... Con la cabeza gacha y las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos, atravesó frías calles que se vaciaban de gente. Hasta no hacía mucho, ese mismo paseo le habría parecido romántico: el eco de su risa y la de Kristina retumbando contra los edificios con los postigos cerrados, los haces plateados de las farolas, un desconocido americano surgiendo de la oscuridad... Ahora, la soledad hacía mella en ella y una melancolía de noche de domingo aparentemente interminable envolvía la ciudad.

Cuando Hadley llegó a Les Ormes, se respiraba un ambiente muy animado. De las cocinas llegaba el ruido metálico de la música y conversaciones entrelazadas, y de la sala de estar, el estruendo de una película de acción. En los pasillos flotaba el olor de las cenas, con un matiz ligeramente picante, y en los baqueteados sillones del vestíbulo había dos chicas acurrucadas a las que Hadley no conocía, cuchicheando entre sí con la nariz pegada la una a la otra. Al pasar por delante de ellas rompieron a carcajadas, y sintió una punzada de rabia.

¿No había ningún anuncio? ¿Ninguna comunicación oficial por megafonía en los pasillos? Se figuraba que habría una corona en la puerta de Kristina, o tal vez una foto suya pegada en el tablón de anuncios del hall —una de esas imágenes que aparecían fugazmente en las pantallas de televisión o en las páginas de los periódicos con gente sonriendo por última vez—. O tal vez un poema de algún romántico, copiado con letra casi ilegible pero esmerada, de Christina Rossetti, quizá. La gente se pararía en su ajetreo hacia la lavandería o la cocina y se caería algún calcetín desaparejado al leer que Kristina había fallecido, y luego derramarían una lágrima con la mirada absorta en la fila de lavadoras observando cómo la colada daba vueltas y vueltas. Habría un duelo colectivo, manifestado con alguna que otra sonrisa compungida y compartida, al tiempo que se produciría un pequeño cambio en las vidas de todos al asumir la triste noticia de la muerte de Kristina. Pero habían pasado

dos días y nada de esto había ocurrido. En Les Ormes, todo seguía su rutina. Quizá habría sido cometido suyo encargarse de esas cosas: imprimir la fotografía, elegir las flores, copiar el poema... Debía haber sido Hadley quien indujera a los demás a sentir la aflicción que ignoraban que debían sentir. Pero no lo había hecho. No tenía ganas de pensar en rotuladores ni cinta adhesiva ni en quebrarse la cabeza buscando palabras para hablar de su amiga en pasado. Localizar a Jacques, entender cómo había pasado Kristina sus últimas horas, eso era un homenaje diferente. Hugo tenía razón: no se podían dejar morir las cosas. Había que plantearse preguntas y tratar de entender lo sucedido. Puede que un inesperado resbalón fuese la más cruel de las suertes, pero había un antes, y ahora un después; y a lo mejor ella era lo segundo.

—Deberías haberte venido con nosotros, Hadley, nos ha sentado bien airearnos —dijo Jenny. Chase les había servido a todos vino del supermercado, de esos que se colocan en los estantes inferiores envasados en botellas de plástico. Sabía avinagrado y a Hadley le escocían los ojos al beberlo—. Hemos dado con un sitio precioso junto al lago y hemos tomado sidra caliente, sentados al aire libre. No nos hemos acordado de nada en todo el día. Nos ha venido muy bien —continuó—. Bruno y Loretta han estado retándose para meterse en el agua, lo cual ha sido una estupidez porque estaba prácticamente congelada en las orillas. Al final Loretta se ha quitado un zapato y, prácticamente en el mismo instante en que ha metido la punta del pie, ha espantado a un cisne; a Bruno le ha tocado invitar. Para variar.

Chase se echó a reír y se apartó el pelo de la cara. En las pocas semanas que llevaban en Lausana le había crecido mucho. Lo tenía casi tan largo como Jenny, y del mismo color, de un rubio apagado.

Bruno agarró la botella de plástico y leyó la etiqueta con desdén.

—Está claro que debería haberme traído un poco de sidra, este brebaje es imbebible —comentó con retintín.

—¿Por qué no vamos al Café Clio? —propuso Loretta—. Me apetece bailar, ¿a vosotros no? Es lo que necesitamos. —Rodeó con sus dedos las manos de Bruno para quitarle la botella y las puso en sus caderas. Hizo un amago de bailar con un movimiento de caderas poco convincente, al tiempo que ahogaba una risita contra su manga. Jenny no se lo pensó dos veces para unirse a ella.

Hadley estaba tomándose el vino en una taza azul desportillada y la soltó bruscamente. La taza salió rodando sobre la mesa con una fuerza inesperada y cayó de lado con un chasquido. Todos la miraron.

—No me explico lo que estáis intentando olvidar —espetó—. ¿Que existió? ¿Que tenemos el inconveniente de estar hechos para sentir tristeza?

—Hadley, sabes que no es eso —replicó Jenny—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—No creo que nadie se esté esforzando mucho en hacer nada —afirmó Hadley.

—Mira, Hadley, no la conocíamos muy bien —intervino Chase—. Contigo era otra cosa, pero para nosotros es lo que había. Eso no lo hace menos triste ni trágico, pero no podemos hacer el paripé, fingir que éramos amiguísimos cuando todos sabemos que no era así. Pienso que de hecho eso resultaría descomedido.

—¿Descomedido? —dijo Hadley, en un tono afilado y seco no muy propio de ella.

—Hadley —terció Jenny—, Chase no lo ha dicho con mala intención, y lo sabes.

Chase se levantó y le puso la mano en el brazo a Hadley. Tiró de ella para darle un repentino abrazo.

—Lo siento —dijo él, con frialdad—, Jenny tiene razón, lo que pasa es que ninguno sabe cómo acertar en estos momentos.

Él volvió a sentarse y Hadley vio que Jenny le apretaba la rodilla, con una evidente expresión de complicidad. Les vio entrelazar los dedos por debajo de la mesa.

—Vente a bailar, Hadley —gorjeó Loretta en tono zalamero—, porque precisamente ahora de lo que se trata es de sentirse mejor. Y Kristina estaría de acuerdo. Sé que lo estaría. Le gustaba pasarlo bien a todas horas, ¿no?

Sus frívolas tentativas le resultaban insoportables. Hadley pensó en Chase y Jenny agarrándose las manos por debajo de la mesa y en el tiempo que hacía que no había oído a Jenny mencionar a su novio de Inglaterra. Su unión parecía crear un ambiente más distendido, igual que en el caso de Bruno y Loretta, como si quisieran contagiar su felicidad a todo el mundo por encima de cualquier obstáculo. Había algo censurable en esos gestos explícitos de placer, aun siendo tan pasajeros como un vals en tiempos de guerra. Hadley se levantó para irse. Balbució algo y se quedó callada. A continuación volvió a empezar.

—Quiero intentar localizar al novio de Kristina —dijo.

—¿El novio del que no quería que supiéramos nada? —preguntó Jenny.

—Las cosas no eran así —atajó Hadley, a la defensiva—. Tenía sus razones.

—¿A qué te refieres con «intentar localizar»? —preguntó Chase—. ¿No sabes cómo dar con él?

—Ni siquiera sé su apellido.

—Pero ¿existe realmente? —inquirió Bruno—. Las chicas se inventan cosas cada dos por tres.

Loretta protestó y solventaron el asunto con besos.

—Salió en el periódico local —dijo Chase—, lo vi. Sin foto, solo un artículo, una breve reseña, en realidad. A lo mejor lo leyó. Quizá ya lo sepa.

—Me sorprende que no hubiera foto, la verdad —comentó Jenny—. Normalmente, cuando se trata de gente tan guapa ponen una foto magnífica y enorme, como si eso lo hiciera todavía más trágico.

Hadley la miró fijamente. Notó que las mejillas se le encendían de crispación. Chase la cogió del brazo y Hadley vio que Jenny se quedaba muda de sorpresa.

—¿Sabes por dónde empezar a buscar? —le preguntó él con delicadeza.

—De momento no —respondió Hadley—, pero me las ingeniaré. Quiero saber lo que ocurrió esa noche, Chase. Mientras reíamos, bebíamos y pasábamos el rato sin ella; necesito saber qué ocurrió.

La miró como si estuviese a punto de objetar algo, curvando el labio en aparente discrepancia, pero se lo pensó mejor. Se encogió de hombros y le dijo:

—Supongo que intentar hacer algo será positivo, ¿a que sí?

Ella asintió.

—Alguien también dijo eso. Aguantar y luchar.

Notó las miradas del resto, de modo que se marchó en ese momento, sin importarle cómo subían el tono de voz a sus espaldas tras cerrar la puerta de un portazo. Poco después les oyó salir. Pronto estarían caminando a trompicones por las calles, aún nevadas, felices y relajados. En su habitación, Hadley se puso el pijama temprano y se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama, apoyada en las almohadas. Para el resto era fácil mantenerse al margen; Chase tenía razón, no tenían el mismo vínculo con Kristina que ella. No fue a la fiesta de ninguno de ellos a la que llegaba tarde ni sus reproches de frustración los que la aguijonearon para que se apresurase sin tener en consideración las cegadoras tormentas de nieve o las zonas heladas. Ni habían visto la versión imperfecta de Kristina: con la camiseta de Pierrot que usaba para dormir, las puntas del pelo abiertas..., el sarpullido rosa que le salía en las mejillas cuando se enfadaba, se ponía triste o se sentía culpable al hablar de Jacques. Ya estaban pasando página, era evidente, y sabía que, para ellos, dentro de poco Kristina sería una mera anécdota que provocaría gritos ahogados cuando lo contasen al llegar a casa en las vacaciones de Navidad; un cuento con la moraleja de que incluso en un lugar tan perfecto como Lausana existía la tragedia.

Se levantó y se dirigió a la ventana. A sus espaldas se cernía la habitación sumida en la oscuridad y la ciudad brillaba como siempre ante sí: optimista a ultranza, con una belleza permanente y tachonada de miles de luces minúsculas. Tal vez estuviera llena de corazones rotos; puede que al fin y al cabo fuera, como decía Hugo, igual que cualquier otra ciudad. Se imaginó a Hugo sentado en alguna habitación, encorvado sobre su máquina de escribir, con la mirada fija en una página en blanco. El escritor que no escribía. ¿Qué habría pasado de no haber hablado con él hoy? ¿Estaría metiendo la ropa en la maleta, despegando las postales de la pared? Le estaba agradecida a esa persona que apenas conocía. Apoyó la palma de la mano contra el frío cristal de la ventana. En algún lugar, más allá de los tejados y del lago, también estaría Jacques. Quizá, inconscientemente, él esperaba que fuera a su encuentro. A lo mejor se quedaba el tiempo suficiente para encontrarlo. Retiró la

mano del cristal y se pasó los dedos por la mejilla; los tenía helados y un escalofrío le caló hasta los dedos de los pies. Bajó las persianas de un tirón y se sumió de nuevo en la oscuridad.

Los servicios universitarios le ofrecieron ayuda terapéutica, y la aceptó. En un arrebato de eficiencia suiza, fijaron la cita de Hadley para el lunes por la mañana. La condujeron a una sala que parecía potenciar la prudencia y el confort en igual medida: aroma a lavanda, asientos mullidos y un tablón de anuncios cubierto de llamativos carteles de métodos anticonceptivos y enfermedades de las que nunca había oído hablar. La terapeuta le ofreció té y se dirigió a ella en inglés con un ligero acento; Hadley mantuvo las manos apoyadas sobre las rodillas mientras la escuchaba. Al pronunciar el nombre de Hadley se comió la hache aspirada y le salió «Ad-li», como en un francés cantarín, y a ella le dio la sensación de no estar sentada allí en ese momento; de que se trataba de alguna otra chica, en una habitación demasiado caldeada, que pensaba en la muerte como un hecho real que podía pasarle a cualquiera. Cuando le tocó el turno de hablar a Hadley, se dio cuenta de que se estaba expresando con demasiada formalidad, que incluso le venían a la cabeza algunas palabras en francés, hasta el momento en que fue consciente de que estaba llorando en silencio y automáticamente dejó de hablar. Más tarde, cuando salió al pasillo y se lio la bufanda al cuello con dos, tres vueltas, solo recordaba una cosa de lo que le había dicho la terapeuta: «Lo mejor que puedes hacer es hablar con alguien que entienda la naturaleza del dolor». Probablemente se refería a ella misma, pero, a pesar de lo dulce que había sido, con lo cálidas que tenía las manos al estrechárselas en la despedida, Hadley no concertó otra cita. En lugar de eso se acordó de Joel Wilson y del minúsculo frunce de la cicatriz en el borde de su labio. Una marca cuyo origen era imposible conocer, a menos que te hubiera hablado de ello.

—Hadley, lo siento, no es un buen momento.

Joel Wilson abrió la puerta de su despacho lo justo para que viera el desorden que había dentro. Había montones de libros desparramados por el suelo, la mesa estaba oculta bajo un revoltijo de papeles y un vago olor a humo de cigarrillo impregnaba el aire. Se restregó la cara con las palmas de las manos y la miró con los ojos entrecerrados. Parecía, por primera vez desde su primer encuentro, mucho mayor.

—Voy retrasado con un artículo para una publicación americana. Mejor ni preguntes. Los estudiantes pensáis que sois los únicos que tenéis plazos urgentes. Pues si te contara que...

Ella esperó a que terminara la frase, pero él enmudeció de repente. En clase actuaba de un modo tan impecable que Hadley ni por asomo podía concebir que se

retrasase en sus propios compromisos. De repente la molestó que hubiera elegido precisamente ese día para perder su petulancia de pasillo y sustituirla por la actitud desesperada de un profesor atolondrado de menor categoría.

—Necesito hablar contigo —dijo ella.

—Hadley —suplicó él, con gesto agobiado—, odio dar largas a un estudiante, pero te aseguro que estoy contra las cuerdas. Fíjate —dijo, al tiempo que extendía el brazo—, mira cómo está esto, es un desbarajuste. No encuentro nada de lo que necesito. Ahora mismo, me siento como un negado.

—Kristina ha muerto —espetó ella.

Él estaba de pie dándole un poco la espalda, con el brazo todavía estirado. Se quedó inmóvil.

—Aquí dentro está todo manga por hombro —explicó él—. Perdona, ¿qué has dicho?

—Mi amiga se ha matado este fin de semana. Está muerta.

Él se llevó la mano a la cabeza y se tiró del pelo. El tipo de gesto que se hace cuando uno se queda en blanco.

—No puede ser, Hadley.

—Sé que estás ocupado y que es un momento muy inoportuno, y lo siento, pero...

—Pasa —le dijo—, no te quedes ahí, pasa. Lo siento. Lo siento mucho. —Empujó la puerta con el talón y tiró de Hadley para abrazarla. Ella a punto estuvo de caerse al tropezar con la alfombrilla arrugada, y se le resbaló el bolso del hombro. Fue un abrazo intenso, fortísimo, y ella se aferró a él. Con la cara pegada a su camisa le faltaba el aliento, y por un instante pensó que se le cortaba la respiración. Se apartó—. ¿Por qué no me has interrumpido cuando me he puesto a hablar de mi trabajo? —le preguntó—. Deberías haberme interrumpido.

—Pensaba que todo el mundo lo sabía. Me han concertado una cita con una terapeuta. Acabo de salir.

—No lo sabía. Me he encerrado aquí. En el infierno. —Se corrigió rápidamente—. ¿Qué estoy diciendo? Tú sí que estás en un infierno. —Hadley dejó la cartera en el suelo y acto seguido la volvió a coger. Se cruzó de brazos. Tenía la respiración entrecortada—. Siéntate —ordenó él—. Aquí, espera. —Quitó un montón de papeles del asiento y Hadley se hundió en él. Cuando levantó la vista, con la respiración más acompasada y el color de las mejillas más recuperado, él estaba sirviendo licor en dos copas—. Whisky —dijo Joel, tendiéndole una copa llena hasta la mitad—. Ayuda cuando las palabras no sirven de nada.

Ella bebió un trago de la copa que le había ofrecido, la llevó contra su pecho, y volvió a beber. Tenía un sabor fuerte y acre, nada que ver con el ardor dulzón del coñac de Hugo. Pero le relajó el nudo del pecho y pudo respirar con normalidad.

—¿Vas a contarme qué pasó? —preguntó él.

Entonces se lo contó. Todo lo que sabía. Temía que, si paraba un instante, explotaría, de modo que siguió hablando y hablando, y sus palabras hicieron mella en él, tal y como ella había imaginado que sucedería. Parecía tan conmovido, tan consternado, tan afectado como ella. Llegó a la conclusión de que era eso lo que esperaba ver en alguien más. Rabia.

—Sabía que si acudía a ti me ofrecerías tu apoyo —afirmó ella—, lo sabía.

—Te apoyaré en lo que esté en mi mano, Hadley, siempre que necesites a alguien con quien hablar o...

—Me refiero a otra cosa —puntualizó ella.

Le habló sobre su idea de buscar a Jacques. Mientras se lo explicaba, él se puso en cuclillas con una rodilla apoyada sobre la estera delante de ella y la copa de whisky inclinada en la mano, y ella tuvo la plena certeza de que había acudido a la persona adecuada y de que la única salida era buscar a Jacques. Joel agachó la cabeza y cuando volvió a mirarla tenía los ojos vidriosos.

—¿En serio quieres intentar localizar a ese tío?

Hadley asintió.

—Se merece saberlo —dijo Hadley—. Las cosas entre Kristina y él no eran muy sencillas, que digamos, pero por lo que tengo entendido siempre fue sincero con ella. Y creo que la quería. Debe de ser terrible ignorar la verdad sobre alguien a quien quieres. Pensar que ha desaparecido sin más o que has dejado de importarle de un día para otro. —Le salía la voz entrecortada y ronca. Se atusó el pelo con dedos temblorosos—. No sé quién, si no, se lo podría contar. Ella lo mantuvo siempre tan al margen, con tanto misterio...

—¿Estás enfadada con ella?

—Por supuesto que no, ¿cómo iba a estarlo?

—Pero antes... ¿estabas enfadada con ella? ¿Por cómo llevaba su relación con Jacques?

—No, o sea, la verdad es que no estaba al corriente de tantos detalles como para enfadarme —respondió Hadley—, aunque eso no impidió que actuara como lo hice. Me porté fatal cuando hablé con ella por teléfono. Es que sentía que ella estaba haciendo un drama de ello, esperando de él algo que no era. Pero eso resulta fácil de decir, ¿verdad? Cuando no te pasa a ti...

—Y ahora te arrepientes.

—Sí, me arrepiento. Me arrepiento con toda mi alma. Me odio por eso. Pero ya no tiene remedio, y quiero saber qué pasó aquella noche. Por mi bien, quiero saberlo.

—¿Estás segura de que eso te ayudará? No estoy muy convencido, Hadley.

—Joel, es lo único de lo que estoy segura. Me planteé marcharme, estaba empezando a pensar que era lo mejor, pero entonces alguien me hizo reconsiderarlo.

Me quedo porque se lo debo a Kristina.

Él se sentó en su silla, reflexionando sobre sus palabras.

—A lo mejor no es tan mala idea que te marches, Hadley —dijo, tras una pausa—, al menos por un tiempo. Solo para recuperarte. Para encontrar cierto equilibrio.

—No quiero equilibrio. Todavía no. Necesito hacer esto.

—Siempre tendrás la posibilidad de retomar el semestre más adelante. No tiene por qué acabar todo.

—Quería pedirte ayuda.

—Oh, Hadley.

—¿Me ayudarás? ¿A buscar a Jacques? ¿A encontrar respuestas? —Él no contestó—. Joel, por favor...

—Tal vez es mejor que dejes correr todo esto... —respondió con tacto—, este triste y terrible suceso. Que te mantengas a flote. Que recuerdes... lo estupenda que era en todos los sentidos. Y que de algún modo encuentres la manera de dejar correr el resto.

—No puedo —repuso ella.

—Bueno, ¿tienes algún amigo que pueda ayudarte a hacer esto? ¿Novio?

Ella negó con la cabeza.

—He acudido a ti porque pensaba que entenderías mis razones. Sé que es absurdo. No tiene nada que ver contigo, pero...

Se le quebró la voz. Notó que una lágrima le resbalaba por la mejilla y se la enjugó rápidamente. Derramó otra y también se la enjugó. Joel se volvió bruscamente y dejó su copa vacía sobre la mesa con un golpe seco. Debía de tener alguna fisura, y se hizo añicos por el impacto. Los fragmentos de cristal se esparcieron sobre sus papeles. Soltó un taco, y levantó el dedo hacia la luz.

—Maldita sea.

—¿Te has cortado?

—Mierda, me he clavado un trozo de cristal —masculló, al tiempo que un hilo de sangre le resbalaba por la mano.

—Deja —dijo Hadley—. Mira, es muy pequeño. —Se acercó y sacó con sumo cuidado el trocito de cristal—. Lo tengo. ¿Ves?

Una gota de sangre cayó sobre la moqueta de color claro. Él se llevó la mano al pecho y se manchó la camisa.

—Lo estoy poniendo todo perdido —comentó.

Hadley echó mano rápidamente de su bolso y sacó el pañuelo de Hugo. Le hizo varias dobleces y le lio la mano con él. Un vendaje elaborado para una herida insignificante.

—No hace falta —empezó a decir él.

Ella dio un paso atrás.

—Listo.

—Vaya pañuelo, tiene el tamaño de un mantel.

—No es mío —señaló ella—. Supongo que tendrás que devolvérmelo.

—Hadley...

—¿Sí?

Se sentó en el sofá mientras ella se quedaba vacilante junto a la mesa. Se toqueteó el vendaje con la mano buena. Una mancha rojo oscuro empezaba a calar en el pañuelo de Hugo.

—Es importante para ti, ¿verdad? ¿Intentar localizar a Jacques...?

—Está empezando a parecerme la única opción.

—El problema es —replicó él— que no sabría por dónde comenzar. Y no sé si al final llegaremos a alguna conclusión.

—Ya.

—Pero si quieres buscarlo, si quieres que te eche una mano, si realmente piensas que te hará sentir mejor... Entonces, vale.

Hadley se acercó a él. Sin pensarlo, se sentó a su lado y se apoyó contra él, agotada y aliviada. Apoyó la cabeza sobre su hombro y notó que se ponía tenso. Cerró los ojos, acongojada, intuyendo que se apartaría de ella. Pero, en lugar de eso, él se revolvió en el asiento, la rodeó por los hombros y tiró de ella hacia sí.

—Cuando murió mi hermano pequeño —empezó a decir Joel—, mi abuela me dijo que algún día me sentiría mejor, pero que primero no tenía más remedio que pasar el mal trago. Y yo la odié por decir eso porque no quería que estuviera en lo cierto. Quería sufrir. Quería sufrir como un condenado, porque era lo único que me quedaba de él y me resistía a creer que alguien a quien querías, alguien que te importaba más que nadie, pudiera morir y que, pasado un tiempo, su ausencia, su muerte, pareciera una cosa normal. De modo que me aferré a ese dolor y a toda la rabia y me resistí a liberarme. Pero de repente un día, sin siquiera ser consciente, ocurrió.

»Al despertarme por la mañana, ¿sabes qué fue la primera cosa que me vino a la cabeza, Hadley? Un café. Una gran taza humeante de café negro como la noche. Y un segundo después recordé que Winston ya no estaba. No lo había olvidado, pero el vacío que dejó había menguado, muy ligeramente, mínimamente. Llevaba tres meses despertándome por la mañana y en cuanto abría los ojos pensaba: “Oh, Dios... Winston”. Pero aquella mañana no. En un primer momento, no. Así que me levanté, me tomé el café, me puse a pensar en él y seguía echándolo de menos. Y luego me puse con otra cosa, que aquella mañana resultó ser una tostada. Una de pan de molde, con un poco de mantequilla y los bordes quemados. Y también sabía a tostada. Por primera vez desde la muerte de Winston, sabía realmente a tostada.

»Hadley, son minucias, son tonterías, pero cuando esto ocurre estás preparado, y

lo deseas, porque estás agotado y cansado de clamar contra ello. El dolor siempre seguirá ahí, pero de alguna manera empezará a mitigarse. Un poquito, solo lo justo. Lo justo para retomar tu vida: comer tostadas, tomar café, inspirar y espirar sin preguntarte cómo eres capaz siquiera. Te voy a decir una cosa, Hadley: este momento es el peor. Justo ahora, es un infierno. Y nada de lo que cualquiera diga o haga va a sacarte de esta. Bien sabe Dios que sentirás que lo único que te queda es llorar la pérdida de Kristina. Pero lo superarás. Un día, en un momento dado, lo superarás. Y cuando llegue ese día estarás preparada, Hadley. ¿Entiendes? Ahora no me crees, pero es lo normal, yo tampoco lo creía. Pero ¿sabes qué? La gente dice que en la vida lo único seguro es la muerte. Pues bien, deja que te diga que están equivocados. Hay dos cosas. La otra es que, llegados a un punto, siempre encontramos la manera de vivir con ello. Y eso es lo mejor y lo peor.

La Rue des Mirages se encontraba a unas cuantas calles al sur de la estación, y en el camino de vuelta del campus Hadley se atrevió a pasar por allí por primera vez. La promesa de Joel la había envalentonado, y le daba la sensación de que él la acompañaba, aunque no fuera así. A simple vista era como cualquier otra calle secundaria de Lausana, con edificios de apartamentos color aceituna y garajes pintados con grafiti; un poco más venida a menos, quizá, pero sin llegar a ser un lugar peligroso, de esos donde te arrebatan la vida con súbita violencia. Miró a ambos lados de la calle y no había nadie; al dar un solo paso desde la avenida principal podías encontrar que no había un alma. Levantó la vista hacia las ventanas con postigos y a las partes traseras de viejos bloques. Bajó la vista al suelo. Aquella noche puede que hubiera un charco de sangre, rojo rubí, sobre la nieve. Ahora solo había nieve medio derretida con vetas grises de suciedad. Kristina había pasado por la Rue des Mirages como una exhalación, y se había caído, y no existía el menor indicio de que esto hubiese pasado. Hadley había visto puntos conmemorativos en otras ocasiones, lugares tristes señalados con ramos larguiruchos y mensajes emborronados por la lluvia atados a la barandilla de un puente o depositados en un cruce de mucho tráfico. Para un transeúnte cualquiera significaba un momento de reflexión, pero ¿y para los seres queridos? No era como llevar flores a una tumba, a un lugar de descanso; tal vez fuera el mismo impulso que ella sentía ahora: detener el movimiento de la tierra durante un instante, impedir que el día siguiente y el próximo borrarán todo lo ocurrido hasta entonces. Una actitud desesperada, qué duda cabe, el hecho de intentar hacer que algo cobrase importancia cuando el mundo seguía su curso a toda marcha, impasible.

Al final de la calle había una floristería; entró y eligió un ramo de doce rosas blancas como la nieve. Siguió subiendo por la Rue des Mirages en busca de un lugar para depositarlas. Eligió los pies de una farola, y las dejó con delicadeza. «No fue mi intención decir lo que dije», empezó a musitar, pero se interrumpió. Lo único que se oía era el ruido sordo y lejano del tráfico, el crujido de sus pies al avanzar por la nieve y el susurro del viento al rozar el envoltorio de plástico del solitario ramo de Kristina. Se fue caminando, con las palabras enmudecidas en su interior.

Cuando llegó a Les Ormes, estaban limpiando la habitación de Kristina. Conforme se dirigía a su dormitorio, oía el zumbido de aspiradoras cada vez más cerca y pisadas de zuecos de goma. Escuchó mientras hacía tiempo tras la puerta de su propia

habitación y, cuando se marcharon sin cerrar con llave, aprovechó la ocasión. Estaba a punto de colarse sin que la vieran, pero antes se detuvo para echar un vistazo a ambos lados del pasillo. Levantó la mano y apoyó el puño contra la puerta. Había llamado tantas veces hasta entonces, con un rápido golpeteo para decir: «¿Te apetece un café? ¿Cogemos juntas el autobús? Hace sol, vamos a algún sitio, donde sea, ¿qué me dices del lago?». Tocó a la puerta, solo una vez, con delicadeza. «¿Kristina?». No contestó nadie. «Voy a entrar», dijo.

Estaba vacía, lo cual sabía de antemano. La cama se encontraba deshecha, y habían cambiado la bolsa blanca de la papelería. Habían olvidado quitar el tablero; seguía allí colgado descaradamente, repleto de señales de vida: los horarios de clase de Kristina, llenos de subrayados con rotulador y anotaciones al margen; la octavilla de La Folie, el club al que habían ido al principio del trimestre, donde bailaron hasta que se les apelmazó el pelo y les dolieron las plantas de los pies; y una postal con una foto del mar azul intenso y un cielo aún más azul. La despegó y le dio la vuelta, pero esta vez no había nada escrito. Hadley recorrió con la vista la habitación. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Una tarjeta de visita con el nombre de Jacques sujeta en el marco del espejo? ¿Un número de teléfono escrito a tinta, emborronado en una servilleta de papel? No había el menor rastro, nada que le aportara el menor indicio. Únicamente la sensación de pesadumbre de una habitación recién desmantelada, la inevitable impresión de tristeza en la persiana torcida y la manta doblada a los pies de la cama. Al salir cerró la puerta con cuidado. Se fijó en que el nombre de Kristina seguía allí, en el pequeño letrero situado justo debajo del número de la habitación. «Kristina Hartmann». Curiosamente, verlo todavía ahí le resultaba reconfortante.

Joel cumplió su promesa y Hadley pudo contar con él tal y como le había dicho. Durante esos primeros días, era la única persona con la que deseaba estar y no se detuvo a analizar sus sentimientos ni a plantearse si su relación era cada vez más estrecha; le bastaba saber que él la entendía mejor que nadie. Entre clase y clase bajaban un poco la persiana y hojeaban listines telefónicos de páginas azules y archivos de alumnos. Joel se ponía el portátil sobre las rodillas e indagaba en línea, realizando búsquedas exhaustivas en Internet con todas las combinaciones de palabras imaginables: «Jacques Kristina», «Jacques Ginebra Saint-Tropez», «Jacques novia danesa». Nunca aparecía nada.

—Puede que algún estudiante sepa algo. A lo mejor podías buscar por ahí —sugirió Joel.

—¿Quién, los compañeros de Kristina? No creo que se lo contara a ninguno.

—A veces resulta más fácil hablar con alguien por quien se siente menos apego.

—No sobre algo como esto. Yo era la única que lo sabía.

—No sé, Hadley, por algún sitio hay que empezar.

Joel se frotó la cara con ambas manos. Hadley se preguntó si padecía insomnio como ella, pues tenía bajo los ojos las mismas bolsas oscuras, reveladoras de interminables noches en blanco.

—Tienes razón, supongo que igual saben cuándo fue a Ginebra. Puede que se lo dijera a alguien. Es una buena idea.

—Hadley, ¿esto sirve de algo? —le preguntó—. Es decir, ¿te estoy sirviendo de algo?

—Claro que sí. Ya lo sabes.

—Lo que sé es lo mucho que lo deseo.

—Joel, me estás ayudando hasta un punto del que probablemente ni siquiera seas consciente.

—Es que me pregunto si esta búsqueda en vano no estará empeorando las cosas.

—Es prácticamente lo único que las mejora.

Al marcharse, se agachó y le besó suavemente en la mejilla. Pasillo adelante fue cuando cayó en la cuenta de lo que había hecho, y pensó en cómo él se había llevado la mano a la cara después, un gesto tan inconsciente como el beso en sí.

Sabía que encontraría a los compañeros del curso de Kristina en un rincón de la cafetería del campus principal. Allí era donde estaban cuando comió con Joel en su cumpleaños, cuando fingió no verles con Kristina porque quería centrar toda su atención en él. Ahora los vio apoltronados en sus sillas, liando cigarrillos, con tazas de café esparcidas por toda la mesa. Estaba la chica que no dejaba de reír, con el pelo cayéndole en tirabuzones rojo fuego; el chico de la chaqueta de terciopelo arrugada y recias botas negras; y un hombre rubio mayor, pecoso y con gafas. Ella saludó con un «bonjour» y la miraron extrañados, pero la correspondieron al saludo. Ninguno era británico. El rubio tenía pinta de danés. Les dijo que era amiga de Kristina, y él fue el primero en hablar.

—Ah —dijo en inglés—, entonces, ¿eres Hadley? De su residencia. Claro. Hola, me alegro de conocerte.

Tenía un aire distante, y cuando le estrechó la mano a Hadley lo hizo con un gesto frío y seco. El otro chico la saludó con la mano y sonrió, dejando a la vista una dentadura no demasiado perfecta. La chica pelirroja intervino, con una voz sonora, en inglés mezclado con francés, arrastrando las vocales con cadencia.

—*C'est tragique* —dijo—, *vraiment*, nos cuesta creerlo. No dejaba de hablar de ti, ¿sabes? ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

Por un momento Hadley se preguntó cómo encajaría entre esos extraños conocidos de Kristina; daba la impresión de que la estaban acogiendo bien, sabían su nombre. Pero estando allí de pie notó que ya estaban pasando página, que habían experimentado la pena y la rabia durante el tiempo justo que cabía esperar de ellos.

La chica que hablaba en francés se puso a jugar con las cuentas de su collar. Los otros se fijaron en alguien a quien conocían. Hadley fue al grano.

—¿Mencionó Kristina en alguna ocasión a un tal Jacques?

La chica negó con la cabeza y los rizos se le mecieron con gracia. Se volvió hacia los demás.

—Kart, Josef, ¿vosotros oísteis alguna vez a Kristina hablar de un tal Jacques? —Ellos se encogieron de hombros, con la sonrisa contrita, y acto seguido retomaron su conversación—. Éramos amigos, pero de vernos por ahí en el campus, ¿sabes? Un café después de clase, una charla en la biblioteca..., cosas así. Lo siento, ¿vale? *Vraiment*.

—¿Y qué me decís del viernes? ¿Dijo Kristina lo que iba a hacer luego? ¿Dijo si iba a ir a Ginebra? ¿A Genève?

La chica volvió a negar con la cabeza. Cogió un cigarrillo fino y se lo puso en la comisura del labio con gesto despreocupado e indolente.

—Mira, no hubo nada diferente. Tuvimos clase de Historia del Arte antes de comer y después nos vinimos todos aquí. Luego, por la tarde, cada uno se fue por su lado. Si quieres que te diga la verdad, ni siquiera recuerdo haberle dicho «au revoir» a Kristina. Y esa fue la última vez que la vi, fíjate qué mal rollo. Me siento como una mierda por eso.

Pronunció la palabra «mierda» como «megda», con lo cual su versión no sonó tan mal. Risas, amistad y un efímero pesar: a eso se limitaba todo. Es lo máximo que podían ofrecerle a Kristina sus compañeros de clase, de modo que Hadley les dio las gracias con un escueto «merci», y se marchó.

En lugar de coger el autobús, volvió dando una caminata, con la cara oculta bajo la capucha. Pensó en cómo Joel decía «nosotros» cuando hablaban sobre la búsqueda de Jacques y se sintió menos sola.

La idea de Saint-Tropez se le ocurrió por la noche. En la cabeza se le arremolinaban multitud de pensamientos, e intentaba establecer conexiones entre todo lo que sabía y entre algunas cosas que se figuraba: Jacques dando grandes zancadas por las Rues Basses de Ginebra. Kristina leyendo cuentos a los niños de otro. Jacques de pie en mangas de camisa, bajo un sol sofocante. El pelo de Kristina ondeando al volverse para darle un beso. Le había comentado a Hadley que Jacques se alojaba en la villa de al lado; un sitio tangible y real. Al caer en la cuenta de ello, saltó de la cama con intención de hacer una llamada telefónica, pero la esfera amarilla de su despertador marcaba solo las cuatro menos cuarto de la madrugada. Volvió a meterse en la cama y observó los números cambiar de forma y acercarse cada vez más a una hora razonable. A las siete y treinta y dos minutos llamó a las oficinas de administración del campus. Volvió a llamar a las siete y cuarenta, y esta vez alguien respondió; los

suizos comenzaban temprano la jornada. Al cabo de unos minutos estaba anotando el número de los padres de Kristina en Copenhague. Le había resultado fácil asumir el papel de la amiga angustiada, ansiosa por transmitirles sus condolencias. Le dieron el número y Hadley colgó mientras la administradora le ofrecía sus propias palabras de consuelo.

—*Hej* —dijo una voz. Hadley reconoció al padre de Kristina, aunque este apenas había pronunciado palabra cuando se conocieron. Sonaba como *eh*, de una frivolidad inquietante, hasta que Hadley recordó que en danés simplemente significaba «diga».

—Oh, hola, señor Hartmann —dijo ella—. No sé si habla inglés, pero soy Hadley Dunn. La amiga de Kristina. Nos vimos brevemente...

—¿La amiga de Kristina?

Hablaba con un hilo de voz tan apagada que sonaba como si fuera a quebrarse en cualquier momento.

—Siento mucho molestarle. ¿Está...? —Perdió el hilo de lo que estaba diciendo e instantes después lo retomó—. Quiero decir..., ¿cómo está? Espero que bien. Dadas las circunstancias, claro.

—¿Por qué llamas?

—Perdone, no es mi intención molestarles, es que quería preguntarles una cosa. Me pregunto si podrían ayudarme.

—No creo —respondió él, no con acritud, sino de pura frustración.

Hadley tomó aliento y le explicó, con tacto, con delicadeza, que quería ponerse en contacto con la familia para la que Kristina había trabajado de *au pair* ese verano. Le preguntó si alguien ya lo había hecho, y si le podía dar una dirección postal. Esperaba una retahíla de preguntas, pero él no le hizo ninguna.

—Lo siento, no —se limitó a responder.

—¿No? ¿Quiere decir que no la sabe?

—No —repitió—, lo siento.

—¿Y la de la casa de Francia, a lo mejor la de Saint-Tropez, le escribieron a Kristina allí alguna vez? ¿O les escribió ella?

—Kristina era muy independiente —contestó él—, en verano... ¿Cómo se dice en inglés...? En verano iba a su aire. ¿Quién eres? ¿Has dicho que eras amiga de Kristina?

—Sí, de Lausana. Soy Hadley. Es que estoy intentando...

—Hadley, aquí estamos intentando seguir adelante...

—¿Seguir adelante? Sí, por supuesto. Me hago cargo. Lo siento, por nada del mundo pretendía molestarles, es que pensé que...

—No tenemos respuestas a tus preguntas. No conocíamos todos los detalles de la vida de nuestra hija. Tal vez no sabíamos lo suficiente. No estábamos con ella cuando murió. Ahora tenemos que vivir con ello. Tratar de sobrellevarlo.

—Sí...

—Así que gracias por tu amistad con nuestra hija, pero no podemos ayudarte. No hay nada que podamos hacer. Nada que podamos hacer en ningún sentido.

Se le apagó la voz y Hadley escuchó un sollozo ahogado. Cerró los ojos e inspiró profundamente, odiándose a sí misma por su insistencia.

—Solo una última pregunta, ¿ha llamado por teléfono alguien llamado Jacques? ¿Algún hombre?

—Lo siento. Adiós.

La línea se cortó y Hadley dejó escapar un gemido. En algún lugar del sur de Francia había dos villas contiguas cuyos ocupantes habían desaparecido sin dejar rastro hace tiempo. Se le quedó grabada la voz del padre de Kristina, su retraimiento dando paso al pesar y luego a la irritación, y la embargó la desagradable certeza de la mala impresión que había causado con su actitud inquisitiva e insensible. Se volvió a meter bajo las mantas. Lloró hasta vaciarse por dentro.

A medida que la idea de Saint-Tropez se extinguía como una llama, Hadley acudió a Joel y sugirió Ginebra. Pretendía moverse, trazar una línea en un mapa.

—¿Qué? ¿Vagar sin rumbo por las calles? —preguntó Joel—. ¿Ir gritando: «Jacques, Jacques»?

Era miércoles y estaba sentada en la repisa de la ventana del despacho de Joel, con la espalda apoyada contra el cristal. Abajo, las copas de los álamos se mecían al viento. Los estudiantes cruzaban los caminos de acá para allá con las bufandas sacudidas por el viento y las cabezas gachas. Parecían felices, normales. Se frotó los ojos y se dio la vuelta.

—Kristina mencionó algunos sitios a los que solían ir juntos.

—Hadley, cielo, ¿por qué no lo has dicho antes?

—Porque nunca entraba en detalles. La verdad es que no hay nada para avanzar, pero... al menos podría probar.

—¿Qué clase de sitios?

—La orilla del lago, el casco antiguo... Había un café, creo, cerca de la catedral. Sé que no es mucho, pero no sé qué más puedo hacer.

Hadley advirtió que Joel estaba reflexionando. Se había dado cuenta de que siempre se tomaba su tiempo para responder; en clase mostraba la misma actitud pausada y sus respuestas siempre se hacían esperar. Él se puso a tamborilear un sonsonete con los dedos sobre la mesa del despacho. Asintió lentamente con la cabeza.

—Vale —convino—. Vale. Puede que no sea una mala idea salir de Lausana. Probar algo diferente.

—Iré en tren, como hizo Kristina. Voy a ir ahora. Por qué no.

—Hadley, espera. Te llevo.

—No tienes por qué.

—Sí —insistió Joel—. No vas a ir sola. —Cogió las llaves del coche de la mesa y se enfundó la chaqueta—. Eso sí, con dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Que puede que a partir de esta noche hagamos borrón y cuenta nueva. Que asumamos que a lo mejor no podemos localizar a Jacques y punto.

—No quiero rendirme todavía.

—¿Rendirte? Hadley, creo que es lo contrario. Asumir algo nunca significa rendirse. Tengo otra condición.

—¿Cuál es?

—Que me dejes que te invite a cenar. Apuesto a que no has comido como es debido desde hace tiempo.

Hadley alargó el brazo para tocarle la mano. Se la agarró como si fuera la primera que tocaba en su vida. Escrutó su piel curtida, morena y reseca, las enormes medialunas de sus uñas. Acto seguido la soltó.

—Gracias —dijo.

El día de su llegada, en septiembre, había aterrizado en Ginebra, Genève. Apenas había visto la ciudad en el tren que atravesaba a toda velocidad la periferia, solo los típicos bloques altos de viviendas, algún que otro grafiti improvisado y los inexplicablemente deprimentes hangares de la industria ligera. No obstante, se había hecho la idea de que Ginebra era la aburrida hermana mayor de la juguetona Lausana: acartonada y encorsetada, con un suéter caro pero desgarrado y zapatos bajos de cuero recién sacados de su caja; Lausana, por su parte, era bohemia y, definitivamente, mujer. Con el mismo linaje, con la misma riqueza, pero con un toque de descarado. Contra el telón de fondo de Ginebra veía el lago como una mera masa de agua, una plácida pieza de paisajismo de inspiración arquitectónica para hoteles con banderas ondeantes. El tramo de la orilla del lago Lemán que bañaba Lausana resultaba, con diferencia, mucho más fascinante; contemplabas la ondulada silueta de las montañas, el agua rompiendo contra los embarcaderos e infinidad de gaviotas planeando iracundas, y te cautivaba su vitalidad; sus ondas soleadas ocultaban profundidades más tenebrosas.

Los comentarios de Kristina sobre sus citas con Jacques en Ginebra habían servido de poco para cambiar el punto de vista de Hadley. Únicamente lograba imaginárselos a retazos: apoyados contra la verja de una fuente, rozándose de la cadera a los pies; pidiendo platos internacionales en un restaurante con luz dorada mientras el champán burbujeaba en copas de cristal esmerilado... La ciudad en sí parecía un mero telón de fondo para su tormentoso idilio. Pero Hadley fue a Ginebra

con Joel Wilson.

El restaurante que eligió Joel estaba escondido en una bocacalle de un bulevar iluminado con farolas. Era chino, y tenía una alegre entrada engalanada de farolillos y gatos de papel maché. Una chica con el pelo recogido en dos coletas tirantes y un chaleco color vino los condujo a una mesa situada al fondo. El mantel de papel se arrugó cuando Hadley tiró de la silla hacia delante para acomodarse. Lanzó al suelo un guisante que quedaba en el mantel de los comensales anteriores. Una pared del restaurante estaba completamente revestida de espejos; en la otra había un llamativo mural con una gigantesca escena ribereña: sampanes meciéndose uno junto al otro y creando estelas de luces de colores sobre el agua mientras al fondo las montañas azuladas se abrían a un cielo de color rosa.

—¿Has estado aquí antes? —le preguntó a Joel.

—Nunca. —¿Es que te ha parecido que tenía buena pinta?

—No, pensé que a lo mejor era divertido.

Hadley hojeó la interminable carta. Había como mínimo doscientos platos enumerados con una apretada letra de imprenta.

—Yo voy a pedir el diecisiete y el cuarenta y uno —dijo.

—¿Al tuntún?

—¿Por qué no?

—¿Ves? Sabía que sería divertido. Yo el veintiuno, el cincuenta y, qué diablos, a por el ochenta. Ahora bien, con la condición de que los compartas conmigo.

Pidieron tubos de cerveza con gaseosa y se reclinaron en las sillas. Habían dado las diez y eran los únicos clientes. Hadley se comió un trozo de pan de gambas y reprimió las ganas de reír. Era —cayó en la cuenta de ello— la primera vez que le apetecía reír desde hacía varios días. Bebió cerveza con el ánimo tranquilo. Hasta entonces la noche había transcurrido de forma extraña. Habían llegado a Ginebra sin un plan preconcebido. Joel había aparcado en un cavernoso parking subterráneo y mientras buscaban la salida escucharon el eco de sus pasos sobre el hormigón. Subieron un tramo de escaleras con un olor acre, mientras oían crujir cristales rotos bajo sus pies. Hadley había notado el ligero roce de la mano de Joel sobre su cintura cuando se disponían a cruzar la puerta de vaivén para salir a la calle. Le había dado la impresión de que en Ginebra hacía más frío que en Lausana; el aire le cortaba las mejillas y lograba atravesar las capas del jersey y el abrigo. Se había puesto a tiritar y Joel la había rodeado por el hombro.

—Pronto entrarás en calor —le dijo, acompasando el paso con el suyo durante unos instantes al tiempo que ella se arrebujaba contra él; Joel le dio un apretón en el brazo antes de soltarla. Hadley sacó un plano doblado del bolsillo y le pasó la mano para estirarlo con el guante puesto.

—Creo que el casco antiguo es por aquí —dijo.

¿Existía un plan de antemano para esa noche? Sí, en la medida en que pudiera haberlo. En el trayecto en coche había hecho memoria y anotado todos los lugares que Kristina había mencionado en alguna ocasión, una lista poco definida de monumentos muy citados y puntos imprecisos. Al leérsela a Joel, este había suspirado y subido el volumen de la música.

—¿Sabes? Esto es una locura, Hadley —le había gritado por encima de los ritmos frenéticos de John Coltrane—, ¿a ti no te da esa impresión?

—¿Qué otra alternativa hay? —había gritado ella a su vez.

—Mientras estés convencida... —le había respondido Joel, tamborileando con los dedos sobre el volante.

Si le hubieran preguntado a Hadley lo que esperaba encontrar esa noche habría dicho lo siguiente: que solamente quería estar cerca de donde Jacques vivía y trabajaba; intuía que si se lo cruzaba por la calle lo reconocería y quizá él a ella también, que su esperanza la haría distinguirse como una señal luminosa. Era consciente de que no tenía mucho sentido, pero ¿qué otra alternativa había? Joel y Hadley se patearon juntos toda la ciudad. Se detuvieron en una plaza empedrada a observar un bar lleno de *genevois* jóvenes y guapos, mientras las pizarras de fuera ofrecían ponche y *coupes de champagne*. Levantaron la vista hacia ventanas cuadradas de color amarillo bajo tejados de tejas inclinados, vieron sombras de personas moviéndose en el interior y, en una, a un niño asomado con la cara hacia el cielo de la noche como si estuviese contando las estrellas. Atravesaron un oscuro y silencioso parque con estatuas encorvadas que les observaban. Ninguno habló; ambos estaban sumidos en sus propios pensamientos.

—¿Te parece suficiente por esta noche? —le preguntó Joel en un momento dado, volviéndose hacia ella. Estaban de nuevo en una de las calles principales, con un entramado de vías de tranvía y zapaterías bien iluminadas. Se calentó las manos desnudas con el aliento y se las frotó. Ella pensó en sus guantes con forro de piel de borrego y en lo natural que sería el gesto de cubrirle las manos con las suyas para calentárselas. En lugar de eso se las metió hasta el fondo de los bolsillos. Asintió.

—¿Vas a contarle a todo el mundo la pérdida de tiempo que ha sido esto? —le preguntó Hadley.

—¿Cómo? No he dicho una palabra de esto a nadie.

—¿Ni a tus compañeros? ¿Ni a tu jefe?

—Pensé que no te parecería bien.

—Pero ¿saben lo de Kristina?

—Todo el mundo sabe lo de Kristina. —Tras una pausa, añadió—: Pero en el Departamento de Inglés no la conocíamos. He oído que su profesor de Historia del Arte le dedicó un minuto de silencio en clase.

—Un minuto de silencio... Un minuto y luego todo el mundo a sus asuntos como

si tal cosa.

—El mundo tiene que seguir girando, Hadley, es lo que hay.

—Sí, claro.

—Y fue un gesto bienintencionado —le aseguró él—. Fue una manera de recordarla. Cada cual recuerda a su manera.

Habían seguido caminando en silencio.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Joel, de pronto.

Se pararon en el primer restaurante que encontraron. Un chino. Habían pedido demasiada comida y habían estado observándose desde sendos lados de la mesa, por encima de los cuencos de arroz pegajoso con salsa agri dulce de un rojo anaranjado y mustias tiras de verdura de hoja verde. Habían pedido más cerveza con gaseosa. Hadley masticaba con cuidado, arrugando la nariz.

—¿No está bueno?

—Pues no.

Todo sabía o demasiado salado o demasiado soso. La carne estaba deshecha y surcada de vetas de grasa. Las gambas, acartonadas, con huevas rosas entre los pliegues.

—Lo siento —dijo ella, apartando el plato—. Supongo que, después de todo, no tengo hambre.

—Es porque te he traído al peor sitio de la ciudad —afirmó Joel—. Y, dicho sea de paso, no a propósito. Me apetecía probar suerte. Vaya metedura de pata, ¿eh?

—Supongo que, de todas formas, no está bien que nos divirtamos —dijo Hadley. Se dio unos toquécitos en la boca con la servilleta y dejó la marca de la barra de labios en la tela. Le dio la vuelta rápidamente, antes de que él reparara en ello—. No es el motivo por el que hemos venido, ¿no?

—Yo desde luego tenía previsto pasarlo fatal —dijo Joel. Se contuvo y al final sonrió—. Venga, Hadley, relájate un poco.

Ella le devolvió la sonrisa, y notó un desahogo en el pecho.

—¿Por qué dijiste que pensabas que había llegado el momento de dejar de buscar a Jacques? —le preguntó—. A mí me da la sensación de que apenas hemos empezado.

—Solo pienso —respondió Joel con tacto— que quizá debamos asumir que, si quiere que lo encontremos, lo encontraremos. —Ante la mirada extrañada de Hadley, añadió—: Me refiero a que... él sabía de ti, ¿no?

—No necesariamente.

—Estoy seguro de que le hablé de ti, Hadley —afirmó, y añadió tras una pausa—: Mira, piénsalo. Al tal Jacques le resultará mucho más fácil entrar en contacto con el mundo de Kristina que a nosotros con el suyo. No sabemos nada de él y, en el supuesto de que Kristina no le hubiese contado gran cosa de su vida, tendría

suficientes datos como para hacer las preguntas adecuadas en los sitios adecuados. Si estuviese preocupado por su paradero o por no haber tenido noticias suyas en varios días, si no supiera *nada* del accidente, podría enterarse fácilmente, ¿o no? Y si lo *sabe*, si vio la noticia en el periódico o se ha enterado por algún otro medio, tal vez quiera llorar su pérdida a solas. Quizá no le apetezca conocer a sus amigos. Quizá piense que no forma parte de esa faceta de su vida. Quizá deberíamos respetarlo.

—Esos son muchos quizás —dijo ella con gesto desamparado—. Pero yo no lo había considerado desde ese punto de vista. ¿Por qué no se me había ocurrido?

Joel se encogió de hombros.

—No es más que lógica —respondió con delicadeza. Se puso a doblar la servilleta de papel hasta apretarla en un cuadrado. La echó al fondo de su copa vacía—. Es que el corazón no siempre se rige por la lógica, ¿verdad? Por eso estamos aquí esta noche.

Hadley cogió su copa y se puso a remover lo que quedaba de cerveza.

—Había algo extraño en su voz la última vez que hablamos —se aventuró a decir—. No era feliz, Joel. Y no era una mera cuestión de remordimiento por llegar tarde a mi estúpida fiesta, era algo más. Creo que Jacques y ella habían discutido. Creo que estaba disgustada.

—Todas las parejas del mundo discuten, Hadley. Y, si estaba casado, tendrían más motivos para discutir que la mayoría.

—Solo quiero saber lo que pasó esa noche.

—Lo sabemos. Es inconcebible y espantoso, pero lo sabemos.

—Entonces qué, ¿lo dejamos? —A Hadley le resbaló una lágrima solitaria por la mejilla—. Supongo que sí...

Joel se echó hacia delante y se la secó suavemente con la yema del dedo. Miró de reojo y advirtió que la camarera los observaba en la pared cubierta de espejos.

—Venga —dijo—, creo que ya está bien por esta noche.

Circularon a toda velocidad por la *autoroute*; ella deseaba que las señales de Lausana se alejaran, que anunciaran una distancia mayor, que al menos se tratase de millas y no de kilómetros. El interior del coche estaba oscuro, e iba sentada erguida, con las manos cruzadas sobre el regazo. De vez en cuando miraba fugazmente a Joel y se fijaba en el contundente perfil de sus rasgos, en la curvatura de su labio y en la prominencia de su mentón. Tenía un aire tosco, los ojos como dos bolas oscuras. Conducía con la mirada fija al frente repiqueteando un compás con los dedos sobre el volante. Ella miró a otro lado.

—¿Hadley? ¿Otra vez estás llorando? Por favor, no llores.

—Es que ha sido un día extraño.

—No pasa nada. Todos los días son extraños.

—Me lo he pasado bien —musitó—. No debería habérmelo pasado bien esta noche, pero, bueno...

En la oscuridad del coche, iluminado únicamente por los destellos de otros vehículos, Joel dio con su mano. Se la llevó a los labios y apretó la boca contra sus dedos. Se los besó. Una vez. Luego otra. Ella notó la tibieza de su piel y el roce áspero de su barba de tres días.

—No podemos evitar sentirnos culpables —dijo, con la voz amortiguada contra la mano de Hadley—. No podemos plantearnos las cosas que hicimos o dejamos de hacer, lo que dijimos o callamos.

Había reducido bastante la velocidad y un coche les adelantó dando pitidos. Joel le soltó la mano con delicadeza. Negó con la cabeza, agarró el volante y aceleró. La mano de Hadley se quedó sobre su pierna. Notaba su calor en la palma de la mano. La apartó.

—A lo mejor por eso soy incapaz de dejar correr esto —contestó ella—. Las últimas palabras que le dije fueron en un momento de rabia, Joel. Creo que ya te lo conté, pero no estoy segura. A Hugo seguro que se lo conté, pero...

—¿Quién es Hugo?

—Alguien con quien he entablado cierta amistad. Un hombre mayor. El que dijo que debería quedarme en Lausana. Tú me aconsejaste que me marchara, pero él no.

—En realidad no quería que te fueras a ningún sitio.

—Pero pensabas que era por mi bien, ¿verdad?

—Tal vez pensara que era por el mío.

Ella volvió la vista hacia él.

—No lo entiendo —le dijo.

—Sí, sí que lo entiendes.

De repente aparecieron los rótulos de neón de una gasolinera y él giró en redondo hacia la explanada.

—Hadley —susurró, al tiempo que se inclinaba hacia ella—. No debería hacer esto.

—Quiero que lo hagas. Lo he querido desde el principio.

Tenían las caras muy juntas. En la penumbra, Hadley notó que los labios de Joel encontraban los suyos. Se preguntaba si permanecerían así, sin llegar a besarse del todo, sino presionando cálidamente, compartiendo la respiración. Después notó que abría la boca y el calor del empuje de su lengua. Cerró los ojos y saboreó la sal de sus propias lágrimas. Sus besos, cuando llegaron, fueron intensos y apremiantes. Fue como si los hubiera reprimido durante mucho tiempo.

Al despertarse hacía una mañana gris, el cielo se cernía como una lámina de metal y caía una desangelada llovizna contra la ventana. Se había olvidado otra vez de bajar las persianas, y se quedó bajo el aplastante peso de las mantas. «Oh, Kristina», pensó. Se llevó la mano a la cara y palpó la leve irritación de su barbilla. Sabía que al mirarse al espejo vería una mancha enrojecida de poca importancia que le escocía al tocarla. Era la única prueba tangible de la noche anterior. Nadie la había besado de ese modo jamás ni ella había besado a nadie con tal avidez y enajenamiento, con la urgencia de que el beso la absorbiera por completo. Lo único que deseaba hacer era llamar a la puerta de Kristina. Habrían permanecido la una frente a la otra en pijama y Hadley le habría hecho un gesto hacia su barbilla. «No te vas a creer lo que ha pasado». Tal vez se habrían reído tontamente, y el beso habría parecido divertido, o excitante, o ambas cosas. Sin embargo, sin Kristina era un beso distinto. Si todo hubiese discurrido con normalidad, con una normalidad absolutamente maravillosa, ni siquiera habría existido la posibilidad de ese beso.

Habían permanecido el resto del trayecto de vuelta a Lausana prácticamente en silencio; no en un silencio agradable y cómplice, sino en una atmósfera imbuida de palabras silenciadas. Después de besarla, Joel había dicho entre dientes: «Lo siento, no sé en qué estaba pensando», y a continuación había arrancado a toda prisa para volver con el motor rugiendo a la *autoroute*. Ella había girado la cara hacia la ventanilla, fingiendo no haber oído.

—¿Hadley? —le dijo.

—No pasa nada —contestó ella—. Yo también lo siento.

—Puede que ambos necesitemos cierta distancia, puede que sea eso.

Ella había entrelazado las manos sobre el regazo con la mirada fija en la ventanilla, deseando que le hubiese dicho otra cosa, o tal vez nada en absoluto.

Joel había parado el coche junto a la acera justo al pasar el cruce de Les Ormes, sin apagar el motor.

—¿Te viene bien aquí?

—Me viene bien aquí —repitió ella. Al bajarse del coche, se dio la vuelta para decirle—: Gracias por la noche.

—Nos vemos esta semana —contestó él, cerrado en banda.

Ella había cerrado la puerta de un portazo, y él había seguido su camino, colina arriba. Hadley había levantado la mano para decirle adiós. No había posibilidad de saber si la había visto o no.

Hadley se duchó y después se miró en el espejo con la barbilla levantada con gesto desafiante. Sabía a ciencia cierta que ahora las cosas serían diferentes. No tenía previsto ir al campus hasta la tarde, y se le ocurrió una idea tan aguda como un dolor en el costado: volver a la Rue des Mirages a llevar más flores. La noche anterior, por primera vez desde la muerte de Kristina, se lo había pasado bien y, por muy efímera que hubiera sido esa sensación, le remordía la conciencia.

La Rue des Mirages estaba sombría y silenciosa. Su ramo de rosas aún yacía a los pies de la farola y, al cogerlo, los marchitos pétalos cayeron al suelo como copos de nieve parduzcos. Hadley dejó el ramo nuevo en su lugar, retazos de colores, flores isleñas de aspecto exótico, abandonadas en una fría calle suiza.

—Kristina —empezó a decir—, anoche ocurrió algo.

—*Elle ne peut pas vous entendre.*

Hadley se dio la vuelta. Al otro lado de la calle había una mujer, observándola. El pelo le caía en dos trenzas enmarañadas de aire aniñado. Llevaba un pantalón de chándal roto por la rodilla y empapado a la altura de los tobillos.

—*Excusez-moi?*

—*Anglaise?* Hablo inglés. La chica que murió no puede oírla. *Elle n'est pas là. Elle est partie.*

—Ya sé que no está ahí.

Hadley miró fijamente a la mujer. Eran las diez de la mañana y llevaba una lata de cerveza en la mano y un cigarrillo sin encender entre los labios. Hadley le dio la espalda. Se agachó para enderezar el nuevo ramo, haciéndose la entretenida, ignorando el sonido de la mujer que se aproximaba a ella arrastrando los pies.

—Se lo he dicho, *elle n'est pas là*. No está ahí. Se la llevaron.

Hablaba inglés con un zigzagueante acento francés, pero se entendía perfectamente. Hadley se incorporó y la miró de frente. Tenía una edad indefinible entre los veinte y los cuarenta, las mejillas pálidas y hundidas y la frente surcada de arrugas de preocupación. Sus ojos eran grises y de expresión dura, y estaban clavados en Hadley.

—¿Estaba aquí cuando llegó la policía? —le preguntó Hadley—. *Avez-vous vu la police?*

—*Il neigeait.* Estaba nevando. No dejó de nevar.

—¿Vio a Kristina? ¿Vio a mi amiga? *Mon amie, la fille qui a été tuée?*

—¿Su amiga?

—Era amiga mía.

—Iba corriendo por la nieve.

—O sea, ¿que la vio antes? Entonces... Ella... ¿La vio caerse?

—*Je veux une cigarette.*

—Tiene uno —dijo Hadley, al tiempo que asentía con la cabeza—. ¿Se refiere a

fuego?

—*Je veux une cigarette.*

—Ya tiene uno —repitió Hadley, e hizo un gesto hacia el labio de la mujer—. Por favor, dígame, *dîtes-moi*, ¿qué vio? *Qu’avez-vous vu?* —La mujer se llevó la mano a la boca y cogió el cigarrillo. Lo sujetó entre dos dedos y se echó a reír con voz ronca—. No tengo fuego —añadió Hadley—. Lo siento. Mire, por favor, continúe. *Continuez, s’il vous plaît.* Dígame lo que vio. Era mi mejor amiga. *Ma meilleure amie.* Solo quiero saber que no sufrió. Al menos eso. —La mujer se metió el cigarrillo detrás de la oreja y sonrió burlonamente—. ¿Qué le hace tanta gracia? —inquirió Hadley—. Olvídalo. Es imposible hablar con usted. —Echó a andar.

—Es la única que ha venido —gritó la mujer. Hadley siguió caminando. La mujer volvió a gritar, aún más alto—: Nadie trae flores.

—Sí, bueno, no tiene mucho sentido, ¿no? —replicó Hadley, sin volver la cabeza.

—*L’autre n’est jamais venu.*

Hadley no se dio la vuelta.

—*J’ai dit*, la otra persona no ha venido.

Hadley se quedó helada. Se giró en redondo.

—¿Qué otra persona? *Qui?*

—Con el coche.

Hadley pensó en Jacques, conduciendo desde Ginebra. Arrodillándose un momento en la calle, posando la palma de su mano en el duro suelo.

—¿Qué coche? —preguntó—. ¿Vio un coche? *Qu’avez-vous vu?*

La mujer agitó las manos delante de su propia cara con una vivacidad repentina.

—*Personne n’a rien vu. Il neigeait.*

—Sé que estaba nevando, lo sé. Pero...

—Nadie vio nada. Yo no vi el coche. El coche no vio a la chica. La chica no vio el coche. Nadie vio nada.

Hadley se quedó perpleja.

—¿Qué? ¿Se refiere a la noche que ocurrió? Oh, Dios, ¿cómo se dice en francés...? ¿Había un coche? *Y a-t-il une voiture?*

—No frenó. Desapareció. En la nieve, todo desaparece.

Hadley trató de respirar con normalidad. Le puso la mano con delicadeza en el brazo.

—*S’il vous plaît. Il est vraiment important.* Por favor, dígame lo que vio. *Dîtes-moi.*

—Nadie vio nada.

—Pero usted sí, ¿verdad? Vio un coche. *Une voiture.* Estaba nevando, *il neigeait*, y aun así vio un coche. *Qu’est-il arrivé?* ¿Qué hizo? ¿Se...? —Se calló. Se recompuso y respiró hondo—. Por favor. Haga memoria. *Cette voiture que vous avez*

vue... qu'est-il arrivé?

—*La voiture ne s'est pas arrêtée. Elle a disparu.*

—Espere, un momento, ha dicho «disparu»? ¿Desapareció?

—Sí.

—¿No paró?

—*Non.*

—¿Por qué no paró? ¿La vieron? ¿Vieron que se había caído?

—Ella iba corriendo, después llegó el coche, y se cayó.

—¿Le dieron un golpe?

—*Une catastrophe.* Pum. Y luego... se acabó.

Hadley se tapó la boca con ambas manos. Sintió un shock físico por segunda vez en una semana. Se tambaleó de la conmoción y se le escapó un grito. La mujer hizo un amago de darse la vuelta, pero Hadley alargó el brazo y la agarró del hombro.

—Por favor. Espere. No se vaya.

La mujer se zafó de ella.

—*Ne me touchez pas.*

—Perdone, lo siento, no la tocaré. *Une question... La police? Leur avez-vous dit...?*

—*Saluds.*

—¿Qué significa eso?

—Nada de policía. Yo no hablo con nadie.

—Conmigo sí —replicó Hadley—. Me lo ha dicho. Quería que yo supiera la verdad, *la vérité.*

—Solo quiero fumarme un cigarrillo —dijo la mujer.

—¡Pues fúmeselo! ¡O no se lo fume! Me importa una mierda; entonces deje de hablar de ello. No puede decir cosas así y seguir tan campante, como si nada. O fingir que no entendió lo que vio, porque sé que lo hizo. Sé que sabe perfectamente lo que vio y por eso se ha dirigido a mí. Porque quería contárselo a alguien. Porque sabía que lo que presencié estuvo mal. —La mujer parecía aturdida, con la expresión absorta—. Por favor, se lo ruego. *S'il vous plaît.* Es la única persona que sabe algo. La policía cree que fue un accidente, una desafortunada caída en una calle resbaladiza. No saben lo del coche. No saben que fue un atropello y que el conductor se dio a la fuga. Nadie sabe que mataron a Kristina salvo usted. Y ahora yo. Podemos ir juntas. *Nous pouvons aller ensemble, ¿vale?*

—*Non.*

—*Oui.* Voy a ir a la policía. Ahora mismo. Por favor, acompáñeme, por favor. Así podrán localizar el coche y... ¿cómo se llama? Perdone, soy una maleducada, qué maleducada. ¿Cómo se llama? *Comment vous appelez-vous?*

—Lisette.

—Lisette, *je m'appelle Hadley. Je suis désolée, vraiment.* No lo entiende, *vous ne comprenez pas*, lo que acaba de contarme, lo que vio, cambia todo.

—No vi nada.

—Sí que lo vio, vio el coche. *La voiture.*

—No sé nada.

—¿Sabe de qué color era? ¿Vio por casualidad la matrícula? ¿O tal vez parte de ella?

—*Ad-lee*, no recuerdo nada. Nunca recuerdo nada. Antes sí. Ya no.

—¡Pero se acuerda de mi nombre! Y es un nombre raro, la gente casi nunca lo dice bien. Y recuerda el inglés. ¿Lo aprendió en la escuela? ¿Lo ve? Se le quedó. A lo mejor si hace memoria...

Lisette se dio golpecitos con la mano en la sien, y se le movieron las trenzas.

—Lo siento. Lo siento. ¿Cómo se dice en inglés...? Está hueca.

Dicho esto, se alejó tranquilamente. Hadley la observó caminando por la Rue des Mirages hasta que la perdió de vista y con lo único que se quedó fue con una historia inacabada sobre un coche que había atropellado a una chica y que se había dado a la fuga.

Hadley empujó la puerta giratoria de la comisaría central. Se sentó en una chirriante silla de plástico y trató de no mirar al niño pequeño que lloraba pegado al cuello de su escuálida madre. El mismo agente de policía que había hablado con ella anteriormente, el de pelo rubio rojizo y mirada contrita, la condujo a una sala y la invitó a sentarse. Escuchó lo que tenía que contarle con las manos cruzadas sobre la mesa.

—Gracias, *mademoiselle* —dijo cuando Hadley terminó—, ya estamos al corriente de los hechos. Si hubiese ido a la Rue des Mirages un día antes, habría visto a nuestros agentes.

—¿Gracias? ¿*Gracias*? ¿Eso es lo único que se le ocurre decir? —Las lágrimas asomaron a sus ojos y parpadeó para contenerlas—. ¡No me explico cómo pudieron pensar que fue un accidente! ¿Desde cuándo saben que no lo fue?

—Los resultados de la autopsia no fueron inmediatos.

—Pero ¿cómo es posible que no fuera evidente? Quiero decir, ¿nada más verla?

Él le explicó que un examen minucioso había revelado que Kristina tenía un cardenal en el muslo. Ningún hueso roto, pero sí evidencia de un golpe que no se había producido contra la dura superficie de la calzada, ni con el bordillo de la acera o cualquier otro mobiliario urbano.

—A Kristina no la mató el impacto del coche —afirmó él—, eso lo sabemos con seguridad. Murió porque se golpeó la cabeza contra la acera. Tuvo muy mala suerte. El mismo accidente, cualquier otro día...

—Por supuesto que la mató el coche. De no haber habido un coche de por medio, no se habría caído. ¿Cómo puede decir eso?

—Los atropellos donde el conductor se da a la fuga, como es el caso, son sumamente complicados, *mademoiselle*. Disponemos de muy pocas pruebas. Y no fue un impacto fuerte.

—Pero tiene que haber pruebas. La mujer de la que le he hablado, Lisette, si ella lo vio, a lo mejor hubo algún otro testigo...

—Lisette Colombe es, por desgracia, de muy poca ayuda. Un testigo válido y sobrio, que realmente oyera y viera algo más que un golpe y una imagen borrosa..., eso sí que sería de ayuda, *n'est-ce pas*? El caso es que la nevada fue tan rápida que ocultó por completo cualquier rastro o huella. Es posible que el conductor saliera del coche, aunque no podemos asegurarlo. Tenemos abiertas todas las líneas de investigación posibles, pero me temo, *mademoiselle*, que debería estar preparada para considerar la posibilidad de que tal vez nunca sepamos exactamente lo que le ocurrió a su amiga.

—A menos que cojan al conductor.

—Sí.

—¿Están intentándolo?

—Hemos pedido testigos. Hemos ido puerta por puerta. Pero hacía mala noche, un tiempo extremo. No había nadie en la calle salvo por necesidad.

—Lisette estaba en la calle.

—Sí, efectivamente. Lausana tiene sus problemas como cualquier otro lugar.

—Pero sucedió en pleno centro de la ciudad, alguien más debió de verlo.

—Era una calle secundaria, *mademoiselle*.

—Entonces ¿qué? ¿Ya está?

—Localizaremos a Lisette y la interrogaremos de nuevo; por desgracia, la conocemos bien. No obstante, usted misma lo ha dicho: le contó todo lo que sabía, Hadley. Hasta le habló en inglés. Quería ayudarla, pero no podía. Cuando le dijo que nadie vio nada, no me cabe la menor duda de que, por una vez, decía la verdad.

—Pero ¿seguirán investigando? ¿Seguirán intentándolo?

—Haremos nuestro trabajo, *mademoiselle*, y eso implica hacer cuanto esté en nuestra mano para resolver este caso. Más allá de eso, no puedo prometerle nada.

Hadley parpadeó fugazmente. Hizo un amago de ponerse de pie, pero volvió a sentarse.

—¿Puedo irme ya? —preguntó.

—Por supuesto. Esto no es una declaración formal; nos ha puesto al corriente de lo que sabe. Gracias por venir.

Hadley se puso el gorro y se lió la bufanda. Le estrechó la mano al agente, porque le parecía el gesto más apropiado. De camino a la puerta, de pronto se dio la vuelta.

—¿Alguna vez se presentan los conductores? —preguntó—. Quiero decir, ¿días, semanas después? ¿Alguna vez se despiertan un día y son conscientes de que no pueden vivir con ello? ¿De que no han conseguido salirse con la suya, porque su conciencia, su humanidad, lo que sea, no se lo ha permitido? ¿Vienen aquí entonces, a contar la verdad?

El agente titubeó.

—Es posible —contestó en tono impasible, sin el menor resquicio de esperanza.

El eco de las palabras «atropello» y «fuga» resonaba en los pasillos de Les Ormes. Chase y Jenny estaban en la cocina cuando Hadley volvió de la comisaría, y al contárselo les brillaron los ojos con manifiesta excitación. Al hablarles del pesimismo de la policía y de la ausencia de testigos le apretaron el brazo y le dieron palmaditas en la mano diciéndole que lo que realmente tenía que hacer era intentar pasar página. Cuando volvió a estar a solas en su habitación, sintió un ahogo de indignación, y los sollozos le irritaron el fondo de la garganta. Se puso a caminar de un lado a otro, con la cabeza entre las manos. Sin pensarlo, cogió de un manotazo el abrigo y salió dando un portazo.

Cruzó el campus con una fuerte sensación de incomodidad, como si todo aquel que se cruzaba con ella estuviera al tanto de sus circunstancias; todavía le escocían los labios de los besos de Joel y su escueta despedida le resonaba en los oídos. Hacía un día gélido y el cielo amenazaba con otra nevada. Los estudiantes se movían poquito a poco, con las bocas tapadas con bufandas y las manos metidas en los bolsillos. Se oían conversaciones amortiguadas y apresuradas. Las miradas se dirigían de reojo. Una vez dentro del edificio principal, Hadley se aflojó la bufanda, se quitó el gorro y se atusó el pelo. Se fue derecha a los servicios para mirarse al espejo. Se le habían saltado las lágrimas por el viento glacial y llevaba el rímel corrido. Se peinó las puntas del pelo y se retocó los labios con una pizca de rojo rubí para mejorar su aspecto. El retoque le sentó bien.

El despacho de Joel se encontraba dos tramos de escaleras más arriba, al final del pasillo del Departamento de Inglés. Al llegar llamó a la puerta. No hubo respuesta, de modo que volvió a llamar con más insistencia.

—El profesor Wilson no ha venido hoy.

Al darse la vuelta se topó con Caroline Dubois. Se había quitado las gafas y las sujetaba con languidez en una mano. Hadley se fijó en que el interior de las patillas era de color violeta. Hizo girar las gafas entre los dedos, al estilo de una *majorette*.

—Oh... —dijo Hadley—. Necesitaba verle.

—No se encuentra bien —explicó Caroline—. Ha suspendido las clases de hoy.

—No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Caroline entrecerró sus ojos verde claro con recelo—.

Eres Hadley, ¿verdad? —No se habían presentado como es debido, ni siquiera en el cóctel de bienvenida, pero el departamento era pequeño. Hadley se figuraba que estaría al corriente de todos los estudiantes de intercambio, pues solo había unos cuantos—. Siento mucho lo de tu amiga. El profesor Wilson comentó en la última reunión del claustro que a lo mejor necesitabas un poco de apoyo. Puede resultar difícil, me consta, cuando te encuentras muy lejos de casa; se puede perder el control de las cosas fácilmente. Si alguna vez te apetece tomar un té y charlar, mi puerta está siempre abierta. —Su inglés era perfecto, salvo por un deje casi imperceptible. De hecho, tenía una voz suave, lechosa, que rebosaba amabilidad—. Me encanta el té inglés —continuó Caroline—. Tengo una hermana en Londres que me manda cajas de té. Si echas de menos el sabor de tu tierra, ya sabes dónde venir.

Unos días antes, Hadley habría aceptado su ofrecimiento. Se podía imaginar a sí misma tomando té de hojas sueltas, dejándose envolver por la suave voz de Caroline. Ahora bien, ¿entendería lo de Jacques? ¿Sentiría el impulso de hacer algo con respecto a este crimen? Algo le decía a Hadley que no. Sus sentimientos eran demasiado irracionales e infundados para alguien como Caroline Dubois.

—Tiene un virus que le ha afectado al estómago, aunque no sé si estoy dando demasiados detalles.

—¿Quién?

—El profesor Wilson.

—Ah —dijo Hadley—. Ah, vale.

La profesora Dubois pareció quedarse súbitamente perpleja. Abrió la boca como para añadir algo, pero la volvió a cerrar. Se puso las gafas y posó la mano con delicadeza en el brazo de Hadley. El roce fue tan tenue que ella apenas lo notó.

—Acuérdate del té, Hadley —insistió—, cuando quieras...

Hadley volvió sobre sus pasos. Sintió que Caroline Dubois la observaba desde el otro lado del pasillo, pero al darse la vuelta ya se había metido de nuevo en su despacho, y esta vez había cerrado rápidamente la puerta. Hadley sacó un bloc de su bolso y arrancó una hoja para escribir una nota. Recordó la mala calidad de la comida china de la noche anterior, y que, a diferencia de ella, Joel había seguido comiendo. Cabía la posibilidad de que hubiera caído enfermo. Pero ¿y si estaba haciendo lo posible por evitarla por el mero hecho de sentirse avergonzado? Después del beso apenas había sido capaz de mirarla y durante todo el camino de vuelta a Lausana les había atenazado la sensación de haber hecho algo malo. Ojalá Joel supiera lo que le había pasado a Kristina, que había otro oscuro episodio de por medio; de ser así, seguramente lo demás le traería sin cuidado. Optó por la simplicidad, por si alguien encontraba la nota y la leía. «Siento que estés enfermo, Joel. Cuando vuelvas (si lees esto es señal de que habrás vuelto), ¿podemos hablar? Es urgente. No es sobre lo que piensas. Gracias. Hadley». Dejó la marca de un beso y acto seguido cambió de

opinión y lo tachó. Arrancó otra hoja del bloc y lo volvió a escribir todo, esta vez en impersonales letras mayúsculas. Se dirigió al casillero de Joel e introdujo la nota bien al fondo, entre un taco de trabajos y correo interno. Después hizo lo único que se le ocurrió: ir al Hôtel Le Nouveau Monde.

—Prácticamente había perdido la esperanza —dijo Hugo Bézier, nada más verla.

Señaló la silla que había al otro lado de la mesa y ella vaciló.

—¿No te importa?

—Todo lo contrario —le aseguró él. Ella se sentó con cuidado—. Pensaba que a lo mejor habías encontrado a tu hombre, Jacques, y que te habías escapado con él —comentó, y le sonrió desde el borde de su taza de café—. Ni que decir tiene que estoy encantado de que estés aquí. De que te hayas quedado, lo cual ya sabía. Y también luchado, me da la impresión, porque pareces cansada. ¿Cómo estás, *ma chérie*? —Ella se restregó los ojos e inspiró—. Hadley, ¿qué pasa?

—Ha habido avances —respondió, usando las palabras del agente de policía.

—¿Qué tipo de avances?

Se tomó un tiempo antes de contestar. Retuvo las palabras unos instantes más de lo preciso, y al pronunciarlas le parecieron más irreales que nunca, como si estuviera leyendo en voz alta un pasaje de un libro en clase, o una línea de un periódico. Le habló de las flores que había dejado en la Rue des Mirages, del aspecto de Lisette y de su infructuosa conversación con ella, y por último de su incursión en la comisaría, donde ya estaban al corriente de los terribles hechos, pero con muy pocas esperanzas de esclarecerlos.

—Todo ha cambiado —dijo Hadley— y, sin embargo, todo sigue igual. ¿Cómo es posible? Después de ir a la policía quería contárselo a alguien que supiera qué hacer, a alguien a quien le importara de veras, así que he acudido a...

Hugo le puso la mano en el brazo para tranquilizarla.

—Me alegro de que hayas acudido a mí —atajó.

—No, me refiero... —No terminó de corregirle—. Sí —añadió.

—Un atropello con conductor a la fuga y una testigo poco fidedigna, según ella misma. Ay, Dios...

—Lisette estaba allí, pero como si no hubiese estado, Hugo. En realidad no vio nada y, de haberlo hecho, no se acuerda. Es inútil. Es inconcebible que la policía no advirtiera desde el primer momento que había un coche de por medio. Y no me explico la cobardía de... —Se le apagó la voz.

Hugo apretó los labios y tomó un poco de aliento.

—Muy pocos sabríamos cómo reaccionar ante una situación extrema —dijo, sin alterarse.

—¿Tú no pararías? ¿Si atropellases a alguien? ¿Seguirías tu camino tan tranquilo, como si no hubiese pasado nada?

—Dudo mucho que eso sea posible, seguir como si no hubiese pasado nada. Para cualquiera. Pero... ¿yo? Qué sé yo... Me gustaría pensar que pararía, pero ¿cómo voy a saberlo?

—Es terrible admitir eso —afirmó Hadley.

—Mejor, seguramente, que no admitirlo —replicó él—. Conociéndoles, la policía no dará con el conductor que le dio el golpe a tu amiga. Perdóname, de nuevo, por lo que seguramente consideres una franqueza brutal.

—¿Tu idea de ayudar es esta, Hugo?

A Hadley le dio la impresión de que recapacitaba.

—Mis disculpas —contestó—. Ahora dime, es innegable que las cosas han cambiado, y de manera significativa, pero, desde la última vez que nos vimos, ¿has avanzado en algo? ¿En la búsqueda de Jacques? ¿En algún sentido?

—Estoy estancada. Igual que Joel. Él... —Se le trabó la lengua al pronunciar su nombre y acto seguido se recompuso—. Él opina que deberíamos desistir en la búsqueda. Dice que, si Jacques quisiera que lo encontrásemos, lo haríamos. La verdad es que no se me había ocurrido verlo así. Pensaba que solo había una salida.

—¿Joel?

—Mi profesor. Me está ayudando.

—Y yo que pensaba que era el único hombre hecho y derecho de tu vida...

—No es tan mayor, Hugo —puntualizó ella.

Hugo se enderezó el nudo de la corbata. Tosió e hizo un ademán.

—¿Has pensado en poner un anuncio en el periódico local, quizá, con un llamamiento a alguien llamado Jacques para que se persone?

Ella negó con la cabeza, porque eso parecía demasiado burocrático, como una petición de información por parte de una autoridad. Se imaginó su número de teléfono de Les Ormes impreso en tinta de periódico emborronada y una foto de Kristina, con esa «última sonrisa» una vez más.

—Parecería una trampa —contestó—, como si existiese la sospecha de que estaba implicado. Entonces, ¿crees que debería continuar? ¿Que no debería rendirme?

—No te rindas nunca, Hadley. Y, en cuanto a la policía, ¿consideras que has agotado todos los cauces?

—De momento. Y, aunque no lo reconozcan, me temo que ellos también.

—No te dejes influir. Entiendo el punto de vista de tu profesor, por supuesto que sí, pero esa no es razón para que renuncies a buscar a Jacques. Él siempre tendrá tiempo de acudir a ti, en cualquier momento, eso no cambia las cosas. Oye, ¿qué te parecería si te consiguiera una lista?

—¿Qué clase de lista?

—Tengo un amigo que sigue en el servicio. Tiene sus años, pero es de los buenos. Puedo pedirle que elabore una lista. De hombres jóvenes de una cierta edad, de

Ginebra, que se llamen Jacques.

Ella dejó la taza sobre la mesa con un chasquido.

—¿Podrías conseguirme eso?

—Sí, estoy seguro.

—Hugo, ¿en serio? ¿Eres..., eras... policía? Pensé que habías dicho que eras escritor.

Se echó a reír, con una risa muy ensayada, como si le hubiera contado un chiste que había oído un montón de veces y aun así le seguía encontrando la gracia.

—Hace mucho tiempo escribía novelas de detectives. Muchísimas. Las tareas de investigación eran con lo que más disfrutaba siempre. Cultivé grandes amistades en aras de la credibilidad de mis obras.

—¿Y todavía conoces a gente allí?

—A un par de ellos. Casi todos se han jubilado; se han ido a los campos de golf de El Algarve o a la costa de San Diego. Dicen que los suizos son reacios a abandonar su país, aunque yo diría que a los viejos detectives les ocurre lo contrario. Tal vez hayan visto demasiadas cosas bajo la idílica superficie. Más allá de la neutralidad. —Se rio entre dientes—. Y otros sencillamente han muerto, claro. Un riesgo laboral para veteranos como nosotros...

Sin haber leído una palabra de sus obras, Hadley estaba totalmente convencida de que había sido un buen escritor: decidía qué decir y cuándo decirlo y, con sutiles ardides, tendiendo cortésmente pañuelos y brindando su ayuda, te engatusaba.

—¿Me harías ese favor?

—Por supuesto que lo intentaré.

Él insistió en que le diera cualquier otra pista que pudiera tener sobre Jacques, por vaga que fuera. Le vio anotar «menos de 45», «trabajo decente», «urbano», «sin hijos» con trazos delgados e inseguros. Le dijo que volviera a verlo al cabo de unos días.

—Hugo, gracias. De verdad, es increíble. No tenía ni idea de que pudieras ser tan... útil.

—Yo también estoy un poco sorprendido. Estoy ejercitando músculos que no utilizaba desde hacía mucho tiempo. Bueno, tenemos que pasar a otro asunto.

—¿Qué asunto?

—Este crimen, Hadley. Porque es un crimen, no un accidente ni una caída desafortunada, y resolverlo, o «saber lo que pasó esa noche», como me dijiste al principio; ahora cobra más importancia que nunca, *n'est-ce pas*? Escucha: nadie se tomará jamás más interés en esto que tú. Cualquier cosa que se te ocurra, por insignificante que parezca, debes procurar hacerla. Tú y solo tú.

Hablaba con voz temblorosa. Hadley se fijó en que le chispeaban los ojos, y su pasión la abrumó. Miró a otro lado, tratando de recomponerse.

—No se me ocurre nada —dijo Hadley—, no sé, es que... ¿Qué más puedo hacer?

—Volver a la Rue des Mirages.

—¿Para qué? Incluso si volviera a encontrar a Lisette, no creo que me dijera nada más.

—Hiciste bien en interrogarla de esa manera, en sonsacarle la verdad que pudiera proporcionarte. Hay quienes la habrían rehuido, Hadley. ¿Ves? Ya estás luchando, tal y como yo sabía. Ahora bien, puede que no haya sido la única en presenciar el accidente. La policía habrá ido puerta por puerta, y tú deberías hacer lo mismo. Puede que alguien más recuerde algo. Hadley: siempre hay alguien que sabe algo.

—¿Cómo voy a hacer eso? ¿Cómo voy a ir llamando a las puertas y presentándome así?

—Puedes hacer lo que quieras. Debes hacer cualquier cosa que se te ocurra.

Pensó en pedirle que la acompañara, a ese anciano que parecía tan sagaz, que sabía exactamente cómo convertir la impotencia en acción, pero él no se había ofrecido; había dicho «tú» y no «nosotros». Hadley pensó en Joel y sintió una punzada de arrepentimiento. ¿Durante cuánto tiempo le daría importancia al beso? ¿Estaría ausente al día siguiente, y al otro? ¿Encontraría su nota y, de hacerlo, sabría cómo localizarla? Se lo imaginó reconcomido de remordimiento, dando vueltas en el apartamento, un lugar que ella no había visto y que probablemente nunca vería. En ese momento fue consciente de que lo echaba de menos, a pesar de no conocerlo mucho, y desde hacía poco tiempo. Lo echaba de menos.

—Hugo —dijo—, ¿estarías dispuesto a venir conmigo? A la Rue des Mirages. Me da miedo hacerlo sola; sé que seguramente pensarás que es ridículo. Y tampoco me defiende muy bien en francés... No sabría qué decir ni cómo decirlo.

Hugo pareció satisfecho.

—Pensaba que nunca ibas a pedírmelo —respondió.

Subieron la cuesta desde la orilla mientras los copos de nieve, ligeros y dispersos, danzaban delante de ellos. Hadley vio a Hugo secarse una gota de sudor solitaria de la frente con la punta del pañuelo al acelerársele la respiración.

—A lo mejor habrías preferido que cogiéramos un taxi...

—No, no, estoy disfrutando del paseo. Es que normalmente no vengo por aquí.

—¿En qué zona vives?

Señaló hacia atrás.

—Oh, más o menos por ahí. No tiene nada de especial. Bueno, según mis cálculos, creo que estamos a dos calles. Sigamos.

Hadley aminoró el paso para acompañarlo al suyo y llegaron a la Rue des Mirages poco después de las siete. Se respiraba el ambiente de normalidad de siempre: una

calle de edificios de aspecto deslustrado y postigos cerrados; no había cintas de demarcación fosforescentes ni siluetas perfiladas con tiza por la policía. Estaba tan desierta como de costumbre y sin rastro de Lisette.

—De modo que aquí es donde ocurrió —comentó Hugo, y tras quitarse el sombrero se atusó el pelo—. Creo que es la primera vez que piso la Rue des Mirages. O a lo mejor he venido, hace mucho tiempo, quizá. Últimamente suelo ceñirme a ciertas pautas. Los mismos lugares, las mismas caras...

—Siento alterar tu rutina.

—¿Te estás disculpando? Pensaba que mi gratitud era evidente.

Hadley sonrió tímidamente y se encogió de hombros.

—A ver, ¿cómo lo hacemos? ¿Empezamos por una punta y... llamamos a la puerta por las buenas?

—No nos queda otra —respondió Hugo.

Recorrieron juntos la calle de cabo a rabo. Pulsaron todos los porteros automáticos, tocaron en todas las aldabas y llamaron a todas las puertas. Sus preguntas despertaban recelo, inquietud, arrepentimiento y disculpa, pero la respuesta siempre era la misma: «Solo oímos la sirena de la ambulancia. Así nos enteramos».

Llegaron a la última puerta, en el nº 148 de la Rue des Mirages, el ático de un bloque cuyo interior despedía un fuerte olor cáustico a lejía y a hormigón frío. Abrió la puerta una mujer joven con un vestido de seda y el pelo en un elaborado recogido alto de rizos y ondas. Mientras escuchaba, los ojos se le salían de las órbitas por la lástima e inclinaba la cabeza en señal de asentimiento. Se puso a hablar en un exquisito francés con Hugo mientras Hadley se esforzaba por comprenderla. Conversaron durante un rato y ella se empezó a hacer ilusiones, pero, cuando Hugo negó con la cabeza y la asió con delicadeza para marcharse, concluyó que no había sido de más ayuda que el resto.

—Ha dicho que la gente utiliza estas calles secundarias para atajar, para evitar las avenidas principales. La Rue des Mirages tiene menos tráfico que la mayoría, pero está cerca de la estación y siempre se oye el traqueteo de los trenes al pasar. Los vecinos están acostumbrados al ruido. Suben el volumen de la televisión y la música; no se asoman corriendo a la ventana cuando oyen algo.

—¿Qué más ha dicho?

—Eso ha sido todo, *plus ou moins*, más o menos.

—Pero si habéis estado hablando un siglo.

—Quería saber por qué habíamos venido juntos, qué relación teníamos. Creo que estaba intrigada. No le he revelado gran cosa.

—No hay gran cosa que decir, ¿verdad?

—Eso depende de cómo se mire.

Llegaron al pie de las escaleras y salieron a la calle. Sintieron una bofetada de frío

glacial y Hadley se frotó las manos para calentárselas. Comenzaron a caminar.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó—. Lisette tenía razón: «Nadie vio nada»; no dejaba de repetir eso, una y otra vez. Se refería a Kristina, al conductor y a cualquier testigo inexistente. La policía también estaba en lo cierto. *Saluds*.

—¡Hadley! —exclamó Hugo, entusiasmado—. Tu francés es asombroso.

—Ni siquiera sé lo que significa. Lo dijo Lisette.

De repente Hugo dio un traspié, y Hadley lo agarró por el codo. Al sujetar parte de su peso, le sorprendió su ligereza. Parecía tan sólido...

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, sí, muy bien —se apresuró a responder—. Es que me he resbalado un poco, eso es todo.

—Ha sido agotador —dijo ella— llamar a todas esas puertas. Y el camino hasta aquí era cuesta arriba.

A Hugo se le había descolocado un mechón del pelo, peinado impecablemente, y le caía sobre la frente, dándole un aire desaliñado impropio de él.

—Creo que debe de haber un poco de escarcha en el suelo —advirtió él—. Ten cuidado por donde pisas tú también.

—Sí —dijo ella en tono dulce.

—Tú también pareces cansada —señaló él, mirándola de soslayo.

—Estos días no estoy durmiendo muy bien. Y para colmo esta mañana... Ha sido una conmoción. Nada de esto parece real.

—Tienes que cuidarte —le dijo Hugo, y se detuvo—. ¿Tienes amigos en la residencia? ¿Se preocupan por ti?

—Kristina era mi amiga —contestó Hadley, y añadió—: Con los demás es distinto, no tenemos la misma complicidad. Eso sí, lo intentan. No creo que se lo esté poniendo demasiado fácil; de hecho, me consta que no.

—¿Y algún amigo especial?

—Ningún amigo especial —respondió ella, negando con la cabeza.

—¿No?

Hugo miró a Hadley y ella se llevó la mano a la barbilla inconscientemente. Sintió la huella del roce áspero de la barba de tres días de Joel al besarla.

—Gracias por haberme acompañado, Hugo, te lo agradezco mucho. No tienes por qué preocuparte hasta este punto. ¿Por qué lo haces?

—Cualquiera lo haría.

—No, no de este modo.

—Mañana me ocuparé de tu lista. Pronto tendremos datos sobre todos los Jacques de Ginebra. Si no tienes clase, deberías ir de nuevo a la comisaría. A preguntar cuál es el siguiente paso que van a dar. A darles la lata en la medida de lo posible. —Se detuvo, tomó aliento, y continuó—: Luego lleva una foto de Kristina a la estación de

tren. Por si alguno de los trabajadores la vio. Puede que no consigas nada, pero ¿qué pierdes? Inténtalo por si acaso. No dejes de intentarlo. Y Hadley, ahora está cerrada, pero hay una floristería al final de la calle; ve a preguntarles si tienen cámara de seguridad. Quién sabe, puede que se haya grabado algo. En fin, es todo lo que se me ocurre. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy. Te acompañaría a todos esos sitios, pero... —se le fue apagando la voz.

—Ya has trotado bastante —dijo Hadley.

—Pero ¿me pondrás al tanto de tus avances?

—Sí. ¿Le digo algo a la policía? ¿Les pongo al corriente de que estamos haciendo esto?

—Solo si averiguas algo.

—Vale. Hugo, jamás se me habrían ocurrido todas estas cosas sola. Las haré, una por una, por mucho que tarde. En este momento las clases me importan un bledo. De todas formas, mi profesor está de baja.

—Vaya, una sincronización perfecta.

Ella se tocó de nuevo la barbilla, distraída, y vio que él reparaba en ello y que abría los ojos con un movimiento apenas perceptible. Dejó caer la mano. No sabía qué más decir, de modo que le deseó buenas noches y lo observó alejarse despacio. Esperaba que volviera a casa en taxi, pues hacía frío y, a pesar de sus brillantes ideas, tenía una palidez mortecina. Él se dio la vuelta y se saludaron con la mano. Hadley recorrió la Rue des Mirages sola, mientras la escarcha de la acera crujía bajo sus pies, atenta por si oía pasar coches.

A lo largo de los siguientes días, Hadley evitó a todos en Les Ormes. Saludó rápidamente con la mano a Chase al cruzarse con él en el pasillo, no abrió la puerta cuando Jenny tocó suavemente y salió de la cocina sigilosamente antes de que Bruno apareciera con sus botellas de vino, ávido de conversación. Todos le habían dejado claro que sus esfuerzos bienintencionados eran en vano; escuchar una y otra vez sus opiniones le resultaba de lo más descorazonador e irritante. En una ocasión oyó por casualidad a Bruno y Chase cuando pasaban junto a su habitación. «¿Cuánto le va a durar esto? Es una tragedia, pero hay que seguir adelante», dijo Chase. Bruno murmuró una respuesta ininteligible, pero estaba segura de que coincidía con él.

Ya se sentía perdida antes, pero ahora el hecho de pensar en el coche acrecentaba su dolor y la inquietaba. Empezó a evitar la cocina de Les Ormes y a saltarse el desayuno; prefería tomarse un café rápido en cualquier otro sitio. Cenaba en anodinas cafeterías de grandes almacenes desconocidos, tomaba caros vasos de Coca-Cola, porciones triangulares de *quiche* y amargas hojas rizadas de lechuga roja en una bandeja pringosa. Dondequiera que fuese, Hadley observaba a la gente de Lausana, a simple vista respetable: la elegancia y la formalidad de sus besos, sus ceremoniales *cafés-croissants* y sus impecables sonrisas con los labios apretados al desear «bonne journée», «que pase buen día», sin un atisbo de chispa norteamericana. ¿Sería una de esas personas la que había matado a Kristina mientras toqueteaba la radio del coche, volvía la cabeza para responder a la pregunta de un niño o distraía la atención de la carretera por un instante? ¿Se habría asomado con recelo una de tales personas por la puerta entreabierta al encontrarse al anciano y a la chica y les habría dicho: «Non, monsieur, mademoiselle, je suis désolé, j'ai rien vu», «lo siento, no vi nada»?

Mientras tanto, veía a Kristina por todas partes: de acá para allá por la ciudad, identificada por el destello fugaz de su cartera verde manzana y su inconfundible pelo color miel; su perfil perfecto a través de la ventana de un autobús al pasar en dirección contraria y la delicada forma de uve de su cara al volverse; en la cuesta de Les Ormes, con paso lánguido y pausado, y Hadley cincuenta metros atrás jadeando para alcanzarla. Estas visiones se desvanecían en cuanto llegaba a su habitación. Se apoyaba contra la áspera pared que separaba sus respectivas habitaciones o se dirigía al balcón y escudriñaba el cristal oscuro de las ventanas, pero ni veía, ni sentía, ni oía nada. Daba la impresión de que, siempre que intentaba invocar a Kristina, esta se resistía, pero, cuando no miraba, Kristina era lo único que veía.

No tenía noticias de Joel, y su ausencia también la obsesionaba, en menor grado, aunque de manera igualmente perturbadora. A pesar del desaliento que le producía la

incertidumbre, su recuerdo brillaba como una piedra preciosa. Una vez, en la bulliciosa Place Saint-François, Hadley se dio la vuelta al oír una voz americana, pero se topó con un hombre barrigudo con barba, ataviado con equipo de montañismo, moviendo los bastones de senderismo. Él le sonrió y graznó un «bonjour». Y en otra ocasión, en la boca del metro, atisbó a alguien por detrás: cuero oscuro, pelo castaño oscuro, vaqueros desteñidos..., y le siguió durante tres, cuatro, cinco pasos para asegurarse, pero no era Joel. De no ser por Hugo Bézier, por su confianza e insistencia, a veces estaba convencida de que Lausana podría convertirse en una ciudad fantasmal que la atraparía.

Las sugerencias de Hugo la hacían centrarse, y las seguía al pie de la letra, aunque se le antojaban de lo más irreales. Imprimió una foto de Kristina, y la llevaba doblada en el bolsillo para enseñársela a empleados de ferrocarril con gorras azules, con la esperanza de que alguno la reconociera. Siguió el rastro de Kristina a espaldas de la estación, escaleras abajo, cruzando el callejón, doblando la esquina hasta la Rue des Mirages. Caminaba despacio y atenta, mirando a derecha e izquierda, al suelo y al cielo. Volvió sobre sus pasos y lo repitió de nuevo, esta vez más rápido, con la premura de alguien que llega tarde a una fiesta. La última nevada no había cuajado y las calles estaban húmedas y oscuras. No resbaló, no se cayó, no oyó el rugido del motor de ningún coche echándosele encima, no había rastro de Kristina. En una ocasión vio de nuevo a Lisette que salía a toda prisa por la puerta trasera de la estación y, al llamarla, la mujer la miró sin dar la menor muestra de reconocimiento. «¡Lisette!», volvió a gritar, y alguien que pasaba la miró con acritud y resopló con desaprobación.

Hadley fue a la floristería y volvió a aspirar sus intensas y revitalizadoras fragancias. Se expresó en un francés muy pobre al tiempo que gesticulaba hacia la cámara de seguridad; al mover los brazos se manchó la manga de la chaqueta con los lirios y encontró expresiones perplejas por toda respuesta. Volvió a la comisaría a pedir información, pero fue en vano. «No hay ninguna novedad», afirmaron, y ella negó con la cabeza y recitó en francés todo lo que había anotado con sumo cuidado para tal fin: pistas, investigación, autor... Palabras frías y contundentes que había buscado en el diccionario, señalando con un dedo la página mientras las apuntaba en su libreta. Volvió en una segunda ocasión ese mismo día, y en una tercera al día siguiente. El policía de pelo rubio rojizo empezó a darle largas aduciendo que estaba muy ocupado para no atenderla. Se lo dijo mientras el radiotransmisor crepitaba enganchado a su cadera y un compañero observaba de pie mordisqueando el borde de una taza de café de plástico.

Habían transcurrido casi cinco días desde su primera visita a la comisaría y los había pasado en su mayor parte en el centro de la ciudad. El incómodo silencio de Joel y la mirada inquisitiva de Caroline Dubois la mantenían alejada del campus.

Había ido a una clase de francés por mantener las apariencias y había sacado tres libros de la biblioteca por si casualmente alguien la veía, el tipo de movimientos de despiste que Hugo aprobaría. Por lo demás, fue en repetidas ocasiones al Hôtel Le Nouveau Monde; a veces le daba la impresión de que el café y Hugo eran lo único que le daban consistencia. En cada ocasión, Hadley se acordaba de la primera noche que había pasado con Kristina en aquel lugar, empapadas por la lluvia del final del verano, riendo achispadas por el efecto de los cócteles y haciendo conjeturas sobre la nieve. De cómo Kristina la había cogido del brazo y lo que le había gustado esa imagen de sí misma: la chica que caminaba por la orilla del lago trastabillando con total naturalidad y despreocupación en una ciudad desconocida y hermosa. Ese era el secreto de Kristina: su amistad en cierto modo también había sacado a relucir una nueva personalidad en Hadley. Se lo había comentado una vez, quizá con otras palabras, y Kristina se había reído con dulzura y le había dicho: «No tiene nada que ver conmigo; es Lausana», y a lo mejor tenía razón, pues entre la ciudad y Kristina había existido un estrecho lazo desde el primer momento.

Hugo siempre la esperaba en el lugar de costumbre y, cuando todos los esfuerzos de Hadley resultaron inútiles, él le aseguró que pese a todo había merecido la pena, que intentar lo que estaba en su mano era todo lo que podía hacer. La escuchó cuando le habló del desinterés de la policía; de la amabilidad y extrañeza de la taquillera de la estación que, al ver la foto de Kristina, se limitó a sonreír diciendo: «Belle»; de la mujer de la floristería que se había reído al preguntarle por «une caméra de sécurité» y había dicho: «¿Quién va a querer robar flores?». Cuando su ánimo decaía, él hacía lo posible por animarla.

—Todo es inútil, Hugo, inútil —le dijo—. Estoy dando palos de ciego, tratando de cambiar las cosas, ¿y para qué? Kristina no va a volver.

—¿No le encuentras sentido?

—Es que no sé cuál es el siguiente paso. A lo mejor no hay nada que hacer. A lo mejor ha llegado el final.

—Es mejor haber agotado las ideas que no haber hecho nada —afirmó él.

—Pero todas se te han ocurrido a ti. Hasta la última.

—Bueno, sigues aquí, ¿o no? No has huido. Eso es importantísimo.

—Lo habría hecho si no me lo hubieras impedido.

—Te subestimas. Tienes empuje, Hadley.

—¿Empuje? ¿Qué clase de empuje? A mí no me lo parece.

—Vida —dijo él—. Rebasas vida. Y eso implica una responsabilidad, la responsabilidad de sacarle todo el jugo. ¿Por qué los jóvenes ignoráis esto? Hubo un tiempo en que me lo decían constantemente, y yo me echaba a reír y hacía hincapié en todos los libros que había escrito, en mi última y magnífica reseña. Oh, sí, pensaba que todo aquello era un verdadero logro.

—No entiendo qué relación tiene con...

—Me estoy yendo por las ramas, soy consciente de ello. Perdóname, *ma chérie*. Pero resiste los golpes y sigue adelante, porque en eso consiste la vida. Me refiero a la vida real. En fin, yo asumo mis propios fracasos. No fracasos exactamente, sino falta de progresos...

Enganchado al hilo de su relato, ardía de entusiasmo. Los ojos le chispeaban, su mente iba a cien por hora. Hadley se encontraba tan a gusto charlando con él que a veces hasta se planteaba contarle lo de Joel. Entonces recordaba cómo se había fijado en la marca de su barbilla, con una mirada casi acusadora. En sus tiempos de estudiante, los profesores no iban por ahí con cazadoras de cuero y vaqueros deshilachados, besando a las chicas a oscuras en los coches. Probablemente le habría dicho que Joel había hecho bien en mantener las distancias, que le estaba haciendo un favor, a fin de cuentas. O quizá ella le estaba haciendo un flaco favor a él, a lo mejor Hugo había llevado una vida trepidante y había sido un tarambana de melena rubia, ojos oscuros y mente más oscura aún. Se preguntaba si alguna vez había existido una madame Bézier, una suiza delgadísima con un discreto toque de barra de labios y un perro con cara de muñeca acurrucado bajo el brazo. Tal vez alguien que le llevara sus *petites* copas de coñac mientras escribía, que le quitara el cigarrillo de los labios y se agachara a darle un beso. Con sus consumados buenos modales y su manifiesto don de gentes, Hugo ocultaba bajo la superficie una faceta que ella nunca conocería. A veces lo pillaba observándola y los años se desvanecían como aquella vez en que le habló de sus enigmas, de sus intrigas y sus tramas; lo percibía en sus ojos negro azulado, en todas las cosas que decía, y en algunas que callaba.

—¿Qué pasa, Hadley? —le preguntó Hugo al quinto día, sentados uno frente al otro en la mesa de siempre—. Hay algo que no me has contado.

Hadley pensaba que no había dicho ni hecho nada para darle a entender eso.

—No hay nada. Nada más. ¿Algún avance con la lista?

—En unos días, espero. Pero eso no era en lo que estabas pensando. ¿Alguna novedad?

—Ninguna.

—¿No?

Hugo la observaba, y la intensidad de su mirada le resultaba agradable. Comprobó que no le importaba que la escrutara.

—Nada que sea relevante. Nada importante, sobre todo comparado con todo lo demás.

—Ah —dijo él—, entonces estaba en lo cierto. —Se pasó los dedos por la barbilla, aparentemente con toda la intención, justo en el sitio donde se le había quedado la marca a ella. Había desaparecido, pero eso no le importaba a Hugo.

—¿En qué sentido? —preguntó Hadley.

—Hay un chico, si no me equivoco.

—No es tan sencillo —dijo ella.

—Debería serlo —replicó él— para una chica como tú. Deberías tener el mundo a tus pies.

Hadley bajó la vista.

—Eso no me preocupa —rebatía ella—. Es que pensé que vería a alguien esta semana, pero no ha sido así. Es culpa mía, supongo. Cometí un error. De hecho, el error fue de los dos, pero... dejé que pasara. Incluso deseaba que pasara.

—Me gustan los rompecabezas —dijo Hugo— y resolver misterios, pero, *ma chérie*, estás hablando en clave.

—No debería ni mencionar esto. Ahora que Kristina ya no está. No debería pensar en nada más que en ella.

—Supongo que sabría lo de este chico, ¿no?

—No. Ojalá, pero... No había gran cosa que contar... hasta ahora. Es curioso, pero todo ha surgido gracias a ella. Parecía que había empezado bien, pero luego todo se ha torcido.

Hugo esbozó una fugaz sonrisa y chasqueó la lengua.

—Vaya —dijo y, de pronto, sin que añadiera nada más, al mirarle Hadley tuvo la certeza de que lo sabía. Intentó recordar si alguna vez había mencionado a Joel, si al decir adrede y con naturalidad «mi profesor» se le habían sonrosado las mejillas. A Hugo no se le escapaba nada.

—Echo tanto de menos a Kristina —dijo ella—. Es que no me parece bien pensar en otra cosa, sentir otra cosa.

Hugo sacó un puro del bolsillo de su chaqueta y le pasó los dedos con gesto lánguido y al mismo tiempo reverencial.

—La añoranza... Me pregunto si no será mejor que no haber tenido nada. Ya sabemos lo que dicen los poetas, desde luego.

Hugo la miró fijamente. Ella sostuvo la mirada.

—Tú eres escritor... ¿Qué opinas?

—Era escritor.

—Eras, eres, ¿qué más da?

—¿Sabes? No sabría qué decirte. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que he vivido la mayor parte de mi vida a través de las páginas.

En ese momento la voz se le quebró un poco, sin su aplomo habitual, y ella se preguntó por primera vez si Hugo no sería, a pesar de su refinado atuendo y su agudo ingenio, uno de esos hombres solitarios.

De camino a Les Ormes comenzó a caer una lluvia fría, al principio intermitente, y después a plomo. Había olvidado coger el paraguas y el pelo se le puso resbaladizo como la piel de una foca. Su boina yacía doblada y olvidada en el fondo del bolso. Estornudó, y volvió a estornudar. Le escocía el fondo de la garganta y presentía que era el principio de un catarro. Al terminar de leer *Adiós a las armas*, un día de llovizna durante el verano en Inglaterra, se le quedó grabada la imagen de Frederic Henry caminando bajo las calles de Lausana mojadas por la lluvia. Pese a todo el pesimismo que transmitía, tenía un matiz pintoresco y un sentimiento de armonía que le llamó la atención. Sin embargo, la realidad era mucho más cruda, la tristeza de los días de la vida real no suscitaban esa apreciación. No se le ocurrió pensar por un momento en Frederic Henry al atajar por un paso de escalera para salir a una calle secundaria. Sin querer, había llegado de nuevo a la Rue des Mirages. Echó a correr chapoteando en los charcos. Fue corriendo el resto del camino hasta Les Ormes.

Al abrir la puerta de su habitación, el teléfono estaba sonando. Se apresuró a levantar el auricular y automáticamente le vino a la cabeza Joel.

—¿Sí, diga?

—¡Hadley! Estábamos muy preocupados. Tu padre me dijo que me tranquilizara, pero no podía evitarlo. —Él no tenía su número. Cómo iba a ser él—. Hadley, cariño, ¿estás bien?

¿Cómo se le daba a alguien la noticia de una muerte? En el caso de Joel y Hugo lo había soltado de sopetón, como si sus palabras estuvieran imantadas, arrastradas inevitablemente por sus respectivos campos de fuerza. Sus padres se angustiaban por todo. A pesar de su vehemente ánimo, sabía que si por ellos fuera no estaría tan lejos. Había procurado que las postales que enviaba a casa fueran cariñosas y alegres, que evocaran el hedonismo de los años veinte atemperado con horas de arduo trabajo en la biblioteca de la universidad. Si pensaban que había volado del nido, deseaba que al menos creyeran que su vuelo no había tenido contratiempos.

—Lo siento mucho, mamá —contestó—. Tenía intención de llamar, pero siempre surge algo.

—Estás ocupada, cómo no vas a estarlo, eso es maravilloso y, lógico, no vas a andar preocupándote por nosotros... Pero una llamada rápida de vez en cuando...

—Lo sé...

—Y después de tu cumpleaños..., no hemos tenido noticias tuyas desde la fiesta. ¿Lo pasasteis bien? Suena tan glamuroso, Hadley, un cumpleaños en Suiza... —A Hadley se le hizo un nudo en la garganta y le preocupaba que al contestar le saliese la

voz ronca. Deseó con todas sus fuerzas que su madre siguiera hablando—. He leído en la prensa lo mucho que ha nevado allí. En toda Europa, decía. Me figuro que habrás salido a divertirte en la nieve, ¿o ya eres demasiado mayor para eso? Toma, te paso a tu padre. Me está resoplando en la oreja como un perro viejo, el pobrecito. Estaba deseando saber de ti. Sammy está en el colegio, se disgustará al saber que te he llamado sin estar él, pero era incapaz de esperar un minuto más.

Hubo unas pequeñas interferencias en la línea al pasarle el teléfono a su padre. Hadley le oyó acomodarse en el taburete del pasillo. En ese instante decidió no decirles lo de Kristina, al menos en esta ocasión. En lugar de eso hablaron de tomar ganso el día de Navidad en lugar del consabido pavo y dijo que quizá, solo quizá, cedería para acompañar a su madre a la misa del gallo, por una vez.

—Hazle cosquillas a Sam de mi parte —añadió—, por debajo de los brazos, que lo odia. Y dale un beso. Dile..., dile que le echo de menos.

A continuación colgó, dejándoles revolucionados y contando las tres semanas que quedaban para las vacaciones. No quería mentirles, pero tampoco se veía capaz de afrontar la verdad. La lastimera respuesta de sus padres, transmitida a través de la línea telefónica y a miles de kilómetros de distancia, le rompería el corazón. Y cuando le preguntaran si quería volver a casa, cosa que inevitablemente harían, tenía miedo de desmoronarse, de venirse abajo, y de olvidarse de todo excepto de las palabras «sí, por favor, sí».

Quizá fuera debido al hecho de empaparse o a su incesante trote por la ciudad; el caso es que Hadley pilló un catarro que la hizo guardar cama el resto de la semana. Padecía los síntomas habituales —voz ronca y un moqueo constante—, pero también un persistente dolor de cabeza y una inevitable sensación de apatía. Jenny le llevaba a la habitación montones de revistas inglesas manoseadas, ejemplares con las esquinas dobladas que olían a consulta médica. Nunca se quedaba mucho tiempo, pues Hadley, con las mejillas encendidas y el pijama arrugado, tenía un aspecto demasiado contagioso para hacerle compañía. Jenny evitaba acercarse; depositaba sus ofrendas y sonreía marcando los hoyuelos de camino a la puerta.

Tenía el sueño intermitente, y de su interior emergían visiones inquietantes. Kristina y Joel se le habían aparecido juntos en sueños anteriormente, cuando Joel no era más que un desconocido con labia y Kristina una mera promesa estimulante de amistad. Mientras estaba resfriada, soñó con ambos de nuevo y, pese a la intimidad de su realidad en común, aparecían poco definidos y casi irreconocibles. Kristina tenía cierta belleza, pero pálida y desvaída, y Hadley no lograba distinguirla con nitidez; era como si cada vez que miraba hacia ella tuviera la sensación de que se desvanecía. No encontraba consuelo ni paz espiritual ante su fugaz imagen, solo una sensación perturbadora y vacía. Joel estaba allí, pero no la reconfortaba ni le ofrecía su

compañía; en lugar de eso le daba la espalda y rehusaba mirarla a la cara. En el sueño no estaba claro si alguna vez se habían besado. A ella no le daba esa impresión, pero el vehemente deseo que sintió al tirar del hombro de Joel, deseosa de que la mirara, fue imprevisible, una necesidad imperiosa e infundada. Jacques también estaba allí, aunque solo en espíritu: una voz fantasmal que se mofaba sin intervenir. Hugo era el único que aparecía nítidamente. Siempre que Hadley se daba la vuelta, lo encontraba tras de sí, retrocediendo unos pasos con la destreza de un bailarín, con una sonrisa amable, aunque manteniendo la distancia en todo momento. Los cinco se movían con movimientos rápidos, como en el juego de vasos de un mago aficionado donde la moneda nunca queda al descubierto y la verdad permanece oculta.

Las secuelas del sueño persistieron a la mañana siguiente. Se despertó agotada, con la sensación de no haber pegado ojo y la cruda certeza de que Kristina se había ido y de que jamás regresaría. A pesar de sus lunáticas apariciones, nunca le había parecido tan lejos de su alcance. Hadley trató de concentrarse en cosas concretas, tangibles, para liberarse de la incertidumbre de la noche. Era posible que a esas alturas Hugo tuviera la lista y que se estuviera preguntando dónde estaba. Y había faltado a otra clase de Joel. Se preguntaba si se habría presentado como de costumbre, aproximándose a la clase con aire desenfadado, con esa manera tan particular que tenía de extender los brazos y una cálida sonrisa en el rostro. Puede que hubiera reparado en su ausencia y le diera demasiada importancia, que titubeara al expresarse o que perdiera la línea de sus apuntes, y que exagerara su sonrisa para disimular. Ella no había mantenido la distancia tanto tiempo a propósito, pero eso él no lo sabía. Tal vez, en un sentido muy diferente, él también estaba desapareciendo, escapándosele de entre las manos, cada día un poquito más.

Justo cuando la interminable tarde estaba dando paso a la noche tocaron a su puerta. Oyó una voz masculina que exclamó: «¿Hadley?». Al haber estado soñando con él, y realmente, cuando pensó en ello más tarde, porque era lo que quería, tuvo la certeza de que sería él, estaba segura, más allá de toda duda, de que sería Joel. Le dio un vuelco el corazón. Se miró el pijama, descolorido, y se pasó los dedos por su mustio pelo. No se atrevía a mirarse al espejo porque sabía que se enfrentaría a una imagen deplorable de sí misma mirándola fijamente: los ojos adormilados, las mejillas moteadas por la fiebre.

—Estoy en la cama —gritó—. Estoy horrible. Puedes entrar, con la condición de que cierres los ojos.

Oyó abrirse la puerta y el crujido de unos zapatos. Intentó colocarse más cómodamente sobre las almohadas. Echó debajo de la cama un puñado de pañuelos de papel hechos un ovillo. Él se asomó por la puerta y entró.

Tenía los ojos cerrados, tal y como le había pedido. Sus largas pestañas oscuras contrastaban con su tez aceitunada y llevaba su melena rizada recogida en una coleta

floja. Sujetaba en la mano un ramo de tulipanes amarillos, y sonreía tontamente. No había habido comentarios con retintín por parte de Chase, ni alusiones a él en tono indiferente por parte de Loretta. *Luca*. Sus besos en la calle nevada, su sobeteo en aquel local cavernoso, sus dedos jugueteando con el borde de su vestido: fue consciente de que no se había parado a pensar en él ni un segundo; todo había quedado borrado por lo ocurrido desde entonces.

—Tenía intención de venir antes, pero Loretta dijo que no era una buena idea —explicó él—. Y vine de todas formas, y llamé, pero nunca te encontraba. Luego vi a Bruno en la ciudad y me dijo que estabas enferma, así que no me quedaba más remedio que venir a verte.

Mantuvo los ojos cerrados mientras hablaba. Hadley lo miró fijamente y comprobó lo inseguro que parecía de día. Recordó lo desenvuelto y seguro que le había parecido al principio y cómo ella se había dejado besar a regañadientes. Ni siquiera sabía la impresión que él le había causado aquella noche, si le había gustado aunque fuera un poquito. Era horrible no ser la persona que otro quería.

—Luca, puedes abrir los ojos —dijo ella—. No pasa nada.

Los abrió y sonrió.

—Hola, Hadley. Las cosas se han puesto difíciles para todos aquí arriba, ¿verdad? Debería haber venido antes. Lo siento. Es que no sabía si tenías ganas de verme. Por cierto, estás guapísima. *Bella*.

—Menudo embustero —replicó ella—. O sea, lo digo por mi aspecto, no por lo demás. Pero gracias. Gracias por..., bueno, por las dos cosas.

—¿Te importa que me quede?

—Claro que no —contestó—. En fin, te aconsejo que no te quedes mucho tiempo. Es probable que todavía sea contagioso, que pilles algo, seguro. Si bajas a la sala estoy segura de que Bruno estará por ahí. Siempre le apetece compañía.

—No tengo ganas de ver a Bruno.

—Ah, vale. —Hadley recolocó las almohadas y se cruzó de brazos—. Quizá sería mejor que fuéramos a la cocina. A preparar un poco de té. Puede que esté Jenny, siempre guarda un puñado de galletas.

—No me interesan ni Jenny ni sus galletas.

—Eso es porque no sabes lo que tiene. Se lo mandan de Inglaterra, obleas de color rosa, dulces de malvavisco y de todo tipo. —Se dio cuenta de que estaba hablando atropelladamente y añadió despacio—: De hecho, creo que me sentaría bien estirar las piernas, llevo días sin salir de la habitación. ¿Vamos a ver si hay alguien por ahí?

—He venido a verte, Hadley. A ti y a nadie más. No he dejado de pensar en ti desde tu cumpleaños.

—Oh...

—Hadley, yo...

Ella lo interrumpió.

—Fue una noche rara, Luca. Nada salió bien. Kristina debería haber estado allí y no estaba. Bebí demasiado, y la verdad es que no era yo misma. Aún no lo soy. No me encontraba bien entonces y ahora tampoco. Lo siento, sé que no es eso lo que deseas oír.

—Estás triste por el accidente, me lo dijeron Loretta y Bruno. Es lógico, todo el mundo lo está. Y sé que es probable que mentalmente asocies las dos cosas, ya sabes, la noche que estábamos pasando, Hadley, y luego lo que le ocurrió a Kristina. No pasa nada, lo entiendo. Pero me gustas mucho, *bella*. Me gustaría hacerte feliz.

Hadley negó con la cabeza y tiró de la sábana hasta la barbilla. Tenía ganas de que se fuera y de que se llevara su ramo de flores. Sintió un punzante dolor de cabeza.

—Eres un encanto, Luca, en serio, pero me da la sensación de que te di una idea equivocada. Antes, desde luego que sí, y ahora también. Si quieres que te diga la verdad, al tocar a la puerta solo dije que pasaras porque pensaba que se trataba de otra persona. Lo siento.

—En tu cumpleaños no te importaba quién fuera —replicó él—. Entonces sí que te gusté.

—Todos estábamos borrachos, Luca, y lo sabes.

—No tan borrachos. Y no creo que puedas besar a alguien y olvidarlo así como así.

—Bueno, he tenido muchas cosas en la cabeza desde entonces —repuso ella. De repente se sintió cansada. Le había dado la oportunidad de marcharse con dignidad y la había rechazado—. Además —dijo en voz baja y clara—, hay otra persona.

—¿Quién?

—En realidad no ha pasado nada, pero lo estoy deseando. Eso es lo único que importa. Quiero a otra persona, Luca. Lo siento.

Él dejó las flores en la mesilla, junto a botellas de agua vacías, revistas desechadas y una caja de pañuelos de papel que asomaban.

—Me da igual —replicó él—. Un beso siempre es el comienzo de algo.

—No siempre. A veces es el final.

La fulminó con la mirada, al tiempo que se le enrojecían las mejillas.

—No me rindo tan fácilmente —apostilló.

Salió dando un portazo. Hadley se acurrucó de lado, de cara a la pared. Deslizó el dedo por el cemento pintado de blanco. No podían tener razón los dos, Luca y ella, y, sin embargo, no tenía más remedio que ser así, porque, si no, no funcionaría. Nada funcionaría. Al final se aferró a las palabras de Luca a medida que se quedaba dormida, más temprano de lo habitual. «Un beso siempre es el comienzo de algo».

Una frase propicia que penetró en sus sueños. Descomponiéndose y volviéndose a componer, como la más vaga promesa.

Cualquiera que sueñe con un invierno de cuento debería pasar el mes de diciembre en Suiza. En el casco antiguo de Lausana, comerciantes con sombreros de fieltro y delantales de cuero vendían castañas asadas en bolsas de papel y tazas de ponche. Hombres y mujeres robustos de mejillas rubicundas colocaban sus mesas con porciones de queso curado y ramos de lavanda en la Place de la Palud. Al anochecer, se imponía el silencio en las calles comerciales, con una capa de escarcha, salvo por algún que otro estruendo de música cuando el viento empujaba la puerta de un local subterráneo, o el chasquido de la lengua de un anciano mientras esperaba pacientemente a que su perro hiciera sus cosas. Se acercaba la Navidad y Lausana resplandecía serena, silenciosamente.

Al llegar el fin de semana, Hadley se sintió mejor. Salió al balcón por primera vez en días y permaneció a la intemperie del cortante aire de la mañana, arrebuja en la bata, con las zapatillas pegadas al suelo helado. Contempló la ciudad en diciembre. Hacía un día para dejar las huellas nítidas de los pasos, para beber chocolate caliente con un chorrito de ron en un rincón de un café, para reír junto al agua soltando bocanadas blancas de vaho. Por más que dijera Joel, resultaba imposible imaginarse un día sin pensar que también debería haberlo disfrutado Kristina.

Se había despertado con una determinación. Después del fin de semana iría en busca de él. Le diría lo que había hecho y dónde había estado, y que había hecho todo lo posible, aunque no hubiese bastado. Se volvería a meter en su clase, se refugiaría en su mundo de Hemingway, un lugar de promesas, esperanza y desengaños. Si él tenía intención de olvidar lo que había pasado entre ellos, ningún problema, porque él formaba parte de su vida en Lausana y no quería perderle también. Eso sería el lunes y en lo sucesivo, pero primero estaba Hugo Bézier y su lista de Jacques. También había tomado una determinación en ese sentido. Sería su último intento. Todo lo demás había sido en vano; sus pesquisas de detective *amateur*, sus fotos arrugadas y sus llamadas a las puertas de extraños, todo eso se acabó, dijera lo que dijera Hugo, por mucha pasión que procurara infundirle. A lo mejor en la lista había veinte nombres, o cien, pero seguramente no muchos más. Jacques podía estar a su alcance. Haría eso, de vital importancia, por Kristina y por él, y luego seguiría su camino. No exactamente como antes, pero sí adelante, paso a paso.

Hadley sonrió inconscientemente al ver a Hugo en su mesa habitual, y él la vio al levantar la vista. La reconfortaba la constancia de sus hábitos. Hugo se levantó para

besarla en ambas mejillas y a ella le pareció un gesto cortés. Al apartarse de ella, Hadley percibió que un atisbo de sonrisa asomaba en sus labios.

—Siento no haber venido hasta ahora —dijo ella—. He estado enferma.

—Tienes el aire de quien acaba de recuperarse —afirmó Hugo, ladeando la cabeza—. Pareces otra.

Ella sonrió.

—Me siento mucho mejor. Bueno, Hugo, ¿te las ingeniaste para conseguir la lista?

—Son terribles, estos catarros invernales. A mi edad, pueden suponer la muerte. Literalmente. Me pregunto si no estaré corriendo un serio peligro al tomar café contigo.

—No tengo por qué quedarme. Si me das la lista, me marcharé con mi vil cuerpo para dejarte a salvo otra vez.

—Estás citando a Evelyn Waugh —señaló él con satisfacción.

—¿Y bien?

—Bien. —Se quitó la servilleta de tela del regazo y la dobló con cuidado—. Me temo que no es precisamente lo que esperábamos.

—¿Y eso?

El camarero se acercó a servirles café de una jarra de plata. Hugo esperó a que terminara. Hadley hizo lo mismo y rodeó la taza con las manos. Finalmente Hugo habló.

—Resulta que Jacques es un nombre corriente en esta parte del mundo, aunque tal vez te lo debería haber advertido. También fue una ingenuidad por mi parte, lo cual es imperdonable.

—Me lo figuraba —dijo ella—. Pero no lo entiendes, Hugo: por poco que tengamos, es estupendo. He estado dando palos de ciego. He tirado la toalla.

—¿Incluso con la ayuda de tu benevolente profesor? —preguntó él, y a ella no le cupo duda de que había pronunciado con énfasis la palabra «profesor». Hadley hizo caso omiso—. Bueno, aquí está. —Le tendió un taco de papeles con minúsculos caracteres en cada hoja. Ella lo hojeó, intentando darle sentido al flujo continuo de información—. Así es como sale del ordenador —explicó Hugo—. Inconcebible, ¿verdad?

Pasó las páginas, y aparecía *Jacques Jacques Jacques* una y otra vez. *Jacques Legrand. Jacques Arnaud. Jacques Petit.*

—Hay cientos —señaló ella—. Miles, incluso.

—Si al menos tuvieras el apellido...

—Si tuviera el apellido no me haría ninguna falta la lista.

—Ciertamente.

—Me habría bastado con un listín telefónico, o Internet, o... Habría resultado

fácil. Muy fácil.

Agachó la cabeza, desanimada, y el optimismo de esa mañana se desvaneció.

—Nunca sabemos cómo reaccionaremos —empezó a decir Hugo— ante... el sufrimiento. Estabas desesperada por hacer algo. Por ayudar. Has hecho lo imposible.

Hadley enderezó la cabeza para mirarle, con las mejillas encendidas.

—Y nada de esto ha sido suficiente —dijo ella—, ¿no?

—¿Salimos a la calle? —sugirió Hugo—. Nos sentará bien tomar un poco el aire.

Se sentaron en uno de los bancos de la orilla, delante de unos patos arracimados en círculo que picoteaban al borde del lago. Hugo parecía más menudo embutido en su abrigo de lana, con su bufanda de cuadros escoceses liada al cuello. Llevaba puesto el sombrero de fieltro y le brillaban las punteras de los zapatos. Sentada junto a él, de pronto le dieron ganas de apoyar la cabeza contra su hombro, como hizo con Joel aquella vez en su despacho. El sentimiento era distinto, aunque en el fondo el mismo: la necesidad de roce, de consistencia ante la incertidumbre. No le habría importado que Hugo le hubiese dado unas palmaditas en la rodilla con su nudosa mano, un leve gesto de consuelo. Hadley tenía en las manos el taco de hojas impresas hasta el final con *Jacques Jacques Jacques*.

—Debería tirarlo al lago sin más —espetó, moviendo las páginas—, ver cómo se hunde. Joel dijo que deberíamos abandonar la búsqueda y debería haberle hecho caso. Pasamos horas, fíjate, buscando en listines telefónicos y en Internet, incluso nos pateamos las calles de Ginebra. Horas desperdiciadas inútilmente.

—¿Joel? Ah, tu profesor otra vez... Bueno, debería consolarte el simple hecho de que estuviera dispuesto a decir amén a todo —dijo Hugo—. No puede haber sido una absoluta pérdida de tiempo.

Hadley le miró de reojo: tenía los labios fruncidos con esa sonrisa irónica. Fingió no darse cuenta.

—Pero tú también has sido de ayuda —señaló ella—. Esa lista no era necesaria, ¿a que no? Seguramente sabías que sería interminable. ¿Eso también fue «decir amén a todo»?

—Creo que no. Y el hecho sigue siendo que no sabes si Jacques se ha enterado y que eso te hace sentir mal.

—Sí. Efectivamente. Estamos conectados, sí que lo estamos, aunque él lo ignore. Kristina nos importaba a los dos, y eso debería contar.

—Pues yo me siento mal si te sientes mal.

—Hugo, ¿por qué te preocupas tanto?

—¿Por qué se preocupa tu profesor?

—No estoy segura de si le sigo preocupando. Pero entiende lo que significa perder a alguien.

—Ah. Es eso.

—¿Tú no?

Hugo frunció el ceño. Apenas se le veían arrugas en la cara; tenía el aspecto de la madera pulida y una expresión igual de impermeable.

—He escrito sobre la pérdida, en repetidas ocasiones. Está presente en todos y cada uno de mis libros, supongo... Pero ¿que si la entiendo? No. No puedo afirmar eso.

Se quedaron en silencio, pensativos, contemplando el lago y al fondo Francia. Al cabo de un rato, Hadley rompió el silencio, y su voz sonó débil y quebrada.

—Hugo, mira, ya me has ayudado más de lo que te puedas imaginar. Y lo hemos intentado todo, eso es innegable. No se me ocurre qué más podríamos haber hecho. Según la policía, el caso sigue abierto, aunque todavía cabe la posibilidad de que averigüen algo, ¿no? Pero creo que a lo mejor debería dejarlo correr. Ya es hora.

—¿Lo de Jacques? ¿O lo de tu profesor?

—¿Por qué te empeñas en hablar de mi profesor?

—Porque desconfío de sus intenciones, por supuesto. No confío en él, Hadley. Imagino que será guapísimo, ¿verdad? Es la historia de siempre. ¿Ha intentado llevarte a la cama ya?

Pese a sus palabras, mantuvo un tono displicente e impersonal. Ella se apartó de él.

—¿Es que tu vida es tan aburrida, Hugo, que tienes que inventarte historias constantemente? Vaya, se me olvidaba... Es tu trabajo. O lo era, al fin y al cabo. Estás disfrutando con todo esto, ¿verdad? Con los giros y vuelcos inesperados de un caso irresoluble. Supongo que después vas a casa a escribirlo.

—Hace muchos años que no escribo, Hadley. Lo dejé hace mucho tiempo.

—Y, sin embargo, por lo visto no puedes evitarlo. Sigues erre que erre con las segundas intenciones de Joel, pero ¿qué me dices de las tuyas?

—No las hay.

—En cualquier caso, por mi parte se acabó. Se acabó lo de buscar a Jacques y se acabó el intentar encontrarle sentido a algo que, en resumidas cuentas, es absurdo. La policía lo sabe, Joel lo sabe, sí, efectivamente, mi profesor, y ahora yo también. *C'est fini*. —Hadley agitó la mano, abarcando el hotel, el lago, las montañas lejanas y las punteras de los lustrosos zapatos de Hugo—. ¿Qué te parece para una obra dramática? ¿Te he alegrado el día?

Vio que Hugo se ponía de pie y dejaba caer los brazos. Había perdido el empuje.

—Siempre que me despido de ti, me pregunto si volveré a verte algún día —dijo él—. No me mires así; no soy tan viejo, ni tan morbosos, pero siempre he tenido la sensación de que el lujo de tu compañía era un tiempo prestado. Puede que esté equivocado, por supuesto, me he equivocado muchas veces, pero hoy me da la impresión de que hemos llegado al final del camino.

—¿Estás rompiendo conmigo, Hugo? —le preguntó ella, con intención de decirlo en tono de broma, pero le salió con los labios apretados.

—Puede que nuestra mutua búsqueda de la verdad esté languideciendo —respondió él.

—Yo sí quiero la verdad —replicó ella—. Pero ¿sabes qué? Que quiero una verdad diferente. Quiero sentir algo diferente. Algo que no sea triste, ni malo, ni desesperanzador.

—Te deseo suerte en eso también, Hadley.

Se quitó el sombrero y echó a andar sin darle opción a contestar. Caminaba con cierta rigidez. A Hadley le pareció oírle silbar, aunque puede que solo fuesen imaginaciones suyas.

El Café Grand no tenía la categoría del Hôtel Le Nouveau Monde. El local estaba abarrotado y había una algarabía de conversaciones. Los abrigos de piel yacían colgados en los respaldos de las sillas, arrastrados por el suelo, y se dejaba sentir el ruido de los cubiertos contra la porcelana. Se oía el ruido de descorches y burbujas al servir vino y bebidas con gas mientras los camareros interpretaban una coreografía a ritmo acelerado entre las mesas sujetando las bandejas por encima de sus cabezas. Bruno y Loretta estaban sentados en la mesa de un rincón junto a la ventana, inclinados hacia delante, rozándose con la nariz. Hadley se abrió paso hacia ellos.

Al salir de Les Ormes esa mañana se los había encontrado, y Bruno le había propuesto que fuera a tomar algo con ellos. Tenían previsto pasar el día de compras, y él había juntado las manos con gesto suplicante diciéndole: «Por favor, por lo que más quieras, es por hacer un descanso entre compra y compra, Hadley». Ella no se había comprometido, pero, tras su conversación con Hugo, un encuentro que la había dejado por los suelos por razones que nada tenían que ver con la infructuosa lista, la idea de acompañarles le resultó apetecible. No les contaría lo que había estado haciendo últimamente y sabía que, dada su predisposición al simple disfrute de las cosas, no preguntarían. En lugar de eso sonreiría y se tomaría el primer vino que pidiera Bruno, y le sentaría bien relajarse, dejar que la tarde se desdibujara en la noche, algo que no había hecho desde hacía siglos. Loretta llevaría puesto algo bonito; Hadley le haría algún comentario al respecto. Y puede que solo mencionaran de pasada a Luca, y ella se aseguraría de adoptar una expresión contrita al decir: «Es que no es mi tipo».

Mientras se acercaba a la mesa logró pronunciar un «hola» y ambos volvieron la cabeza y le sonrieron.

—¡Hadley! ¡Has venido! Espera, voy a por una silla.

Bruno salió como una flecha en busca de una tercera silla.

—Hadley, siéntate —ordenó Loretta—, coge la silla de Bruno. ¿Cómo estás? No

tienes muy buen aspecto. ¿Sigues acatarrada? Pobrecita.

Hacía calor y se puso a quitarse el gorro, la bufanda y los guantes mientras decía que se encontraba bien, estupendamente, de hecho. Bruno volvió con una silla haciendo un gran despliegue teatral para evitar golpear a alguien con ella, al tiempo que mascullaba: «Scusi, scusi». Se apretujaron en la mesa, que en realidad era para dos. Bruno le sirvió a Hadley lo que quedaba de *prosecco* y seguidamente buscó con la mirada a otro camarero para pedir otra botella. Loretta lo consiguió enseguida con un leve movimiento de barbilla y un rápido asentimiento.

En ese momento Hadley vio a Joel Wilson. Estaba sentado al fondo, junto a la puerta. Había pasado por delante de él hacía un momento sin siquiera reparar en ello. Tenía colgada la cazadora de cuero en el respaldo de la silla y estaba leyendo un periódico con los codos apoyados sobre la mesa. Estaba solo y, a pesar de la distancia y de su postura relajada, ella sintió la potencia de su energía desde el otro lado de la sala. Hadley le miró fijamente. Llevaba poco más de una semana sin verlo y sin embargo, curiosamente, le sorprendió que tuviera el mismo aspecto que entonces. Era casi como si pudiera acercarse y decirle «hola» como si tal cosa. Sin embargo, algo en su fuero interno se lo impidió y notó que se ponía como un tomate; se había estado engañando al pensar que las cosas podían volver a ser como antes. No te librabas del deseo tan fácilmente. Lo observó mientras doblaba el periódico, se lo metía bajo el brazo y se enganchaba la cazadora al hombro. Entonces se fijó en su cara: tenía la frente arrugada, los labios fruncidos y una mancha gris en la mejilla que parecía de tinta de periódico. Le siguió con la mirada mientras se dirigía a la puerta y la abría para internarse en la tarde de Lausana.

—¿Hadley? ¿Estás escuchando? —le preguntó Bruno en tono irritado.

Loretta la observaba con los ojos abiertos, muerta de curiosidad.

—¿Has visto a algún conocido? —le preguntó.

—Sí —contestó Hadley—, sí. Perdonad, no tardo ni un minuto, necesito alcanzarle. Vuelvo enseguida.

Sin más, se levantó de la silla y cruzó a toda prisa el local. Salió de sopetón a la calle, buscó con la mirada a derecha e izquierda, y casi se tropieza con él. Joel estaba allí de pie, con un cigarrillo en los labios y una cerilla encendida en la mano.

—Hadley —dijo en tono de grata sorpresa. Ella se quedó sin saber qué decir. La cerilla se le consumió entre los dedos. La tiró al suelo y la pisó. Se quitó el cigarrillo de los labios y movió la cabeza de un lado a otro—. ¿Llevas mucho tiempo ahí dentro? —le preguntó.

—No, acabo de llegar. Te he visto cuando salías. ¿Por qué te vas?

—Porque ya me he tomado el café.

—¿No es por mí?

—Hadley, ni siquiera te he visto. De hecho, no te he visto desde hace nueve días.

No, diez. ¿Dónde has estado? Estaba preocupado.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí. Me preguntaba si habrías pillado el mismo virus que yo, pero Caroline me comentó que te había visto y que estabas estupendamente.

—He estado enferma —explicó Hadley—, solo un catarro, nada que ver con la comida china.

—Me está bien empleado por llevarte allí, ¿verdad? Pero nadie sufre un catarro durante diez días seguidos. ¿Dónde estabas?

—Tenía cosas que hacer —respondió. Se apartaron a un lado para dejar salir del café a un grupo de chicas y chicos con las mejillas resplandecientes y abrigos largos riendo y agarrándose del brazo. Hadley esperó a que se alejaran, y a continuación añadió—: Intenté dar contigo, Joel. Todo ha dado un giro radical. Me enteré de lo de Kristina y el coche y necesitaba verte. Necesitaba verte desesperadamente, pero no estabas.

—¿Qué es eso de Kristina y el coche?

—¿No lo sabes? Creía que te habías enterado. Creía que todo el mundo se había enterado. Salió en el periódico. Te dejé una nota, en tu casillero.

—No la vi, Hadley, prácticamente nunca miro ahí. ¿Cómo iba a ignorar una nota tuya? Hadley, cuéntame. —Una parte de ella respiró aliviada. Él le puso las manos sobre los hombros para tranquilizarla mientras ella le contaba todo: lo de Hugo, Lisette, su búsqueda, la llamada a todas las puertas de la calle, y que a pesar de ello Kristina se había ido para siempre. Ella notaba la presión de todos y cada uno de sus dedos—. Hadley —dijo Joel—, Hadley, Hadley... No sé qué decir.

—Pensaba que las cosas no podían ir a peor, pero me equivoqué.

—Jamás se me habría ocurrido dejarte sola ante todo eso. ¿Por qué no fuiste en mi busca de nuevo? ¿Por qué no lo intentaste? No estabas en clase, no sabía qué pensar.

—Pensaba que no querías verme —respondió ella— después de lo de Ginebra.

—Pues yo pensaba que eras tú la que no quería verme —replicó él—. Maldita sea, Hadley, qué desastre. No he sabido manejar la situación. Perdóname. Por todo. ¿Y la policía? Supongo que dirá que no puede hacer nada, ¿no?

—Creía que habían desistido sin ponerle empeño, pero yo tampoco he llegado a ningún sitio. Joel, ¿cómo puede alguien hacer eso? ¿Seguir su camino por las buenas? ¿Y encima continuar con su vida, como si no hubiera pasado nada?

—Si le damos vueltas, nos volveremos locos —contestó él, y el hecho de escuchar el «nos» la reconfortó y la hizo ser consciente de lo mucho que lo había echado de menos. Él retiró los brazos de sus hombros y los cruzó. Con esa postura parecía más corpulento, como un jugador de fútbol americano avanzando como un bólido, mientras chicas con faldas de volantes brincaban en las gradas—. De hecho,

no sé cómo no te has vuelto loca —añadió.

—He encontrado a un amigo inesperado.

—¿Sí? Mira, Hadley, me sabe mal decir esto, pero llego tarde a una cita. ¿Te parece si lo hablamos más tarde? ¿Me llamarás?

—No hay nada más que decir, sobre esto no. Tengo ganas de hablar de otras cosas. De cosas alegres.

—Pues llámame. Llámame para eso también.

—No tengo tu número.

—¿No te lo he llegado a dar? —Sonrió con gesto compungido—. Ha sido un fallo por mi parte.

Sacó un bolígrafo del bolsillo y se dispuso a arrancar una esquina del periódico. Hadley levantó la palma de la mano para impedirselo.

—Anótamelo aquí —dijo. Sonrió al decirlo, pues no sonó muy propio de ella. Era una Hadley más descarada, más pizpireta. Era (pensó más tarde) más propio de Kristina que de ella. Joel le sujetó la mano y lo anotó despacio; el bolígrafo le hacía cosquillas en la palma. Al terminar apretó los dedos—. Te llamaré —le aseguró.

—Eso espero.

Ella se llevó un dedo a la mejilla.

—Tienes una marca aquí. De tinta de periódico.

Él localizó la mancha y se la quitó con la mano. Se examinó las yemas de los dedos y a continuación la volvió a mirar. Sonrió, distraído.

—¿Ya?

—Ya. Joel...

—¿Sí?

—Se me ha hecho raro, el hecho de no verte. O sea, últimamente todo se me ha hecho raro, pero... en parte ha sido por eso. No sé si está bien o mal.

Joel no comprobó si alguien les estaba observando. No echó un vistazo a la calle, a derecha e izquierda, ni a las ventanas del Café Grand. Se limitó a inclinar la cabeza para besarla. Si alguien los hubiera visto, habría parecido un simple pico, un fugaz roce de labios. Hadley, sin embargo, sintió el calor y la firmeza de la presión, y seguidamente el contacto de sus dedos al rodearla por los hombros. Entonces supo que el beso del coche no había sido el final de algo. Había sido, quizá como dijo Luca, solo el principio.

Al volver dentro, Hadley trató por todos los medios de mantener una expresión serena. Se coló entre las mesas sin apenas tocar el suelo con los pies.

—¿Dónde has ido? —inquirió Loretta, extrañada.

—Perdonad —respondió ella, tragando saliva para contener la risa—, lo siento. Tenía que ver a alguien. Bueno, Bruno, ¿qué estabas diciendo? Por lo visto tenías un

cotilleo de los jugosos. —Se revolvió en el asiento para acercarse a ellos y prestarles toda su atención. Sus expresiones de indignación se suavizaron.

—Solo que me huelo que la angelical de Jenny y nuestro amigo americano se traen algo entre manos. Nada interesante ni del otro mundo —comentó Bruno, haciendo un mohín.

—¿Y qué pasa con el novio de Jenny? —preguntó Hadley.

Loretta negó con la cabeza.

—Se acabó, creo, y desde luego no está triste ni por asomo.

El camarero se acercó a rellenarles las copas. Hadley observó cómo las burbujas explotaban y dejó que Bruno y Loretta siguieran con lo suyo, contenta de haber dejado de ser el centro de la conversación. Pasaron el resto de la tarde bebiendo *prosecco* mientras Bruno y Loretta especulaban animadamente sobre las vidas amorosas ajenas. Hadley tenía una mano descansando en la rodilla, con los dedos ahuecados sobre el número de teléfono de Joel, anotado cuidadosamente. Se dejó llevar por una corriente de burbujas ámbar y resultó bastante creíble al mostrar interés por las mismas cosas que ellos. Sonrió prácticamente en todos los momentos adecuados.

Lo llamó al anochecer, justo cuando la cocina de Les Ormes bullía de actividad. Chase y Jenny estaban absortos preparando macarrones con queso, y Hadley se puso a espiar sus carantoñas disimuladamente: las cabezas pegadas, las sonrisas cómplices... Sin que nadie se diera cuenta, salió a hurtadillas a llamar a Joel Wilson. Los números que llevaba en la palma de la mano eran nítidos y bien legibles; acarició su contorno con el dedo y marcó el número. El teléfono sonó una y otra vez y, justo cuando pensaba que tendría que dejar un torpe mensaje en el contestador, él respondió.

—Joel Wilson.

Lo dijo en un tono tan rápido y seco que casi la despistó.

—Oh, hola. Dijiste que te llamara. Soy Hadley.

—¡Hadley! Hadley, Hadley... Sí, claro.

—Así que... eso he hecho.

—Sí. Gracias. Mira, no me voy a andar con rodeos. No he sido muy profesional, y te pido disculpas.

—Nunca te he pedido que seas profesional.

—Se sobreentiende. Una relación entre profesor y alumno debe ser profesional. Hay un código, algo que probablemente firmé en algún momento. Todos los demás, en este cargo, son profesionales ejemplares.

—Por eso le dedicaron un minuto a Kristina en clase, y luego a lo suyo. ¿No fuiste tú quien me lo dijo? Creo que prefiero a los poco profesionales, ¿tú no? —Hubo un silencio al otro lado de la línea—. ¿Joel?

—El problema es, Hadley —respondió él, en voz tan baja que sonaba como si hablase desde un lugar muy lejano, desde las cumbres de picos blancos como el hielo o desde el fondo del gélido lago—, que normalmente no me comporto así. En Suiza soy una versión extraña de mí mismo. Parece que al llegar aquí me he convertido en otra persona. —Titubeó, y a continuación añadió—: Normalmente no cuento mis cosas a nadie y da la impresión de que a ti te lo cuento todo.

—Es que puedes hacerlo —le aseguró ella.

—No, no puedo. No está bien por mi parte, en absoluto.

—Bueno, yo tengo algo que decirte, así que escucha, por favor. Hugo ha hecho que me dé cuenta. El hecho de buscar a Jacques, de involucrarte en toda esta historia, de llevarte a rastras a Ginebra... Incluso ayer, cuando asentías al decirte que había llamado a todas esas puertas, que había seguido los pasos de Kristina..., seguramente pensabas que era absurdo. Tal vez solo tratabas de ser amable fingiendo que era una

buena idea. Sin embargo, luego me di cuenta de otra cosa: de que a lo mejor tenías otros motivos para querer ayudarme en todo esto.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué clase de motivos?

—Bueno..., a lo mejor te gusto. A lo mejor te gusta estar conmigo. A lo mejor ese es el motivo por el que fuimos a Ginebra. Puede que sea complicado, aunque, por otro lado, puede que sea muy sencillo. —Él no dijo nada—. ¿Joel? —Siguió callado, de modo que ella continuó—: No pasa nada, no tienes que contestar. La verdad es que no sé lo que siento exactamente, pero sí sé que me gustas, y que me gusta cómo eres conmigo. Eso lo sé. Y creo que es recíproco.

—¿Es eso lo que crees, Hadley?

—Bueno, ¿acaso tú no? —Entonces él rompió a reír, a carcajadas. Algo se removió en el interior de Hadley y apretó los dientes para contenerse—. ¿De qué te ríes?

—No me queda otra que reír o llorar —contestó él.

—¿Qué?

—¿Tan obvio es? —El júbilo en su voz era patente—. Pensaba que era menos evidente, pero, claro, supongo que dos besos delatan. —Entonces ella también se echó a reír, con un sonido mucho más sutil e inquieto que la risotada de Joel—. Oh, Dios, Hadley, si supieras lo que te conviene, te alejarías ahora. En serio.

—A lo mejor no quiero lo que me conviene.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí que lo sé. Por una vez, lo sé perfectamente.

—Esta es tu oportunidad. Lo digo en serio, deberías aprovecharla. Olvídate de mí, Hadley. Búscate un chico suizo bien peinado, con buenos zapatos y modales. Todavía estás a tiempo.

—Creo que no —repuso ella.

—Vales demasiado para esto.

—No es cierto. O no quiero que lo sea. Mi valía no cuenta para nada. Joel, estas últimas semanas todo se ha derrumbado. Pero tú sigues ahí.

Daba la impresión de que Joel desaparecía y volvía a aparecer.

—Entonces, ¿me estás diciendo que quieres dar el paso? —le preguntó él, despacio.

—Quiero dar el paso.

—Implique lo que implique dar el paso...

—Sí.

—Nadie puede saberlo jamás —le advirtió, y sonó como si se lo estuviera diciendo también a sí mismo.

—No —convino ella—. Pero nosotros sí, ¿verdad?

—Sí —repitió él—, y eso es lo único que importa.

No fijaron su siguiente cita; él se limitó a decir: «Buenas noches, Hadley, que duermas bien», como si se acercara un gran día. A la mañana siguiente, en el campus, ella inexplicablemente evitó el Departamento de Inglés. Se sentó en una mesa de la sección de historia natural de la biblioteca, junto a los libros de formaciones rocosas y flora alpina. Tenía que ponerse al día de una semana y pico de clases y se escondió detrás de un montón de libros y papeles para recuperar todo el tiempo perdido. Cuando volvió a Les Ormes por la noche, con las mejillas sonrosadas por la rápida caminata colina arriba, había una nota esperando en su casillero. No llevaba sello; puede que Joel la hubiera dejado disimuladamente allí con los ojos semiocultos bajo el gorro o que se la hubiera dado a algún estudiante comentándole de pasada que eran noticias de casa o un trabajo corregido. El caso es que en el casillero yacía una página arrancada de un bloc metida en un sobre, con la rápida caligrafía que ella identificó por las anotaciones en los márgenes de sus trabajos:

«Año Nuevo. Es una fecha señalada y me gustaría que la señalaras conmigo. ¿Nos vamos a esquiar?».

Lo primero que pensó es que Joel le había dejado la nota en su casillero por error, que el destinatario sería un amigo de Estados Unidos o un colega del departamento. Y después cayó en la cuenta: habían dicho que iban a «dar el paso», cualquiera que fuera. Puede que un «paso» significara hacer una escapada a la montaña. Puede que él se hubiese acordado de lo que le había dicho el día de su cumpleaños, que Kristina iba a enseñarle a esquiar. ¿Y cuáles habían sido las palabras de Hadley, sentada frente a él en la cafetería, con las piernas cruzadas con timidez, mientras detrás de ellos una chica rompía a carcajadas? «Velocidad», había dicho. «Peligro». Sin embargo, más tarde, cuando intentaba en vano conciliar el sueño, recordó que había sido Joel quien había pronunciado esas palabras, y no ella. Pero ella había asentido, para corroborarlo, porque había acertado. Eso era precisamente lo que buscaba.

Faltaban menos de dos semanas para el final del trimestre, y la Navidad flotaba en el ambiente. En Les Ormes se oían portazos a altas horas de la noche, y de madrugada las risitas de los trasnochadores en los pasillos. Una mañana apareció en el vestíbulo, como por arte de magia, un árbol despeluchado con las ramas gris plateado combadas por el peso de adornos chillones. Las cocinas se decoraron con sertas de luces de colores y serpenteantes guirnaldas. Una noche Hadley encontró a Jenny y Loretta enfrascadas recortando estrellas de papel sobre la mesa de la cocina. Chase trataba de mantener el equilibrio sobre una silla, con la camiseta subida mientras se estiraba para sujetar la maraña de espumillones al primer gancho o pico de armario que encontraba. Bruno estaba removiendo una olla de ponche con la boca llena de galletas de canela. Sacó un cucharón de forma improvisada para que Hadley lo probara y ella se unió a la insólita escena familiar, consciente de que era la primera noche que pasaban juntos desde hacía semanas. Comprobó que recordaba cómo doblar y recortar el papel para hacer una cadeneta de muñecos y muñecas agarrados de la mano. Se concentró en la tarea mientras sorbía el dulce vino caliente y escuchaba la cháchara del resto. Chase le dio un codazo.

—¿Vas a casa en Navidad, Hadley?

Chase daba la impresión de haber perdido su mordacidad últimamente, y Hadley prefería esta faceta amable de él.

—Mis padres lo están deseando —respondió—. ¿Y tú? ¿Vuelves a Estados Unidos?

Él asintió.

—No me importaría quedarme aquí, ver algo más de Europa, salir por ahí, pero mi madre no lo consentiría bajo ningún concepto. Tengo que irme a Nueva Jersey, con mis hermanos pequeños. Y todavía no tengo planes para Nochevieja, lo cual me da mala espina. Me huele que mis amigos se han olvidado de que existo.

—Entonces, nada de besos a medianoche —intervino Jenny, chupando el extremo de una guirnalda de papel con las puntas azules—. Qué pena. ¿Y tú, Hadley? ¿Has quedado con amigos de la universidad?

Había varias posibles respuestas y ninguna era exactamente cierta, pero quería acercarse lo máximo posible a la verdad. Deseaba sentir las palabras y escuchar cómo sonaban.

—La verdad es que voy a estar aquí —respondió—. Voy a pasar unos días esquiando.

—¡Oh, genial! ¿Con quién? —interrumpió Loretta—. Los padres de Luca tienen

un apartamento en Cortina.

—No voy con Luca —se apresuró a contestar Hadley—. Voy con unos amigos suizos.

—¿Tienes amigos suizos, Hadley? —le preguntó Jenny—. Prácticamente no conozco a nadie que sea de Lausana. En mi clase hay un tío de Zúrich, aunque es un poco raro.

—Un par de ellos —contestó ella, con cautela—. No muchos.

—¿Un tío? —inquirió Loretta, guiñándole el ojo a Hadley.

—Puede —dijo ella—. De todas formas, todavía no hay nada cerrado, es solo una idea.

—¡Hadley! —exclamó Jenny con un grito ahogado—. ¡Eres una caja de sorpresas! Confiesa: ¿de quién se trata?

—De nadie importante —respondió—, solo estamos empezando. En serio, no hay nada que contar. Si lo hubiera, os lo diría. Lo prometo.

—Esa promesa no se va a cumplir —comentó Chase.

—Vaya, ¿por? —inquirió Hadley.

—A las chicas os gustan los secretos —afirmó él, encogiéndose de hombros—. Kristina y tú siempre andabais cuchicheando.

—No cuchicheábamos, hablábamos entre nosotras, como todo el mundo.

—Ese novio secreto que tenía —comentó Jenny—, me parece rarísimo que nunca haya venido por aquí, después de todo lo que pasó.

—En realidad, si te paras a pensar no es tan raro —atajó Hadley—. Él no tenía nada que ver con nosotros.

—¿Ni siquiera contigo? —preguntó Jenny.

—Ni siquiera conmigo. Chase, Jenny, vamos, ¿de verdad queréis hablar de esto ahora? No sabéis nada de la historia. Yo tampoco, apenas, y esa es la triste verdad.

—No me refería concretamente a Kristina —puntualizó Chase—, solo a las chicas y sus secretos, nada más.

—Está bien. No pasa nada. —Hadley cogió una estrella de papel y le dobló las puntas—. Le habría encantado esto, ¿sabéis? No que habláramos de ella, sino todos los preparativos navideños. Le habría encantado.

Se imaginaba a Kristina sentada a la mesa con ellos, dando pequeños sorbos a su copa de vino, recortando corazones para colgarlos en los armarios de la cocina. ¿O no? Era más probable que hubiera irrumpido en la cocina, con las mejillas sonrosadas por los besos, justo cuando todos estaban pensando en irse a la cama. Y Hadley sabía que se habría quedado levantada con ella, reprimiendo un bostezo, con ganas de escuchar otra historia de Jacques. Habría chocolatinas envueltas en papel de plata y susurros, risas amortiguadas al cruzar alguien el pasillo. Kristina era la única persona del mundo a la que deseaba hablarle de Joel.

—Hadley —dijo Jenny, inclinándose hacia delante para apretarle la mano—, me alegro muchísimo de que tengas novio. Te mereces que te hagan feliz. El trimestre ha sido una verdadera mierda.

Hadley sonrió. Sacó una rodaja de naranja del fondo de la taza y se puso a mordisquearla.

—Solo me voy a esquiar —dijo.

Había tenido otros novios, pero ninguno como él. Ed, que tenía el pelo rubio platino de punta y al que le gustaban Chaucer y el hip-hop francés, y Paul, que jugaba de delantero centro de reserva para el equipo de Tonridge y que nunca consiguió quitarse la graciosa costumbre de llamar a su padre «señor». No obstante, eran chicos con los que salía sin plantearse nada más, una simple manera de pasar los largos, interminables veranos de una ciudad de provincias, alguien con quien estar, precisamente cuando todo el mundo se estaba emparejando, sentados el uno junto al otro en los bancos del parque y compartiendo auriculares. Nunca había estado enamorada, la verdad es que no; ni en su primer año de universidad ni en su tierra natal.

Joel le llevaba diecinueve años a Hadley; tenía treinta y nueve, y ella veinte, y estaba segura de que él había tenido bastantes experiencias amorosas. Sonreía con demasiada facilidad, te observaba con demasiada avidez, era demasiado lanzado como para no haber seducido a una mujer detrás de otra antes de ella, aunque en ningún momento sintió que alguna de ellas, o que esa circunstancia, importara. ¿A qué conclusión había llegado tras la muerte de Kristina? Que el futuro es incierto. Que un día de lo más corriente, con el aire cargado de copos de nieve, con las velas de una tarta parpadeando mientras se entonaba un entrecortado «cumpleaños feliz», cuando la gente de Lausana doblara su ropa, se descalzara y se fuera derecha a sus camas con edredones de pluma de oca, el mundo de alguien, como mínimo el de una persona, podía irse al traste. En tales circunstancias, el pasado contaba poco. Lo único que quedaba era el presente.

Joel y Hadley no podían pasear por las calles de Lausana agarrados del brazo ni besarse bajo los castaños o en las fuentes de Ouchy como otras parejas. No podían sentarse en un rincón de un café ni agarrarse las manos al pasarse el azucarero. A veces intentaba imaginarse haciendo tales cosas, pero le resultaba imposible. Se planteaba si eso importaba, la incapacidad de imaginar un futuro corriente. A menudo le costaba creer que estuviera allí con ella; aparentemente era demasiado temerario para una ciudad como Lausana. Llevaba el pelo levantado con un ángulo demasiado pronunciado, no se afeitaba bien, no abrillantaba los zapatos y se ponía calcetines desparejados. Se lo imaginaba, por el contrario, tirando de un gigantesco pez en un océano salado, apretujado entre el gentío de una plaza de toros, rechazando copas en

un bar con serrín esparcido por el suelo... Con dichas imágenes creó el personaje de su propia versión de Hemingway, y ella se convirtió en su sierva consorte, presta y devota, con la picazón de los besos en los labios.

Al día siguiente de leer la nota sobre el esquí, Hadley se hizo la rezagada al final de clase. Hizo tiempo al fondo del aula mientras Joel metía de cualquier manera los papeles y los libros en su maletín. Ella se rascó el brazo distraídamente y miró a otro lado. Cuando salió el último estudiante y cerró la puerta tras de sí, se acercó al atril y posó la mano con vacilación en la suya. Notó el aliento caliente y susurrante de Joel contra su oreja. El ruido de sus respectivos pasos se dejó sentir escalera arriba hasta su despacho, y allí se besaron, empujándose contra la chirriante estantería, hundiéndose en el baqueteado sofá, apoyándose contra el pico del escritorio, al tiempo que él enredaba las manos en su pelo. La puerta estaba cerrada con llave y las persianas bajadas; Coltrane, como siempre, ahogaba el timbre del teléfono y los pasos de cualquier visitante. Joel le quitó la prenda de arriba, una camisa de cuadros escoceses que normalmente llevan botones de esos que hacen perder la paciencia: se la desabrochó sin pestañear, le dejó los hombros al descubierto y la dejó caer al suelo. Le besó los pechos, le mordisqueó el encaje del sujetador y le acarició los pezones con los labios. Hadley dio un grito ahogado y deslizó las manos por la curva de su espalda, apretándolo contra sí. Pero de pronto él se detuvo. Le puso el sujetador. Se agachó para recoger la camisa y se la echó con delicadeza por los hombros. La besó en la punta de la nariz.

—Me estás desatando, Hadley Dunn —dijo.

—Yo ya estoy desatada —dijo ella, extendiendo los brazos hacia él.

Él le cogió la mano y la agarró con firmeza.

—Pronto estaremos en la montaña. Muy lejos de este lugar. Entonces no habrá nada que nos detenga.

—Eso no será hasta el año que viene, dentro de días y días y días. Puede que meses.

—Necesitas más tiempo para decidir si no soy demasiado malo para ti —dijo él.

—No lo eres —repuso ella—, eres bueno. Eres estupendo.

Él le abotonó la camisa, despacio, como si estuviera armándola de nuevo después de desarmarla.

—Ojalá fuera así —dijo él.

—Te pareces a Jake Barnes. A continuación dirás algo así como: «Qué bonito pensar así, ¿verdad?».

—No puedes hablar de *Fiesta* —le advirtió él— y esperar que todo acabe ahí. —Empezó a desabotonarle la camisa de nuevo y de pronto se detuvo—. De hecho, soy más duro que todo eso —añadió—, pero buen intento, Hadley.

Ella suspiró y alargó la mano para coger el abrigo.

—No vamos a esquiar mucho, ¿verdad?

Él meneó la cabeza de lado a lado. Sonrió.

No solo se veían a puerta cerrada. A pesar de su pulcra apariencia, el Institut Vaudois tenía rincones más abandonados. Entre el bloque de Lenguas Extranjeras y el de Humanidades había una zona de hierba reseca y escuálidos pinos donde una vez se besaron con un descaro asombroso. Iban caminando tranquilamente, Joel con una carpeta bajo el brazo, Hadley con un montón de libros de la biblioteca, y se salieron del camino. Un par de pasos más allá y nadie les vería: el lugar perfecto para un *rendez-vous*, un *tête-à-tête*. Ella se preguntaba por qué se utilizarían a menudo palabras francesas en tales ocasiones. Quizá porque poseían una connotación misteriosa de la que carecían expresiones como «tenemos que hablar» o «¿quedamos?». Sabía que la palabra «*affaire*» se decía en francés «*une aventure*». Una aventura. Sonaba absolutamente perfecta, vitalista y emocionante, con la connotación implícita de que podía no durar, de que probablemente no durara, aunque no por ello perdía su fuerza. Sabía que Kristina lo había sentido así con Jacques. A pocos pasos del camino del campus Joel la besó, y posteriormente ella recordaría que habían oído pasos aproximándose y que él le había tapado la boca con delicadeza para acallarla; ella había pegado la lengua a su palma y saboreado la sal, con ganas de más. Sabía que él se reprimía porque se sentía culpable, cosa que entendía; ambos fingían que habían rebasado una línea, pero sin dar el salto del todo. También era consciente de que la espera no podía durar mucho más. Pensó en ello mientras se quitaba agujas de pino del pelo. Tenía barro en las suelas de los zapatos, y sonrió.

Una tarde, al llegar a Les Ormes, Hadley abrió su buzón y encontró un paquete. Lo primero que le vino a la cabeza fue el hombre del que se acababa de despedir. Quizá fuera un regalo, una primera edición de Hemingway o un ejemplar de la propia colección de ensayos críticos de Joel publicada por una editorial universitaria norteamericana con una nota escrita con su letra inclinada; de esos que al cabo de los años un nieto adolescente podía encontrar, y sobre el que deslizaría los dedos con una chispa de romanticismo en la mirada. «¿Quién era Joel?», preguntaría, esbozando una creciente sonrisa en los labios. Se estaba dejando llevar por la imaginación y era consciente de ello. El hueco que ocuparía Joel en su vida todavía era incierto. Sin embargo, la letra no era la suya. Era de cuidada caligrafía y gigantesca, se extendía descaradamente por todo el envoltorio marrón. Hadley lo abrió en el pasillo; dentro había un amarillento libro en rústica con una portada cursi: una mano enfundada en un guante, una pistola, una rosa. Entre las páginas había una postal con una foto del Hôtel Le Nouveau Monde. Al dorso, con la misma letra insólita, encontró un mensaje, ajustado y miniaturizado para adaptarlo al espacio.

—¡Hugo! —exclamó con un grito ahogado de felicidad y alivio.

A pesar de lo distraída que estaba, no se había olvidado de Hugo —de la crudeza de las últimas palabras que le dirigió, ni de la resignación de las de este—. Había intentado localizarle en el Hôtel Le Nouveau Monde, pero nunca estaba allí. Había pasado por la chocolatería, y tampoco había dado con él. Al final, caminando sin buscar pistas, sin mirar atenta a derecha e izquierda, despacio, triste, había ido a parar a la Rue des Mirages. Al cabo de unos días volvió a buscarlo al hotel y el camarero al que conocía de otras veces le preguntó si estaba buscando a monsieur Bézier. Ella asintió. «No siempre se encuentra bien, *mademoiselle* —le dijo—, no siempre viene». Hadley se marchó desanimada. «Antes siempre venía», se quedó con ganas de decirle, y entonces se preguntó qué le pasaría. Sintió un temor irracional ante la idea de no volver a verlo. Por alguna razón había evitado contarle nada sobre él a Joel. Todavía podía oír el tono socarrón de su voz al decir «tu profesor». Era mejor mantenerlos en mundos separados.

Leyó la tarjeta, aliviada:

Perdóname por mis ridículas insinuaciones. Eran divagaciones de un viejo pueril. A propósito..., quiero regalarte esto..., en mi opinión, uno de mis mejores libros. Ignora la cubierta: ha envejecido tanto como su autor. Las palabras del interior no son tan malas como podría parecer. Está en francés, así que a lo mejor necesitas un diccionario. A menos, por supuesto, que tu interés por la Literatura Norteamericana haya decaído en pro de un estudio pormenorizado de la lengua francesa (perdona de nuevo), en cuyo caso lo encontrarás penosamente fácil de leer. Feliz Navidad, Hadley Dunn.

Con mis mejores deseos,
Hugo Bézier

Posdata: Yo soy de hecho Henri Jérôme. Un *nom de plume*, como puedes comprobar en la portada. Tal vez podríamos volver a vernos para Año Nuevo. Los días se me hacen de lo más tediosos sin ti.

Hadley hojeó la novela y se fijó en los caracteres, apretujados, emborronados y anticuados. Deseó tener el suficiente dominio del francés como para leerla. Tal vez se lo llevara a casa en Navidad, provista de un diccionario. Le dio la vuelta y vio la fotografía del autor: un treintañero, pero indiscutiblemente Hugo. La línea de su mandíbula era la misma, al igual que sus ojos pícaros con los párpados caídos; de haberse tratado de una foto en color, brillarían con el marrón de la melaza. Llevaba puesto un suéter de cuello vuelto negro y sobre la frente le caían mechones de pelo rubio. La curvatura de su labio mostraba despreocupación. *Henri Jérôme*. Hadley se preguntó por qué habría elegido ese nombre, pues le parecía corriente. A lo mejor se lo preguntaba si volvían a verse. En Año Nuevo, después de esbozar a su vez una sonrisa de despreocupación perfectamente ensayada, le diría: «Hugo, la verdad es que tenías razón. A Joel solo le interesaba una cosa. No valgo ni la mitad de lo que pensabas». Y se reirían y él menearía la cabeza con gesto indulgente y pedirían un par de copas fuertes.

Hadley se llevó el libro a su habitación. Sabía por qué se lo había enviado y lo

entendía. No se trataba de una simple rama de olivo. Estaba segura de que deseaba que viera su foto de joven y las elogiosas reseñas de los gigantes de la prensa, *Le Monde* y *Le Figaro*; desearía decirle: «Así era yo, y así sigo siendo». Curiosamente, le vino a la mente una fugaz imagen de Hugo y Joel, cara a cara, hombro con hombro, con los puños apretados. Un Hugo más joven, a la defensiva, como Joel ahora. *Henri Jérôme*. Colocó el libro con cuidado sobre el estante, junto a la novela de Kristina ambientada en la Riviera con la postal de amor apasionado del ilocalizable Jacques aún entre sus páginas. Su estantería se estaba llenando de tesoros, inapreciables a la vista de un extraño, pero de lo más valiosos para ella.

La noche antes del vuelo a Inglaterra, Joel y Hadley quedaron para tomar algo. La llevó a una población a orillas del lago, junto a la carretera de Vevey. Era poco más que una aldea con una hilera de veleros amarrados entre los juncos. El alegre toldo del único café-bar del lugar, desvaído por el tiempo y rasgado por los bordes, se agitaba con el viento de la noche. Se sentaron al calor de una estufa en la terraza, con vistas a las oscuras aguas. Ella se arrebujó en el abrigo y Joel la rodeó con el brazo.

—¿Has entrado en calor? —le preguntó él.

—Casi —contestó ella. Bebieron whisky mientras Joel fumaba un cigarrillo detrás de otro. En las inmediaciones tintineaban los amarraderos de los barcos.

—Es increíble que este sitio esté abierto —comentó ella—. ¿Quién vendrá aquí?

—Gente como nosotros —respondió Joel. Seguidamente la besó en la cabeza—. No hay nadie como nosotros.

—Esta es la primera vez que tenemos una cita propiamente dicha —dijo ella.

—Pero tú entiendes por qué —explicó él, volviéndose hacia ella. En la penumbra, tenía la tez gris—. Me encantaría llevarte a los mejores sitios, pero no puedo. Nos encontraríamos a algún conocido.

—Podríamos ir a tu casa —sugirió ella.

—Eso no es salir —repuso él.

—Bueno, no, pero haríamos algo. Por lo menos no es a la salida de clase, en tu despacho o al fondo de la biblioteca.

—¿Al fondo de la biblioteca?

—Me pusiste la mano en el culo en la sección de poesía —le recordó ella.

—Vaya, lo siento.

—¿Tanta importancia tendría que nos viera la gente?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no vamos a tu casa y ya está?

—Pero si te estoy ofreciendo todo esto —dijo él con el brazo extendido, abarcando los afilados juncos, la espuma de los barcos y las sillas de plástico de un blanco grisáceo de la terraza—. ¿Te parece poco?

—Es que en cierto modo es como si nos estuviésemos escondiendo.

Él apuró su copa.

—No quiero que te sientas así, Hadley. De verdad. No te he llevado a mi casa por...

—¿La cotilla de tu casera?

—No —contestó él, riendo.

—¿Los cotillas de tus vecinos?

—¿Cotillas? Inexistentes, más bien. Vivo en un bloque donde todo el mundo anda de puntillas. Mis vecinos son fantasmas, estoy seguro.

—Entonces, ¿por qué?

—Por nada. Tienes razón. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Igual pensaste que sería romántico.

—¿Romántico? Sí. Puede. —Entonces le dio un beso. Uno de sus largos e intensos besos que solo le daba a veces. Ella se entregó por completo, y él, como siempre, fue el primero en apartarse. Sin embargo, al verle morderse el labio y su mirada lánguida, supo que lo había hecho a regañadientes—. Entonces, vamos.

En todas las ocasiones que se había imaginado el apartamento de Joel, él lo llenaba todo: estanterías atestadas de libros, filas de discos, cada centímetro de pared cubierto de ilustraciones, óleos llamativos y reproducciones de fotografías en tonos oscuros. De alguna manera, Hadley olvidaba que era tan foráneo en Lausana como ella y que sus comodidades serían probablemente tan escasas como las suyas. El apartamento se encontraba en un edificio en los alrededores de la Place Chauderon, al final de una estrecha y empinada calle residencial, flanqueado por antiguos bloques de viviendas de cinco plantas. Joel redujo la velocidad para buscar aparcamiento. Aunque había pocas farolas, Hadley pudo distinguir que el edificio era amarillo tostado, con postigos en todas las ventanas. Algunas tenían balcones de hierro forjado abarrotados de bicicletas colocadas en vertical y maceteros con matas desparramadas. Había una ventana cubierta de papel de periódico descolorido por el sol. Cuando se encontraban a pocos pasos del portal, vio la placa del portero automático, con al menos veinte pulsadores.

—¿Cuántas personas viven en el edificio? —le preguntó.

Joel estaba tanteando con la llave en la cerradura.

—Ya te lo he dicho, nunca veo a nadie. —Empujó la puerta con el hombro y entraron en el portal. El suelo era de losas y olía a humedad. Ella se limpió los pies en un felpudo de cerdas duras y echó un vistazo a las filas de buzones. La luz del techo parpadeó—. Venga —ordenó Joel—, subamos. No es precisamente el vestíbulo del Ritz.

Pues bien podría haberlo sido. Se agarró al pasamanos para mantener el equilibrio, pues la excitación la estaba poniendo nerviosa. Estuvo a punto de chocar con él cuando este paró en seco al doblar el descansillo y se puso a forcejear con la llave en la cerradura.

—Y a todos nos extrañó que este lugar estuviera disponible con tan poca antelación... —comentó, al tiempo que abría la puerta de un empujón—. Te diría: «Estás en tu casa», pero seguramente sería demasiado pretencioso.

Encendió las luces rápidamente y ella echó un vistazo a su alrededor. Era un estudio relativamente grande, con suelos de parqué arañados y techos altos. En el rincón había un sofá de piel negro. En la mesa de centro yacían desparramados viejos ejemplares del *New Yorker*, un cenicero lleno hasta el borde y un plato con un tenedor y restos de salsa de tomate solidificada. Había una librería baja con todos los estantes a rebosar y una lámpara con una tulipa con borlas como las faldas antiguas.

—Hadley, es un cuchitril. Ya ves. ¿Qué quieres que te diga?

—No es ningún cuchitril —replicó ella. Se acercó al sofá y se sentó—. ¿Dónde está tu cama?

—Estás sentada encima.

—¿Duermes en el sofá?

—Tenía intención de comprarme una, pero entre unas cosas y otras no lo he hecho. La verdad es que es bastante cómodo.

—Ya lo veo —dijo ella, al tiempo que se recostaba.

—¿A qué hora sale tu vuelo mañana?

—A última hora de la tarde.

—¿La maleta?

—Prácticamente hecha. Por cierto, casi se me olvida... —Hadley fue en busca de su bolso fingiendo despreocupación y sacó un regalo. Estaba envuelto en papel azul y atado con cinta blanca—. Es para ti.

—¿Me has comprado un regalo?

—Claro que sí. —Lo observó dándole la vuelta, con repentina timidez, mordiéndose el labio por la expectación—. Solo es un detalle —añadió.

Él lo desenvolvió con cuidado, acariciándolo a medida que retiraba el papel.

—Qué envoltorio más elegante —dijo—. No deberías haberlo hecho.

Dentro había un libro. Era una colección de fotografías de su rincón de Suiza, todas ellas tomadas en los años veinte y treinta. Lo había encontrado en el mercado de Ouchy, en una caja llena de libros en rústica amarilleados por el humo y libros de cómics franceses. En un primer momento le gustó para ella, pero luego pensó en Joel. Lo observó pasando las páginas: las tres colinas de Lausana, la popa achatada de un vapor rumbo a Montreux, escenas de nieve con pueblos cincelados y retazos de roca, todas imágenes en blanco y negro coloreadas. Las había también de personas disfrutando, hombres y mujeres ágiles con gorros para el sol y jerséis de punto, alegres y radiantes.

—Y mira quién hay aquí —dijo ella, acercándose para señalar.

Ernest y Hadley Hemingway aparecían de pie en la nieve. Llevaban botas recias y atuendo de tweed, pantalones holgados y calcetines enrollados por encima de las botas. Se observaban el uno al otro con miradas tiernas pero desapasionadas, a simple vista una pareja bien avenida. «Chamby, 1922», decía el pie de foto.

—Parecen felices, ¿verdad? —señaló Hadley.

Joel sonrió, como si estuviera saludando a viejos amigos.

—Puede que aparentemente. ¿Ves la fecha? Si es a finales de ese año, ella acababa de perder todas las obras de su marido.

—¿Fue en esa fecha?

—Efectivamente. Figúrate, llegar a Lausana, o sea, a nuestra ciudad, y enterarte de que has perdido una maleta que contenía todo cuanto había escrito tu pareja en el tren de París. Esa foto esconde un infierno.

Hadley pasó el dedo por sus rostros.

—No sé, me parecen felices. Ojalá no se hubieran separado.

—La historia está llena de personas que cometen errores garrafales —dijo Joel—. Lo lógico sería que aprendiésemos, pero por desgracia el miedo no parece extinguirse con la evolución. Y el miedo casi siempre es la razón.

—¿Dijo eso Hemingway?

—No. —Le cogió la mano y se la besó—. Hadley, es un regalo precioso, de verdad. Lo conservaré siempre. ¿Sabes? Tu regalo es la excursión de esquí. O sea, no puedes desenvolverlo, pero... despertará menos sospechas la mañana del día de Navidad. Bueno. Quizá. Depende de lo que le cuentes a la gente.

—No quiero pensar en la gente. Dime qué vamos a hacer en la montaña.

Él dejó a un lado el libro y se arrellanó con ella en el sofá, con las piernas despatarradas. Se quitó los zapatos de un puntapié y se estiró como un gato, apuntando al aire con sus calcetines desaparejados. Se volvió hacia ella sonriendo con una mueca.

—Nos alojaremos en una cabaña que está alejada de las otras. Tiene una chimenea que caldea todo el ambiente, con lo cual todo lo que lleves olerá a humo de leña y te entrarán ganas de comértelo. Hay una pista por la que podemos bajar esquiando al pueblo, y las únicas huellas que verás serán las de ciervos, marmotas o zorros.

—¿Has estado allí antes?

—Un montón de veces, en mi imaginación.

—Descríbeme la cama.

—Es una cama grande. La cabaña es pequeña, pero el tamaño de la cama puede ocupar todo el espacio.

—¿No llenaba todo el fuego de leña?

—No, el humo del fuego de leña. La chimenea en sí es pequeña y pintoresca. Es muy reservada y no nos incordiará si no queremos.

—Suenas muy romántico.

—¿A que sí? Y te enseñaré a esquiar, claro.

—¿Y si soy una negada?

—Qué va.

—Pero ¿y si lo soy? ¿Y si me caigo y me pierdo en el bosque?

—No te perderé de vista —le aseguró él—. Al final acabarás harta de mí. Desearás no haberme conocido.

—Imposible.

—¿Puedo besarte?

—Nunca me habías pedido permiso.

—Estoy tratando de comportarme como un caballero.

—Por favor, no lo hagas —dijo ella.

Ella inclinó la cabeza y se besaron, al tiempo que Joel tiraba de ella hacia su regazo como si no pesara absolutamente nada. A Hadley le ardieron los labios. Cerró los ojos con fuerza y, al abrirlos un instante, un fugaz instante, vio que él los tenía abiertos de par de par observándola, con las pupilas empañadas.

Cerró los ojos de nuevo.

Por primera vez, se entregó totalmente a él.

A la mañana siguiente Hadley se despertó en el sofá de Joel. Se quedó mirando el techo y se deprimió como siempre al acordarse de Kristina. Se estiró; tenía la espalda entumecida de haber dormido retorcida. En un primer momento no encontraba a Joel, pero después distinguió su silueta junto a la ventana. Estaba fumando, mirando abajo hacia la calle. Pensó en la noche anterior. En cómo al final la había estrechado entre sus brazos, apretándola con tanta fuerza y durante tanto tiempo como si ese abrazo fuera lo único que necesitaba, lo único que deseaba, lo único que temía. «No lo conocía hasta ahora», pensó.

—Buenos días —susurró ella.

—Estás despierta. Hola. —Él permaneció junto a la ventana, con una expresión indescifrable por la intensidad de la luz que le daba de espaldas—. ¿Qué tal? ¿Estás bien? —le preguntó.

—¿Bien? Mejor que bien —contestó ella.

—Eso es bueno. Es estupendo.

—¿Tú no?

—¿Yo? Ya lo creo. Resaca, eso es todo.

—No bebimos mucho.

—Eso es lo de menos. Tengo mal despertar.

Al apartarse de la ventana lo distinguió con claridad. Tenía el filo de los párpados enrojecidos y el semblante pálido, angustiado por los fantasmas de la noche. A lo mejor no había pegado ojo. No recordaba haber notado su presencia de madrugada. Tenía la sensación de haber sido arrastrada por la corriente hasta una orilla, casi al límite de sus fuerzas, y de que al soltarla Joel se había abandonado al sueño.

Al enfrentarse a su huraña actitud, de repente se sintió demasiado desnuda y tiró de la manta para cubrirse el pecho. Su ropa estaba esparcida por el suelo, de modo que se echó la manta por encima a modo de toga y se agachó a recogerla.

—Pensaba que esta mañana te sentirías un poco mejor que de costumbre —dijo mientras sacudía los vaqueros. Dejó caer la manta y se los puso. Se quedó de pie frente a Joel, con el pecho desnudo—. ¿O es cosa de todos los días?

—Hadley, no ha sido mi intención —se disculpó él—. Lo siento. Me estoy comportando como un imbécil. Anoche fuiste..., eres... demasiado buena para mí. —Avanzó hacia ella y se agachó para recoger la camiseta de Hadley, que yacía arrugada sobre el suelo—. Toma —dijo, y se la puso sobre la cabeza. Le metió los brazos por las sisas rodeándole las muñecas con las manos. Tiró hacia abajo hasta la cintura.

—Te has olvidado del sujetador —señaló ella. Se le marcaban los pezones, y Joel se quedó mirándolos fijamente.

—Pues sí —admitió él. Había bajado el brazo y ella se fijó en que movía inquieto los dedos. Él se volvió a meter las manos en los bolsillos—. Si quieres darte una ducha, adelante. Te voy a dar una toalla.

—¿Joel?

—¿Sí?

—Nada. Voy a darme una ducha.

Una salida rápida seguramente sería lo mejor. Tomó esa determinación de pie bajo el refrescante chorro del agua, con los ojos escocidos por las lágrimas y el jabón. Al salir procuró actuar con rapidez y resolución. Tenía una taza de café esperándola y la cogió sin mirar a Joel. Le dio un sorbo, al tiempo que la sujetaba con ambas manos.

—Hadley —dijo él.

—¿Qué?

—Pienses lo que pienses, no suelo comportarme así.

—No pasa nada, no pienso nada.

—Bueno, solo quiero que lo sepas. De hecho nunca he estado precisamente en esta situación.

—¿Cómo ibas a estarlo? Esta ha sido nuestra primera vez. A lo mejor para ti no es gran cosa, pero para mí sí.

—Soy tu tutor, Hadley. Lo tengo presente de vez en cuando, ¿sabes? ¿Tú no?

—Por supuesto que sí. ¿Cómo se te ocurre preguntármelo siquiera? Y soy consciente de que estás arriesgando más que yo...

—No digas eso; eso me trae sin cuidado.

—Pues sí que lo tengo presente, Joel. Sí, eres mi tutor, sí, me doblas la edad...

—Hadley —empezó a decir, pero ella lo interrumpió.

—Pero esas cosas ya no tienen importancia. ¿Cómo van a tenerla? Nada tiene la

importancia que podía tener antes.

Se quedó mirándola. Se restregó la cara con fuerza.

—A veces no sé qué hacer contigo, Hadley.

—Anoche sí que lo sabías.

Ella buscó con la mirada su abrigo y su bolso y los vio tirados en una silla. Estaban justo donde los había soltado al quedarse parada en medio del estudio con las manos en jarras diciéndole: «Me gusta esto, desprende buenas vibraciones», y él había dado unos pasos hacia ella, con el rostro surcado de arrugas por la risa. Hadley recogió sus cosas.

—Por favor, no te vayas —dijo él—. Quédate.

—Creo que ya me he quedado más tiempo del que debía.

—¿Y te arrepientes?

—¿Arrepentirme? ¿De qué voy a arrepentirme? —Abrió los brazos de par en par, con las palmas hacia arriba—. Las cosas ocurren porque sí —apostilló—, y lo hecho, hecho está. Sin rencores.

Él se acercó a ella.

—¿Sin rencores? —le preguntó. Ella negó con la cabeza—. ¿Seguro? ¿De ningún tipo? Sé que lo dices con la boca pequeña —afirmó él. Le acarició suavemente la mejilla con el dedo y le secó una lágrima, una lágrima solitaria—. No llores, Hadley. No hay motivos para llorar.

—Siempre que estoy contigo y me siento feliz, luego me siento mal. Pero no pasa nada, sé que es lo que hay. No quiero que sea de otra manera, todavía no. Y sé que Kristina desearía que fuera feliz, aunque la fallé, aunque no pude hacer nada por ayudarla. Ojalá sepa que he hecho cuanto he podido por ella...

—No podrías haber hecho más.

—... Pero esta es la primera vez que tú tampoco pareces feliz.

—Hadley, lo soy.

—No te creo. Fíjate cómo estabas cuando me he despertado.

—Vales demasiado como para jugar contigo, Hadley.

—Todo el mundo vale demasiado, maldita sea.

—Quiero que lo nuestro vaya en serio. Quiero que tenga sentido.

—Serio no es lo mismo que triste.

—No estoy triste, Hadley. Ni mucho menos.

—Joel, ojalá fuéramos normales.

—¿Normales? Nosotros nunca seremos normales.

—¿Y si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias? ¿No habría sido mejor?

Joel la agarró de la mano y tiró de ella. Sus ojos tenían un azul más oscuro que de costumbre, el color del mar. Tenía los labios abiertos.

—Tú eras una mujer en un bar. Y luego estabas en la calle, con un abrigo que te

quedaba grande y las mejillas enrojecidas de frío, mirándome como si por un lado temieras que me abalanzara sobre ti, y por otro como si temieras que no lo hiciera.

—Ay, venga ya —dijo ella, riendo—. No es verdad.

—No cambiaría nada, Hadley —afirmó él—, porque, si lo hiciera, ¿a que no seríamos nosotros? Cuando te vi en ese espantoso bar supuse que serías una estudiante, pero me daba igual. Te seguí hasta la calle porque quería hablar contigo. Y resulta que acabas en mi clase. *Hadley Dunn*. Una hora entera pendiente de mí como si te estuviera contando un secreto. Y luego acudiste a mí. Cuando estabas en tu peor momento, recurriste a mí. ¿Qué opción tenía sino ayudarte? ¿Cómo iba a resistirme a eso, a lo que fuera? ¿Y cómo voy a resistirme ahora?

—No hay respuesta a eso —contestó ella—, ¿o sí? —Le puso las manos en el pecho. Notó los fuertes latidos de su corazón bajo las palmas.

—Si la hay, no me interesa —respondió él.

—Entonces dejemos de hablar.

—Hadley, yo...

Ella dio un paso hacia él y le robó las palabras de los labios. Envueltos en un beso, fueron cayendo lentamente al suelo y olvidaron todo lo hablado.

Su vuelo no salía hasta bien entrada la tarde. Recorrió las calles de Lausana, captando reflejos fugaces de sí misma en escaparates de vidrio plano. El aire, que le cortaba las mejillas, la tonificó y revitalizó. Era una nueva sensación. ¿Sería así como se sentía Kristina, volviendo volando a Les Ormes después de ver a Jacques, en los días buenos, en los mejores días? «Viva —pensó Hadley—, me siento viva» y, en lugar de venirse abajo ante esa evidencia, sonrió.

Iba camino del lago. Quería ver por última vez antes de Navidad si Hugo estaba allí. Llevaba en el bolso un pañuelo nuevo para él. El otro estaba lavado, secado y más o menos planchado, pero no habían desaparecido las manchas oscuras de la sangre de Joel. Por mucho que las había restregado, no había podido sacarlas, le había dicho Joel. Hadley le había comprado uno nuevo a Hugo, una especie de regalo de Navidad. Era de algodón color crema con una cenefa azul y venía en un estuche con un lazo.

En el Hôtel Le Nouveau Monde comprobó que, por fin, Hugo estaba nuevamente en su sitio de costumbre, removiendo su café mientras contemplaba la vista del lago, que debía de resultarle tan familiar como una foto sobre la mesilla de noche. Al mirarla, Hadley advirtió que tenía los ojos vidriosos. Parecía que tenía las mejillas más hundidas.

—¡Pero bueno! —exclamó él y se le iluminó la cara—. Pensaba que te habías ido hace tiempo a tu hermosa isla. ¿No pasarás aquí la Navidad? —Hadley le explicó que se marchaba ese mismo día, que solo quería desearle feliz Navidad y darle las gracias por el libro. No mencionó las dos semanas que habían transcurrido ni las veces que había ido a buscarle—. Ah, el libro —dijo él—, el libro.

—Entonces, ¿debo llamarte Henri Jérôme?

—Henri Jérôme —repitió él—. Hace mucho tiempo que no me siento Henri Jérôme.

—Me gustó tu foto —comentó Hadley, dejándose caer en el asiento de enfrente—. Parecías un tío guay.

—¿Guay? No creo. Era muchas cosas, pero no creo que guay fuera una de ellas ni por asomo.

—Vale, eras guapo. Muy guapo.

—Ah, eso no te lo discuto. ¿Café?

—Por favor. Siento haberme enfadado tanto contigo la última vez —dijo Hadley, mientras observaba cómo le servía café de una jarra de plata—. No fue un gesto muy elegante por mi parte. Es que me sentía tan desamparada... Llegué al final del camino

de sopetón, tal y como dijiste, y no sabía qué hacer. Hiciste todo lo que estuvo en tu mano por Kristina, y te portaste tan bien conmigo... Te has ganado el derecho a meterte un poco conmigo, no hay duda.

—Tal y como dije en la carta, eran ridículas insinuaciones de un viejo celoso. Y no me gusta darme por vencido, en realidad por eso estaba irritable. En la vida real, la gente se sale con la suya en los accidentes que resultan ser crímenes. Tal vez por eso siempre he preferido la ficción.

Hadley cogió la cucharilla de plata entre los dedos y la examinó. Le dio dos vueltas y la dejó en su sitio.

—La vida real no es tan mala —señaló ella.

—Pero lamento no haberte sido de más ayuda. Aunque tampoco es que ese profesor errante tuyo haya servido de gran cosa.

—Oh, sí que ha ayudado, solo que de otra manera, supongo.

—Sí, ya lo veo —dijo Hugo, llevándose la taza de café a los labios—. Me he dado cuenta, de hecho, en el instante en que has aparecido.

De repente Hadley levantó la vista.

—¿De qué?

—*Mais oui*, has entrado con brío. Me gustaría pensar que ha sido por tu euforia al volver a verme, al comprobar que, por el hecho de venir aquí y encontrarme tomando mi café y mi coñac a la misma hora de siempre, al menos hay cierta coherencia en el mundo. Aunque me temo que eso es de una autocomplacencia de lo más fútil. —Ella se echó a reír y apartó la vista. Esta vez no se iba a enfadar, esta vez él había dado en el clavo—. Hoy tienes un aire pícaro, eso es —continuó él—. ¿Sabes? Eso es lo que pensé la primera vez que te vi. Por el pelo. O por su ausencia, más bien.

Ella se pasó la mano por el pelo y se alborotó las puntas.

—Tengo que cortármelo ya, lo llevo demasiado largo. Ah, por cierto —dijo al tiempo que cogía el bolso—, tengo un regalo de Navidad para ti. Bueno, no exactamente, porque es tu pañuelo. Después de todas estas semanas... Perdona el retraso. De hecho, es nuevo. Pensé que sería un detalle en lugar de devolverte el usado.

—Qué exquisito detalle —comentó Hugo, dándole vueltas al estuche—. Gracias. —La volvió a mirar—. Desde luego, pareces de lo más animada. Pero, claro, dicen que los jóvenes recuperáis el norte con más facilidad que los viejos.

Ella echó un terrón de azúcar en su taza, lo removió y observó cómo se consumía poco a poco. Chupó la cucharilla.

—No he recuperado nada, Hugo —repuso—. No sé quién soy.

Miró distraídamente el café y el lago. A pesar de la languidez del día, las aguas estaban revueltas. Las crestas de las olas se batían contra la flotilla de barcas de pedales, apenas visible junto al embarcadero, y una bandada de una veintena de

gaviotas planeaba en sinuosos círculos.

Entonces él posó la mano sobre la suya, y se la apretó con fuerza.

—Ten cuidado —le advirtió.

—¿Por qué dices eso?

—Ha sido un impulso, repentino. ¿Mi intuición se equivoca?

—No lo sé. A decir verdad, resulta estimulante. —Soltó una risa estridente—. Me sorprende que no hayas pedido coñac para mantenerte a tono.

Él le soltó la mano. «Ten cuidado», repitió. Esta vez no la miraba a ella, sino a un punto indefinido entre los dos. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba distinta.

—Mientras andabas ocupada de acá para allá, he estado pensando —explicó—. He intentado sacar mis propias conclusiones.

—¿Pensando en qué?

—En Jacques.

—Jacques lo mismo es un fantasma, Hugo. Ambos lo sabemos.

—¿Y si eso es precisamente lo que es? ¿Y si, de hecho, ni siquiera es Jacques? No es más que una idea que me vino a la cabeza escribiéndote aquella tarjeta, al desempolvar al viejo «Henri Jérôme». Kristina necesitaba un seudónimo para su novio secreto, así que ¿por qué no Jacques? Suena bastante bien, *n'est-ce pas*? Y si es el caso, entonces Jacques, querida, podría ser cualquiera. No es una tapadera muy estudiada, pero sí efectiva. No estaría de más que consideraras a la gente del entorno de Kristina. Incluso a los conocidos de ambas. ¿Podría alguno de ellos ser Jacques?

—Lo conoció en la Riviera, Hugo. Él no tiene ninguna relación con Lausana.

—Pero ¿a que era una buena historia? ¿Su primer encuentro? Una obra de ficción perfecta.

—Hugo —empezó a decir Hadley, pero se detuvo. A continuación añadió—: Hay quienes tienen ese tipo de vida. Vidas extraordinarias, perfectas, interesantes. Puede que la tuya lo fuera en sus tiempos. Puede que la mía lo sea algún día. ¿Me estás diciendo que lo pones todo en duda? ¿Que sospechas de todo el mundo?

—No —respondió—. No de todo el mundo.

—He dejado de buscar —dijo ella—, ya lo sabes. Estoy intentando hacer caso a todo el mundo. Estoy intentando seguir adelante. ¿Podemos dejarlo ya, por favor?

Se tomaron el resto del café en silencio, intercambiando alguna que otra impresión sobre temas triviales. Elogiaron la danza parsimoniosa de los camareros y se quedaron mirando al pasar un carrito de dulces con pastelillos colmados de fruta y escucharon los exquisitos elogios de sus receptores.

—¿Te apetece uno? —le ofreció Hugo—. La repostería de aquí es de lo más deliciosa.

—No, gracias —respondió Hadley, y seguidamente añadió en tono amable—: A lo mejor la próxima vez. —Finalmente, empezó a ponerse el abrigo—. Voy a tener

que irme —dijo—, todavía no he empezado a hacer la maleta. —Sacó el gorro del bolso, se lo puso y se arregló las puntas del pelo con los dedos. Hugo la observaba con la cabeza ladeada y le tembló la comisura de los labios.

—¿Qué haría falta para que Henri Jérôme retomase la escritura? —preguntó ella de improviso.

—Esa es una pregunta para la que no tengo respuesta.

—Me da la impresión de que lo echas de menos.

—Quizá —dijo él—, aunque ese capítulo se cerró hace tiempo.

—Pero todavía lo tienes, ¿a que sí? —inquirió Hadley—. El olfato de escritor. Sabes reconocer una historia.

—Pero ¿qué es esto? —protestó Hugo—. Cumplidos. Ánimos. Halagos ridículos... Si vuelvo a comprobar que estás de especial buen humor, confío en que te abstengas de echarme un rapapolvo.

—Acertaste en tus deducciones, Hugo.

—¿Mmm?

—Tenías razón en lo de mi profesor y yo.

—¿En qué tenía razón? —preguntó él, despacio.

—Al pensar que podía haber algo —contestó Hadley.

—*L'amour*?

—Tú lo viste venir. No me explico cómo.

Él rio quedamente y se rascó con delicadeza la comisura de la boca con la yema del dedo.

—Ah, pero ¿es amor, Hadley? —le preguntó.

—No sé si es amor, pero... a lo mejor. A lo mejor lo será. De alguna extraña manera ya lo es.

Hugo resopló.

—Es la típica historia, sabes —dijo—, del profesor que tiene escarceos con sus alumnas. Pensaba que eras un poco más original, Hadley Dunn.

—¿Es que Henri Jérôme nunca escribía sobre el amor?

—Escribía sobre la muerte.

—¿Nunca sobre el amor?

—Sobre el sexo sí, no el amor.

Hugo la miró, pero Hadley se dio cuenta de que no tenía nada más que decir. Se encogió de hombros. Por alguna razón, las palabras que le vinieron a la mente fueron «lo siento». No las pronunció. Se puso de pie para marcharse y se dieron tres besos en la mejilla, al estilo suizo. Hugo la miró con una expresión un tanto herida.

—Bueno, feliz Navidad, Hugo. Nos vemos en Año Nuevo, espero.

—Si tienes tiempo, claro, da la impresión de que vas a estar ocupada —dijo, mientras ella se alejaba—. De modo que al final has encontrado a tu propio Jacques,

después de todo... —apostilló—, sin siquiera buscarlo. Un novio secreto para ti solita.

—Me habría encantado contárselo a Kristina —dijo Hadley, ignorando su tono—. Es lo último que se habría esperado de mí, estoy segura.

—Podríais haber cuchicheado sobre vuestras respectivas indiscreciones, y a vuestros amigos les habría resultado bastante insoportable.

—Los demás no lo entenderían, Hugo. Para ellos sería un chismorreó increíble y estarían dale que te pego todo el rato.

—¿Así que realmente es una aventura en secreto? Oh, caramba...

—¿Me prometes que no se lo dirás a nadie? —preguntó ella.

Hugo se irguió. Sentado tan derecho, tenía un aire principesco. Le quitó importancia con un ademán.

—Querida, ¿a quién diablos iba a decírselo? Salvo, tal vez, si muerdo el anzuelo que me has lanzado, a la página. A la página en blanco expectante.

Hadley se rio.

—Escribe lo que quieras, Hugo. No me importa. De hecho, creo que deberías. A lo mejor disfrutarías.

La despedida se alargó. Hadley le dijo adiós con la mano y se dio la vuelta, pero la voz de Hugo la detuvo.

—Menudo regalo de Navidad le has hecho —apostilló— a ese profesor tuyo.

Algo en su mirada la hizo arrebujaarse en el abrigo. Se acercó a él, notando que el camarero la observaba.

—Se ha portado bien conmigo —musitó—. ¿Vale? Cuando Kristina murió fue el único que entendió realmente cómo me sentía. Así fue como empezó. Con cariño, nada más.

—No será así como acabe —masculló Hugo.

—Y ahora ha puesto mi mundo patas arriba —dijo ella—. En el mejor de los sentidos.

—Suenas como si trataras de convencerte a ti misma, querida.

—Estupendo. Entiendo. No te gustan las historias de amor.

—No creo en ellas —afirmó Hugo en tono displicente.

—Pues no me lo creo —espetó Hadley.

—Este profesor tuyo... ¿cómo se llama?

—Sabes cómo se llama: Joel.

—Joel —repitió él, con marcado énfasis—. ¿Qué piensas que cree?

—Cree en la vida. Y en vivirla. No en esconderse a observar desde la barrera. —Él le sostuvo la mirada sin parpadear. Hadley esperaba que un atisbo de sentido del humor dibujara una sonrisa en su boca, pero fue en vano. Fue la primera en apartar la vista—. Feliz Navidad, Hugo —le deseó por encima del hombro.

El bungaló resplandecía de bombillas de colores. No era propio de sus padres hacer tales alardes, pero, según dijeron, este año era diferente; este año eran unas auténticas fiestas. En la puerta principal habían colgado un Papá Noel de plástico barrigudo y torcido. Hadley le dio un codazo a su padre y enarcó una ceja.

—Ya, sé que es un poco hortera —reconoció él—, pero tu madre no pudo resistirse.

Dentro, las habitaciones, tan familiares, resplandecían con espumillones y cordeles con tarjetas de Navidad. Había un árbol rechoncho en el mismo cubo pintado de rojo que siempre utilizaban y todos los adornos rebosaban nostalgia hogareña.

—¡Ya estás en casa! —exclamó su madre, rebosante de júbilo, y estrechó a Hadley entre sus brazos. Sam se lanzó hacia sus piernas y se enganchó a sus rodillas, al tiempo que trataba de encaramarse como un mono.

—Hay que cebarla —afirmó su padre—. Fíjate, está como un fideo. Menos mal que Suiza estaba llena de queso y chocolate...

—Qué alegría tan grande que estés aquí —dijo su madre, dándole un achuchón—. No te puedes ni imaginar.

—Me alegro de estar en casa —dijo Hadley.

Su madre la miró fijamente.

—Hadley, ¿estás bien?

—Muy bien —contestó—. Cansada del viaje, eso es todo. —Su sonrisa titubeó.

—Pasa algo... ¿Qué es, cielo? —Su madre le puso las manos en las mejillas, envolviéndole la cara con dulzura—. Te hemos echado muchísimo de menos —añadió.

Las punzadas en los ojos habían empezado a medida que el coche recorría el último trecho de entrada a Tonridge, al pasar por las hileras de bungalós achaparrados de ladrillo y los primorosos setos; la familiaridad de su viejo mundo le había producido bastante congoja. Había vuelto la cara hacia la ventanilla y logrado contener las lágrimas, pero ahora le ganaron la batalla. Mientras su madre y su padre la abrazaban les contó todo sobre su amiga Kristina. Permanecieron un rato de pie en una minúscula melé, en medio de la sala de estar. Sam se aferró a sus rodillas y se puso a cantar una canción sobre un reno de hocico rojo.

Hadley estuvo en casa poco más de una semana, aunque le dio la sensación de que

había pasado más tiempo. Llevó a Sam al parque y lo empujó en un columpio agrietado por el hielo, mientras él apuntaba al cielo con sus botas de agua amarillas. Charló con sus padres hasta bien entrada la noche; jugaron a las cartas, a los juegos de toda la vida con los que tanto disfrutaba, y bebieron crema irlandesa en vasos desparejados. Sintió que regresaba a su viejo mundo, un lugar donde su estancia en Lausana resultaba prácticamente inconcebible, aunque esa sensación en ningún momento le duró más de unos instantes y se sintió alegre la mayor parte del tiempo.

Un día les enseñó a sus padres las fotografías de Suiza, y aparecía Kristina, sonriéndole, como estaba convencida de que así sería. Kristina posando junto a la fuente de la plaza vieja, con una pierna adelantada coquetamente y saludando con el brazo. Casi podía oírla reír: «Dispara ya, Hadley», y verla parpadear al sorprenderla el flash. Kristina apoyada contra la entrada de Les Ormes, la ciudad difuminada al fondo, una ráfaga de viento sacudiéndole la melena... El gorro que llevaba era de color vino, ribeteado de pelo, y Hadley recordaba ese día con todo detalle. Irrumpieron en un café a tomar chocolate caliente con un chorrito de ron y crema y estuvieron sentadas allí riendo tontamente, lamiendo las largas cucharillas. Un camarero con ojos de lince observaba a Kristina desde su rincón. Es lo que tenía Kristina: hacía que la gente se parara en seco sin ser consciente de ello.

Al día siguiente Hadley sorprendió a su madre mirando de nuevo la fotografía de Kristina, con el resto en el regazo. Y vio a su padre entrar desde el jardín y sacudirse el barro de las botas diciendo para sí: «Sus pobres padres...». Hadley dejó que su hogar cumpliera su cometido; tomaba té, se repantigaba en los sofás y se dejaba reconfortar con las palabras de sus padres y la espontaneidad de Sam.

Las únicas ocasiones en las que Hadley se encontraba realmente a solas era en el baño y al acostarse por la noche. Era en esos momentos cuando le venía a la cabeza Joel. Se sumergía en la bañera, cerraba los ojos y sentía el flujo del agua en los oídos. Contenía la respiración hasta que jadeaba. Se incorporaba, se untaba jabón en las manos y se extendía suavemente la espuma por los brazos y el pecho, pálidos del invierno. La última noche que pasó en Lausana, las manos de Joel habían recorrido todo su cuerpo. Sus dedos habían dibujado contornos, como si se tratase de un espejo empañado, con mensajes delicados que descendían por su espalda, luego por el torso y por la cara interna de sus muslos, y sin embargo, milagrosamente, no habían dejado rastro en su cuerpo. Cerró los ojos y se dejó llevar, extendiendo el jabón en círculos a medida que el agua que la envolvía se volvía cada vez más tibia. «Eres tan pura», le había dicho él, en un tono que parecía absolutamente maravillado. «No dejes que te eche a perder, Hadley Dunn». Ella había enredado los dedos en su pelo diciéndole que se callara.

Al acostarse su primera noche en Tonridge sintió su peso, dentro y fuera de ella. Se apartó las sábanas de la cara para poder respirar. Deseaba estar en Lausana con

Joel, no allí sin él, y sin embargo, inexplicablemente, la reconfortaban las cosas a las que estaba acostumbrada: el carraspeo de su padre al cruzar el pasillo, su viejo gato Brady arañando la puerta de su dormitorio, la descomunal silueta de su viejo armario... Un resquicio de sí misma se aferraba a estas cosas mientras se precipitaba hacia lo desconocido.

El día después de Navidad les dijo a sus padres que tenía previsto marcharse. Se encontraban en ese rato muerto de un día festivo después del desayuno, cuando las horas se extendían por delante sin que nadie estuviera muy seguro de en qué iba a emplearlas. Su padre estaba sentado junto al piano tocando las teclas de izquierda a derecha con las yemas de los dedos. Su madre, doblando y doblando trozos de papel de regalo arrugados sin quitarle ojo a Sam, que estaba pintarrajeando sentado a la mesa del comedor. Hadley se encontraba hecha un ovillo en un sillón con un libro, el bloc apoyado en la rodilla y el bolígrafo listo para tomar notas. Tenía que entregar dos trabajos después de las vacaciones y todavía no había empezado ninguno.

—Bueno —dijo de pronto, bajando el bolígrafo—, todavía no hemos hablado de mi vuelta.

Su padre tocó unas notas altas del final del teclado, unos acordes musicales alegres. No se dio la vuelta.

—Oh, no hables de tu vuelta, Hadley, que acabas de llegar.

—Llevo siglos aquí —dijo ella— y aún me quedan tres días de vacaciones.

—¿Tres días?

Su madre sostuvo contra el pecho un trozo cuadrado de papel de regalo arrugado. Tenía las manos más enrojecidas que de costumbre, como si hubiera lavado a mano una tanda de ropa y se hubiera olvidado de ponerse los guantes de goma.

—Sí —contestó ella—, tengo que estar en Suiza para Año Nuevo. Creía que os lo había comentado...

—¿Para Año Nuevo?

Su padre se revolvió en el banco del piano, que crujió de forma alarmante.

—Oh, no... —dijo ella—, ¿pensabais que me iba a quedar más tiempo? Lo siento. No os importa, ¿verdad? Es mi única oportunidad, quizá en toda mi vida, de pasar el Año Nuevo en Suiza. Me han propuesto ir a esquiar.

—¿A esquiar? —exclamaron al unísono, con el mismo entusiasmo que desconcierto. Sam se dio la vuelta para unirse al coro. «Esquiar, esquiar, esquiar», canturreó, mientras seguía pintando.

Hadley soltó los deberes y se acercó a ellos. Le quitó a su madre el papel de regalo del pecho y le tiró de la manga a su padre. Sam siguió en la mesa, embadurnándolo todo de rosa y amarillo.

—Pensábamos que ibas a quedarte más tiempo. Tenemos una pieza de ternera en

el congelador; nos durará una eternidad sin ti —dijo su madre.

—Tu madre iba a hacer solomillo Wellington —comentó su padre—. Hemos estado leyendo cómo prepararlo.

—No sabía que lo teníais previsto —dijo ella—. Lo siento. Entonces, ¿os importa? ¿Os importa si me voy? Tengo el dinero para el billete.

—No es cuestión de dinero, Hadley. Es lógico que tengas ganas de estar con tus amigos —dijo su madre—. Es importante divertirse, teniendo en cuenta... todo.

La cogieron de las manos, y se sintió como una traidora. Entonces pensó en contarles lo de Joel. Pero ¿qué parte? A lo mejor su forma de leer pasajes en voz alta en clase, en tono profundo y uniforme, salpicado de pausas naturales. O quizá su manera de sonreír con desgana, como si costara arrancarle la sonrisa y al hacerlo de alguna manera te recompensase con algo más que su mera mueca burlona y lenta. O incluso que la había llevado a Ginebra para buscar sin éxito a una persona que posiblemente ni siquiera deseaba que la encontraran, y cómo la había rodeado por los hombros al cruzar una calle con nieve en polvo. Pero no esto: cómo le había hecho el amor en el sofá de su apartamento en una callejuela de Lausana, pues precisamente eso es lo que había sentido, más que sexo, y que se había olvidado de Kristina durante un instante aparentemente eterno, y que en lugar de enfurecerse se había alegrado.

En lugar de eso, su madre dijo:

—Estos amigos tuyos cuidarán de ti, ¿verdad? ¿Saben que es la primera vez que vas a esquiar?

Ella asintió y se limitó a responder con un «sí».

La última noche, la madre de Hadley fue a su habitación justo cuando ella se estaba metiendo en la cama.

—¿Puedo entrar? —preguntó desde el quicio de la puerta, con aparente timidez.

—Claro —respondió Hadley, y dio unas palmaditas en la colcha. Su madre se sentó y cruzó los pies, enfundados en sus gastados mocasines.

—Sé que te entusiasma la idea de esquiar. Ahora bien, en lo que se refiere a todo lo demás... En fin, no tienes que volver. No necesariamente.

Hadley se acomodó para apoyarse sobre los codos.

—Sí que quiero volver —le aseguró.

—Me alegro, mucho, pero... Solo quiero que sepas que nadie te culparía si decidieses lo contrario, si quisieras seguir el curso aquí. Después de lo de la pobre Kristina...

—Mamá, en serio, no pasa nada. Quiero estar allí.

Su madre la cogió de la mano.

—Eres mucho más valiente de lo que yo habría sido —afirmó.

—En realidad no se trata de valentía —repuso Hadley—, yo no lo llamaría así. Mamá, sí que pensé en dejarlo, aunque luego cambié de parecer; alguien me ayudó a cambiar de idea, de lo cual me alegro mucho. Es extraño, pero jamás me he sentido tan triste y al mismo tiempo tan feliz como en Lausana. Ni siquiera sé si eso es posible, pero así es.

Su madre esbozó lentamente una sonrisa triste.

—Hadley, ¿te puedo preguntar una cosa? —dijo, al tiempo que estiraba la colcha con la palma de la mano—. ¿Hay algún chico?

Hadley apoyó la cabeza sobre la almohada. El techo estaba tachonado de racimos de estrellas fosforescentes. Llevaban años allí y habían perdido su luminosidad hacía mucho tiempo. Se las había regalado un chico llamado Simon, sin duda con la esperanza de ser quien las agrupara en constelaciones para un día tumbarse boca arriba y verlas brillar él mismo, pero no lo había hecho ni él ni ningún otro.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó ella, sin apartar la vista de las estrellas.

—Soy tu madre, Hadley.

Finalmente, Hadley la miró.

—Sí —reconoció—, aunque no es precisamente un chico. Yo diría que más bien se trata de un hombre.

—¿Un hombre? ¿Cuántos años tiene?

—No lo sé —mintió ella—, es un pelín mayor. No mucho, la verdad.

—¿Dónde lo conociste?

—En el Institut.

—¿Está en tu clase?

—Sí. En la de Literatura Norteamericana. Es de Estados Unidos.

—¿Qué hace en Suiza?

—Lo mismo que yo, está de paso. Solo un año.

—¿También era amigo de Kristina?

—No.

—A lo mejor es bueno —dijo su madre—. ¿Es guapo, Hadley? ¿Uno de esos increíbles americanos de mandíbula cuadrada?

—No creo que tenga una mandíbula especialmente cuadrada —respondió ella—, la verdad es que no.

—¿Qué es lo que te ha enamorado de él?

—¿Enamorado? —Sin poder evitarlo, a Hadley la traicionó su sonrisa—. No he dicho que esté enamorada, mamá.

Su madre se agachó a darle un beso en la mejilla. Acto seguido, se puso de pie y se estiró la falda.

—Pero lo estás, ¿a que sí? Lo intuyo.

A Hadley nunca la habían recogido en un aeropuerto, y por poco tampoco esta vez. El disfraz de Joel era buenísimo. Estaba de pie, a pocos pasos de la fila de personas que aguardaban impacientes, de las que se apoyaban en la barrera con sus carteles de bienvenida caseros, ramos con envoltorios de celofán y sonrisas expectantes. Llevaba un gorro que Hadley nunca le había visto, uno con orejeras y forro de pelo que le cosquilleaba los lóbulos de las orejas. Sonreía tímidamente y estaba alerta; daba la impresión de que, si se miraba en su dirección durante demasiado tiempo, se daría la vuelta y echaría a correr, bajando como una exhalación la escalera mecánica, para perderse en el anonimato del gentío. Joel la agarró del codo y tiró de ella hacia sí para darle un beso rápido. Tenía los labios apretados y rígidos; las mejillas, recién afeitadas, de una suavidad inusitada. A Hadley no le parecía el mismo de siempre.

—Has venido al aeropuerto —dijo ella, echándose hacia atrás para mirarle.

—Vámonos de aquí —ordenó él.

Se relajó una vez dentro del coche. Alargó la mano hacia la rodilla de Hadley y le pasó los dedos de abajo arriba por los vaqueros.

—Había urdido toda una historia, ¿sabes?, por si veía a alguien conocido. Hasta yo mismo empecé a creérmela. Me estaban entrando ganas de ver a mi viejo amigo Jim, que aterrizaba en un vuelo de Madrid. Era la siguiente llegada después de la tuya. Lo comprobé en la pantalla.

—Buena tapadera —dijo ella.

—Jim y yo estábamos pensando que no estaría mal si nos fuéramos derechos a la montaña esta noche. Así, al despertarnos tendríamos todo el día por delante. Para empezar el día despejados. ¿Qué me dices?

—Me encanta la idea —respondió ella, pensando que se internarían en la noche a toda velocidad, con la música de jazz a todo volumen en el coche. Joel dejaría la mano puesta sobre su rodilla mientras con la otra sortearía las curvas cerradas bajo la mirada de los pinos con sus abrigo de invierno. Las carreteras estarían resbaladizas por el hielo y quizá el coche patinara un poco, y Joel sonreiría abiertamente a medida que serpenteaban entre las montañas. Hadley se acomodó en el asiento y se aflojó la bufanda. Le escocían los labios por los besos que le había dado en cuanto lograron escabullirse de la multitud.

—Ay, necesito pasar un momento por Les Ormes —dijo ella—. Quiero coger más ropa.

—Allí podemos comprar lo que te haga falta —repuso Joel.

—No, qué tontería. Tengo que hacer una parada rápida, será cosa de cinco

minutos.

—Vale. Si no hay más remedio... Es que no tengo ganas de que nos metamos en Lausana. Se supone que es una escapada, me apetece sentirme como nuevo.

—Por supuesto que vas a sentirte como nuevo —dijo ella, sonriéndole—. ¿Es que te cabe alguna duda? —A esas alturas ella sabía cómo llevárselo a su terreno. Lo convencería para que subiera a su pequeña y coqueta habitación alargada y lo echaría sobre la cama; tras las ventanas con los postigos abiertos resplandecería la noche de Lausana. Luego continuarían la subida a la montaña y Joel se sentiría, tal y como deseaba, «como nuevo»—. Creo que, una vez allí, te alegrarás de haber parado —añadió.

Tomaron la *autoroute* a gran velocidad en dirección a Lausana, llena de ostentosos coches suizos pegados unos a otros. Joel tenía la mirada fija al frente y el rostro surcado de haces luminosos. Hadley resplandecía por el ardor de sus intenciones y le miraba de reojo de vez en cuando, como retándole para que adivinase los motivos de su sonrisa.

Les Ormes estaba desierto, cosa que ella sabía, aunque aún tendría que hacerle entrar prácticamente a rastras. Él prefería quedarse en el coche; el roce de los labios de Hadley sobre su oreja y el calor de su aliento fueron lo único que le hicieron ceder. Se volvió a poner su gorro con orejeras, se metió las manos en los bolsillos y agachó la cabeza.

—Si alguien me reconociera, Hadley... —dijo, y el resto de la frase se quedó flotando en el aire.

Entraron a hurtadillas, como fugitivos, y, al pulsar el interruptor del pasillo, la luz tardó en encenderse: parpadeó y silbó mientras sus pasos chirriaban por el vestíbulo al pasar junto a las filas de buzones, el descarnado árbol de Navidad y los sofás de cuero desiertos. No se oía música procedente de las cocinas, portazos ni conversaciones. Todos se habían ido de vacaciones.

—He aquí mi mundo —dijo ella, parándose en la puerta de su habitación. Buscó a tientas la llave en el bolso. Se volvió hacia Joel, pero a él le había llamado algo la atención.

—Kristina Hartmann —dijo él, leyendo el nombre en la puerta contigua—. ¿Vivía en la habitación de al lado?

—Ya lo sabías —contestó ella. Lo cogió de la mano—. Vamos, este es mi cuarto.

—No me habías dicho que vuestras habitaciones eran contiguas —dijo él.

—Claro, así es como nos hicimos amigos.

—¿Por qué sigue su nombre en la puerta?

—Supongo que no habrán encontrado el momento de cambiarlo.

Ella había reparado en eso y le extrañaba que el maniático del portero o la

repeinada empleada de la universidad no lo hubieran quitado. Simplemente, se les habría olvidado. Por su parte, no tenía intención de hacerlo. Era el último vestigio de Kristina y, hasta que llegara alguien nuevo, seguía siendo su habitación.

—Hadley, no es bueno que tengas que verlo todos los días —señaló él. Empujó el trozo de papel con el dedo y lo sostuvo en la mano, tapando el apellido con el pulgar. «Kristina».

—Creo que me gusta bastante verlo —repuso ella—. La verdad es que sí. Es curioso. ¿Puedes volver a ponerlo?

—No —espetó él—, es morboso.

—Pero todavía es su habitación.

—No lo voy a poner —sentenció él, metiéndoselo en el bolsillo.

—Entonces dámelo, al menos —le pidió ella.

—¿Quieres este papel? ¿Con su nombre? ¿Por qué?

—Es que... No sé. No quiero que lo tires.

—Hadley, creía que querías ser feliz.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que no necesitas que te la recuerden continuamente. Esto... —dijo, al tiempo que se daba unas palmaditas en el bolsillo— no es nada.

—Si no es nada, ¿por qué te preocupas? —La rodeó con el brazo para apretarla contra su hombro, pero ella se zafó—. Joel. Por favor. Mientras no llegue alguien, sigue siendo su habitación.

La besó en la cabeza con una caricia tierna y al tiempo insistente.

—Te huele el pelo a miel —dijo.

—Joel..., ¿me lo devuelves?

—Hadley, ¿sabes lo que supone asumir que alguien se ha ido? Desprenderse de las pequeñas cosas. Esta... —dijo, y volvió a tocarse el bolsillo— es una de ellas. Tienes que deshacerte de ella. —Le quitó la llave de la mano y abrió la puerta. Empujó con el hombro y entró delante—. Ya es prácticamente Año Nuevo —continuó—. Un nuevo comienzo. Hay tantas expectativas por delante... ¿O no?

—Vale —cedió ella—. Sí, vale. —Hadley encendió la potente luz de la habitación. Se olvidaron de los prometedores susurros e ignoraron la cama. Se acercó al armario y le dijo por encima del hombro—: Solo necesito coger unas cuantas cosas.

Él no dio muestras de decepción. Se dirigió a la ventana.

—Esta vista —comentó— hace que te entren ganas de echar a correr y lanzarte al vacío, ¿verdad? Es como si te atrapara.

Abrió la puerta del balcón y Hadley notó la ráfaga de aire frío. Oyó el crujido de sus pasos fuera. Metió a toda prisa un poco de ropa en una bolsa. Echó un vistazo a Joel, pero solo pudo distinguir su silueta en la oscuridad, una figura solitaria, con la

ciudad desplegada ante sí. Metió un último suéter con dificultad en la bolsa y la cerró de un tirón.

—Listo —dijo en voz alta.

Él entró en la habitación con las mejillas enrojecidas del frío. Se restregó los ojos.

—Hace viento ahí fuera —le advirtió—. Deberíamos ponernos en marcha antes de que empiece a nevar.

El trayecto en coche a la montaña podía haber sido perfecto. El aire de la noche cerrada era fresco y limpio. La nieve se había acumulado en el arcén de la carretera y lucía un blanco resplandeciente bajo los destellos de los faros. Hadley observaba cómo descendía la temperatura en el indicador del salpicadero, al tiempo que se acurrucaba en el asiento y se apretaba la bufanda. No pusieron música ni hablaron; el único sonido era el roce de los neumáticos en la calzada. Joel mantenía la vista fija en la carretera, concentrándose en las curvas cerradas y en la pronunciada subida. Ella se preguntaba qué habría hecho si la hubiera estrechado entre sus brazos y besado en su habitación. Si la hubiera conducido con dulzura hasta la cama, susurrándole que lo perdonase y que lo único que deseaba era que fuera feliz. ¿Se habría relajado, echando la cabeza hacia atrás y dejando que la poseyera, tal y como ella se había imaginado poseyéndolo? Él, por el contrario, se había quedado a la intemperie en el balcón, apesadumbrado, y esa atmósfera de susurros cómplices se había disipado a consecuencia de una discrepancia sobre un nombre en una puerta. No era lo bastante madura como para mantenerse ecuánime. Permaneció en silencio a medida que ganaban altura, con la mirada fija en el mundo blanco del otro lado de la ventanilla. Se sentía tan indefensa como una fruta pelada, e igual de vulnerable.

Al final, lo que limó asperezas fue la belleza en sí. El coche avanzó mientras los neumáticos crujían sobre la nieve apelmazada, y al bajarse se encontraron bajo un dosel de pinos en calma. El aire gélido le cortó las mejillas y la respiración a Hadley. A lo lejos titilaban las luces del pueblo, pero la zona del monte estaba a oscuras y en silencio.

—Es por aquí, creo —dijo Joel, y la asió de la mano, entrelazando los dedos con los suyos.

La silueta de la pequeña cabaña, oculta entre los árboles, apenas se vislumbraba. Avanzaron hacia la luz que despedía el farol colgado bajo los aleros mientras sorteaban ventisqueros a la altura de la rodilla. Había tal quietud y crudeza en el ambiente que le daba la sensación de que la traspasaban, arrastrando cualquier resquicio de incertidumbre. Al llegar al porche se sacudieron los zapatos, soltando terrones de nieve con los pisotones. Joel sacó una llave del bolsillo y le dio dos vueltas a la cerradura. Ella le siguió al interior mientras él encendía una lámpara.

Era una cabaña sencilla, una casa para dos, con el suelo de pizarra y las paredes

de pino color miel. Había vigas de madera hasta el techo, y el suelo estaba cubierto de alfombrillas de piel de cordero. La leña ya estaba preparada en la chimenea, y Joel la encendió con una cerilla. Las llamas prendieron con avidez y una luz parpadeante inundó la sala. Les habían dejado una cesta con dos botellas de vino y tabletas de chocolate suizo, una porción de queso de montaña curado y un paquete de galletas saladas. Había una nota del dueño, una tarjeta con una letra curvilínea que decía: «Bienvenus et bon ski». Volvió a preguntarle a Joel cómo había encontrado la cabaña y él se encogió de hombros. «Fue un golpe de suerte», dijo, e inclinó la cabeza para besarla.

—Es como un decorado de cine —señaló ella, al tiempo que se apartaba con una sonrisa—, una preciosidad.

—¿De modo que te he traído hasta aquí y no vas a darme un beso?

—Me siento como una heroína, de esas de cuento de hadas. Tengo que mantenerte a raya un poco más —respondió, y se zafó de su abrazo.

—Esta noche vamos a hacer un picnic delante de la chimenea. ¿Qué te parece para un cuento de hadas?

—Suená bien —contestó Hadley—, no es mala idea.

—Comeremos todo revuelto, primero el chocolate, después el queso. ¿Una copa de vino?

—Mejor una botella para cada uno.

—Hadley, escucha: he estado un poco seco durante todo el camino —reconoció él.

—No has estado un poco seco —puntualizó ella—, has estado callado como un muerto.

—Siento que te disgustaras en Les Ormes.

—No quiero hablar de eso —repuso ella.

—Vale, entonces siento no haber hecho esto antes.

Empezó a desabotonarle la blusa. Ella bajó la mano y le desabrochó la hebilla del cinturón.

—Estás perdonado —le dijo, y él le dio un beso intenso y apasionado.

Desaparecieron juntos en un lugar completamente distinto, donde no había palabras, solo labios mordisqueados, susurros y una armonía cómplice. La mente de Hadley solo divagó en una ocasión, y le asaltó la idea de que allí, en lo alto de las montañas, tal vez las cosas que realmente importaban eran extraordinarias.

Al despertarse Hadley notó el contacto de su cuerpo en todos los puntos del suyo: el hueso de su tobillo, la curva de su espalda, la nariz pegada al lóbulo de su oreja... La noche anterior no consiguieron llegar a la cama; se quedaron dormidos abrazados en el sofá, con las mantas hasta la cintura. A pesar del calor de Joel, tenía frío; hacía tiempo que el fuego de la chimenea se había convertido en cenizas. Se zafó de él con cuidado, apretando los labios para no hacer ruido. Encontró el suéter de Joel en el suelo, se lo puso y fue descalza a la cocina, donde encontró café y leche fresca. Puso un cazo a calentar y se dirigió a la ventana para descorder la cortina. Fuera había un mundo completamente blanco y el sol ya asomaba en el cielo celeste. Las copas de los árboles estaban cubiertas de tenues nubecillas. Era el panorama más inmenso que había contemplado en su vida: laderas alpinas, campos de nieve ondulados, picos de un blanco grisáceo y mantos de bosque.

Notó sus manos en los hombros y se dio la vuelta. Joel tenía el pelo de punta y le habló con voz amodorrada.

—Al despertarte esta mañana y ver que estabas aquí, ¿qué has pensado? —le preguntó.

—¿Qué quieres saber? —contestó ella, risueña—. Sí, te agradezco que me hayas rescatado. No, no me arrepiento ni por un segundo. Y sí, me harías un gran favor si luego me hicieras el trabajo de Literatura Norteamericana, pues he estado un poco distraída en las vacaciones. No he dejado de pensar en un hombre, ¿sabes?

Él agachó la cabeza y soltó una estentórea risotada.

—No, me refiero —explicó, apretándole los hombros— a si ha sido como te prometí. ¿Al abrir los ojos has pensado en otra cosa? ¿En lo que te dije, aquella vez en mi despacho?

—Ah, eso.

Hadley volvió la cabeza hacia la ventana. Fuera, el sol creaba reflejos azulados sobre la nieve. Los pinos, con un manto de nieve, se arracimaban en cúmulos susurrantes. Vio un carámbano colgando del techo, con su afilada punta traslúcida. Todo tenía un matiz irreal. Desde donde estaba sentada, si no apartaba la vista de la ventana no existía ninguna referencia que los ubicara en el mundo que conocían. Se volvió hacia Joel.

—Me refería —explicó él— a si has pensado en Kristina.

—Sé a lo que te referías —musitó ella.

—¿Y?

—Y... sé que me sentiré mejor. Ya me siento muchísimo mejor, Joel. Lo que pasa

es que todavía... no del todo. Pero no te preocupes. Por nada.

Él alargó el brazo y le cogió la mano. Hadley llevaba un anillo, una diminuta estrella engarzada en un aro de plata. Él lo sujetó entre los dedos y lo hizo girar ligeramente.

—¿Me avisarás? —le preguntó—. ¿El día que te despiertes y pienses en otra cosa? En tostadas, en café... En esas cosas necesarias e insignificantes de las que te hablé. ¿Prometes que me avisarás cuando eso ocurra?

Ella cerró la mano en torno a la suya y asintió.

Joel la llevó a las laderas; a Hadley le apretaban las botas de alquiler, y al principio sus pantorrillas protestaron mientras avanzaba tambaleándose. Se sorprendió al comprobar que esquiar se le daba mejor de lo que pensaba. Le gustaba el hecho de que el menor movimiento, como doblar la rodilla o desplazar el peso del cuerpo, pudiera alterar su curso, aumentar su velocidad o pulir un giro. Joel la observaba apoyado en sus bastones de esquí, con el pelo echado hacia atrás por la brisa. Con el traje de esquí parecía sacado de una postal, moreno y enérgico.

—Te comenté que Kristina iba a enseñarme a esquiar —dijo ella, al parar para recuperar el aliento al final de una pista—. Apuesto a que se le daba fenomenal.

—Recuerdo que me lo dijiste.

—Me refiero a esquiar, seguro que se le daba fenomenal. Aunque puede que hubiese sido una maestra pésima. No me la imagino haciendo tiempo de pie, esperándome como tú. Le habrían dado ganas de seguir esquiando. De hacer cabriolas, seguramente. Era más atrevida que yo.

—Tú eres bastante atrevida —afirmó él.

—No sé hasta qué punto.

—Estás aquí conmigo, ¿no?

Ella hizo amago de acercarse a él, perdió el control de los esquís y resbaló. Acabó tirada en la nieve, muerta de risa, con los esquís cruzados. A él se le contagió la risa y alargó la mano para ayudarla. Las montañas devolvieron el eco de sus carcajadas, una y otra vez.

Ya en pie, con los esquís en posición, Hadley lo retó con una sonrisa.

—A ver si me pillas —exclamó.

Salió lanzada, con las rodillas dobladas, y no tardó en ganar velocidad. Se le saltaban las lágrimas por el viento mientras sonreía de oreja a oreja. Oía el silbido de los esquís de Joel tras de sí, aunque en ningún momento la adelantó. Los esquís oscilaron, perdió el control de los bastones y soltó un grito, pero mantuvo el equilibrio y continuó avanzando, con la montaña cada vez más cerca. Abajo, él fingió que había perdido.

—No hace falta que disimules —exclamó ella exultante, con las mejillas

enrojecidas—. Me da exactamente igual. Ha sido increíble. Sentía que volaba.

—Has dado en el clavo —dijo Joel—, ya no me necesitas. Eres una experta.

Hadley se quitó los esquís y sacudió la nieve.

—¿Subimos otra vez? —le preguntó.

Arrebujados en el telesilla, a medida que ascendían balanceándose sobre las laderas de la montaña, Hadley se puso las gafas de esquí en la cabeza.

—Joel, nunca habría venido aquí sin ti.

—Lo habrías hecho antes o después.

—No —repuso ella—, ha sido gracias a ti. Todo esto ha sido gracias a ti.

Esos días en los Alpes fueron de una belleza natural tan asombrosa que Hadley sabía que quedarían grabados en su memoria, momentos que ya empezaba a añorar antes de que acabaran del todo: el viso empolvado de la luz del atardecer, el matiz rosáceo de la nieve de regreso a la cabaña... Los larguiruchos árboles de hoja caduca de las laderas más bajas, impostores en los bosques de hoja perenne, y cómo en las frías mañanas cada minúsculo brote tenía una pátina de hielo, como dedos apuntando. Y sabía que recordaría el sabor del agua del grifo de la cabaña, tan fría y cortante como los diamantes. Bebía grandes tragos a mitad de la noche, mientras a su lado a Joel le vencía el sueño, con la silueta inerte de su cuerpo agotado bajo las sábanas.

Los pensamientos negativos solo la asaltaron a veces. En una ocasión, volviendo del pueblo, se cruzaron con un grupo de jóvenes suizos recién llegados para pasar el fin de semana. Hadley los observó junto a sus relucientes coches, mientras se ponían las botas de esquí, con el pelo brillante por el sol. Sus matrículas llevaban las iniciales «GE» de Ginebra. Aguzó el oído para escuchar retazos de su conversación y los escudriñó para distinguir un rostro más pálido, más atormentado que el resto. Jacques estaba en todas partes y en ninguna, lo cual era tan desalentador como el conductor que está en todas partes y en ninguna. La obsesionaba la gente sin rastro, lo cual no podía hacerle ningún bien. Entonces se sintió aliviada por la realidad tangible de Joel. Se lo dijo, y él comentó con una sonrisa: «Me alegro de servir para algo».

Joel parecía distinto en la montaña. En Lausana había estado muy inhibido y en cierto modo a la defensiva, esquivo como un boxeador en el ring. Aquí, sus movimientos adoptaron cierta languidez, y en ningún momento vigiló su espalda ni se caló el gorro sobre los ojos. Lausana se extendía en algún punto por debajo de ellos, llena de caras conocidas, de gente como Caroline Dubois y los inquilinos de Les Ormes, con calles mojadas marcadas con líneas que no podían rebasarse y Hugo Bézier, con sus incisivos comentarios e insinuaciones. Era como si ambos hubiesen echado a volar y el mundo que habían dejado atrás girara muy por debajo de ellos.

Joel estaba distinto en otros sentidos. Un día en las laderas, Hadley se cansó y se acomodó en una terraza al sol mientras él seguía esquiando. Rodeó una taza de

chocolate caliente con las manos y bajó la vista hacia la ladera. Resultaba fácil distinguirlo, pero no por su mono rojo, sino por su postura agazapada, por su velocidad de vértigo, por las ráfagas de nieve que lanzaba a su paso. Le vio cruzar la pista y saltar la cuerda de balizamiento al lado agreste de la montaña. Para ella no era más que una zona rocosa en pendiente, llena de laderas escarpadas con descarnados abetos azotados por el viento y encaramados a los salientes. Entre ellos había estrechísimos pasillos de nieve. Lo vio descender como un rayo una pendiente y saltar; delante no había más que roca de un negro grisáceo, ni siquiera nieve en polvo. Se llevó la mano a la boca y se le derramó la bebida en el platillo al ver que de repente salía despedido sobre el vacío. Si caía, lo haría con estilo, pero ¿no era así como todo el mundo caía en picado? Una súbita calma, un abandono de la lucha, a medida que el suelo se acercaba cada vez más. Joel se mantuvo en postura de descenso y, en el último momento, justo cuando a todas luces se disponía a realizar un aterrizaje forzoso en las rocas, levantó los brazos con los bastones apuntando al cielo. Parecía inclinarse hacia delante, y a Hadley no le quedó más remedio que observar, al tiempo que soltaba un grito ahogado. Acto seguido, él salió del aprieto, precipitándose montaña abajo, un destello rojo entre la roca y la nieve: había localizado un exiguo pasillo de nieve en polvo y calculado la caída con precisión y ahora esquiaba mucho más rápido que antes. Desapareció de su vista. Lo mismo había caído por los confines del mundo.

Esperó, pero no llegaba. Pidió otro chocolate caliente y se le enfrió antes de terminarlo. A medida que el sol de la tarde se ocultaba tras las cumbres, en el flanco de la montaña se recrudecía el frío. Cogió la manta de piel de cordero que había enganchada en el brazo de la silla y se envolvió con ella las piernas. Era la única que quedaba en la terraza del restaurante. Estaba pendiente de las laderas, buscando con la mirada el destello rojo de su traje de esquí, volviéndose con expectación siempre que oía el soniquete de unas botas tras de sí. Al final pagó la cuenta y se subió a uno de los últimos telesillas para bajar al pueblo. Lo buscó por toda la zona desde la pequeña cabina que se deslizaba por el cable. Peinó con la vista las empinadas laderas boscosas, los cúmulos de rocas, los barrancos que horadaban la suave superficie de la nieve. Mientras los esquiadores más rezagados se dirigían al pueblo, se puso a caminar en dirección contraria, de camino a la cabaña. Le dolían los pies por la rigidez de las botas, los esquís le resultaban incómodos de llevar, y había cogido frío por haber estado tanto rato sentada. El miedo azuzaba su paso y, cuando por fin se sacudió la nieve de los pies en la puerta y se puso a forcejear con la llave en la cerradura, el corazón le palpitaba con fuerza. Entró. La cabaña se encontraba a la sombra de unos cuantos pinos y estaba oscura, con las luces apagadas.

—¿Joel? —llamó, aun sabiendo que no estaba allí. Se abrió la puerta del baño y dio un grito. El miedo se convirtió en ira—. ¿Dónde has ido? Creía que te había

pasado algo, estaba asustada. —Él permaneció inmóvil en la penumbra. Se había bajado el mono de esquí hasta la cintura y tenía el torso al descubierto, con una toalla enganchada a los hombros. No se había quitado las botas, y cuando los ojos de Hadley se adaptaron a la oscuridad reparó en el rastro de nieve derretida que había desde la puerta. Fue hacia él, con las manos levantadas—. Joel, ¿en qué estabas pensando?

—Cuidado —le advirtió él. Pulsó el interruptor de la luz y ella soltó un grito ahogado. Joel tenía la mitad de la cara llena de manchas negras y rojas de sangre a medio secar. En el hombro se apreciaba un enorme moretón.

—Joel, oh, Dios mío.

—No es tan grave como parece —dijo él.

—¿Cómo ha ocurrido? Te vi saltar desde aquellas rocas, pero aterrizaste. Te vi aterrizar.

—Esa fue la parte fácil —señaló él—. No fue más que un error de cálculo, eso es todo. Caí demasiado cerca de un puñetero árbol.

—¿Por qué no te quedaste en la pista y ya está? ¿Por qué tuviste que salir? De verdad... Te estuve observando y parecía que tenías impulsos suicidas. A ver. —Le tocó la mejilla con cuidado y él hizo un gesto de dolor—. Deja que te ayude. ¿Qué puedo hacer?

—Parece más serio de lo que es —insistió él—. Ha sido culpa mía; calculé mal, eso es todo. Siento que tuvieras que esperar tanto rato, Hadley. Lo intenté, pero no pude volver esquiendo adonde estabas. Así que me vine.

—No sabía lo que había pasado, pero intuía que algo iba mal. Tenía esa corazonada.

—Hadley, estoy bien. Venga, dame un beso. Al lado de la boca.

—Joel. —Ella le puso las manos con delicadeza sobre los hombros y vio que hacía una mueca de dolor—. Te estoy haciendo daño.

—No —le aseguró él—, eres la mejor cura. Ya me siento mejor.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. Si acaso, preparar una copa. Una por cabeza.

—¿Vamos al hospital?

—Ni pensarlo. No es nada, en serio. Estoy un poco vapuleado, nada más. En la montaña, es inevitable. —Se dirigió al dormitorio con paso cansino, se sentó en el filo de la cama y se puso a quitarse las botas. Hadley sirvió dos whiskies y los llevó al dormitorio, dejando las huellas de los dedos sobre el cristal frío. Le tendió uno y lo observó bebérselo de un trago. Joel exhaló lentamente. Dejó la copa a un lado y sonrió con desgana—. ¿Sabes? Hay una cosa que puedes hacer para que me sienta mejor, Hadley.

—Oh, venga ya—dijo ella, y a continuación—: ¿Cómo? ¿En serio?

—En serio. —Ella se puso de pie y él le puso las manos en las caderas. Tiró de ella con suavidad hacia sí—. Tumbarte aquí conmigo —continuó—, apoyar la cabeza en mi pecho y dejar que te rodee con el brazo. Eso es lo único que deseo, nada más.

Esa noche se quedaron contemplando el fuego hasta la madrugada. Primero Hadley le quitó el mono de esquí con paciencia. Luego se dieron un baño; ella le acarició el hombro magullado y le frotó con sumo cuidado la mejilla mientras él mantenía los ojos cerrados y apretaba los dientes a medida que el agua le bañaba las heridas. Después él hizo un dibujo con los dedos sobre la curva de la espalda de Hadley y ella imaginó lo que dibujaba: dos corazones, o un pájaro al vuelo. De vez en cuando la apretaba contra sí al inclinarse hacia delante para echar más leña al fuego. Al recostarse, aspiraban el humo de la leña. Hadley se deslizó para besarle; su piel y su pelo sabían a pino quemado. Observaron las sombras de sus cuerpos dibujadas sobre las paredes de madera de la cabaña: Hadley, menuda como una niña; Joel, fuerte como un roble, con los hombros fornidos y sin rasguños aparentes.

Más tarde, él volvió a dibujar formas sobre su piel.

—Hay tantas cosas que ignoras de mí... —le dijo.

Hadley suspiró y cambió de postura. El fuego crepitaba a medida que las llamas consumían los troncos secos.

—Y tantas que tú ignoras de mí... —dijo ella a su vez.

—¿De ti? Tú eres pura candidez. Eres de esa clase de chicas que al miraras un hombre ve reflejado lo peor de sí mismo. Nadie es lo bastante bueno para ti, Hadley. Y menos aún yo.

—Mentira —replicó ella perezosamente—, todo mentiras.

Joel se inclinó y la besó en la cabeza. Mantuvo los labios pegados a su pelo. Cuando volvió a hablar, sus palabras hicieron mella en ella.

—¿Y si te hago daño sin querer? —le preguntó.

—No lo harás —contestó ella. Y realmente le parecía así de sencillo.

—Nunca te haría daño aposta —le aseguró Joel.

—Entonces no lo harás.

Fuera, nevaba con fuerza y en silencio. Hadley cerró los ojos y al volver a abrirlos todo seguía igual. Troncos sibilantes. Sombras oscilantes. Nieve acumulándose en la ventana, el cristal empañado... Tenía cogido a Joel de la mano, tibia y áspera, tan real como todo lo demás.

—Cuéntame algo, Joel —dijo—. Cuéntame algo de ti que no sepa.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Una historia real.

Entonces él se puso a hablar. Le contó que su pasión por los libros había surgido con apenas diez años, al saquear la biblioteca de sus abuelos y encontrar un ejemplar

de cuentos fantásticos de los hermanos Grimm. Que se pasaba las vacaciones de verano tumbado en el césped seco de su jardín, leyendo sobre ranas convertidas en príncipes, niños extraviados y zapatos que no encajaban. Que a partir de ahí siguió lanzando pelotas de béisbol, paseando en bicicleta por el entarimado del paseo marítimo y persiguiendo a su hermano entre los naranjales, pero siempre con la cabeza llena de historias.

Le contó que un día, con doce años, se escondió en el tejado de un granero a fumarse medio paquete de cigarrillos que había robado. Se puso a toser y escupir, y se resbaló sobre las tejas desiguales. Se cayó y se partió el brazo; se fracturó el hueso por tres sitios. En ese momento cogió la mano de Hadley para que palpara el pequeño bulto que tenía bajo la manga. Dijo que aún se acordaba del instante de la caída, del suelo viniéndosele encima velozmente desde un ángulo imposible, como si el mismísimo mundo se hubiese puesto patas arriba, y de las onduladas matas de desagradables ortigas que, enojadas, en lugar de amortiguar el golpe le irritaron la piel, atravesándole la ropa, de la cabeza a los pies.

Le contó que un día, durante el velatorio de Winston —el hermano que siempre tendría catorce años, la cara pecosa y risueña hasta justo antes de que ambos se salieran de la carretera en una maldita camioneta—, un arrogante Joel de diecisiete años descubrió a Ernest Hemingway. Y su corazón, un corazón sin forma alguna, con poco más que un latido de vida, volvió a recuperar el ánimo.

Hadley lo observaba, y él la miró cuando terminó.

—Ojalá te hubiese conocido desde siempre —dijo ella.

—Si lo hubieras hecho, yo sería mejor —respondió Joel. Le dedicó una sonrisa, pero tenía la mirada ausente—. Ahora te toca a ti. Cuéntame algo.

—Solo tengo una historia.

—Bueno, quiero escucharla.

—Ya conoces la mayor parte. —Él se arrellanó en el sillón. Hadley se quedó sentada en el suelo rodeándose las rodillas con los brazos. Se puso a mirar el fuego—. Es una historia de amor.

—Me parece que no la conozco.

—Vine aquí sin expectativas ni planes preconcebidos —explicó Hadley, al tiempo que se volvía hacia él, mirándole fijamente—. Prácticamente no sabía nada de Lausana. Pero me cautivó desde el instante en que llegué. ¿Recuerdas cómo nos conocimos, mi primera noche?

—¿Que si lo recuerdo? —Meneó la cabeza—. Cómo no voy a recordarlo...

—Iba de camino a Les Ormes, callejeando por el casco antiguo. En un momento dado, volví la vista atrás y vi las luces brillando al otro lado del lago. Y me di cuenta de que sabía perfectamente cómo era esa escena de día, con las montañas alzándose al fondo; era como una pintura, no parecía real. Y no daba crédito, Joel. Me resultaba

increíble estar allí, sola, en una ciudad extraña. Que esa vida fuera mía. Luego, bueno..., vino lo mejor. Conocí a Kristina. Y empezamos a hacer todo juntas. Nunca había tenido una amiga como ella. Era danesa, aunque a mí me parecía de lo más exótica, como si no viniera de ningún sitio, como si viniera de todas partes. ¿A que es una tontería? Pero algo cambió por el hecho de estar allí. Supongo que sentí algo que jamás había sentido hasta entonces.

—¿Qué? —preguntó él en voz baja.

—Como si todo fuera posible. —Él se incorporó y Hadley pensó que iba a acercarse a ella, pero se agachó junto a la chimenea. Cogió el atizador y movió los troncos; las llamas se avivaron en la oscuridad—. ¿Joel? —Él se quedó de espaldas. Y cuando el fuego chasqueó y le cayeron ascuas sobre los pies, apenas se inmutó. Hadley se puso de pie y lo rodeó suavemente por los hombros—. Has hecho cuanto has podido. Espero que seas consciente de ello. Porque esas cosas importan, la disposición de la gente frente... al desastre. Cuando me contaste lo de Winston dijiste que sufriría mi particular infierno. Pero has estado a mi lado desde el principio. No has permitido que me sienta sola en ningún momento. Y, encima, me has dado algo más. Algo que ni siquiera sabía que estaba buscando. Eso es lo que realmente deseaba decirte.

La miró, y ella vio que tenía los ojos encendidos. Con aquella luz en particular, casi daba la impresión de que estaba llorando. Ella alargó el dedo para acariciarle la mejilla buena, pero él la detuvo y se lo sujetó con delicadeza entre los suyos.

—Tu historia de amor... —dijo Joel—. Ojalá tuviera un final diferente.

—Pero todavía no ha acabado —repuso ella—, ¿no?

En Nochevieja cenaron en un restaurante tipo chalé en el pueblo, un sitio lleno de rincones oscuros y techos inclinados de madera. Gran parte de la mesa la ocupaba una enorme *fondue*, y comieron al estilo de los lugareños, sin tocar en ningún momento el tenedor con los labios, untando con habilidad los dados de pan en el queso borboteante. Hadley solo se había planteado una vez, un rato antes, mientras se calzaba las botas ribeteadas de pelo y buscaba los guantes, cómo habría transcurrido la Nochevieja en Lausana. ¿Cómo habría sido? Kristina y ella apretujadas en el cuarto de baño, pugnando por un hueco frente al espejo, perfilándose los labios y ahuecándose el pelo. Tendrían previsto algo espectacular. ¿O, por el contrario, habría engatusado Jacques a su chica para llevársela? Una precipitada despedida con besos en las mejillas y un entusiasta saludo con la mano; Hadley se habría quedado con el anhelo de tener también a alguien. Ahora lo tenía: estaba delante de ella. Le dio un trago al champán y dejó que burbujeara en su lengua.

—Esto es perfecto, Joel —comentó—. Absolutamente perfecto.

—Quedémonos aquí para siempre —propuso él—. Sin volver a Lausana. —Los rasguños y cardenales de su mejilla le daban un aire pícaro. La mueca de su sonrisa era más acusada que nunca. La noche había comenzado con whisky acompañado de hielo alpino. Joel había arrancado unas briznas del tejado del porche. «Fuego y hielo», había dicho, abriendo la mano para mostrarle los relucientes trocitos. Tras su segunda copa, Hadley había desistido de seguirle el ritmo—. ¿Sabes que no estamos tan lejos de los sitios que solían frecuentar los Hemingway? —continuó—. Chamby, Les Avants... Todavía no he estado allí, pero lo haré en primavera. Si se hubieran quedado en la montaña, a lo mejor habrían sido felices para siempre.

—¿En serio crees eso?

—No.

—¿Entonces solo estás siendo romántico?

—Con toda la intención.

—En fin, ojalá pudiésemos quedarnos y ser como ellos, por mucho que nos equivocásemos.

—No sería el caso —dijo él.

Rellenó sendas copas y el champán burbujeó hasta el borde. Se bebió la suya de un trago, con avidez.

—De hecho, no creo que quisiera quedarme —dijo Hadley—, al menos demasiado tiempo. Echaría en falta el bullicio, la gente. Tú podrías vivir aquí, en una diminuta burbuja nevada, y olvidarte del resto del mundo. Tu vida nunca interferiría

con la de nadie.

—Precisamente ahí está la gracia —dijo Joel.

La miró, y su mirada denotaba un deseo latente. La vela que había entre los dos parpadeaba y cayó una gota de cera sobre la mesa. Él presionó los bordes y la alisó con las yemas de los dedos.

—¿Qué te gustaría ser, si no fueras profesor? —preguntó ella de repente.

—Menuda pregunta. Sinceramente, no sabría decirte.

—Entonces, ¿disfrutas dando clases?

—Mucho.

—Dándome clases a mí sí, eso seguro.

—Bueno, eres una estudiante con talento.

—¿Y has tenido otras alumnas con talento?

—Hadley...

—Olvídalo, era por simple curiosidad.

—No. A ninguna como tú.

—¿Eso qué quiere decir?

—Esta situación amenaza mi carrera, Hadley. Sería una estupidez por mi parte hacerlo a menudo.

—Pero ¿ha ocurrido antes?

Joel le agarró la mano.

—No, Hadley. No. Solo estoy pasando un año en Lausana, igual que tú. No estoy huyendo de ningún escándalo en Estados Unidos. No he dejado a mi paso una retahíla de corazones rotos, ¿vale?

—Solo estaba metiéndome contigo —dijo Hadley, sonriendo con patente regocijo.

—Pues ya vale, Hadley Dunn. Esto es patrimonio exclusivo tuyo.

—Estoy tan contenta de que hayas venido a Lausana también... No concebiría la alternativa.

—La habrías encontrado.

—No me conformo con cualquiera, que lo sepas. De hecho, soy muy exigente.

—Entonces, ¿cómo diablos has acabado conmigo?

—Es un misterio, ¿verdad? Supongo que bajé la guardia.

Joel rellenó las copas y se arrellanó en la silla, con el entrecejo fruncido.

—El trimestre pasado no me encontraba en mi salsa en Lausana —dijo.

—Pero yo pensaba que te encantaba. Eso es lo que dijiste en tu primera clase, que todos los grandes de la literatura venían aquí, huyendo de la masificación de París, de la sofocante Riviera; dijiste que paseaban, esquaban y se hospedaban en hoteles glamurosos. Hiciste que sonara como si estuviésemos siguiendo los pasos de los mejores.

—No sé, a lo mejor son cosas mías, pero aquí me siento observado. No hay imperfecciones.

—Pensaba que California también era así.

Él fue a darle otro trago a su copa, pero estaba vacía. Le dio vueltas en la mano, ausente, con la mirada perdida.

—Sí, pero allí todo es artificial —dijo—, se ve el montaje, se oye la interpretación de un guion. Todo el mundo lo asume y ahí está la gracia. Aquí, es real. Todo es real.

—Hugo Bézier dijo que no todo es tan perfecto. Que, si rascas la superficie, es igual que cualquier otro lugar. Solo que con trajes de mejor corte. Mejores relojes. Vistas más bonitas.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa con el tal Hugo Bézier? —preguntó, y la miró, al tiempo que soltaba la copa—. ¿Tengo que retarlo a un duelo o qué?

—Joel, tiene más de setenta años.

—¿Y qué dijiste que era, escritor de novelas policiacas o algo así?

—Escritor de novelas policiacas retirado.

—Esas mentes nunca dejan de maquinar, ¿verdad?

—Oh, yo creo que la suya sí, hace mucho tiempo. Es curioso, ¿sabes?, no consigo averiguar si se preocupa por todo o por nada. Si se siente solo o plenamente feliz.

—¿Importa eso?

—No lo sé. Supongo que no. De todas formas, no es que yo pueda influir en él.

—Te sorprenderías, Hadley, te sorprenderías.

—Le estoy agradecida, de eso sí que soy consciente. Si no hubiera sido por su charla de «aguanta y lucha», seguramente a estas alturas estaría en Inglaterra. No estaría aquí contigo. Figúrate.

Joel se restregó los ojos. Al apartar las manos, tenía las pupilas empañadas.

—Hay que pedir algo más de beber. ¿Cambiamos? ¿Pedimos vino tinto?

—Todavía tengo la copa llena —respondió Hadley.

—Bueno, bébetela y voy pidiendo el vino. —Llamó a un camarero que pasaba e intercambió con él unas rápidas palabras.

—Hablas francés incluso con más soltura cuando estás borracho.

—Esto no ha hecho más que empezar... ¿Sabes? Yo también pensé en marcharme, Hadley.

—¿Cómo? ¿Cuándo? No me lo habías dicho.

—Más o menos cuando empezamos a conocernos mejor.

—¿Y qué te hizo quedarte?

—Un jefe poco exigente y un buen sueldo.

—Oh.

—No. En realidad fuiste tú.

—Lo dices por decir.

—Me daba la sensación de que no encajaba aquí y no acababa de sentirme yo mismo.

—Me figuro que mucha gente se siente igual al estar en otro país.

—Tú no.

—Yo hice una amiga estupenda.

—Sí. Es verdad. Yo tenía ganas de irme a casa, de empezar el año desde cero. Y entonces, inesperadamente, hiciste que me sintiera necesitado. Como si, después de todo, pudiera hacer algo bueno.

—Kristina nos unió, ¿verdad? Me gusta pensar eso. Ella creía que yo era una mojigata, ¿sabes? No me contaba nada de Jacques porque estaba segura de que lo desaprobaría. Pero ¿una aventura con mi tutor? Vaya, le habría encantado.

—Hadley, no estamos aquí únicamente por Kristina —dijo él.

—Pero ¿no te parece que en cierto modo es así? —Llegó el vino y Joel sirvió sendas copas. El vino se derramó por los pies de las copas, manchando el mantel de color claro—. Mira, en parte quería encontrar a Jacques...

—Hadley...

—No, escucha. No voy a regodearme con ello, no. De hecho, es romántico. Quería decirle una única cosa.

—¿Qué?

—Una cosa que me dijo Kristina una vez. Cuando hablaba de Jacques se callaba muchas cosas, pero en una ocasión me dijo algo que me encantó.

—Venga, Hadley, ¿qué te dijo?

—Que cuando lo conoció le pareció el hombre más guapo del mundo.

—¿Eso dijo?

—Y que él, a su vez, la hacía sentirse la mujer más guapa. Es que me parece lo más romántico que he oído en mi vida. —Joel le cogió la mano. Se puso a darle vueltas al anillo que Hadley llevaba en el dedo como siempre hacía, vueltas y vueltas—. ¿No te parece precioso? ¿Una frase increíble? Quería que Jacques lo supiera. Quería que se aferrase a eso. Creo que la gente debería saber ese tipo de cosas.

—Eres una romántica, ¿a que sí, Hadley? Siempre supe que lo eras. Me gusta eso de ti, es una bonita forma de ser.

—No sé lo que soy. Una rajada, tal vez. Dejé de buscarle. Dejé de incordiar a la policía. Hugo no me lo reprochó, aunque sé que lo pensaba. Pero, claro, a él también se le agotaron las ideas.

—Diste un paso. Empezaste algo nuevo. ¿No es mejor eso?

Mientras hablaba, Hadley se fijó en que, a la luz de las velas, le brillaban los ojos. De repente le entraron ganas de estar en la cabaña. No deseaba nada más para Año Nuevo, ni a nadie más. ¿Era eso un paso adelante? Tal vez sí, tal vez no, pero de lo

que no cabía duda era de que deseaba que la cuenta atrás fueran susurros ardientes, a puerta cerrada, con sus cuerpos moviéndose al unísono; solo eso.

En ese momento llegó el camarero con chupitos de *eau-de-vie* almibarada.

—*Bonne année!* —exclamó, al tiempo que los dejaba sobre la mesa.

Joel miró la hora en su reloj y sostuvo en alto la muñeca en dirección a ella. Había pasado la medianoche y se la habían perdido.

—Hadley, es Año Nuevo.

—Nos hemos perdido la cuenta atrás. ¿Trae mala suerte que nos la hayamos perdido?

Él le cogió la mano.

—Vámonos de aquí —ordenó.

Salieron precipitadamente a la cruda noche alpina. Joel caminaba con paso tambaleante. Había apurado lo que quedaba de la botella de vino y el de Hadley; se lo había bebido de un trago después de celebrarlo con los chupitos de licor. Ella se burló de él y se agarró a su brazo. A su alrededor, la gente caminaba a trompicones por la nieve, gritando y llamándose a voces. En el valle se lanzaron fuegos artificiales. Hadley notó que alguien le tiraba del brazo y se dio la vuelta, risueña, lista para exclamar: «*Bonne année*», feliz Año Nuevo, a cualquier desconocido. Sin embargo, su expresión cambió automáticamente al ver una cara conocida. Durante unos instantes hizo un gran esfuerzo por ubicarle: pelo oscuro rizado, labios carnosos... Se quedó en blanco. A continuación, encajó las piezas. Se soltó del brazo de Joel.

—Luca, ¿qué estás haciendo aquí?

—Lo mismo que tú —contestó él, y miró a Joel—. O quizá no exactamente.

—Loretta dijo que tenías una casa en los Alpes italianos...

—Mis padres tienen una casa en los Alpes italianos. Estoy aquí con unos amigos. Tú también, por lo que parece. —Hadley miró a Joel con el rabillo del ojo. Empezó a inventarse una respuesta improvisada. «Oh, nosotros también nos acabamos de encontrar», pero Luca la atajó—. Te he visto en el restaurante. Mis amigos y yo fuimos a tomar algo. Estábamos allí a medianoche.

—No te he visto.

—Estabas ocupada —señaló él—. Con el profesor Wilson. —Luca se dirigió a él—. En tu clase hay una amiga mía o, mejor dicho, otra amiga, porque Hadley y yo también somos bastante amigos. No para de hablar de ti. Piensa que eres el mejor. Evidentemente, no es la única.

—Sí, ¿y tú quién eres? —inquirió Joel.

—Luca, escucha —terció Hadley—, sé que esto no da buena impresión, pero... —Él se dio la vuelta para marcharse, al tiempo que movía la mano con gesto desdeñoso—. Luca, espera.

—¿Hadley? ¿Te está molestando? —preguntó Joel atropelladamente.

—Feliz Año Nuevo —dijo Luca, por encima del hombro— a los dos. Ah, no os metáis en líos —añadió, asintiendo en dirección a Joel—. No vaya a ser que os estropeen vuestras bonitas caras.

Hadley lo observó alejarse alegremente entre la multitud. Volvió la vista hacia Joel. Él se había llevado una mano a la cara y se estaba tocando la herida como si hubiera olvidado que la tenía.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella. Él se encogió de hombros, con una tranquilidad pasmosa—. Joel, ¿y ahora qué?

—Me estoy despejando —dijo—. Es lo único que te puedo decir.

—Oh, Dios, ¿qué vamos a hacer?

—¿Un antiguo pretendiente? Caminaba como un hombre herido.

—¿Eso es lo único que vas a decir? —inquirió Hadley—. En fin, no. La verdad es que no. Yo... le besé. La noche que murió Kristina. Antes de enterarnos.

—¿Conque estabas con él aquella noche?

—Era mi cumpleaños. Es amigo de una amiga de Les Ormes. No fue una buena idea.

—Solo fue un beso, Hadley —dijo él—. ¿Qué es un beso? Nada.

—Luca dijo que siempre es el principio de algo, y en aquel momento deseaba creerle.

—¿Porque te gustaba?

—No. Fue justo después de Ginebra. Después de besarnos en el coche. Ese es el porqué.

Joel bajó la vista, y dio un puntapié en la nieve.

—Y ahora nos ha visto —dijo—. Pero ese niño no hará nada. No tiene carácter.

—Eso no lo sabes —replicó Hadley—. ¿Por qué...? Un momento, ¿estás celoso?

—Me importaría un carajo si besaras a la mitad de Lausana —espetó Joel.

—Estás celoso —afirmó Hadley, y a continuación—: Me gusta.

A medida que caminaban con la nieve crujendo bajo sus pies, el clamor de la estación de esquí se fue apagando y la luz de la luna guio sus pasos hasta la cabaña. Las laderas estaban desiertas; los trabajadores del turno nocturno, con las descomunales máquinas que empujaban y alisaban la nieve de las laderas para el día siguiente, debían de haber acabado la tarea temprano. Era hermoso y al mismo tiempo sobrecogedor. En el suelo había hielo y cúmulos de nieve; ellos iban resbalando de un lado a otro. Hadley lo condujo a la cabaña.

—Lo que creo que deberíamos hacer —sugirió Joel— es largarnos de aquí ahora mismo. Pensaba que en las montañas estaríamos lo bastante lejos, pero me equivoqué. Lo que necesitamos, Hadley, es una isla, algún lugar exótico. ¿Qué te parece?

Arrastraba un poco las palabras, pero a ella le gustaba la sensación de su aliento caliente sobre la mejilla y el contacto de su peso contra ella. Presentía que si daba un paso atrás él perdería el equilibrio y se caería.

—Me parece estupendo —respondió ella—, perfecto.

—Tú y yo y ni un alma a la redonda.

—Suenan de maravilla.

—Haría calor, claro, así que no necesitaríamos ropa. Estaríamos sin ropa, totalmente en cueros.

—Por supuesto que sí.

—Cocos. Ron, ron a granel. Monos en los árboles. Nos dejaríamos el pelo largo.

—¿No te gusta mi corte?

—¿Qué? Me encanta. Cómo no va a gustarme... Pero yo me lo dejaré largo. O a lo mejor solo una barba de esas espesas, igualita que la de Hemingway. ¿Me besarías entonces, con una barba como esa?

—En nuestra isla, haría cualquier cosa.

—Seríamos náufragos... curtidos, borrachos y felices.

Hadley se echó a reír, y las montañas le devolvieron el eco de su risa. Se agarraron el uno al otro para mantener el equilibrio. Se sujetaron el uno al otro.

El día de Año Nuevo trajo una tormenta de nieve imprevista. Al despertarse se asomaron al mundo exterior y no vieron nada salvo blancura: neblina y copos de nieve.

—¿Nos quedamos aquí hoy? —preguntó Joel—. Estoy un poco agarrotado. Creía que había salido airoso de la caída, pero supongo que no.

Ella le miró. Tenía el borde de los párpados enrojecido y apenas quedaba rastro de su bronceado dorado.

—¿No será porque tienes resaca? —dijo ella.

Él sonrió, y se le arrugaron las comisuras de los labios y de los ojos.

—Supongo que tú estarás estupendamente, ¿no? —dijo él.

—No, yo también me siento fatal.

Desaparecieron bajo las mantas y pasaron así casi todo el día dormitando felizmente. Él la despertó una vez, y ella dos a él; sus cuerpos fueron adoptando los movimientos que habían hecho antes. Ella gritó su nombre y él, a su vez, pronunció el suyo en un hilo de voz, contra su clavícula, y en su nuca. El día transcurrió, y únicamente se vieron el uno al otro.

A primera hora de la noche, mientras Joel dormía, Hadley se dio un baño. Encendió solo una vela, y una brisa imperceptible hizo parpadear la llama. «¿De modo que así se siente uno al comenzar un año nuevo?», dijo en voz alta, con una sonrisa en los labios. Permaneció prácticamente inmóvil en la oscuridad del agua.

Notaba el agotamiento de su cuerpo, su dispersión, y, sin embargo, lo sentía más entero. Pensó en qué medida valoraba antes un mínimo roce de Joel: un breve toque con el dedo sobre su brazo, un ligero apretón en el hombro... Cada contacto, por tenue o fugaz que fuera, había sido como una promesa, o quizá no tanto: como el murmullo de un propósito. Luego se le irritó la barbilla, la única huella de su beso en el coche, y recordó lo mucho que la alegró tener esa marca física, y que cuando desapareció sintió como una pérdida. Ahora, Joel la conocía por dentro y por fuera; había palpado hasta el último resquicio de su cuerpo, y ella lo deseaba más que nunca. Sonrió de nuevo y dio rienda suelta a su mente.

Muy a su pesar, le vino a la cabeza Luca y la víspera, y gruñó por la intrusión. Habían decidido con toda la intención que el día transcurriera de puertas adentro, metidos en la cama, sin alusión alguna a la noche anterior. ¿Qué pensaría Luca si les viera ahora? ¿Y Caroline Dubois? ¿O incluso Hugo? Sintió el peso de sus miradas de reproche, cerró los ojos y se sumergió en el agua, ignorando a todo el mundo. A la única persona que deseaba contarle lo de Joel era a Kristina. Se imaginó de nuevo con ella en Les Ormes, encaramadas al muro del balcón, con las piernas colgando, contándose sus respectivas historias de amor en la Riviera; las de Hadley, de palmas cubiertas de escarcha, barcos amarrados en aguas heladas y montañas observando en silencio. Le contaría el momento en que Joel había deletreado su nombre en voz alta mientras la besaba desde las yemas de los dedos hasta la parte interior del codo. Le hablaría de las arrugas de su sonrisa y de cómo a veces, al mirarle, le entraban ganas de llorar largo y tendido. ¿Sería eso la verdadera felicidad, esa insoportable certeza de que nada duraba para siempre y que te rompía el corazón? Se figuraba que Kristina le respondería que ella sentía lo mismo con Jacques. Oyó su voz y su risa cantarina, insoportable y maravillosamente cercana. Hadley se acercó a la vela, la apagó de un soplo y se sumió en la oscuridad.

Hadley pasó mala noche y se despertó con desazón. Había estado soñando, pero en cuanto abrió los ojos tan solo sintió un vago malestar. Se rebulló en su lado de la cama y alargó la mano buscando a Joel. Estaba tumbado dándole la espalda y se acercó a él. Lo rodeó con los brazos y apoyó la mejilla contra su espalda. Se puso a escuchar su respiración, esperando que fuera superficial y uniforme como la de alguien dormido, pero respiraba entrecortadamente.

—Joel —susurró—, ¿estás despierto? —Le besó el omóplato, hinchado y magullado—. He tenido un mal sueño —le dijo en voz baja, con los labios pegados a su piel, pero él no se movió.

Ralentizó su respiración para acompañarla a la suya, pero no surtió efecto. Se encontraba demasiado agitada. Se arrebujo de nuevo en su lado de la cama y se sintió en tierra extraña.

Finalmente amaneció, y el sol bajo del invierno dividió la habitación en dos. Resultaba agradable después de la tormenta de nieve del día anterior. Entrecerró los ojos y se masajeó las sienes. Joel se movió y gruñó cuando le volvió a besar el hombro.

—Buenos días —le susurró de nuevo—, voy a por el desayuno. ¿Cruasán? —Él murmuró en señal de asentimiento—. Me apetece dar un paseo —dijo—. Se me cae la casa encima. Literalmente. Vuelvo enseguida.

A mediodía estarían de vuelta en Lausana y se rompería el hechizo de su escapada de invierno. Puede que Luca hubiese empezado a airearlo. Se habría enterado Loretta, luego Bruno y poco después Chase y Jenny. ¿Y si la cosa no quedaba ahí? Podías guardar un secreto en Les Ormes, aunque no tardaría en circular por el Departamento de Inglés, las aulas, la sala de profesores y todo el campus. Nunca había sido de esas que provocaban habladurías.

Hadley miró en el monedero y comprobó que solo tenía unas cuantas monedas. Volvió al dormitorio, se agachó junto a Joel y le susurró con dulzura:

—Joel, ¿tienes dinero en efectivo? No tengo bastante para el desayuno. —Él se dio la vuelta—. ¿Joel? —insistió, en el tono más bajo que pudo.

—En mi mono de esquí... —gruñó él—, debe de haber unos veinte pavos.

—Gracias. Sigue durmiendo.

Encontró el mono de esquí tirado en el suelo hecho un ovillo. Rebuscó en los bolsillos y solo encontró calderilla. Volvió a entrar en el dormitorio de puntillas, pero Joel se había vuelto a dormir y roncaba ligeramente. Entonces vio sus vaqueros enganchados en una silla y la cartera asomando de un bolsillo. Echó un vistazo a su silueta dormida y, convencida de que no le importaría, cogió la cartera. Acarició con los dedos el cuero marrón envejecido. Le encantaban todas sus cosas, por insignificantes que fueran: un calcetín de rayas tirado por la habitación, un bolígrafo con la punta mordisqueada como el de un niño...

El interior de la cartera era austero y cuidado, sin toda esa morralla de recibos arrugados y billetes de autobús usados. Sacó un billete de veinte francos y acto seguido vaciló. Tuvo la repentina corazonada de que allí encontraría una foto suya, tal vez una Polaroid tomada sin ser consciente de ello, con la mirada baja en plan coqueto, o una foto tamaño carné de un fotomatón, los dos apretujados con las caras pegadas antes del disparo. Lo de menos era que nunca hubiesen posado así o que no recordara haber visto en ninguna ocasión a Joel con una cámara en la mano; contra toda lógica, se lo imaginó.

Hurgó hasta el fondo, pero solo encontró lo esencial: notas dobladas, un puñado de tarjetas y el carné de conducir. Y entonces lo vio. Oculto en el fondo, un trocito de papel alargado. «Kristina Hartmann», con letra mecanografiada negra. Las arrugas de cuando él lo había hecho un ovillo antes de guardárselo en el bolsillo se habían

suavizado, pero no por casualidad, sino más bien por el hecho de haberlas alisado a conciencia con el pulgar. Se suponía que lo había tirado para que ella no recordara cosas tristes, según le había dicho, y, sin embargo, lo conservaba. No es que se le hubiera olvidado y lo llevara arrugado en el bolsillo con la calderilla; lo había guardado aposta en la cartera. Lo había estirado. Lo conservaba.

Tras la tormenta las montañas hacían lo posible por mostrar un mundo renovado. La nieve estaba surcada de hoyos donde empezaba a derretirse y el sol creaba sombras aserradas en tonos azules bajo los abetos. Las calles nevadas estaban tranquilas, pues era temprano y los telesquís aún no habían arrancado. De camino al pueblo, Hadley fue dándole vueltas a la cabeza, asombrándose ante la facilidad con la que los acontecimientos la hundían en lo más hondo o la hacían volar. El día anterior estaba lista para el Año Nuevo; tan solo ofrecía buenos augurios.

En la *boulangerie*, Hadley pidió una *baguette* y dos cruasanes en inglés, pues se había olvidado del francés más básico. Se metió la bolsa bajo el brazo y se dirigió a la cabaña cabizbaja. Tenía ganas de ver a Joel y escucharle decir cosas intrascendentes, hacer que la besara primero en la mejilla y luego en los labios, y, sin embargo, la atenazaba el desasosiego. A pesar de que un nombre en un papel era algo nimio e insignificante, en cierto modo le parecía algo más. Joel había alisado y guardado el papel con el nombre de Kristina, igual que los amantes guardan baratijas y fotos en sus carteras.

Cuando llegó a la cabaña, Joel estaba de pie en calzoncillos, saludándola con la mano desde la puerta. Tenía una amplia sonrisa dibujada en el rostro y el pelo alborotado de dormir. Era una escena tan sencilla que no tuvo más remedio que sonreír. Él echó a correr descalzo por la nieve y se abalanzó sobre ella para besarla.

—¿Estás loco? ¡Te vas a congelar!

—Te he estado observando mientras subías toda la cuesta de la colina. Parecías tan concentrada... Con un pie delante del otro. Anda, dame la mano. —Dentro de la cabaña le quitó el pan de las manos—. Estoy hambriento —dijo, y acto seguido pellizcó la punta de la *baguette* y se puso a masticar despreocupadamente. Las líneas de expresión que asomaron a sus ojos le daban un aire picarón—. Y te he echado de menos, claro. Si estás fuera cinco minutos, te echo de menos.

—¿Y cómo vas a arreglártelas cuando volvamos a Lausana? —preguntó ella. Se encaramó en el filo de la mesa y se puso a balancear las piernas. Le daba un aire desenfadado.

—Ni se te ocurra mencionar Lausana —le advirtió él—. Está en otra galaxia.

—Pero a lo mejor hay que planteárselo. La semana que viene vuelvo a tu clase. ¿Me siento al final? ¿Me escondo?

Vio su cartera, sobre la encimera, tan inocua como unas gafas plegadas o una novela en rústica. Intentó apartar la vista.

—¿Qué tal se te da ocultar cosas? —le preguntó él.

Ella lo miró fijamente.

—Bastante bien —contestó ella.

—Pues yo soy pésimo. —La cogió de la barbilla con el índice y el pulgar y le escrutó los ojos—. Tengo las mismas ganas de encubrirlo todo que tú —dijo.

—Pero ¿y si no es cuestión de encubrirlo? ¿Y si Luca lo anuncia a los cuatro vientos? ¿Y si se descubre así?

—Pues lo afrontaremos.

—No te preocupa —dijo ella—, ¿verdad?

—Porque... ¿sabes qué? No se acaba el mundo por el hecho de que un niño me haya visto besándote. Si la facultad me llama la atención, lo asumiré. Si me despiden...

—No lo harán, ¿verdad? ¿Por una minucia como esa?

—¿Una minucia?

Ella se echó a reír, aliviada.

—Tienes razón, a lo mejor nada de eso tiene importancia. —Decidió no decir nada más.

Salieron de las montañas por la misma carretera por la que habían ido, aunque tenía un aspecto completamente distinto con el sol del invierno en todo su apogeo. Hacía un tiempo impropio del mes de enero y en el capó del coche caían gotas de las ramas de los árboles. Hadley llevaba unas gafas de sol que le ocultaban gran parte de la cara. Se sentía glamurosa y relajada. Se alegraba de no haber sacado el tema de la cartera; no había encontrado argumentos, ni siquiera había sabido cómo abordar el tema. Habían hecho el amor en la cabaña por última vez; él tenía la piel fría de haber estado a la intemperie, pero sus caricias habían sido febriles y llenas de deseo. Luego permanecieron abrazados, y ella prefirió no interrumpir el movimiento sincronizado de la respiración de ambos.

Durante el camino de regreso le dio la impresión de que Joel hacía lo posible por retrasar la llegada. Paró en un recodo de la carretera para poder ver el curso embravecido de un río en un cauce de nieve grisácea acumulada, con el valle alejándose detrás de ellos. Se detuvo en una ermita al borde de la carretera, una muestra de devoción católica con una cruz ennegrecida de aspecto antiguo. Las carreteras alpinas estaban salpicadas de ermitas como aquella y Joel le dijo que las erigían los lugareños temerosos de Dios al término de los inviernos más inclementes para pedir un rayo de luz.

—Pensaba que no eras creyente —comentó Hadley.

—¿Por qué no? —dijo Joel. Pasó la mano por los nudos de la madera y le dio unas palmaditas—. Has acertado. No lo soy. Pero me alegro de que haya gente que lo sea.

Cuando volvieron al coche le pilló mirando por el espejo retrovisor.

—¿Sabes? Creo que Kristina era creyente —dijo ella.

—¿Qué te ha hecho pensar eso de repente?

—Siempre llevaba una diminuta cruz de oro al cuello. Pensaba que era un adorno, pero igual no.

—Entonces a lo mejor no temía a la muerte.

—No creo que eso implique estar preparado para dejar de vivir —atajó Hadley. Se hundió en el asiento—. No sé..., Jacques estaba casado, ya sabes. No era lo que se dice una santurrón.

—Eso era lo que ella te decía.

—Pero ¿por qué iba a inventárselo? Pues con eso no causaba una buena impresión precisamente.

—Puede que la hiciera parecer interesante.

—Yo no encontraba su situación interesante. Me parecía triste. ¿Sabes? Es curioso que hayas dicho eso de ella. A veces me pregunto si siempre me decía la verdad.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Es algo a lo que he estado dándole vueltas últimamente. Siempre creía a pies juntillas lo que me contaba, sin cuestionarlo.

—Eso es lo que hacen los amigos, Hadley.

—Puede ser. Sé que ocultaba cosas sobre Jacques. Creo que eso la hacía sentirse culpable, pero cuando intenté recomponer las piezas... Dónde estuvo aquel viernes por la noche, con quién, por qué llegó tarde..., en ningún momento se me ocurrió plantearme que no me hubiese contado toda la verdad. No sé. No sé ni lo que estoy diciendo.

—Con ese tipo de planteamientos te volverás loca de remate.

—Sí, ya. —Hadley volvió la cabeza hacia la ventanilla—. ¿Y tú? ¿Siempre crees lo que te dice todo el mundo?

—Salvo que me den motivos para no hacerlo.

—Ahí está la cosa —dijo Hadley—, ¿no?

El coche siguió zumbando en el silencio de un mundo cubierto por un manto blanco.

Cuando tomaron la *autoroute* y se unieron a las colas de vehículos que circulaban en dirección a Lausana y Ginebra, el sol se había puesto. La tenue y fresca luminosidad de las montañas parecía estar, tal y como Joel había dicho, en otra galaxia. Hadley sintió una sacudida de desazón en la base del estómago. Ya sentía las miradas inquisitivas de sus amigos de Les Ormes clavadas en ella, y oía el parloteo de Luca con el chisme de la montaña. Y notaba algo más; una sensación más leve, indefinible,

aunque no menos perturbadora.

Se concentró en Lausana. Deseaba que la ciudad le inspirase lo mismo que al principio. Por entonces había apreciado todos los detalles, haciendo que la ciudad pareciera realmente suya. Igual que las cosas en las que se puede fijar un enamorado: la medialuna de una uña, un lunar, un pelo solitario en el hombro de un hombre... Pero era incapaz de mantener la concentración. Esto era lo que le venía a la mente: «Kristina Hartmann». Un nombre, dieciséis letras. Su amiga muerta, reducida a una finísima tira de papel. Estirada y guardada a buen recaudo. ¿Sería una de las razones a las que se refería Joel, un motivo suficiente para dudar de la palabra de alguien? Pero ¿dudar de qué? Era algo de lo más inocente y, sin embargo, atenazaba sus pensamientos.

Pensó en Hugo por primera vez después de varios días. Tenía claro lo que le diría y se imaginaba su expresión al escucharla: la mirada ensombrecida, luego iluminada, con una inclinación de cabeza apenas perceptible. *Si no planteamos las preguntas, nunca conoceremos las respuestas.* ¿Le había dicho esto en alguna ocasión? Tal vez se lo atribuía a él por el simple hecho de que parecía una frase propia de Hugo, y de la Hadley del año anterior, la que se pateó la ciudad con una fotografía doblada en la mano. Miró fugazmente a Joel mientras conducía. Llevaba las manos apoyadas perezosamente en la parte inferior del volante. Él volvió la vista hacia ella y sonrió.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En la vuelta a Lausana, nada más. En cómo va a ser este año.

—No pareces muy entusiasmada.

—Oh, sí. Pero no estoy segura de querer que acabe esta parte.

—En eso estamos de acuerdo.

—Es que me gusta que me lleves por ahí en el coche.

—Bueno, pues seguimos conduciendo y ya está. Hasta Francia; la recorreremos a lo largo y ancho y acabamos en la Riviera, en busca de sol.

—¿La Riviera?

—Exacto. *La France*. Allí estarías como pez en el agua, Hadley, con tus preciosas piernas, tu corte de chico y tu dulcísima sonrisa. Yo también me sentiría como pez en el agua rodeándote con el brazo.

—No sabía que habías estado en la Riviera.

—Soy especialista en Literatura Norteamericana, Hadley. Fitzgerald prácticamente inventó ese sitio. Hemingway escribió *El jardín del Edén*...

—¿El Edén?

—Me figuro que es una especie de paraíso, una versión algo distorsionada.

Hadley no supo de dónde salieron sus siguientes palabras. Cuando pensó en ello más tarde, suponía que habían estado acalladas todo el día, brillando en el horizonte, tangibles y al mismo tiempo escurridizas como un espejismo.

—Joel —dijo—, sé que esto te va a sonar raro. Cuando busqué el dinero para el desayuno en tu mono de esquí, como me dijiste que hiciera, no lo encontré, así que lo cogí de tu cartera.

—Muy bien, cariño, no tiene nada de raro.

—Encontré una cosa. Eso es lo raro. Bueno, un poco raro.

—¿Sí? ¿Y qué era?

—El trozo de papel de la puerta de Kristina.

—¿De la puerta de Kristina?

—Ya sabes, de Les Ormes. Dijiste que era morboso dejar allí su nombre y lo quitaste. Ibas a tirarlo.

Él no pestañeó.

—Vale, claro.

—Pues lo he encontrado en tu cartera. No lo tiraste.

—Ya. ¿Y?

—Estaba estirado y metido ahí como si fuera, qué sé yo, como si alguien guardara un billete de ferry o una fotografía. Como un recuerdo.

—¿Un billete de ferry? Hadley, ¿a qué viene esto?

—No sé, es que me ha parecido extraño que lo guardases. Te empeñaste tanto en quitarlo de allí... Dijiste que no querías que volviera a estar triste nunca más.

—Y no quiero que estés triste nunca más.

—Y dijiste que no debía estar recordando a Kristina cada dos por tres. Así que lo quitaste.

—Efectivamente.

—Entonces, ¿por qué lo guardas?

—En fin, Hadley, no sé. Es que hasta ahora no había encontrado el momento de tirarlo.

—Pero ¿cómo es que lo llevabas en el bolsillo y ahora en la cartera? Eso es un acto consciente. Debes de haberlo sacado y pensado: «Vale, voy a conservarlo».

—¿«Vale, voy a conservarlo»? Hadley, ¿te has vuelto completamente loca?

—Sí, creo que sí. Lo siento. Olvídalo.

—Hadley, ¿qué demonios...?

—En un momento de locura pensé... No sé. ¿Por qué ibas a guardarlo? Eso es todo.

—Eso es un disparate.

—Pero...

—Lo guardé para ti, que lo sepas. Me pareció una estupidez empecinarme en quitarlo de allí. Punto. ¿Vale?

—Vale.

—Hadley, no pensaba que fueras así... Que registraras mis cosas, que hicieras

conjeturas...

—No estoy haciendo conjeturas, en serio. Lo siento. Soy una idiota. ¿Podemos rebobinar?

—¿Hasta dónde? ¿Cuánto tiempo llevas comiéndote la cabeza con este tipo de historias? ¿Hasta dónde tenemos que rebobinar? ¿Horas? ¿Días?

—Minutos, solo minutos. Horas, como mucho.

—Voy a ir sobre seguro. Voy a retroceder hasta el mismísimo principio.

—Joel, en serio, solo ha sido hoy. Cuando vi el papel al coger el dinero. Es que me quedé... desconcertada.

—Vamos a comenzar de nuevo —dijo él, rotundo.

—¿En qué punto? —preguntó ella.

—¿Te acuerdas de mi primera clase? ¿Cuando pedí que se pusiera de pie Hadley Dunn, y lo hiciste? Muerta de vergüenza, aunque en cierto modo contenta.

—Sí. O sea, no. Vale.

—Pues bien, volvamos ahí. —Estaba serio. Ahora sujetaba el volante con firmeza.

—¿De modo que todo lo que ha pasado entre nosotros... como si no hubiera pasado?

—Sí.

—¿Ni siquiera nos hemos besado todavía?

—No.

—Entonces, ¿qué? ¿Literalmente empezamos todo desde el principio?

—Justo desde el principio. —Ella se hundió en el asiento y apoyó la cabeza contra el hombro de Joel—. Eso es un poco descarado —señaló él—, teniendo en cuenta que acabamos de conocernos.

Permanecieron así el resto del trayecto hasta Lausana.

Pese a lo que Joel había dicho, el poso amargo de su discusión empañó la despedida. Se cernía sobre ellos, haciendo mella en su ánimo. Detuvo el coche para dejar a Hadley a los pies de la empinada cuesta que subía a Les Ormes. Tras el crepúsculo, en la ciudad se dejaba sentir el frío de nuevo; todo eran vetas de nieve y aceras refulgentes.

—¿Cómo, me vas a hacer subir andando? —preguntó ella.

—No puedo arriesgarme a aparcar fuera. Todo el mundo está volviendo de las vacaciones, no merece la pena. A menos que tu amigo Luca haya corrido la voz, en cuyo caso, en fin..., supongo que da igual.

—¿Y por qué no suponemos lo último? Al menos así conseguiré que me dejes en la puerta.

—Es más seguro así.

—Perfecto. Más seguro. Lo que tú digas. Muy bien, cogeré el autobús. —Joel había aparcado en la escasa zona de aparcamiento de un pequeño hotel. Daba la impresión de que estaba cerrado a cal y canto, y la pizarra con las especialidades del restaurante estaba limpia—. Pensaba que a lo mejor me traías aquí —continuó ella, en un tono más suave— a pasar la última noche antes de la cruda realidad.

—Demasiado tarde, Hadley —dijo él—. Me temo que hemos vuelto a la cruda realidad. —Su tono era taciturno, se había apagado la chispa de antes. Se inclinó para besarla. Una única vez. Con elegancia.

—Entonces..., ¿ahora qué? —preguntó ella, con la cabeza ladeada, observándole.

—Nos veremos pronto. En clase, supongo.

—¿Antes no?

—Tengo que ponerme al día con un montón de trabajo atrasado. Corregir exámenes. Para ser justos, debo decir que por estar contigo he aparcado cosas...

—Pero... me refiero a que... nada ha cambiado, ¿verdad? Aún seguimos...

—¿Aún qué, Hadley?

—Lo que sea que tuviéramos antes.

—¿Antes de qué?

—No sé. Mira, me lo he pasado fenomenal. En serio.

—Yo también.

—Nadie había hecho algo así por mí nunca, Joel. Ha sido mágico. Gracias. Muchas gracias.

—De nada —dijo él. Se puso a tamborilear con los dedos en el volante—. Igualmente. Ha sido un... magnífico Año Nuevo, Hadley. Mejor de lo que había imaginado. —Tenía la voz tensa, y al final se le quebró.

Ella se acercó para darle un beso como es debido y él la complació. Lo justo.

Al alejarse el coche, ella se quedó con la sensación de haberle ofrecido algo que él no había aceptado de buen grado.

Incluso a cierta distancia Hadley oyó la algarabía de la cocina de Les Ormes. Al abrir la puerta y comprobar que Jenny, Chase, Bruno y Loretta volvían la cara para mirarla, inmediatamente llegó a la conclusión de que Luca lo había contado. Era evidente por la intensidad de sus miradas, como si estuviesen buscando en ella algo en lo que no habían reparado antes. Le sonrieron, y Hadley se amilanó junto al quicio de la puerta. Dejó la mano en el picaporte, vacilante.

—Aquí está —dijo Jenny—, ¡por fin!

—Pensábamos que habías huido a las montañas para no volver jamás —dijo Loretta.

—¿Has hecho algún propósito? —preguntó Bruno—. Estamos deliberando sobre los nuestros, pero todos son aburridísimos. Apuesto a que los tuyos son mucho más emocionantes.

Chase fue el único que habló sin rodeos.

—No pasa nada —dijo—. Luca acaba de irse. Nos ha dicho que se encontró contigo y nos ha contado con quién estabas. Está cabreado porque no ha podido conseguirte y le molesta que lo haga otro. No te preocupes por eso.

—Ay, Hadley, ¿cómo has podido? ¿Con tu tutor? Estará arrugado como una pasa —comentó Jenny, sacando la lengua al tiempo que simulaba un exagerado escalofrío.

—Yo diría que tiene su punto —señaló Loretta—, si no fuera por Luca. Le gustas mucho, Hadley. Cree que le diste cancha.

—Bueno, feliz Año Nuevo, a todos —dijo Hadley—, es una gozada estar de vuelta. Y ni de lejos le di cancha a Luca. —Se dirigió al fregadero y abrió el grifo. Llenó un vaso de agua y acto seguido lo vació—. Cosa que, por cierto, todos sabéis.

—No sabemos nada —replicó Jenny— porque no nos cuentas nada.

—Pero ¿entiendes ahora por qué no podía hacerlo? —dijo Hadley.

—Si Kristina estuviera aquí, ¿se lo habrías contado?

Hadley la miró fijamente.

—No —respondió—, no, no lo habría hecho. Porque, si Kristina estuviera aquí, seguramente no estaría con Joel.

—Joel... —repitió Jenny—. ¿Así se llama? «Joel». Hasta suena a viejo.

—¿Por qué dices eso, Hadley? —preguntó Bruno.

—No importa —contestó ella.

—Hadley, siempre te muestras muy reservada —intervino Jenny.

—Y tú muy entrometida —apostilló Loretta, y le plantó un beso en la frente a Bruno.

Mientras los demás intercambiaban risitas, Hadley hizo caso omiso y salió al balcón. Se encaramó al muro para sentarse con las piernas colgando, deseando que Lausana se la tragara. Tal vez Joel estuviera en lo cierto: todo sería más sencillo si se quedaran en las montañas. Chase fue tras ella.

—No le des mayor importancia —le dijo—. Es que les encanta chismorrear. No lo hacen con mala intención. ¿Te lo has pasado bien en Navidad?

—Jenny está tan ofendida... —contestó ella—. No entiendo por qué. Y sí, gracias. Me alegré de ir a casa.

—Es que le gusta pensar que está al tanto de lo que se cuece por aquí, eso es todo.

—¿Y tú? ¿A ti te gusta pensar que estás al tanto de lo que se cuece por aquí?

—La mayoría de las cosas me resbalan —afirmó Chase—. Y desde luego, sin ofender, tu vida amorosa. Aunque me alegro por ti, claro.

—Supongo que debo agradecértelo —replicó Hadley.

Jenny dio unos golpes en el cristal.

—Chase —gritó—, hace un frío que pela ahí fuera, entra.

Chase se encogió de hombros con gesto resignado.

—Me reclaman —comentó.

—Sabes que no tienes por qué ir —dijo Hadley—. ¿Y tu Navidad? ¿Qué tal Estados Unidos?

Él se sacó un cigarrillo del bolsillo y le dio vueltas con los dedos.

—Estados Unidos estaba exactamente igual que cuando me marché. Lo mismo me quedo a fumarme esto —añadió.

—¡Chase! —exclamó Jenny desde el otro lado del cristal.

—¿Qué tal se te dio el esquí? Hacía un tiempo estupendo para esquiar, vi los partes.

—Hacía un tiempo precioso.

—Cielo azul y nieve en polvo fresca, como suelen decir. ¿De modo que es esquiador, este ligue tuyo?

—Sí —respondió ella—, y me ha enseñado. Al final no se me daba nada mal.

—Qué guay. Eh, por cierto, hay una chica nueva —dijo él—. En la habitación de Kristina. Me he dado cuenta al pasar. Han puesto su nombre en la puerta.

—¿Hay un nombre nuevo en la puerta?

—Helena Freemantle. Estuvo hace un rato en la cocina, cuando estaba aquí Luca. No se iba a quedar vacante para siempre, Hadley. ¿Estás bien?

—Claro que sí —le aseguró. Se arrancó el filo de una uña e hizo un esfuerzo por no mirar a los ojos a Chase. «Helena Freemantle». Una nueva serie de letras, un nuevo trozo de papel metido cuidadosamente en el espacio que ocupaba el anterior.

Para huir de la cocina puso la excusa de que tenía que terminar un trabajo. Una vez

en su habitación, Hadley suspiró aliviada, pero instantes después llamaron a la puerta.

—Ay, ¿y ahora qué? —gruñó en voz alta, involuntariamente. Cuando abrió la puerta, su cara mostraba ya una expresión de arrepentimiento.

—Perdona que te interrumpa, solo quería venir a saludarte. —Helena era tan alta como un mástil y llevaba el pelo, rojo fuego, recogido en una gruesa trenza. Tenía la cara salpicada de pecas; no alguna que otra diseminada como Kristina, sino tantas que causaba perplejidad. Era de risa fácil y tenía los dientes enormes y perfectos—. Soy tu nueva vecina. Helena Freemantle. O simplemente Hels, muchos me llaman Hels.

—Hola, Helena. Lo siento, no sabía que eras tú quien había tocado a la puerta. Es que estoy procurando pasar desapercibida, eso es todo.

—¿Quieres una taza de té? Tengo tetera en mi habitación. Así me ahorro tener que ir a la cocina cada dos por tres.

—Muy inteligente.

—No es que sea una huraña, pero, ya sabes, a veces lo único que te apetece es tomar tranquilamente una taza de té sin tener que involucrarte en todo. Estaba abajo cuando ese tío, Luca, ha venido a revolucionarlos a todos.

—La verdad es que prefiero no hablar de eso.

—No han sido crueles. Simplemente estaban sorprendidos. Se mostraban entrometidos. Excitados. Lo que sea. Bueno, no es que Luca estuviera lo que se dice excitado, pero ya me entiendes.

—No pasa nada —dijo ella—. Y, ¿sabes?, estaba a punto de terminar un trabajo, así que la verdad es que no tengo tiempo de tomar té. Pero...

—Eras amiga de ella, ¿no? ¿De la pobre chica que ocupaba mi habitación?

—Sí.

—Siento no ser ella.

—No es culpa tuya —dijo Hadley, y no pudo evitar corresponderle con una sonrisa—. Pero gracias de todos modos.

—Anda, una taza... —insistió Helena—. Por favor. Sinceramente, estaba sentada en la cocina escuchándoles hablar sin parar de ti y pensé en mi fuero interno: «Seguramente será muchísimo más interesante que vosotros».

—No —repuso Hadley—, qué va. El simple hecho de haberme acostado con mi profesor no me hace más interesante.

—Venga, Hadley, vamos a tomarnos un té juntas. Yo no conozco a ese profesor. Todavía no conozco a nadie aquí. Soy territorio seguro. Soy... suiza.

Hadley se echó a reír y claudicó; sonó el clic de la puerta al cerrar y siguió a Helena hasta su habitación. En el interior, nada le hizo recordar que en algún momento había sido de Kristina. Helena parloteaba con desenvoltura y Hadley se sentó a escucharla. Era del norte de Inglaterra, de una pequeña localidad próxima a la

frontera escocesa. Había sufrido mononucleosis infecciosa y se había perdido el principio del curso. Le había preocupado la posibilidad de no poder acudir en absoluto, por lo que verse al fin en Lausana era para ella como un regalo de los dioses. Mientras Helena ponía la tetera a hervir, a Hadley le sorprendió comprobar que deseaba contarle lo de Joel, no el momento en que la besó por primera vez ni cómo la había internado en el mundo blanco de las montañas, sino lo del trozo de papel de la puerta; el hecho de que antes de «Helena Freemantle» había estado «Kristina Hartmann», y que él conservara el papel con su nombre. Pero era demasiado pronto para eso. Ese tipo de confidencias, si es que lo eran, no se podían ventilar a la ligera.

—Ah —dijo Helena, dando un respingo—, ahora que me acuerdo, he encontrado una cosa que a lo mejor quieres. Estaba debajo de la cama; le habrá pasado inadvertido a las limpiadoras. Me quité de un puntapié la zapatilla y, mientras la buscaba a tientas, encontré esto. Toma. —Le tendió a Hadley un libro. Era *París era una fiesta*, de Hemingway. Los filos estaban impregnados de polvo, pero por lo demás se veía nuevo y reluciente, con el lomo intacto—. Me han dicho que estás estudiando Literatura Norteamericana. Mientras comentaban lo de tu..., perdona, mientras chismorreaban sobre tu profesor. En fin, es probable que ya lo hayas leído. Pero pensé, ya me entiendes, que siendo de Kristina a lo mejor lo querías.

Hadley limpió el polvo de la tapa con la yema del dedo. Era el libro que Kristina no quiso que le regalara porque ya lo tenía; a Hadley le había encantado el hecho de que quisiera entender la razón de que le gustara tanto Hemingway. También era el libro que Joel Wilson le había quitado de las manos en la librería inglesa sonriéndole con gesto triste mientras le decía: «Tenía por costumbre regalar este libro a cada chica con la que salía»; también le había encantado eso de él, la idea del joven Joel que deseaba estar con una chica que compartiese sus mismos gustos.

—Lo he hojeado por encima y he visto un marcador de libros chulo —dijo Helena. Hadley sacó la tarjeta. No había nada escrito. Miró al dorso y vio una escena que reconoció: altas cumbres, sombrillas de hilo, un lago de aguas cristalinas, todo pintado en tonos mates y colores vivos. Era igual que la imagen que decoraba la pared del despacho de Joel, un regalo de bienvenida de parte del departamento, según le dijo en su momento. La Riviera suiza, inmaculada y hermosa, el sueño de los viajeros de época—. Sé que estas imágenes están bastante manidas —continuó—, había montones en el aeropuerto. Pero ¿a que es preciosa? Y pensar que vivimos aquí, en este mundo tan perfecto... Ay, lo siento, qué poco tacto. Sé que no es perfecto, en realidad no. Pero da esa impresión, ¿a que sí? Por lo menos a los extraños como yo.

Hadley alzó la vista para mirarla. Mantuvo la voz tan uniforme como pudo.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó.

—Por supuesto que sí, pensé que lo querías. Fue una suerte que se les pasara a las limpiadoras. Seguro que, de haberlo encontrado, lo habrían tirado.

Hadley introdujo la tarjeta entre las páginas del libro. Lo cerró de golpe.

—Gracias, Helena. Muchas gracias.

Después se fue a su habitación, tras rechazar una segunda taza de té con una galleta de mantequilla. Se dijo a sí misma que estaba estupendamente, nada pálida, sin ningún problema.

Hadley se preparó para irse a la cama con movimientos mecánicos: cepillado de dientes de atrás adelante, pasada de peine por el pelo... Sonó el teléfono y lo observó con gesto vacilante antes de responder.

—Hadley, lo siento. —Era la voz de Joel.

—¿El qué? —preguntó ella, con prudencia.

—En el coche. Estuve dale que te pego. Sin poder dejarlo.

—No te preocupes por eso —dijo ella.

—Escucha, te propongo un plan para el fin de semana. ¿Has estado alguna vez en Locarno? Por lo que tengo entendido es...

—Joel, espera. ¿A qué te referías en la montaña cuando dijiste que temías hacerme daño?

—¿Eso dije?

—Sí, no te hagas el tonto. —Hadley escuchaba una música de fondo, un tenue ruido sordo de jazz—. ¿Y bien?

—Temía que pensaras que soy perfecto, cuando no es así.

—Nadie es perfecto —dijo Hadley—, y no soy tan estúpida como para creer eso.

—No es estúpido, es maravilloso —replicó él—. Hadley...

—¿Sí? —Silencio—. ¿Sí? —insistió ella.

—Quiero que sepas que te quiero.

Fue una extraña manera de decirlo por primera vez. Le salió más bien como una ocurrencia o una afirmación; como un recordatorio de todos los «te quiero» pronunciados anteriormente, cuando de hecho no habían existido. Ni retozando juntos, ni besándose, ni susurrando con el calor de sus alientos. Tampoco bajando a toda velocidad pendientes resbaladizas, ni caminando en las noches alpinas eternamente blancas, ni desplomados en camas hundidas. En cualquier caso, no hasta ese momento. Ella se llevó la mano a la boca. Cerró los ojos.

—¿Hadley? ¿Sigues ahí?

—Pensaba que sabría qué decir —contestó—, pero me equivoqué.

No durmió. Se asomó al espejo del baño, y la duda que estaba gestándose en su interior parecía ensombrecerle el rostro. En el reflejo del cristal aparecía pálida, con los ojos tan inexpresivos como botones. Se metió en la ducha y permaneció bajo el chorro del agua hasta que el vapor empañó su exiguo cuarto de baño, y después se perfumó y se pintó los labios rojo escarlata. Se enfundó su fina gabardina, pasó sigilosamente junto a las puertas de sus vecinos, aún dormidos, y se internó en la gélida mañana.

Lausana rebosaba elegancia. Había escarcha en las losas del pavimento y los primeros rayos de sol reflejaban los tonos pastel de los postigos. Los empleados de oficinas, con un aspecto impecable y bufandas de lana liadas al cuello, caminaban con aire resuelto marcando el paso con zapatos de suela de cuero. Hadley se fue colando entre ellos, atajando por bocacalles, hasta que por fin llegó al Hôtel Le Nouveau Monde.

Dentro, la mesa que siempre ocupaba Hugo estaba vacía. Se sentó un poco apartada de ella, con la espalda tiesa como un palo y las manos entrelazadas sobre el mantel. Apareció un camarero de no se sabe dónde e inclinó la cabeza con gesto solícito. Les había atendido la última vez que habían estado allí y ella recordaba su pelo, negro como el regaliz, y su sonrisa ladeada.

—*Mademoiselle*, si busca a monsieur Bézier, no ha venido. Pero la semana pasada telefoneó para dejarle un mensaje.

—Oh —dijo Hadley—. ¿Un mensaje? ¿Qué tipo de mensaje?

—Solo para decir que si venía al café le dijera que se hospeda en la Résidence Le Printemps, en la Rue des Roses.

—¿Para qué querría que supiera eso? —preguntó ella.

—Es una clínica de reposo, *mademoiselle*.

—¿Está enfermo?

—Monsieur Bézier es un hombre muy reservado. Solo deseaba que le trasladara el mensaje si casualmente venía, y así ha sido. *Merci, mademoiselle*. ¿Desea que le traiga algo? ¿Un *renversé*, tal vez?

Hadley vaciló.

—Hummm..., no sé... Mejor no. Mejor..., en fin, solo vine a ver a Hugo. ¿Ha dicho Rue des Roses? ¿Está cerca de aquí?

—A solo tres calles, *mademoiselle*. Tuerza a la derecha en el Maritime Restaurant y luego la segunda a la izquierda. —Al ponerse de pie Hadley, la silla chirrió en el silencio del comedor—. *Mademoiselle*, un momento. Debo darle el mensaje. Quería

que le dijera que había estado pensando en la historia y que los acontecimientos habían sufrido un giro inesperado.

—¿La historia? ¿Qué historia?

—Según tengo entendido, monsieur Bézier es novelista, *mademoiselle*.

Hizo una reverencia y se retiró.

«Printemps» significa primavera, y la clínica de reposo de la Rue des Roses rezumaba una frescura acorde con ella. En la entrada había una valla con una exquisita placa de oro engastada en la piedra donde se anunciaba su nombre, y un corto camino de gravilla que conducía a un porche con columnas. Despedía el aire de un discreto hotel de lujo. Bajo cada ventana había primorosos lechos de rosas, en flor aun estando a mediados de invierno.

Hadley vaciló al llegar a la entrada. Se quitó la boina y se atusó el pelo. Una enfermera con uniforme de color pistacho bajó los escalones en dirección a ella; a pesar de sus toscos zapatos, era la personificación de la elegancia. Hadley hizo acopio de todos sus recursos para expresarse en francés.

—¿Monsieur Bézier? —dijo la enfermera, risueña—. Por favor, acompáñeme. Estará encantado de verla, *mademoiselle* Dunn —añadió.

Hugo estaba sentado en una silla junto a la ventana, envuelto en un batín de cuadros escoceses. Llevaba un pañuelo de seda con un nudo flojo al cuello y el pelo peinado con esmero, pero tenía el semblante ceniciento y una barba de tres días le cubría la mandíbula. Hadley se enterneció. Fue corriendo a su encuentro, y sus pasos rompieron la quietud de la sala.

—Sabía que existía una razón para aguantar —dijo él, cuando ella le cogió de la mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella—. ¿Estás bien?

—La Navidad siempre me ha traído sin cuidado, de modo que pensé que este año me la perdería. Sufrí un infarto perfectamente cronometrado el 23 y pasé las fiestas en el hospital, a merced de una banda de enfermeras algo severas. Me he hospedado aquí para pasar unas cortas vacaciones. Es un sitio bastante agradable.

—Oh, Dios mío, ¿un infarto? —exclamó Hadley—. Pero ¿estás bien?

—Como nuevo —respondió él—. ¿Sabes? Siempre me ha gustado esa expresión tuya, tan estoica, en cierto modo. Pero todo eso es muy aburrido, así que cambiemos de tema. ¿Qué me cuentas, Hadley? ¿Estás bien? ¿Has empezado bien el año?

—Estupendamente. Hugo, he ido al Hôtel Le Nouveau Monde y me han dado el mensaje. Pero ¿y si no hubiese ido? No me habría enterado. Deberías haberme enviado una nota a Les Ormes.

—Esa es precisamente la cuestión —dijo él. Llevaba el batín anudado y se enrolló la punta del dedo con el extremo del cinturón. Ese gesto insignificante, en alguien por lo general tan sereno, resultaba inquietante—. Me negaba en redondo a recibir visitas para que me compadecieran —añadió—. Solo deseaba que vinieras si es que tenías intención de verme de todos modos. La última vez que nos encontramos me mostré un poco frío contigo y llevo reprochándomelo desde entonces.

—¿Conque lo dejaste al azar?

—No exactamente al azar —contestó él—. Yo no diría eso.

Hadley vio que la yema del dedo se le había puesto bastante blanca. Él se desanudó el cinturón y lo dejó caer sobre su regazo. Ella apartó la vista.

—Bueno, ¿qué es esto? —le preguntó tras una pausa.

—Es un hotel muy caro para enfermos. Preparan un excelente salmón ahumado para desayunar, del cual me sirven una tirita minúscula, y ni rastro de huevos revueltos; teniendo en cuenta lo que pago por estar aquí, lo considero un verdadero crimen. —Hadley se fijó en las desgastadas zapatillas de Hugo y en el bastón, apoyado en el brazo de su silla. Él advirtió que lo observaba y agitó las manos con viveza, un gesto impropio de él—. No voy vestido como Dios manda —dijo, haciendo un poco de teatro—. De haber sabido que vendrías precisamente ahora, me habría puesto algo totalmente distinto. Menuda pinta debo de tener, semejante carcamal endeble...

—Pero ¿te estás recuperando? ¿Te pondrás bien?

—Sí —respondió Hugo—. No creo que haya recibido tantos mimos en mi vida. Y es que fue un infarto leve, según me dijeron; como ves, he salido bastante indemne. Al menos no hay secuelas obvias para tu mirada joven.

—¿Seguro que no prefieres que me vaya para descansar?

—¡Descansar! —gruñó él—. No he hecho otra cosa que descansar. Los días pasan, ¿sabes?, al ritmo de comidas frugales y poco gratificantes y un sueño intermitente. Algún que otro comentario con otro huésped, o paciente, o cliente, o como quiera que se nos denomine... Casi me estaba convirtiendo en cenizas. Y entonces...

—Y entonces ¿qué?

—Últimamente he estado preocupado, Hadley.

—Lo siento —dijo ella—, ¿es por...? ¿Sufres dolores?

—No me sentía tan preocupado desde hacía muchísimo tiempo —explicó Hugo—. Desde que escribí mi último libro, hace la friolera de diecisiete años. Cuando escribía me pasaba la vida en un estado de agitación permanente, con pensamientos arremolinándoseme en la cabeza. Así es como era. No había caído en la cuenta de lo mucho que lo echaba en falta hasta que volví a sentirlo.

—¿Has retomado la escritura?

—Todavía no.

—Me extrañó tu mensaje: «Los acontecimientos han sufrido un giro inesperado».

—Ah, sí, confiaba en que eso te trajera aquí.

—¿Qué quieres decir? ¿Y qué te preocupa?

—Solo es una idea para una historia.

—Pero, Hugo, eso es estupendo, es algo en lo que centrarse. Es genial.

—No, qué va. No tanto. Es una idea cruel. Me siento tremendamente culpable por el mero hecho de imaginarlo. Pero me dije a mí mismo que, si no ponías reparos, si me permitías esta... licencia, a lo mejor le harías un regalo impagable a un anciano.

—No lo entiendo. ¿Qué quieres que haga?

Él le cogió la mano. Esbozó una sonrisa.

—¿No te gustan los finales felices? El amor lo conquista todo. Y deseo que en la vida tengas cuantos más finales felices, mejor. Pero en el relato... Deja que empiece por el principio, Hadley. Llevo demasiado tiempo ajeno a las cosas que importan. La rutina ha definido todos y cada uno de los días de mi existencia, hasta el detalle más intrascendente. Cuando escribía, mis días daban un vuelco y luego volvían a la normalidad, porque, cuando una idea me asaltaba, no me dejaba dormir. O me daba por trabajar de madrugada y pasarme el día entero durmiendo. Las historias me agarraban por el cuello y no conseguía liberarme. Mis días estaban llenos de vida, muerte y sexo. También mis noches. ¿Qué más? Belleza. Maldad. Generosidad. Mezquindad. Vivía cada emoción y escribía todos los personajes posibles, todos mis principios, todos mis finales. Henri Jérôme publicó diez novelas. La gente deseaba leer lo que escribía. Y entonces, de un día para otro, lo dejé. Sin motivos. Sin un golpe psicológico traumático. Sin desengaños amorosos, sin decepciones inconmensurables o cualquiera de los argumentos que la gente trata de esgrimir para encontrar una explicación convincente a las lamentables circunstancias de un escritor que ya no escribe. Simplemente sentí, Hadley, que había dicho todo lo que siempre había querido decir.

—Pero eso es increíble, Hugo, no muchos lo consiguen... —empezó a decir ella, pero él no había acabado y continuó hablando, agitando las manos con ímpetu.

—Y ahora, sin la escritura, ha llegado... la nada. Días vacíos, huecos y expectantes como la página en blanco..., sin palabras: los lleno observando a los demás. Ya no invento vidas; en lugar de eso, me quedo al margen y me limito a observar. Con impotencia, pero con bastante satisfacción, no me malinterpretes. ¿Sabías que vivo a dos minutos escasos del Hôtel Le Nouveau Monde? Tengo un apartamento grande y tenebroso, con una de las mejores vistas al lago de Lausana, y, sin embargo, prefiero tomarme mi café y mi coñac en el hotel. Allí se respira un ambiente de orden, de que cada cosa ocupa su sitio en el mundo. Los días son muy similares entre sí, prácticamente se podría decir que el tiempo se ha detenido. Le he

tomado el gusto a eso, a la sensación de que todo ralentiza el ritmo casi hasta detenerse. Y entonces apareciste tú. Ignoraste a aquellos tontos de la barra y preferiste hablar conmigo. Después de aquella noche, por primera vez en, bueno, en muchísimo tiempo, me planteé retomar la escritura. —Él movió la cabeza con un gesto de cierta extrañeza. La tensión de su mandíbula fue lo único que traicionó su profunda emoción—. Tú eres mi historia, Hadley, o, más bien, mi historia es tuya. Todo lo que he estado tramando, todas las cosas que me han hecho perder el sueño, son tuyas. Kristina. Jacques. Tu profesor. Y tú. Sobre todo tú.

Hadley le miró fijamente. No sabía adónde quería ir a parar, pero daba la impresión de que se trataba de algún lugar desconocido. Cruzó las manos sobre el regazo y empezó a arañarse la palma con las uñas, dibujando una línea marcada.

—Cuando escribía —continuó— solía soñar con las tramas. Me acostaba pensando en un problema y en plena madrugada encontraba la solución. Dejaba un cuaderno en la mesilla de noche para apuntarlo en cuanto me despertara. Si lo dejaba para después de tomar café, de desayunar..., se me iba de la cabeza, de modo que en cuanto abría los ojos lo anotaba. Algunas de mis mejores ideas se me ocurrieron mientras dormía.

Hugo se recostó en la silla y una cuidadora con el mismo uniforme color pistacho les llevó una jarra de agua fría y una tetera con té de jazmín. Sirvió todo con una precisión minuciosa y Hugo esperó hasta que dejara la última taza y colocara la tetera en su posición exacta. Hadley no apartaba la vista de él.

—Continúa —dijo ella.

Hugo se tanteó el bolsillo de su batín y sacó un cuaderno. Era negro, del grosor de una Biblia de hotel, y estaba doblado por una esquina. Lo sujetó con ambas manos.

—Ni que decir tiene que muchos de los sueños son disparatados. Divagaciones delirantes. Y bien sabe Dios que últimamente he tomado fármacos asombrosos, pero... —Se revolvió en el asiento y le dio sin querer con el pie al bastón, que cayó al suelo haciendo ruido. Ninguno de los dos lo recogió. Abrió el cuaderno y, al doblar la cubierta, se resquebrajó el lomo—. Así que debes perdonarme —continuó—, no pienses que soy... vengativo. Sé que antes me tenías, y con bastante razón, por un viejo celoso y tonto. Pero, Hadley: se me ha ocurrido una idea magnífica para una historia..., tan magnífica que, de hecho, me temo que no se trate en absoluto de ficción. Abrigo el temor, irracional y sin embargo, fehaciente, de que se ajusta bastante a la realidad.

Le tendió el cuaderno. Ella lo cerró de golpe; el sonido reverberó en la sala.

—No sé si quiero leerlo —le dijo—, después de todos estos comentarios. Me estás asustando, Hugo.

—No te estoy asustando.

—No me has contado prácticamente nada de tu vida y de buenas a primeras lo

sueñas todo, de sopetón. Me conmueve, sí, pero...

—Léelo y punto, Hadley. Por favor.

Ella bajó la vista al cuaderno. Lo abrió y lo hojeó. Cada página estaba llena de palabras garabateadas, de marcas veteadas de tinta de pluma, de anotaciones y tachaduras.

—Tienes una letra prácticamente ilegible —señaló ella— y, de todas formas, está en francés. —Hizo un amago de devolvérselo, pero se detuvo. Había dos nombres que reconocía—. ¿Qué es esto?

Hugo se inclinó hacia delante y le dio unos golpecitos con el dedo a la página.

—Dice: «Joel est Jacques».

—Lo he leído, pero ¿qué significa? —preguntó Hadley en tono gélido y cortante.

—Joel es Jacques —respondió él.

—Por el amor de Dios, Hugo, no se me da tan mal el francés.

—¿Y bien? ¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que te diga? Es una fantasía. Tú mismo lo has dicho.

—He dicho que empezó siendo una fantasía. Sin embargo, ahora se ha convertido en una realidad. Creo que es la verdad. Y a juzgar por tu expresión, Hadley, tal vez coincidas conmigo.

Hadley le tiró el cuaderno con brusquedad; le cayó en el regazo y él lo rodeó con los dedos con ademán protector.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué estás tan seguro? ¿Cómo te atreves a afirmar algo así y quedarte tan pancho? —Hugo la observaba, bastante inmóvil, mientras le bombardeaba con preguntas—. O sea, es un disparate, Hugo. Es una locura. Ni siquiera conoces a «mi profesor», como siempre te empeñas en llamarle con ese tono tan despectivo. Ni siquiera tienes idea de cómo es. No tienes ni la más remota idea.

—No lo conozco, ciertamente.

—Y tampoco conociste a Kristina. ¿Conque ella también era una embustera? ¿Todo lo que me contó era pura invención? Es una idea absurda.

—Estás en tu derecho de enfadarte, Hadley.

—No estoy enfadada. Semejante estupidez no es digna de enfado.

—Estás en tu derecho de disgustarte.

—No lo estoy. No estoy disgustada.

—Hadley, por favor, ten presente esto: por nada del mundo se me ocurriría hacerte daño.

Ella abrió la boca para responderle con acritud, pero se le entrecortó la voz.

—Eso ya lo sé —dijo en voz baja.

—Entonces tienes que escucharme, Hadley. Estoy convencido de que, si haces memoria, si intentas hacerte los mismos planteamientos que yo, llegarás a mis mismas conclusiones. Habrá motivos, dos o tres cosas que no acaben de encajar.

Cosas que en su momento no parecían tan extrañas, porque siempre hay excusas, siempre hay explicaciones. Pero ahora, en vista de esto, hoy, plantéatelo, Hadley. Plantéatelo y dime si no existe una posibilidad.

Ella había sentido el día anterior una sensación leve, sorda y persistente que por la noche fue creciendo paulatinamente hasta invadirla el desasosiego. Ahora, al calarle las palabras de Hugo, la embargó del todo. En ese momento llegó a la conclusión de que la certidumbre no era algo mental; por el contrario, era una sensación física, un nudo que estrangulaba, un golpe de plano.

—¿Una posibilidad? —preguntó—. No, no creo que exista ninguna posibilidad.

—Hadley...

Ella respiraba con dificultad; su pecho se agitaba rápidamente. En cuanto fue consciente de ello, le resultó imposible ralentizar el ritmo, pues le faltaba la respiración. Cerró los ojos para concentrarse. Notó la mano de Hugo sujetándole con firmeza el brazo. Le resbalaron lágrimas de las pestañas.

—Ella me hostigó con eso en una ocasión —le dijo, con un nudo en la garganta.

—¿Quién?

—Kristina. Me hostigó con Joel. Me dijo que se había dado cuenta de que siempre me arreglaba cuando tenía clase de Literatura Norteamericana. Me había puesto un vestido y me había pintado las uñas. Era mi cumpleaños. Le dije que solo era por mi cumpleaños.

—Ah.

—Tenía ganas de presentárselo porque sabía que harían buenas migas, pero por otro lado deseaba tenerlo para mí sola. Fíjate, pensaba que, si Joel la veía, si llegaba a conocerla aunque fuese superficialmente, él no...

—¿Hadley?

Estaba hablando con la taza pegada a la boca, pronunciando en voz baja palabras amortiguadas que a Hugo le costaba entender. Se acercó más a ella sin apartar la vista de su cara.

—Era mi tutor. Pero en realidad nunca lo vi con esos ojos porque lo conocí antes de que empezara el trimestre, y no se me pasó por la cabeza relacionarlo con el instituto. Simplemente, pensé que era uno más, como yo; otra persona sola en Lausana, emocionado de estar aquí, familiarizándose con la ciudad.

—Un encuentro casual —puntualizó Hugo— de dos desconocidos.

Hadley se quedó mirándole y él la miró fijamente, con una sincronización perfecta. Por fin estaban a la misma altura.

—Joel... —dijo Hadley—, Jacques...

—*Mon Dieu*.

La sala se desvaneció alrededor de Hadley. Desaparecieron los torpes celadores y el vago olor a desinfectante caro y las teteras de porcelana servidas en los momentos

más inoportunos. Todo desapareció, salvo Hugo y los retazos de su historia.

Fuera, más allá de las hileras de árboles con copas de pompones, el sol se estaba poniendo sobre el agua con un fulgor iridiscente. Hadley se hundió en el asiento, con la postura de un inválido, de espaldas a la ventana. Hugo la observaba fijamente con las mejillas arreboladas. Ella le había contado lo de la insignificante tira de papel con el nombre de Kristina Hartmann y lo patética que se había sentido al pedirle explicaciones a Joel en el coche con voz crispada y temblorosa. «Se lo metió en el bolsillo y dijo que iba a tirarlo para evitar que me pusiera triste cada vez que lo viera, pero se lo guardó. Se lo guardó en la cartera, Hugo, y lo encontré, y no sabía si significaba algo o no». Le habló del polvoriento ejemplar de *París era una fiesta* que Helena había encontrado debajo de la cama de Kristina. «Joel se lo regaló, ¿a que sí? Porque me dijo que tenía por costumbre hacer eso, regalar ese libro a todas las chicas con las que salía como una especie de prueba, para ver si les gustaba. Me hizo gracia cuando me lo contó porque a mí me encantaba ese libro. Y cuando Kristina me dijo que se lo había comprado, la creí». Hugo asentía mientras escuchaba, con los ojos muy abiertos, pues en su cuaderno no había anotado ideas tan rebuscadas.

—Jamás me ha dado motivos para desconfiar de él, Hugo —dijo—. Fue ayer cuando empecé a sentir que algo no iba bien, sin saber por qué. Jamás pensé que fuera esto. Jamás.

—¿No? Hadley, intenta hacer memoria. ¿Le hablaste de Kristina o ya la conocía?

—Yo le hablé de ella. Fui en busca de él. Necesitaba su ayuda.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Se quedó... mudo de asombro. Como cualquiera. No, espera..., un detalle: estaba agobiado. Antes de que yo entrara en el despacho estaba agobiado. Dijo que era por un plazo de entrega. Estaba que se subía por las paredes. ¿Crees que ya estaba fingiendo? ¿Sería de *pena*? No puede ser, Hugo, porque se mostró muy generoso. Dejó sus circunstancias totalmente al margen. Me escuchó y fue generoso desde el primer instante. Y me brindó su apoyo. Todo su apoyo. Era la única persona con quien quería hablar de Kristina, porque él lo entendía. Oh, Dios...

—Lo entendía —repitió Hugo.

—Lo entendía mejor que nadie. —La última luz del atardecer se desvaneció en la sala. Hadley se puso de pie y se acercó a la ventana. En el lago, en dirección a Ginebra, quedaba un tenue reflejo naranja tostado que de repente desapareció, en un abrir y cerrar de ojos, cuando el cielo se cubrió de nubes que presagiaban nieve. Todo se desdibujó y ella se frotó las mejillas con fuerza. Se volvió hacia Hugo—. Lo tenía delante de mis narices y ni siquiera fui capaz de verlo. No me explico cómo has llegado a esta conclusión, Hugo.

Él dijo que había movido las piezas del rompecabezas, de un lado a otro, hasta

formar algo que tenía cierto sentido. «Solo una idea para una historia —le dijo—, en un principio» y, a medida que hablaba, Hadley seguía dándole vueltas a la cabeza, hilando detalles deprimentes. Todo encajaba espantosamente. Kristina urdió la historia del matrimonio roto, una tapadera para el puesto real de Joel en el instituto, el idilio ilícito con un tutor que ahora la conocía a fondo. *Jacques*. Un nombre francés idílico, una mentira piadosa. Puede que de hecho se hubiesen conocido en la Riviera; Joel tenía un bronceado intenso y uniforme y en clase ponía diapositivas de paseos marítimos flanqueados de palmeras y personajes de sociedad en traje de baño, mientras hablaba de los Fitzgerald, de los Hemingway y de los veranos que cambiaban la vida con la familiaridad de un aficionado. No obstante, habría sido demasiada casualidad que lo destinaran a Lausana. Kristina seguramente cambió todos los detalles: su identidad, su aspecto y su domicilio, para envolverlo en el mayor secreto. Igual que Hadley al irse a esquiar con sus amigos suizos. E igual que la versión del americano que le dio a su madre, un compañero de clase. Una retahíla de mentirijillas piadosas. Pero ¿que Joel ocultara su verdadera identidad? Eso no tenía nada que ver con una mentirijilla piadosa. Una imagen empezó a perfilarse. La imagen de la pareja perfecta que habrían hecho: Kristina con su larga melena rubia, unas piernas de vértigo y los ojos como platos, y Joel rodeándola con el brazo con aire despreocupado, tirando de ella para besarla. Tendrían la misma altura, sus labios encajarían de maravilla. «El hombre más guapo del mundo; la mujer más guapa del mundo». A Hadley le vino a la memoria la mirada afligida de Joel cuando le contó lo que Kristina había dicho de su amante. Ella lo había interpretado como un gesto compasivo.

—Hugo, es que no fue una mentira esporádica —explicó Hadley—, sino una sarta de mentiras. Recorrimos Ginebra de cabo a rabo buscando a alguien que ni siquiera existe. ¿Cómo pudo urdir una mentira tras otra?

—Quizá pensaba que no tenía más remedio —respondió Hugo—. Considéralo desde su punto de vista, por un momento, si es que puedes soportarlo. Si la chica a la que supuestamente no debía amar, una estudiante, una relación ilícita, había muerto, no le quedaba más remedio que llorar su pérdida en privado. Y entonces te presentas en su puerta. ¿Qué iba a hacer? No podía exteriorizar su dolor.

—¿Le estás defendiendo?

—Ni mucho menos.

—Me enamoré de él, Hugo.

—Sí, me lo dijiste, *ma chérie*.

—¿Cómo? ¿Y no me creíste?

—Te sentías tremendamente triste y él logró animarte. Yo mismo fui testigo de ello. Y tú, sin ser consciente, tal vez hiciste lo mismo por él. Me pregunto si es lo mismo que la unión de dos personas en circunstancias normales. Probablemente no.

—Nada es normal, ¿no te parece? No para las personas involucradas.

—Tú y yo nos conocimos en un bar. ¿A que suena fantástico? Podía imaginarme que tenía cuarenta años menos.

—¿Y fue normal?

—Fue lo más extraordinario que me ha ocurrido en muchísimo tiempo. —Hadley dejó caer la cabeza entre las manos. Notó la mano de Hugo sobre el hombro, un roce casi imperceptible—. Es comprensible que, durante el tiempo que pasasteis juntos y con el consuelo que os dabais mutuamente, volcara en ti el afecto que sentía por Kristina.

—No quiero reemplazar a nadie —dijo Hadley—, y menos así.

—Pero nadie es una hoja en blanco.

—Yo sí. —Hugo se reclinó en la silla y miró con aire absorto la hierba que se extendía hasta el lago. Al hacer un sumo esfuerzo por encontrar algo que decir, le tembló la cara—. Yo no iba buscando nada, Hugo. Me bastaba con estar aquí, en este lugar tan bonito. Y de pronto todo se fue al traste y él estuvo ahí.

—No fue el único.

—No —coincidió ella—, pero era el único que realmente importaba.

—Nunca te mereció, Hadley.

—Me dijo que me quería —repuso ella en voz baja.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Y? —replicó él.

—Yo no le correspondí.

Hugo dio un suspiro. Un largo y lento suspiro. Sus mejillas volvieron a perder el rubor.

—De todas formas lo sabría, ¿no? —dijo—. Siempre se sabe.

—¿De veras? No estoy segura. No estoy segura de nada. La chica de tu historia, ¿a qué se dedica?

—No he llegado a ese punto.

—Pero ¿qué hará? ¿Y él? ¿Qué me dices de él?

Hugo se metió el cuaderno en el bolsillo del batín y apretó las manos sobre su regazo.

—Lo siento —dijo—. Ya no veo el resto de la historia. Se acabó.

Hadley lo miró fijamente con una creciente frustración. De repente le entraron ganas de zarandear a Hugo, de cogerlo de los brazos y sacudirlo hasta que le dijese otra cosa. Se mordió el labio y miró a otro lado.

—Esta historia, este *hecho*... no te vino a la cabeza en sueños, ¿verdad? Lo sospechabas desde hace tiempo. Mucho tiempo. Ahora caigo, con tus menciones a los fantasmas y seudónimos... Lanzabas indirectas, aunque muy sutilmente. Deberías

haberlo dicho sin rodeos. ¿De qué tenías miedo, Hugo? ¿De que me negara a escucharte? ¿De que me asustara?

—No era más que una idea. Una estúpida fantasía. Exacerbada por mi recelo y mis prejuicios ante sus intenciones. Te habrías echado a reír, Hadley. O te habrías puesto hecha una furia.

—Sí, es probable.

—Y te habría hecho muchísimo daño —apostilló él.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella—. ¿Ahora quién soy?

—Puede que alguien que sabe la verdad.

Su voz era tan suave como los copos de nieve que habían empezado a caer al otro lado de la ventana. Ambos volvieron la cabeza para mirar.

—Jacques es Joel, y Joel es Jacques... —dijo Hadley, en un hilo de voz apenas audible.

Observó cómo cada copo de nieve caía en una delicada espiral, derritiéndose al rozar el suelo.

Antes de marcharse de la Résidence Le Printemps aquel día, Hugo trató de advertirla.

—Déjale hablar, Hadley —dijo—, puede que estemos equivocados.

Mientras se lo decía le acariciaba los dedos, recorriéndolos desde los nudillos hasta las puntas. Hadley apartó la mano con delicadeza y Hugo asintió con una sonrisa compungida.

—Voy a esperar —contestó ella—. Quiero que me lo diga por iniciativa propia. Creo que lo hará. Sé que lo hará.

—No estés tan segura.

—Nunca te ha caído bien, ¿verdad? Ni siquiera antes de esto.

—No —contestó Hugo—, pero me figuro que a estas alturas sirve de poco consuelo.

Ella echó a andar por el amplio camino de acceso. Al llegar al portón se detuvo y volvió la vista. Hugo la observaba desde la ventana; levantó la mano en señal de despedida. Ella asintió y le correspondió con un fugaz movimiento de la mano.

A la mañana siguiente aguantó estoicamente la clase de Joel. Ocupó un asiento al fondo y lo observó. Aparentemente su actitud era dinámica y vivaracha, pero Hadley se puso a buscar señales de sufrimiento y las encontró: las bolsas oscuras bajo sus ojos, su voz entrecortada, sus dedos al apoyarse en el escritorio con las yemas blanquecinas por la presión... Sin embargo, enseguida provocó que los estudiantes de las primeras filas se revolvieran en los asientos, divertidos. Y la gente seguía anotando los comentarios que hacía y subrayándolos para darles énfasis, remarcándolos con rotuladores rosas y levantando la mano cuando les hacía una pregunta. Al término de la clase, los estudiantes se arremolinaron ansiosos en su escritorio y Hadley se mantuvo apartada. Les oyó bromear sobre su accidente de esquí. Tenía el cardenal de la mejilla amarillento e inflamado y postillas ennegrecidas debajo del ojo, pero a ella ya no le parecía temerario, sino destrozado. Vio que la miraba fugazmente, asomándose entre las fervientes figuras que lo rodeaban, tal y como había hecho durante toda la clase. Hadley mantuvo la mirada sin alterarse. Delante, en su hoja, había dibujado rayas muy marcadas. Se le había partido la punta del lápiz. Se fue antes de que la mesa de Joel se despejara de gente.

A mediodía lo vio de pie junto al mostrador de la cafetería, sirviéndose un *espresso* de estilo italiano. Estaba totalmente enfrascado en una conversación con Caroline Dubois. A Caroline se le había soltado su consabido moño flojo y le caía un

mechón castaño rojizo sobre el hombro. Le hablaba muy de cerca a Joel. Hadley bajó la vista a su plato de *frites*. Cogió una patata frita, la untó con abundante ketchup y se puso a mordisquearla sin dejar de mirarles.

Esa tarde él la cogió del brazo al cruzarse con ella por el pasillo.

—Hadley, ¿qué vas a hacer esta noche? Tengo ganas de verte.

—No estoy segura —contestó ella.

—Hadley, por favor.

La sujetó del brazo y se limitó a decir que le apetecía volver a verla. No; cuando Hadley rebobinó más tarde, le había dicho que «necesitaba» verla. Y, con todo, le seguía agradando el incontenible deseo que despertaba en él.

Esa noche, llamó al portero automático del apartamento de Joel. No hubo respuesta, de modo que insistió.

—¿Hola, sí?

—Soy yo.

—¿Hadley?

—¿Quién si no?

Le abrió. El portal le pareció más sórdido de lo que recordaba. Había botellas de vino vacías esparcidas por el suelo como bolos de una bolera. Le dio un puntapié a un puñado de periódicos gratuitos y folletos de pizzerías. Empezó a ponerse nerviosa. De pronto le entraron náuseas y se apoyó en el pasamanos mientras subía las escaleras con paso tembloroso.

Él había dejado la puerta del apartamento entornada; Hadley empujó. Joel salió de la cocina con un paño en la mano. Le guiñó un ojo, y tenía un aire tan apesadumbrado que a ella se le hizo un nudo de congoja en las entrañas.

—Querías que viniera a verte —dijo ella, en el tono más indiferente que pudo. Joel se pasó el paño a la otra mano y Hadley apoyó su peso en la otra pierna, con un desasosiego sincronizado—. ¿No me das un beso? —le preguntó, fingiendo naturalidad.

Joel lanzó el paño a la encimera, falló y cayó al suelo. Lo ignoró y cogió a Hadley de los hombros. Tiró de ella hacia sí. Pero no era del todo él mismo. Tenía los labios apretados y rígidos. Hadley se apartó, al fracasar en su propia farsa. Por un instante deseó que Hugo Bézier estuviese allí con ella; sería mucho mejor que él le contara la rocambolesca historia. Se sentó en el filo del sofá con el cuerpo tenso. Él se acercó a ella vacilante, dando pasos inseguros.

—Me colgaste la última vez que hablamos —dijo, sin mirarla directamente a los ojos.

—No fue mi intención —repuso ella.

—Te dije que te quería, Hadley.

Entonces la miró a los ojos y ella le sostuvo la mirada. Hadley intentó ver su interior, pero lo único que encontró fue una tenue neblina, retazos azules, pupilas contraídas que no revelaban nada.

—Ya lo sé —dijo ella.

—¿Eso es todo? —preguntó él.

—No sabía qué decir.

—De acuerdo.

—Lo siento.

—Hadley, escucha: soy yo quien debería disculparse. Era demasiado pronto para decirlo. Y demasiado tarde para otras cosas.

—Joel... —empezó a decir ella.

—Te mereces algo mejor —afirmó él. Se puso en cuclillas a su lado y le agarró las manos. Tenía las palmas secas y calientes, y ella se las sujetó con firmeza—. Te lo dije al principio, y siempre lo he tenido claro. Estos últimos días he estado dándole muchas vueltas. Hadley, tengo que acabar con esto.

Fue como un bofetón. Era lo último que esperaba.

—¿Conque me dijiste «te quiero», y ahora qué? ¿Ya no?

—No se trata de eso.

—¿Y qué me dices de este fin de semana? ¿De Locarno? ¿Ya no vamos? ¿De buenas a primeras?

—Ojalá pudiéramos.

—No te creo —dijo Hadley.

—No te culpo —repuso él.

—¿Qué clase de respuesta es esa? —Él se dio la vuelta y se dirigió a la ventana. Justo donde estaba aquella primera mañana que ella se despertó en su casa, cuando lo encontró con aire alicaído mirando absorto a la calle, en lugar de estar tumbado a su lado—. Joel —insistió, haciendo acopio de resolución. Entonces advirtió que a él le temblaban los hombros. En un primer momento pensó que se estaba riendo y por un instante se preguntó si todo sería una broma de mal gusto, una interpretación fuera de lugar, pero entonces oyó un sollozo, un sonido ahogado que parecía emanar de él, dotado de vida propia—. Joel —repitió, con el mismo sollozo amenazando sus propias palabras—. No pasa nada. Lo sé.

Notó que se quedaba helado. Le oyó inspirar. Se acercó a él a paso lento y uniforme, un pie delante del otro. Le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su espalda. Su temblor la hacía moverse. No tenía previsto actuar de esta manera, pero lo hizo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, volviéndose para mirarla—. ¿No será por ese puñetero trozo de papel? —dijo en un hilo de voz ronco.

—Jacques... —dijo ella.

—Kristina... —Al pronunciar su nombre, su expresión ahogó un grito sordo. El silencio se cernía sobre ellos y el nombre de Kristina flotaba en el ambiente. Hadley se aferró a él con fuerza, apretándole los brazos con los dedos—. Hay tantas cosas que necesito decirte... pero tienes que creerme cuando te digo que te quiero.

Ella se quedó mirándolo, con los ojos empañados de lágrimas. Estaba despeinado y el pelo le caía sobre los ojos. Era un hombre roto por el dolor. ¿Cómo iba a quedarle amor para ella, con todo eso? En ese preciso instante fue consciente de que hasta entonces no lo había creído realmente, no del todo, no a pies juntillas. Sin embargo, ahora se cernían sobre ellos todas y cada una de las mentiras que le había dicho.

—No sé quién eres —dijo ella—, ¿o sí?

—Hadley, ni yo mismo me conozco.

—No debería haber venido, tengo que irme.

—Hadley, necesito explicarte...

—No creo que puedas.

—Deja que te explique...

—Te has burlado de mí. Puede que tuvieras tus razones y puede que no fuera tu intención, pero lo has hecho. Así que de momento no quiero explicaciones. No quiero que digas nada. Más adelante, pero ahora no. Ahora no.

Salió del apartamento, al tiempo que se ponía el abrigo y trataba de abrochárselo a duras penas. En cuanto cerró la puerta, bajó las escaleras de caracol como una exhalación. Al llegar abajo oyó algo y se detuvo a aguzar el oído. Podía haber sido el susurro del viento fuera del edificio, el silbido de un coche al pasar, tal vez incluso el gruñido de un perro atado a la correa de un anciano. Podía haber sido alguna o cualquiera de estas cosas, o quizá el llanto de Joel Wilson.

Pasaron dos días y no se puso en contacto con ella. Hadley se saltó las clases, evitó Les Ormes y se mantuvo alejada de la Résidence Le Printemps. Vagó por la ciudad. Recorrió la Rue des Mirages de punta a punta, buscando algo y nada. Al final, las montañas la condujeron hacia la orilla del lago. Ese día los Alpes, imponentes, presentaban un gris parduzco con nubes densas arremolinadas en las estribaciones. Era un paisaje que le proporcionaba arraigo y perspectiva; lo observó ensimismada, dejándose llevar. A pocas calles de allí, Hugo estaría sentado en batín con sus huesudos tobillos asomando por las perneras del pantalón del pijama. Sabía que, cuando se despertara cada mañana, se preguntaría si ella volvería. ¿Seguiría tomando notas en su cuaderno? «Quería escribir mi propia historia». Eso era lo que le diría al verle.

De repente fue consciente de que lo que realmente necesitaba era escuchar las voces de sus padres. Sacó el teléfono y marcó el número.

—¿Mamá? —dijo, entrecerrando la mano contra la boca para protegerse del viento, cada vez más fuerte.

—Hadley, oh, Hadley..., qué sorpresa más grande.

Ella cerró los ojos.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Oh, lo de costumbre —contestó su madre—. Sam está en casa de un amigo; tu padre acaba de llegar de trabajar. ¿Dónde estás? Hay ruido.

—Estoy en el lago —respondió Hadley—. Es el viento.

—¿No me estarás llamando desde el móvil? Te costará un dineral.

—Es que tenía ganas de hablar contigo.

—Bueno, me alegro. Cariño, no hemos tenido noticias tuyas desde tu excursión de esquí, ¿fue todo como esperabas?

Ella se pasó el teléfono a la otra mano y se calentó los dedos, helados, con el aliento.

—Nunca había estado en un lugar tan bonito —dijo.

—¿Y conseguiste hacerlo? ¿Conseguiste esquiar?

—Sí —respondió Hadley. Le vino a la memoria cuando perdió el control y Joel la cogió, rodeándola por la cintura, mientras sus esquís resbalaban entre los suyos. Se desplomaron en la nieve, sin parar de reír, y ella tiró de él para colocarlo encima de ella. Su piel sabía a crema solar y tenía los labios cortados por el gélido frío. Después lo recordó esquiando entre las rocas; la velocidad de vértigo, el temerario salto, sin aparente preocupación por salir ileso o no. Ahora cobraba sentido la ausencia de toda sensación salvo la que existía en aquel momento. El abandono absoluto—. Cuéntame cosas —le pidió, haciendo un esfuerzo por mantener la voz uniforme—. ¿Qué tal papá? —preguntó—. ¿Está bien?

—Oh, muy bien, ya lo conoces —contestó su madre—. Toma, te lo paso, se pondrá muy contento de oírte.

Hadley volvió a cerrar los ojos mientras le pasaba el teléfono.

—El gato quiere salir fuera —oyó que decía su padre.

—Olvídate del gato —dijo su madre.

—¡Hadley! Te buscamos en el *Ski Sunday*, pero no te vimos.

—Hola —dijo con voz débil. Lo único que pudo pronunciar fue una palabra. Se mordió el labio con la esperanza de que él se pusiera a hablar sin parar. Que le diera un informe pormenorizado de la última travesura de Sam, quizá, o de las apuestas que había ganado en las carreras de caballos.

—Tú pásalo bien, Hadley, pero no olvides los estudios. Oye, ¿qué es todo eso de un chico americano?

Oyó una regañina amortiguada al fondo. Se imaginó a su padre moviendo de un lado a otro los pies como un viejo y lento boxeador mientras su madre forcejeaba con

él para recuperar el auricular con una risita alegre.

—No le hagas caso a tu padre, Hadley. Pásatelo en grande —dijo—. No desperdicies ni un minuto.

Fue consciente de que tenía que colgar. Se recompuso para despedirse con cierta euforia que augurara cosas que hacer, lugares a los que ir y felicidad, felicidad por encima de todo, pero al final se quedó en un susurro. Sus padres pronunciaron su despedida a coro. En su pugna por desearle lo mejor se les había pasado por alto que se encontraba lejos, y precisamente así es como tenía que ser. Se los imaginó retomando lo que tuvieran entre manos previamente, pero con una nueva actitud, una sensación de dicha.

Hadley sujetó el teléfono en la mano y le dio vueltas y vueltas. Joel era la única persona que le había dado un vuelco a su mundo, en el buen sentido, y ahora en el peor sentido imaginable. No obstante, las buenas intenciones seguían ahí. Todavía contaban. ¿Acaso no era elección suya decidir hasta qué punto importaba que le hubiera mentido?

Pensó en lo que sabía y en lo que se figuraba. Joel había tomado el sol en la Riviera, ahora estaba convencida de ello; las líneas de expresión de sus ojos eran de entrecerrarlos al pasar junto a espigadas palmeras y el destello del agua. Él no era un exmarido, sino un profesor recién llegado a tierras extranjeras, un romántico tras los pasos de sus héroes literarios. Tal vez lo primero que a él le llamó la atención fue el pelo de Kristina, la manera en la que cada hilo atraía la luz del sol. Lausana habría sido un tema de conversación en el transcurso de una cena junto al puerto, la certidumbre de que, milagrosamente, sus destinos estaban unidos. Joel se habría repantigado en la silla con las manos entrelazadas detrás de la cabeza; menudo lío, una aventura con una estudiante en ciernes..., pero gozaría de su piel melosa y sus labios con sabor a bálsamo y no podía terminar ahí. Habrían decidido lo de «Jacques» en su última noche en el sur, una idea que Kristina habría sugerido entre risas. Tal vez se imaginara a Joel con camisa y corbata en el aula, dibujando con tiza corazones de Cupido en la pizarra, pensando que más tarde ella le agarraría las manos y se las apretaría contra todas las partes que él no podía tocar de día. *Jacques*. Urdiría una trama para los demás estudiantes, «un matrimonio haciendo aguas —diría—, una relación con altibajos». Quizá no había contado con la chica inglesa de la que se hizo tan amiga, la que la observaba embelesada siempre que pronunciaba la palabra «amor».

Hadley se apretó los ojos con las manos. En voz baja, con los guantes puestos, con el agua como único testigo, empezó a hablar:

—Ya ves, Kristina, al final he llegado a esta conclusión —dijo—, con un poco de ayuda. Podrías habérmelo dicho, ¿sabes? ¿O entonces no habría tenido gracia? Porque disfrutabas chinchándome con mi profesor de Literatura Norteamericana,

¿verdad? ¿Tan malo habría sido decirme la verdad sin rodeos? Que sepas que podías haber confiado en mí. No creo que Joel haya tenido intención de burlarse de mí adrede, pero ¿y tú? Tú no eras perfecta, nadie lo es, pero ni por un momento pensé que caerías tan bajo.

El viento le secó las lágrimas de los ojos. A través de los fornidos castaños entrevió la silueta del Hôtel Le Nouveau Monde. Caminó en su dirección.

—¿Y ahora qué? —continuó sin aliento—. Te has ido. Lo odio, lo odio cada día, pero es lo que hay. Y nosotros, Joel y yo, Jacques y yo, él y yo, seguimos aquí. Kristina, ¿y si lo que hay entre nosotros es real? A pesar de las mentiras, a pesar de todo lo que ocurrió antes... ¿Y si es auténtico? Hugo opina que está muy mal, pero tú ¿qué piensas?

A veces Ouchy se encontraba a rebosar de gente, pero ese día estaba tranquilo. Fue abriéndose paso entre hojas heladas mientras la gravilla crujía bajo sus pies. Había sentido el calor de las manos de Joel al envolverle las suyas y la presión de su cuerpo en la cabaña de la montaña. La verdad irrefutable que encierra un beso. Estas cosas surgieron de buenas a primeras, y sabía que le pertenecían. Fue serpenteando entre los castaños mientras pensaba en el vacío que habría sentido Joel en su profundo dolor, y en que, por mucho que ella hubiera estado presente, él lo había sobrellevado en la más absoluta soledad. Si al menos hubiese estado al corriente, si le hubiera confesado la verdad, qué distintas habrían sido las cosas... O, quién sabe, tal vez todo habría sido igual.

Caminando empezó a entrar en calor. Él la había arropado cuando más lo necesitaba. Eso era innegable. La había besado y abrazado. De eso no cabía duda. La había distraído de los recuerdos tristes y se la había llevado a los Alpes blancos y le había demostrado su amor. De eso no cabía duda. Cualquiera artimaña siempre había ido acompañada de palabras de consuelo y esperanza; la esperanza de que algún día las cosas mejorarían. De eso tampoco cabía duda.

Se detuvo al llegar al hotel. Una tregua momentánea del viento había dejado las banderas inertes. El portero estaba de pie balanceando los pies y asintió con la cabeza. A lo mejor la reconoció, aunque lo más probable es que fuera un mero gesto de cortesía. Pasó por delante de él con la mente puesta en Joel. Siempre le había tenido por una persona vital, dotado de una energía fuera de lo común. Y también estaba convencida de que tenía una parte inaccesible: mientras estaban tumbados el uno junto al otro en la oscuridad, al observarle a hurtadillas, el modo en el que ponía la música a todo volumen en el coche y agarraba con fuerza el volante como si fuera a arrancarlo del salpicadero... Puede que, en resumidas cuentas, hubieran sido advertencias. Él le había dicho mirándola a los ojos que se mantuviera alejada de él, que huyese mientras estaba a tiempo. «Búscate un chico suizo con buenos zapatos y modales», ¿no era eso lo que le había dicho? Y, a pesar de ello, ella se había

enamorado.

Jacques. Esbozó una sonrisa casi imperceptible. Siempre había pensado que Jacques y ella compartían una afinidad: el vínculo de su cariño por Kristina, que estaban unidos en su respectivo dolor. Había sido Kristina, su amiga del alma, quien los había unido. Entonces decidió, en aquel preciso instante y lugar, que no sería Kristina quien los separase. Jacques no existía. Solo existía Joel.

Había anochecido cuando Hadley subió al autobús en dirección a Les Ormes. A su alrededor, las luces de Lausana brillaban y parpadeaban como de costumbre. Los escaparates de los comercios, con un diseño impecable, resplandecían, y los hoteles selectos estaban iluminados como decorados cinematográficos. Hadley cerró los ojos. Se moría de sueño. Vería a Joel por la mañana. Le diría que estaba dispuesta a escucharle y a hacer un esfuerzo por entenderle.

La mole de Les Ormes inspiraba su habitual mal presagio. La luz amarillenta de una farola iluminaba el camino hasta el vestíbulo. En los escalones había un grupo de estudiantes extranjeros fumando; con sus abrigos negros, parecían una bandada de grajos. Charlaban y reían entre cigarro y cigarro. Hadley pasó disimuladamente junto a ellos. Acababa de entrar en el hall cuando apareció Helena y se abalanzó sobre ella para darle la bienvenida. Seguramente la había estado esperando en los sofás de cuero, hojeando los periódicos gratuitos y las revistas con las páginas arrugadas, y tenía las mejillas sonrosadas de la emoción.

—¡Hadley, por fin! Te he estado buscando por todas partes.

—Hels, estoy cansadísima. Estoy que me caigo... —empezó a decir.

—Es que ha venido alguien a verte. Le he visto al llegar de clase; andaba merodeando por el pasillo y la verdad es que tenía una pinta un poco sospechosa. Pero es tan guapo... ¿Quién se iba a atrever a dirigirse a él para preguntarle qué hacía ahí o a quién buscaba? Estaba claro que no era un estudiante. Y luego, desde mi habitación, he oído que tocaban a tu puerta. He asomado la cabeza por si era Jenny, Chase o alguien que hubiera ido a saludarte. Pero era él.

—¿Quién, Helena?

—Tu profesor está aquí.

—¿Qué? ¿Joel? ¿En serio?

—Le he dejado que esperara en mi habitación. Le he enseñado la cocina, pero los otros se habrían ensañado con él. Es muy monosilábico. Se ha limitado a decir que había venido a verte, pero automáticamente he sabido que tenía que ser él. Dios, qué guapo es, Hadley.

Estaba de pie de espaldas a ellas. Miraba abstraído por la ventana, más allá del balcón, hacia las lucecillas de Lausana y la oscura silueta montañosa al fondo. Puede que estuviera ensimismado en su propio mundo, pues no se inmutó al oír el sonido de la puerta. Hadley tuvo ocasión de escrutar su pelo rubio, su gran altura y su abrigo

oscuro a la altura de la rodilla. Cerró la puerta tras de sí. No era Joel Wilson.

—Hola —dijo ella.

Milagrosamente, la palabra le salió de un tirón. Él se dio la vuelta. Hizo un amago de sonreír, pero se contuvo. En lugar de eso, asintió con la cabeza, como si la imagen de Hadley confirmara algo crucial; uniendo cabos y resolviendo rompecabezas, diría Hugo. Él le tendió la mano y ella se acercó a estrechársela.

—Eres Hadley —le dijo.

Ella se vio incapaz de soltársela. Era consciente de que sus dedos apretaban con fuerza los de Jacques, que se agarraban a ellos como a un hierro ardiendo. Él abrió los ojos, y los de ella se anegaron de lágrimas.

—Eres real —fue cuanto respondió.

Habían pasado casi seis semanas desde la muerte de Kristina y durante todo ese tiempo Jacques había estado de viaje de negocios en Oriente Medio, hospedado en un rascacielos en el desierto. Su mujer se había dedicado a pasear por los immaculados jardines y fuentes con chorros plateados mientras él conducía coches con el aire acondicionado al máximo para asistir a reuniones en camisa de manga corta. Había roto definitivamente con Kristina antes de irse; al final había decidido salvar su matrimonio frente a una inestable aventura de verano que se había alargado demasiado hasta el otoño. Se había enamorado de Kristina, *complètement, totalement*, dijo, con un acento idéntico al que Hadley se había imaginado al pensar en Jacques. Seguramente se habría peinado su pelo rubio esa mañana, solo que ahora lo llevaba despeinado, revuelto por manos atormentadas. Su piel bronceada había adquirido una palidez fantasmal. Se había enterado de la muerte de Kristina por casualidad, le dijo, prácticamente a su llegada a Suiza. Había visto una pequeña reseña en un periódico atrasado, el último que le mandaron a su apartamento de Ginebra después de cancelar la suscripción. Se había derrumbado al conocer la noticia. Porque la amaba y deseaba vivir con ella, antes de tomar la decisión correcta. «¿Es posible —le preguntó— amar a dos personas a la vez?».

—No lo sé —respondió Hadley—. No creo.

—Discutimos la noche que murió porque yo quería poner fin a la relación, porque me marchaba. Estuvimos dándole vueltas y vueltas sin llegar a ninguna parte, y ella no paraba de decir que llegaba tarde a tu cumpleaños, que no tenía tiempo de hablarlo en ese momento, pero tuve que hacerla entender que se había acabado. No quería irme con una mentira; como mínimo, le debía eso. Al final se puso hecha una furia conmigo. Pensé que sería la última vez que la vería en mucho tiempo. Pero no para siempre. —Hadley vio que le brillaba una lágrima en la mejilla y le extrañó que no resbalara. Se acordó de la camiseta de Pierrot que Kristina se ponía para dormir, la estampa de la tristeza. Él se la secó con el dorso de la mano—. Te he localizado a

través de la universidad —continuó—. Espero que no te importe. He llevado mi sufrimiento en tanta soledad y con tanto retraso... Solo hace dos días que volví a Suiza y tenía que encontrar a alguien que la conociera. Ella hablaba de ti, Hadley. «Mi encantadora amiga inglesa», solía decir.

—Yo también intenté localizarte —dijo Hadley.

—¿Lo intentaste? —le preguntó Jacques—. *Merci*. Por hacerlo.

Estaban en la habitación de Helena. En la habitación de Kristina. Jacques se había sentado en el filo de la cama. Helena estaba en el suelo con la espalda apoyada contra la puerta y los brazos alrededor de las rodillas. Hadley había preferido que se quedara al comprobar que no era Joel; la había cogido por la manga y le había dicho: «Quédate, por favor, quédate». Hadley estaba de pie junto a la ventana, mientras detrás de ella transcurría una noche más en Lausana.

—Me atormenta la idea de que muriera apenada —dijo Jacques—. De que al morir le resonaran en los oídos las palabras de nuestra discusión. ¿Estabas con ella? ¿Fue después de la fiesta? ¿Se lo pasó bien? ¿Estuvo risueña? Por favor, dime que sonreía.

Hadley titubeó. Sería tan fácil, y tan considerado, decir una mentira piadosa...

—No llegó a tiempo —respondió—. Yo me disgusté al ver que se retrasaba y nos fuimos a otro bar. Fuiste la última persona que la vio.

—¿La última persona?

—Sí. —Él hundió la cabeza entre las manos. Esa postura le resultaba familiar a Hadley; sabía cómo se sentía—. Nosotras también discutimos —continuó—. Me llamó por teléfono cuando volvía de Ginebra. Fue horrible, le dije que no se molestase en venir. No puedo cambiar eso, Jacques, aunque también sé que no puedo guardar ese recuerdo. Porque hubo muchísimos más. —Él permaneció callado—. Una vez Kristina me dijo algo sobre ti —añadió—. Me encantó. Dijo que eras el hombre más guapo del mundo y que la hacías sentirse como la mujer más guapa del mundo.

—¿Eso dijo? —Levantó la cabeza y parpadeó rápidamente. Una triste sonrisa le surcó el rostro.

Hadley asintió. Algo se revolvió en su pecho, y respiró profundamente.

Lo acompañó a la calle. Estaba oscura y en silencio, y hacía un frío que calaba los huesos.

—Estás tiritando —dijo Jacques—. Será mejor que vuelvas dentro.

—Estoy bien —le aseguró Hadley, al tiempo que le castañeteaban los dientes. Se dirigieron a la parada del autobús agarrados del brazo.

—De hecho, no voy a coger el autobús, voy a ir andando a la estación desde aquí —dijo él—. Hadley, me alegro de haberte conocido. Mucho. De lo contrario, podría

haberme engañado a mí mismo con que Kristina nunca existió. Podría haber fingido que nunca nos importamos el uno al otro. Esa es la salida cobarde para evitar el dolor, pero al final siempre te atrapa. —Hadley lo miró fijamente. Se soltó del brazo—. ¿Qué ocurre? —preguntó él.

—No lo sé —contestó ella.

—¿Estás enfadada conmigo, Hadley? ¿Porque de alguna manera no la traté bien? No te culparía si lo estuvieras —afirmó él.

—Kristina sabía lo que se hacía contigo.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Nada —contestó ella y, tras una pausa—: Es por... lo que acabas de decir. Fingir que nunca existió. Supongo que estoy confundida.

—¿Confundida conmigo?

—Confundida con otra persona, no contigo.

La miró extrañado.

—No lo entiendo —le dijo. Ahora que estaban en la calle, ahora que se lo habían dicho todo, su actitud era más resuelta—. Lo siento, no tengo más remedio que irme. Ya llevo aquí demasiado tiempo. —La besó en ambas mejillas, tres veces, al estilo suizo—. Yo quería de verdad a Kristina, Hadley —afirmó—. En un momento dado, lo habría dejado todo por ella. Pero después tomé una decisión y tuve que ser consecuente. Eso es todo. Si no hubiera roto la relación, las cosas habrían sido diferentes. Tengo que vivir con esa culpa.

—A lo mejor las cosas habrían seguido igual. No fue culpa tuya, Jacques —le aseguró ella—. No fue culpa de nadie.

Por un instante pareció aliviado, pero acto seguido se le volvió a empañar la expresión.

—Sí que fue culpa mía —dijo.

Ella se quedó en la calle. La última hora le había resultado agotadora. Se apoyó contra el muro y observó a Jacques alejarse a paso rápido, moviendo las piernas como tijeras. Pese a su profundo dolor, era tal y como Kristina se lo había descrito. Todo había vuelto a cambiar en un visto y no visto. Vio cómo se apartaba a un lado para dejar pasar a alguien. Un hombre subía a toda prisa por la colina con paso dispar. Al verle pasar por debajo de una farola, a Hadley se le desbocó el corazón. Era Joel. Iba corriendo, y solo podía correr para acudir a su encuentro. Joel y Jacques se cruzaron a escasos centímetros de distancia; sus respectivos pies pisaron el mismo trozo de acera, sus bocanadas de vaho frío se desvanecieron en el mismo espacio de la noche. Dos personas muy lejanas, al fin y al cabo. Ella se podía haber pegado al muro para confundirse entre las sombras y Joel probablemente habría pasado de largo, pues iba cabizbajo. Sin embargo, se plantó en medio de la acera. Él paró en seco, jadeante.

—¿Hadley? Estás aquí... —dijo.

Alargó el brazo hacia ella, como si fuese producto de su imaginación y pudiera desvanecerse. Ella notó su mano, normalmente tan diestra y cálida, resbaladiza y fría al tacto. Daba la impresión de que venía corriendo desde el centro de la ciudad, con el corazón martilleándole el pecho. Estaba empapado de sudor frío.

—¿Lo habías planeado? —le preguntó Hadley.

—¿Planeado? —dijo él, sin dar crédito—. ¿No lo dirás en serio?

—Ese era Jacques. El hombre con el que acabas de cruzarte. *Jacques*. Es totalmente real. Tal y como decía Kristina. —Joel se giró en redondo, y su cazadora abierta aleteó por el viento. Se llevó las manos a la cabeza. Jacques estaba prácticamente fuera del alcance de su vista. La luz de las farolas iluminó sus últimos pasos y finalmente desapareció—. Pensé que Kristina me había mentido, que todo el mundo me mentía —continuó—. Tanto buscar a Jacques, y resulta que me ha encontrado él. ¿Cómo sabías que estaba aquí? No me lo explico.

—Hadley, no conozco a ningún Jacques. Nunca lo he conocido.

Se miraron fijamente, y entre ellos se extendieron océanos.

—Pero dijiste que eras tú —repuso ella—. Estaba tan convencida de que eras tú... Tú mismo lo confirmaste. Amabas a Kristina, eras Jacques; llegué a esa conclusión. Hugo llegó a esa conclusión.

—Ni siquiera la conocía, Hadley. No la conocía en absoluto.

—Pero en tu apartamento fuiste consciente de que yo había encajado las piezas. Pero no fue así, ¿verdad? Me equivoqué. Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué fingiste ser él?

—Yo no fingí ser él, Hadley —replicó Joel.

—Entonces no me lo explico. Si él es Jacques, si tú no eres Jacques..., ¿por qué estabas tan triste? ¿Por qué estás tan triste ahora? Joel, no lo entiendo. —Él tenía los brazos colgando y parecía encogido en la cazadora. Se había quedado consumido—. Por favor, di algo —imploró ella—, por favor, di algo que tenga sentido.

Joel se restregó la cara con ambas manos.

—¿Vamos dentro? —le preguntó—. ¿Podemos hablar en otro sitio?

—No. Aquí —sentenció ella—, háblame aquí.

Él posó sendas manos en sus hombros. Fue un gesto delicado, como si ella, o él, pudieran romperse.

—Hadley —explicó—, cuando viniste a mi apartamento, por la manera en que lo expusiste, estaba convencido de que lo habías entendido. Y fue un gran alivio. Un alivio espantoso, nauseabundo, atroz. —Soltó una repentina risotada, un sonido absolutamente carente de regocijo—. Y después, cuando pensé en ello, maldita sea, era incapaz de dejar de pensar en ello, llegué a la conclusión de que me habías malinterpretado. Que lo que quiera que pensases tenía que ser otra cosa.

Movía los labios con dejadez y su barba de tres días había crecido considerablemente. La buscaba con la mirada; ella lo observaba absorta, tratando de reconocer al Joel que conocía.

—Me estás asustando —dijo Hadley, y dio un paso atrás. Él dejó caer los brazos y le cogió la mano.

—Hadley, me estoy asustando a mí mismo. Llevo dos días sin dormir. Eres la primera y la última persona con la que necesitaba hablar de esto. He sido un cobarde de la peor calaña. De lo más ruin. De modo que todo lo que me suceda me estará bien merecido. Lo asumiré, asumiré cualquier cosa.

—¿De qué estás hablando, Joel? —preguntó Hadley, en un tono inexpresivo impropio de ella. Él no respondió. Se limitó a mirarla como si ya lo supiera—. Dilo —ordenó ella, muy despacio, como si cada palabra fuese un dardo que le cortase la lengua—, porque lo que estoy pensando es absolutamente, completamente *imposible*. Así que no tienes más remedio que decirlo. O volveré a malinterpretarte. Pensaré que eres alguien que no eres. Otra vez.

—Hadley...

—Dime. La verdad.

—Te quiero.

—Eso no. Ni se te ocurra.

—Hadley, no puedo...

—Una frase sincera. ¿No es eso lo que tu querido Hemingway diría? La frase más sincera que tengas, Joel. Dila.

—Voy a ir a la comisaría.

—¿Por qué?

—Por el accidente.

—¿Por qué?

—Apareció de la nada, Hadley. Como una ventisca, de la nada. De repente se echó a la calzada. El golpe ni siquiera fue fuerte. Yo no iba rápido. Pero se cayó. Y debió de golpearse la cabeza con la acera, porque cuando volví la vista atrás vi que no se movía. Y había sangre en la nieve. Y sé que no lo hice, sé que no lo hice, no le di tan fuerte. Debió de resbalarse en el hielo. Apenas la rocé, estoy seguro. Yo pasé por allí casualmente. En el momento más inoportuno. Fue un destino fatídico. Y, antes de ser consciente de lo que estaba ocurriendo, seguí conduciendo. ¿Por qué? ¿Quieres saber por qué? Ya quisiera yo saberlo. Me he hecho esta pregunta cientos de veces y a la única conclusión a la que he llegado es esta: no quería que mi vida acabara porque la suya lo había hecho. La de esa chica desconocida. La de esa chica que surgió de sopetón de la oscuridad, la de esa chica que resbaló y se cayó. Y sé perfectamente en qué me convierte eso. —Hizo una pausa para recobrar el aliento. Hadley estaba boquiabierta, con las manos apretadas—. Ni siquiera debía estar allí. Fui un tonto al

estar allí. ¿Quieres saber por qué estaba allí? Me dijiste que ibas a un restaurante, Le Pin, a un sitio cerca de la estación. Y yo estaba en casa, en mi apartamento, y de repente pensé...: al diablo, al diablo con todo, voy a ir a verla. Voy a ir a felicitar a Hadley Dunn por su cumpleaños, a invitarla a una copa y a ver qué pasa, a ver qué pasa después. Porque me gustabas, Hadley, porque quería arriesgarme, jugármela y ver qué pasaba. De modo que me metí en el coche; hacía muy mal tiempo y la ventisca arreciaba con fuerza. Estaba buscando un hueco para aparcar, y entonces te vi. Estabas con ese chico de la montaña, el italiano, besándole. En la acera, en mis propias narices, delante de todo el mundo, sin apenas recuperar el aliento. Y en ese momento caí en la cuenta de lo iluso que había sido al creer que podía tener una oportunidad. De modo que seguí adelante, di un par de vueltas a la manzana y puede que estuviera enfadado, puede que estuviera distraído, puede que estuviera pensando: «¿Qué tendrá ese chico que ha hecho que se decida por él?», y puede que no estuviera concentrado al pasar por la Rue des Mirages.

Ella escuchaba sin dar crédito, con los pies anclados al suelo, congelada. Cuando él alargó la mano hacia ella, se echó hacia atrás.

—¿Fuiste tú?

—Fui yo.

—Imposible. No puede ser.

—Hadley...

—¿La atropellaste y te diste a la fuga? ¿Tú?

—Hadley, estaba asustado. No sabía qué hacer. Me había tomado dos copas de vino, ni una más, pero podría haber dado otra impresión. Podrían haber pensado que tenía algo que ver en el asunto y no era así. De repente aceleré en lugar de detenerme.

—¿Y te has perdonado a ti mismo? —inquirió ella, con un creciente tono de incredulidad.

—Ni pensarlo.

—Pero has seguido viviendo con ello —insistió ella—, lo has hecho, no digas que no.

—Más o menos, Hadley.

—¿Esperas que me lo crea?

—Si no hubieras acudido a mí aquel día, habría ido a la policía. Tienes que creerme.

—Estás mintiendo. Todo es una mentira. Tú eres una mentira.

—El remordimiento me estaba volviendo loco y lo mezclaba con todo lo demás, con dolor del pasado, con errores del pasado, con Winston y esa camioneta de mala muerte... Y entonces apareciste en mi puerta y cambiaste todo. Casi todo. Hadley, te entregaste a mí. Me confiaste plenamente toda tu desesperación, tus necesidades y tus anhelos. Y de repente pensé que podía ayudar a alguien. ¿Qué bien habría hecho

entregándome entonces? ¿De qué habría servido? Podía serte de ayuda. Podía consolarte. Podía reparar un daño. Hacerte feliz me pareció lo mejor que podía hacer. Traté por todos los medios de ser la persona que te hiciera feliz. Por lo visto tampoco acerté en eso.

Ella dio un paso hacia él y le dio un empujón en el pecho. Forcejearon durante unos instantes. Sus pies vacilaron, la cuesta era empinada, él dio un traspié y cayó de espaldas sobre la acera. Cayó pesadamente y se quedó en el suelo mientras ella le gritaba.

—¿Estás tratando de justificarte a mi costa? ¿A costa de mis necesidades? ¡Lo último que necesitaba era esto!

—Hadley...

—¡No! Kristina era... tan vital. Y ella... se enamoró cuando no debía, y todo lo que me contó sobre Jacques era cierto, a pesar de que empecé a tener mis dudas, a pesar de que empecé a cuestionar todas sus palabras. Y ahora no está, Joel. No está. Vinieron sus padres. Condujeron por esta misma calle. Estuvieron llorando en Les Ormes. Su madre me dio un beso en la mejilla y tenía los labios helados. Y no se me ocurrió qué decirle. No se me ocurrió nada que pudiera cambiar en algo la situación. Y todo fue por tu culpa... por culpa tuya, solo tuya.

Se le cortó la respiración y se puso a sollozar entrecortadamente.

Normalmente la gente no vociferaba en las calles de Lausana. No se peleaba ni montaba escenas en las aceras. Se respiraba respetabilidad, al menos aparentemente. Un coche de policía que iba patrullando las tranquilas calles entre semana, mientras los civilizados suizos estaban arropados en la cama, bajaba en dirección a ellos. No hubo rápidos cambios de luces, ruido de sirenas ni derrapes de neumáticos. No había habido ninguna atemorizada llamada telefónica ni avisos entrecortados por la emisora. Fue sencillamente una de esas casualidades de la vida, igual que cuando Joel se metió por la Rue des Mirages en plena tormenta de nieve, con el cristal del coche empañado y los limpiaparabrisas encendidos. Igual que al volver la cabeza hacia un bar, cuando vio a una chica que sabía que no podría olvidar. Fue cuestión de segundos. El coche patrulla aminoró la marcha y a los agentes les debió de parecer la viva imagen del conflicto; del tipo de escenas colgadas en las galerías del casco antiguo de Lausana, un óleo ejecutado magistralmente con espléndidas pinceladas: el hombre caído en la calle, a simple vista como si algo tirara de él desde el infierno, la chica tratando de mantenerse apartada de él, con las manos levantadas al cielo...

Hadley fue la primera en ver el coche. Le dio la espalda a Joel y por un segundo se quedó prácticamente inmóvil. A continuación se plantó en medio de la calzada con la mano en alto. Dio uno, dos, tres pasos hacia el coche. Era una noche tranquila y no había tráfico. Esperó mientras el coche avanzaba hacia ella. Se armó de valor, encogió los dedos dentro de los zapatos, se irguió y mantuvo la mirada fija. No hubo

grandes aspavientos, frenazos ni chirridos de ruedas. En lugar de eso, la policía suiza se detuvo a un lado con parsimonia y Hadley se quedó en medio de la carretera. Los agentes salieron del coche. Joel se puso de pie con dificultad.

Los cuatro se quedaron en la cuesta de Les Ormes mirándose los unos a los otros. Por un segundo ella alimentó la retorcida fantasía de que, después de todo, podían continuar fingiendo, decirles a los oficiales que no había interferido en su camino adrede, que se trataba de una confusión. Y se irían a Locarno tal y como Joel había sugerido, verían el lago azul italiano y compartirían sus respectivos cucuruchos de helado, posarían para fotos, sus risas darían paso a los besos. Pero Joel sostenía las muñecas en alto, vueltas hacia arriba, como en un guion de película. Se dirigió a los oficiales en francés, y ella entendió las palabras «accidente», «chica» y «muerta». La calle estaba oscura, pero distinguía su cara con tanta nitidez como si estuviera iluminada por el flash de una cámara. Joel tenía los ojos de un negro azulado. Su boca era un hueco deforme. Aún tenía la mejilla magullada, y se le había abierto uno de los cortes. El pelo le caía hacia delante pegado a la frente. Jamás lo había visto en un estado tan deplorable. Salvo, quizá, aquel día en su despacho, cuando fue a darle la noticia de Kristina, cuando le pidió ayuda. Hadley se acercó a él y le cogió de las manos. Le rodeó las muñecas con los dedos, y se las apretó con todas sus fuerzas.

—Ha llegado la hora —fue lo único que dijo él.

Instintivamente, ella intentó besarle. Se echó hacia delante, buscando sus labios, pero él apartó la cabeza. Hadley sintió el roce de su barba, el lóbulo de su oreja, la zona tibia y salada de su nuca. Entonces notó una mano en el hombro que no era de Joel. No podía ser, porque el roce no le transmitió nada. Se dejó llevar, confundida, fría.

—También tendremos que hablar con usted, *mademoiselle*, solo unas preguntas rutinarias —le dijo uno de los agentes, cuya voz parecía proceder de muy lejos. Hadley se limitó a asentir con la cabeza. Confirmó su nombre y su dirección. Dijo de un tirón los dígitos de su número de teléfono, se aturulló y los repitió—. Si le parece, mañana —añadió el agente, y Hadley lo miró extrañada, como si estuviera hablando en un idioma incomprensible, pues la idea del mañana era demasiado abstracta, le resultaba inconcebible.

Al subir al coche con la banda azul, Joel se metió la mano en el bolsillo. Sacó un bloc manoseado.

—Por favor, cógelo, Hadley —dijo—. Todo es cierto.

—No lo quiero —espetó ella. Y a continuación le preguntó—: ¿Qué es?

—La primera vez que te vi escribí sobre ello. La segunda vez que te vi escribí sobre ello. Y la tercera. Seguí escribiendo. De ti y nada más que de ti. Quiero que sepas lo que vi en ti desde el principio. Lo que seguí viendo en ti, incluso después de lo ocurrido. —Se le trabó la lengua y se recompuso—. He seguido escribiendo sobre

ti. Quiero que seas consciente de que para mí existías antes y de que jamás dejarás de existir.

—No puedo leerlo —replicó ella.

—Hadley, me consta que todo esto está muy mal, pero cada vez que me mirabas pensaba que veías mi interior. Sin que ninguno dijera nada; era como una absolución.

—¿En serio pensabas eso?

—Al principio. No al final. —La miró y a ella le dio la impresión de que era una mirada de despedida, como si estuviese tratando de recordarla antes de perderla de vista—. Si buscas una frase totalmente verdadera —añadió—, la encontrarás ahí.

Ella sujetó lánguidamente el bloc por la cubierta, encuadernada con gusanillo dentado. Fue apretándolo gradualmente. Para cuando el coche se alejó y el cristal trasero tan solo reflejaba la noche, lo tenía empuñado como si jamás fuese a soltarlo. Así es como la encontró Helena: de pie en la acera, aferrada a las palabras de Joel, contemplando ensimismada la ciudad, que parecía, a todas luces, impasible.

La primavera llegó a Lausana de la noche a la mañana, tal y como Hugo Bézier había anunciado. A principios de marzo hizo un tiempo más agradable que de costumbre, muy soleado. En abril, los hinchidos brotes rosas y blancos de los árboles se alineaban en las calles y los parques. Los residentes de Les Ormes recibieron de buen grado el cambio de estación. Las puertas de los balcones se abrían de par en par, las mantas se extendían en los tejados planos y se asaban ristras de salchichas a la brasa. Puede que Hemingway hubiese escrito sobre una falsa primavera, pero esta parecía auténtica.

Hugo insistía en conservar sus hábitos de siempre, de modo que Hadley siguió tomando café y coñac con él en el Hôtel Le Nouveau Monde, con la salvedad de que en lugar de eso él bebía agua con una rodaja de limón. Mientras observaba a Hadley tomarse su coñac, una parte de él también disfrutaba. Tal vez le gustase el rubor que le subía a las mejillas o puede que le viniera a la memoria el sabor, esa quemazón dulce en la garganta como un beso olvidado hace tiempo. A veces tomaban té en su inmenso apartamento, situado tres calles a espaldas del hotel, desde cuyo balcón apenas se vislumbraban las banderas ondeantes y la voluptuosa curva del tejado. Les llevaba la bandeja a la terraza una doncella llamada Brigitte, de pelo plateado pillado con un pasador infantil, cuyos movimientos eran tan gráciles como los de una bailarina. Ahora, todas las mañanas antes de desayunar, Hugo daba un tranquilo paseo por los jardines del Musée Olympique. El aire resultaba vigorizante, como era habitual en esa época del año, aunque daba la impresión de que últimamente salía más a menudo. Cada inspiración, le decía a Hadley, era como darle un bocado a las montañas nevadas, como saborear su capa de cristal.

Al final no quiso abusar de la hospitalidad de la Résidence Le Printemps; el tecleo de su máquina de escribir estaba sacando de quicio a los demás huéspedes y sobre todo a los cuidadores de uniforme pistacho. Porque Hugo se estaba convirtiendo de nuevo en Henri. Palabra a palabra, línea a línea, página a página, escribía. Y Hadley leía con más facilidad porque por primera vez en su vida Hugo escribía en inglés en lugar de en francés y, contraviniendo la tradición, estaba resultando ser el idioma del amor. No obstante, le costaba por otros motivos; el principal era el hecho de que conocía a los personajes como la palma de su mano. A la mayoría de ellos. Había uno que no estaba segura de identificar. Tal vez porque aún no había abierto el bloc de Joel. Se lo había dado a Hugo, que lo había leído una, dos, tres veces. Luego se había puesto a escribir. Había empezado a modo de prueba, para comprobar si seguía conservando sus dotes, igual que cuando alguien decide caminar

un poco más lejos de lo habitual o subir un tramo de escaleras. Hadley lo pilló escribiendo un día. Lo vio sentado derecho como un palo ante una mesa junto a la ventana, con las manos tecleando a toda velocidad, con sonidos dispares.

—Estás escribiendo...

—¿Te parece bien? —preguntó él. Ella asintió y se repantigó en la silla de enfrente a observarle, con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Él llegó al final de la página y se la tendió—. Una tremenda libertad —comentó—. Cambiaría todo, por supuesto, todos los detalles insustanciales. Sin embargo, las cosas importantes... las escribiría tal y como ocurrieron. Si me das permiso.

—«Hadley» —leyó ella despacio. Lo pronunció por primera vez y comprobó que le agradaba el nombre—. «Hadley» —repitió.

—O lo dejo. Conque me lo digas una vez, lo dejaré. Lo único que tengo claro es que me apetece volver a escribir. Tú hiciste que recuperase las ganas de volver a escribir. Desde el principio. Y luego me diste el bloc de tu profesor. No lo escribió para mí, ni para nadie más salvo para ti, y, sin embargo, *ma chérie*, te niegas a leerlo. Un hombre abre su corazón, su corazón roto y sin voluntad, pero al fin y al cabo su corazón, y tú lo ignoras. Y yo veo el efecto que eso causa en ti, el esfuerzo que te supone, y sé que quiero escribirlo. Quiero escribirlo todo. No sobre el delito, ni el misterio, sino sobre ti, la chica ingenua cuyo único deseo era venir a Lausana para enamorarse.

—¿Para enamorarme? Ay, pero si lo hice, Hugo. ¿No lo ves? En todos los sentidos imaginables.

Él esbozó una sonrisa.

—Hadley, durante la mayor parte de mi vida he dado una impresión muy creíble de estar vivo. Solo ahora, en la recta final, he descubierto mi propio engaño. Fíjate, jamás tuve a una Kristina. Jamás tuve a un Joel.

—Pero me tienes a mí —afirmó ella.

Él alzó su vaso de agua con limón para brindar. Ella, a su vez, levantó la copa de coñac.

—Todo lo que escriba es para ti, ¿sabes? —dijo él.

—Eso no es cierto. Una simple mirada me basta para saber que no es cierto.

—No —admitió él, dejando el vaso. Deslizó los dedos suavemente sobre las teclas de la máquina de escribir. Los ojos le brillaban como la melaza—. No, supongo que no, no del todo.

No hubo noticias de Joel. No hubo sobres con matasellos de ninguna cárcel suiza. Le visitó en una ocasión, un jueves por la mañana a las once en punto. Fuera, una gran nevada de enero lo cubría todo, dejando un paisaje perfecto, un suave y cegador manto blanco. Dentro, Hadley le sostuvo la mirada y Joel fue el primero en apartarla.

Estaba consumido y demacrado y había rechazado su propia fianza. Deseaba asumir todas las consecuencias, y más, le dijo.

—He venido a despedirme.

—¿No te irás de Lausana? —preguntó él—. ¿Por mí?

—No —respondió ella—. No me voy. Todavía no, hasta que no tenga más remedio.

—Pensé que no vendrías. Nunca esperé que lo hicieras.

—He estado a punto de no hacerlo. —Había ensayado lo que deseaba decirle. Había intentado decirlo delante del espejo de su habitación, enfrentada a su imagen pálida y enojada. Cada dos por tres se deshacía en lágrimas, las palabras le fallaban y se le quebraba la voz, su reflejo lloraba a lágrima viva y se empañaba. Al verle de nuevo cara a cara, fue consciente de que sería incapaz y de que no debía recordarlo todo—. Joel, quiero que sepas que durante un tiempo fuiste lo mejor que me había pasado. Y luego lo peor. Supongo que en cierto modo eso lo compensa, aunque me cabe la duda. ¿Hace que desaparezcas? ¿Debería hacerlo?

Su tono fue más suave que en cualquiera de sus ensayos, había perdido la dureza.

—Será como si desapareciera —dijo él—. Me lo merezco.

—No, no lo harás.

—Hadley...

—Tengo que irme ya. Me voy a despedir.

—¿Has leído lo que escribí? ¿Por eso has venido?

—No. Se lo di a Hugo.

—¿A Hugo?

—A él le hace más falta que a mí. Lo leeré algún día, solo cuando me haya endurecido como una piedra, cuando todo esto parezca la historia de otra persona. Entonces lo leeré. —Mientras lo miraba, le vino fugazmente a la cabeza su primera noche en Lausana. Antes de saber quién era, antes de conocer a Kristina. Una voz procedente de la oscuridad, simpática y curiosa, con una risa apenas contenida. «Que te vaya bonito», le había dicho él, y durante todo el camino a casa se le quedó grabada la frase en el pensamiento, como un secreto compartido—. Antes de que fuéramos a Ginebra —añadió, al tiempo que se ponía de pie— me pusiste dos condiciones. Ahora me toca a mí. Quiero que me prometas una cosa. Dos cosas.

—Dime, Hadley. Lo que sea.

—La primera: por favor, no intentes ponerte en contacto conmigo. Jamás.

—He echado todo a perder, Hadley. Jamás esperaré nada de ti, yo...

—Y la segunda —dijo ella, aguantando, aguantando a duras penas mientras se le quebraba la voz—, la segunda es que algún día, cuando sea mayor, cuando haya vivido y amado mucho más y tenga el pelo tan canoso como el de Hugo Bézier, me gustaría volver a saber de ti. Me gustaría tener buenas noticias de Joel Wilson. Me

gustaría saber que este no fue el final de tu vida.

Él se puso de pie al otro lado del cristal y por un fugaz instante permanecieron como en un espejo. Él hizo un amago de hablar, pero fue incapaz. Ella salió de la sala con los brazos rígidos a los lados.

Más tarde pensó en él. Cómo no iba a hacerlo, siempre lo haría. Joel tumbado en un catre duro, con la mirada clavada en el techo y las manos entrelazadas sobre el pecho. ¿Era eso justicia? Nada tenía sentido. Pero seguidamente la imagen se desvaneció y en su lugar apareció Kristina. Con su sonrisa felina, y el destello rosáceo de su lengua al reír. Estas imágenes se le arremolinaban en la cabeza, y hasta la última era auténtica.

Un inglés llamado Paul Draper, que también daba clases de Literatura Canadiense ese mismo semestre, se hizo cargo de la asignatura de Joel en el Institut Vaudois. Llevaba una barba puntiaguda como la de un comerciante medieval y baqueteados zapatos de cuero calado. Le costaba pronunciar las erres y hablaba rápido, pisando una palabra con otra. Llegados a un punto, los estudiantes que tomaban apuntes dejaron de seguirle el ritmo. Salían del aula hablando de café y cigarrillos o de los planes de la noche, no de lo que habían aprendido, como solían hacer antes. No de lo que Hemingway quería transmitir al decir que el mundo te destrozaba, pero que a veces resurgías con más fuerza. Paul Draper no les estimulaba a pensar en eso.

En cuanto a Jacques, Hadley no volvió a tener noticias suyas. Había sido una visita fugaz, un fantasma con zapatos brillantados, un urbanita ginebrino con un matrimonio maltrecho y un duelo secreto. Todo lo que Kristina le había contado de él era cierto. Y también lo que no le había contado. A veces pensaba en los padres de Kristina, al noreste de Lausana, en la lejana Copenhague. Hadley tenía ganas de mandarles una postal, pero no se le ocurría qué decirles. Tal vez que los días eran más cálidos, que por fin parecía que estaban dejando atrás el invierno. Pero seguramente no era así. Para ellos, no. Entonces un día Hadley recibió un paquete con un matasellos danés. La escueta nota que había dentro decía: «Era para ti, lo encontramos entre sus cosas». Había un libro, escrito en francés, titulado *L'Adieu aux armes*. En la portadilla había una tarjeta sin sobre. «Feliz cumpleaños, querida Hadley —había escrito Kristina, con letra descuidada, como si hubiese trazado esas líneas en el tren de Ginebra a Lausana—. Siento haber sido un tostón. Procuraré enmendarme. Dijiste que este era tu libro favorito, pero apuesto a que no lo has leído en francés. Aquí tienes, por todo lo genial que lo vamos a pasar esta noche y por toda nuestra estancia aquí. Besos».

Hadley volvió a mirar la portada del libro con los ojos empañados. Aparecían un hombre y una mujer abrazados, y en su postura había algo indescriptiblemente triste; parecía una despedida.

Chase y Jenny, Bruno y Loretta, a veces también con Luca, continuaron los avatares de su año en Lausana. Helena, la chica ya no tan recién llegada, se granjeó fácilmente una gran pandilla de amigos. Entabló amistades en sus clases de francés y en el albergue donde los sábados servía comidas calientes a los sin techo, donde en una ocasión le dio una serenata un viejo empleado de los ferrocarriles entonando una canción de amor francesa con una guitarra de tres cuerdas. Mientras Helena aplaudía entre risas, llamó la atención de una mujer con trenzas greñudas que sonrió, puso los ojos en blanco y acto seguido salió tranquilamente a fumarse un cigarrillo. El buen humor de Helena demostró ser contagioso, dondequiera que estuviera, con quienquiera que estuviera, que a menudo era, aunque no siempre, Hadley.

Hadley había plantado un jardincito en la pendiente que se extendía bajo Les Ormes y, con la llegada de la primavera, floreció. Margaritas con pétalos desplegados al sol y macetas con palmeras, vistosas hortensias y elegantes lirios. Se había puesto manos a la obra sola, de rodillas en la hierba húmeda, cavando la tierra con poca maña con una paleta que aún llevaba la etiqueta con el precio. Luca estaba haraganeando en el balcón de Loretta y la vio. Gritó para ofrecerse a ayudar y, pese a las reticencias de Hadley, fue a echarle una mano. Al final todo el mundo se unió: Jenny y Chase, Bruno y Loretta, Helena, otros estudiantes que pasaban por allí, a quienes no conocían —aunque no por mucho tiempo—, todos acudieron a preparar la tierra, a desbrozar zonas de ortigas, a acarrear cacerolas de agua desde las cocinas. Hadley no puso ninguna placa ni se organizó ninguna ceremonia oficial para darle nombre, pero todo el mundo daba por hecho que el jardín era para Kristina. Se reservó lo mejor para el final: una hilera de estilizados girasoles que se inclinaban para contemplar la ciudad. Hadley se quedó de pie detrás de uno, consciente de que para el verano la superaría en altura. Se sacudió las manos en los vaqueros. Chase le pasó un botellín de cerveza.

Los padres de Hadley y su hermanito Sam también tuvieron su propia iniciativa. Fueron a visitarla una semana con la primavera suiza en todo su esplendor, las flores de la orilla del lago con brotes rosas y los barcos de vapor pasando cada hora rumbo a Montreux. Comieron cruasanes con mantequilla y tomaron café, contemplaron la ciudad desde lo alto de la catedral y compraron una porción de queso en el mercado de la plaza. Cogieron un autobús hasta el Institut Vaudois, donde Hadley les enseñó las vistas desde la biblioteca, la franja dorada del lago y el cielo surcado de montañas. Su madre le dijo: «No me explico cómo te concentras en tus estudios». Caminando por el campus se cruzaron con Caroline Dubois, intercambiaron un «bonjour» y una sonrisa, y su padre comentó: «Son tipos encantadores, los profesores de aquí. Nada

más lejos de lo que imaginaba». Y Hadley contuvo la respiración. Pensó en Joel Wilson, girándose sobre sus talones delante de la clase, derrochando pasión, y en cómo ella había sentido, por primera vez, como si le hubiesen rebanado la parte superior de la cabeza y se hubiera disuelto con estrellas diminutas burbujeando en el éter. Ella le había dado mucho, pero a su vez él le había dado eso. Esa sensación de no pertenecer a ningún punto del planeta, donde había miedos y ventiscas y noches oscuras y consecuencias y odio y vergüenza y fingir que las cosas iban bien cuando no era cierto, ni por asomo.

Hugo continuó escribiendo a lo largo de toda la primavera con el visto bueno de Hadley. Ella veía que esto le estimulaba, de modo que la historia cambió de manos. Se convirtió en la de Hugo, no en la suya, para que hiciera lo que se le antojase con ella: dejarla metida en un cajón para siempre o sacarla a la luz. Cuando la leyó, prácticamente le dio la impresión de que eran vivencias de otra persona. Todo lo importante estaba allí, aunque plasmado de otra manera, pintado con una paleta distinta. A excepción de lo escrito en el bloc de Joel; Hugo se había negado a cambiar una sola palabra. Así, las palabras de Joel se convirtieron en la omisión más notable. Hadley solo le permitió extraer una frase, y fue porque se trataba de una cita de Hemingway, aunque hiciese referencia a París: «Lausana no se acaba nunca». Joel lo había citado en su primera clase, apropiándose de las palabras de su ídolo, dirigiéndose a su clase de estudiantes novatos. Con todo, qué profética había sido la frase. En el bloc Joel había escrito que sus días estaban marcados para siempre, que su alma tenía una mancha que no podría quitar por mucho que frotara. Que no habría mañana en la que al despertar pensase en otra cosa más que en lo que había hecho y en lo que había dejado de hacer. Nunca podría marcharse de Lausana, escribió; su único deseo era que Hadley pudiera hacerlo y que olvidara todo lo ocurrido. «Excepto tal vez una cosa. Algo verdadero». Y cuando por fin Hadley reunió el valor para leer las palabras de Joel supo que tenía razón, aunque nunca se lo diría. De entre todas las cosas tristes, el amor en pasado seguramente era una de ellas.

Joel también tenía razón en otra cosa.

Una mañana de mayo Hadley se despertó temprano y lo primero que le sorprendió fue, pura y llanamente, la cualidad de la luz. Era esa particular luminosidad a la que tanto se había acostumbrado a lo largo de los meses de invierno. Se dirigió a la ventana y abrió las persianas. Fuera, ese día de primavera estaba en pleno albor, de un azul lleno de vida, con el sol en todo su esplendor, y, sin embargo, toda Lausana estaba espolvoreada de nieve. Hacia media mañana se habría derretido; seguramente era la última nevada del invierno, pues ya empezaba a oír el incesante goteo de los tejados. Abrió la puerta del balcón de par en par y se quedó de pie contemplando la ciudad. Pronto estaría inmersa en ella, dejando huellas blancas a su

paso. Hadley apartó la vista y fue en busca de café y tostadas. Dejó las puertas y las ventanas abiertas; la luz entraba a raudales y las sombras comenzaron a difuminarse en las paredes.

Entretanto, en un hotel junto a la orilla, un hombre por quien no pasaban los años estaba sentado escribiendo. Sus dedos bailaban sobre las teclas de su máquina de escribir, y los hilos de su corazón tiraban en todas las direcciones que había olvidado y en otras que le resultaban totalmente desconocidas.

Agradecimientos

Gracias a mis primeros lectores, a mi amiga Kate y a mi marido Robin. Abordasteis mi farragoso primer borrador y nuestras sesiones en la mesa de la cocina me llevaron por buen camino. De no haber sido por vuestra oportuna ayuda, no estoy segura de si habría conservado el juicio.

Gracias a mis editores y a mi agente, Leah, Erika y Rowan. Habéis mejorado la calidad de este libro, por lo cual os estaré eternamente agradecida. Los últimos meses que pasé escribiéndolo, gracias a las alas que me dieron vuestras palabras y vuestra sabiduría, resultaron ser los más placenteros. Gracias.

Gracias también al resto del equipo de Headline —en especial a Ben, Vicky, Emily y, de nuevo, a Leah— por seguir haciendo que la vida profesional de esta escritora resulte tan gratificante.

Gracias a mi querida familia, los Hall y los Etherington, y a amigos geniales por animarme en todo momento. Sonya, Jo y Aisling: aunque el año de Hadley no es *nuestro* año, espero haber plasmado en la historia parte de nuestra alegría. Quisiera dar las gracias en especial a mis padres y a mi hermana, Szilvia, Alwyn y Emese, por leer los borradores preliminares y brindarme su apoyo entusiasta e incondicional. No podría pedir más.

Y, de nuevo, a Robin. Gracias por todo, siempre.

Por último, la idea de este libro surgió de un lugar. Tuve la suerte de pasar un año estudiando en Lausana y la enorme suerte de poder recrearlo en una novela y compartirlo con vosotros. Espero haber hecho justicia a su belleza. De todos los libros ambientados en Lausana, *Adiós a las armas* y *París era una fiesta*, de Ernest Hemingway, junto con *Mrs. Hemingway en París*, de Paula McLain, fueron especialmente importantes a la hora de escribir este.



EMYLIA HALL nació en 1978 y creció en la campiña de Devon. Es hija de un artista inglés y una bordadora húngara. Después de estudiar en la Universidad de York y en Suiza, Emylia trabajó durante cinco años en una agencia de publicidad londinense. Se terminó mudando a los Alpes franceses, y fue allí donde comenzó a escribir. Ahora Emylia vive en Bristol con su marido, que también es escritor. *El libro de los veranos* es su primera novela, inspirada en sus propios recuerdos de las vacaciones que pasó de niña en Hungría.